

ALEJANDRO GRIMSON

Los paisajes emocionales de las ultraderechas masivas

**¿La gente vota contra
sus intereses?**

CC.SIBDI.UCR - CIP/4232

Nombre: Grimson, Alejandro, 1968- , autor.

Título: Los paisajes emocionales de las ultraderechas masivas : ¿la gente vota contra sus intereses?

Descripción: Primera edición digital. | [San José], Costa Rica : Editorial UCR, 2025. | CALAS. Afrontar las crisis desde América Latina ; 25.

Identificadores: ISBN 978-9968-02-229-3 (PDF)

Materias: LEMB: Derechas (Política). | Partidos políticos. | Cultura política. | Democracia. | Argentina – Política y gobierno – Siglo XXI.

Clasificación: CDD 320.5–ed. 23



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Attribution-NoDerivatives 4.0 (BY-ND), lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado o no puede ser construido sobre él. Para más detalles consúltese <http://creativecommons.org/licenses/by-nd/4.0/>

Para crear una adaptación, traducción o derivado del trabajo original, se necesita un permiso adicional y puede ser adquirido contactando calas-publicaciones@uni-bielefeld.de

Los términos de la licencia Creative Commons para reuso no aplican para cualquier contenido (como gráficas, figuras, fotos, extractos, etc.) que no sea original de la publicación Open Access y puede ser necesario un permiso adicional del titular de los derechos. La obligación de investigar y aclarar permisos está solamente con el equipo que reúse el material.

ALEJANDRO GRIMSON

Los paisajes emocionales de las ultraderechas masivas

**¿La gente vota contra
sus intereses?**



Universidad de Guadalajara

Ricardo Villanueva Lomelí
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Juan Manuel Durán Juárez
Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Sociales y Humanidades

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial

Primera edición digital, 2025

©Texto

Alejandro Grimson



Editorial de la Universidad de Costa Rica
Editorial UCR es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA), perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

ISBN 978-9968-02-229-3 (PDF)

Ciudad Universitaria Rodrigo Facio
www.editorial.ucr.ac.cr
Setiembre de 2025

Edición digital de la Editorial Universidad de Costa Rica. Fecha de creación: setiembre, 2025



Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados en Humanidades y Ciencias Sociales

Sarah Corona Berkin
Olaf Kaltmeier
Dirección

Jaime Preciado Coronado
Hans-Jürgen Burchardt
Codirección

Nadine Pollvogt
Luisa Ellermeier
Coordinación de Publicaciones

www.calas.lat

Gracias al apoyo de



Federal Ministry
of Education
and Research

En colaboración con



EDITORIAL
UNIVERSIDAD
DE GUADALAJARA

BIELEFELD
UNIVERSITY
PRESS



UNSAM
EDITA



FLACSO
Ecuador

CALAS. Afrontar las crisis desde América Latina

Este libro forma parte de los ensayos concebidos desde la investigación interdisciplinaria que se lleva a cabo en el Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados en Humanidades y Ciencias Sociales (CALAS), donde tratamos de fomentar el gran reto de analizar aspectos críticos sobre los procesos de cambios sociales. CALAS ha sido concebido como una red afín a la perspectiva de los Centros de Estudios Avanzados establecidos en distintas universidades del mundo y busca consolidarse como núcleo científico que promueve el desarrollo y la difusión de conocimientos sobre América Latina y sus interacciones globales. CALAS funciona en red, la sede principal, ubicada en la Universidad de Guadalajara (México), y las subsedes ubicadas en la Universidad de Costa Rica, Flacso Ecuador y Universidad Nacional de General San Martín en Argentina. Las instituciones latinoamericanas sedes están asociadas con cuatro universidades alemanas: Bielefeld, Kassel, Hannover y Jena; esta asociación fue impulsada por un generoso apoyo del Ministerio Federal de Educación e Investigación en Alemania.

La relevancia de estos libros, enfocados en el análisis de problemas sociales, trasciende linderos académicos. Se trata de aumentar la reflexión crítica sobre los conflictos más acuciantes en América Latina, como una contribución de primer orden para generar diálogos desde múltiples disciplinas y puntos de vista. Más allá de esto, el objetivo de estas publicaciones es buscar caminos para afrontar las múltiples crisis.

Como reconocidos analistas en sus respectivos campos de investigación, los autores nos invitan a ser copartícipes de sus reflexiones y a multiplicar los efectos de sus propuestas, a partir de su lectura.

Sarah Corona Berkin y Olaf Kaltmeier
Directores

Jaime Preciado Coronado y Hans-Jürgen Burchardt
Codirectores

Índice

Introducción. ¿Cómo explicar la ultraderecha de masas? 15

Rotación de perspectiva, ahora 19

A un paso de un desastre político global	19
Captar la heterogeneidad, descentrar la mirada	21
Puntos ciegos de las fuerzas democráticas	27
Objetivismo: hegemonizando a las fuerzas democráticas	30
Cuatro giros teórico-políticos	32
Una tercera opción supera al binarismo	35

La nueva época de los fanatismos de masas 39

Apoyo social transversal	41
Inmensos cambios sociales	44
Estrategia global de extrema derecha	47
La incertidumbre transforma las subjetividades	51

El desencanto con la democracia realmente existente 54

Respuesta a una demanda concreta	56
La reducción del <i>demos</i>	58
Los partidos tradicionales no asumen el malestar social	60
Condiciones para la crisis de la democracia	62
Fin del horizonte de movilidad social ascendente	66

Los paisajes emocionales de la extrema derecha

69

Percibir las nuevas configuraciones de sensibilidad	72
Comprender la centralidad política de los afectos	75
Sensibilidades emergentes	78
Las distintas extremas derechas: lo común	79
Paisajes emocionales: irrupción de la extrema derecha	83
La ira, el resentimiento y el miedo	89
Contrastes Norte/Sur	96
Ética política y universalidad de los afectos	100
Hacer enemigos con sentimientos	104
La sociedad más individualista de la historia	106
Habituamos realidades paralelas	109
El desafío de gestionar afectos	111

Javier Milei. El caso argentino en perspectiva comparada

115

De la crisis de 2001 a Javier Milei	118
Sociogénesis de la nueva sensibilidad: individuos, esfuerzo y polarización	119
La pandemia transformó las subjetividades	128
La pandemia como experiencia traumática	134
De la incertidumbre a la certidumbre	139
Un gobierno que perdió la sensibilidad	143
Especificidades de la configuración argentina	146
Ausencia de gobernanza afectiva en Argentina	148
Comunicar datos para revertir emociones: un fracaso	152
Nueva configuración de sensibilidad	154
Nuevo paisaje emocional	157
Un <i>outsider</i> llega a la presidencia	160
El éxito de Javier Milei	165
La política como hiperestrés	167
Primeros meses de gobierno y los dilemas actuales	174

Disputa por el Nunca Más y la violencia política	177
Preguntas para finalizar	180

<i>Postscriptum. La potencia de la desilusión</i>	187
---	------------

Bibliografía	196
---------------------	------------

Autor	211
--------------	------------

Agradecimientos

Este libro hubiera sido imposible sin la ayuda concreta, la conversación intelectual con diversas personas y el apoyo de distintas instituciones. El Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados en Humanidades y Ciencias Sociales (CALAS), con sede en Guadalajara, y una dinámica red de universidades alemanas y latinoamericanas, me otorgó una beca por seis meses. Todo comenzó y todo seguirá en mis instituciones argentinas, el CONICET y la EIDAES-UNSAM. Agradezco en CALAS a mucha gente que aquí estará representada por Hans Jürgen Burchardt, Olaf Kaltmeier, Sarah Corona y Jochen Kemner. A mis colegas y amigos Menara Lube Guizardi, Gabriel Kessler, Gabriel Vommaro, Sergio Caggiano, Ezequiel Adamovsky, Thais Aguiar, Darío Sztajnszrajber, Martín Plot, Daniel Mundo, Marina Franco, Ezequiel Ipar, Pablo Semán, Juan Piovani, Ricardo Forster, Jorge Alemán, Dora Barrancos, Eduardo Rinesi, Beto Quevedo, Santiago Levín, Hugo Lerner, Martín Vul, Michael Alvarez, Eduardo Restrepo, Pedro Saborido, Eugenia Zicavo, Omar Ribeiro Thomaz, Vanina Muraro, Marta Rizo, Carlos Díaz, Daniela Rúfelo. También a Guillermo Bruschtein.

Cuando llegué a México, los directivos, colegas y otros becarios de CALAS me recibieron muy bien. Mi amiga Rossana Reguillo me ayudó a encontrar casa y me ayudó en todo lo que necesité. Conversamos largamente sobre la extrema derecha. Agradezco a la Universidad de Guadalajara y al ITESO por invitarme a dar conferencias que poco a poco iban delineando este ensayo.

En Ciudad de México hicieron lo mismo la UNAM, el Colmex, la UAM-Iztapalapa, el INAH y la UAM-Cuajimalpa. Allí, Celia Falicov prácticamente me prestó un hermoso departamento en Coyoacán, donde siempre había querido pasar al menos unos meses de mi vida. No me esperaba que la generosidad de Benjamín Arditi me abriera las puertas de tantos nuevos amigos: Alejandro Estrella y Lili Zapata, Massimo Modonesi, Frida *Fridele* Gorbach y tantos otros. Además de mis grandes amigos chilangos, aunque algunos, como Néstor García Canclini, también sea argenmex (pero una cosa no quita la otra). Ana Rosas Mantecón,

Lalo Nivón, Federico Bessserer y Gustavo Lins Ribeiro. La complicidad intelectual con todos ellos, con Luis Reygadas y Nitzan Shoshan, fue mucho más de lo que podía esperar. Así que no tuve más opción que permanecer un tiempo más en Ciudad de México y Arditi tuvo la generosidad de alojarme.

Gracias a Augusto Carlucci, Cecilia Forment y a Agustina Fernández por el apoyo técnico.

Toda mi familia me apoyó en este viaje de seis meses. Mi vieja siempre incondicional. Mis hermanos Kele, Rafa, Kaia y Pachín con el afecto de siempre. Y mis dos hijos, Matías y Lucas, que son lo más importante en el mundo para mí, siempre me emocionan con su amor, con su madurez y con su compromiso.

A mi viejo, no podés imaginar cuán presente estuviste
A mi vieja, por tu incondicionalidad, siempre

Introducción. ¿Cómo explicar la ultraderecha de masas?

Periodistas, estudiantes, extranjeros o militantes me han hecho una pregunta sobre Argentina. Si los trabajadores perdieron dinero en el gobierno de Mauricio Macri, ¿por qué algunos de ellos apoyaron su reelección? Si Javier Milei dijo que iba a “pasar la motosierra” e iba a hacer un ajuste, reivindicando abiertamente a Carlos Menem, a Macri y a Margaret Thatcher, ¿cómo pudo ganar ampliamente las elecciones?, ¿por qué la gente vota contra sus intereses?

Estas preguntas, con similitudes y diferencias, se pueden aplicar a Bolsonaro, a Trump, a Orban, Meloni, Bukele y a otros candidatos que por ahora no han ganado elecciones pero ya lideran opciones electorales masivas. En pocos años este fenómeno se extendió por toda Europa y casi toda América. Mi objetivo es responder algunas de estas preguntas y reformular otras.

Este ensayo, posicionado en favor de la convivencia democrática y en favor de la justicia social, se basa en una máxima de la antropología: “Necesitamos comprender aquello que no podemos compartir”. Los fenómenos autoritarios, totalitarios, los modos de pensar y sentir de los sectores hegemónicos y de la multiplicidad de los sectores subalternos. Aquello que no podemos compartir es potencialmente infinito. Pero el proyecto teórico y político, por siempre inacabado, es comprenderlo. No solo como una cuestión de las ciencias sociales. La vida democrática requiere hacer realidad esa máxima de la antropología. Comprender al que piensa y actúa distinto. Si no se convive en la pluralidad, ¿cómo podría haber democracia?

Resumiré en algunas líneas el argumento de este ensayo. Y organizaré la mayoría de los apartados en función de las frases que propongo a continuación.

La tesis de este texto es que el surgimiento de las ultraderechas de masas y su llegada al gobierno en varios países obedece a un cambio cultural muy profundo que se fue gestando lentamente. Por motivos tecnológicos, económicos, laborales y de toda orden se ha transformado el modo prevaliente en que las personas piensan, sienten y ven el mundo. Ha emergido una nueva sensibilidad que tiene dimensiones globales, nacionales y locales.

Para ello, analizamos una transformación global. Han surgido nuevos paisajes emocionales en casi toda América y Europa. Han emergido nuevas formas de percibir y significar el mundo. Hemos ingresado en una nueva era de fanatismo cuasirreligioso. A la vez, nunca hubo en la historia humana una sociedad más individualista.

La política es siempre una relación entre fuerzas. La ultraderecha avanza en parte por los puntos ciegos de las fuerzas democráticas. El pensamiento binario sigue hegemonizando dichos espacios. Con propuestas específicas propondremos cuatro giros teórico-políticos y una alternativa para superar el pensamiento binario.

Al analizar el apoyo masivo a la ultraderecha explicaremos que no se trata de un sector social determinado, sino que el apoyo es bastante transclasista. ¿Por qué? Porque todos estamos afectados por cambios inmensos en las relaciones laborales, tecnológicas y políticas. A diferencia de la profunda desarticulación de las fuerzas democráticas, la extrema derecha se empodera con una red y una estrategia global. De ese modo, está en condiciones de capitalizar el sismo emocional de la incertidumbre que transforma las percepciones subjetivas.

Posteriormente abordaremos el desencanto con la democracia realmente existente. Por esa desilusión, la extrema derecha responde a una demanda social concreta. A los partidos tradicionales les cuesta mucho o les resulta imposible asumir el profundo malestar social. En muchos países crece su desconexión con las grandes demandas de la mayoría de la sociedad. Esto plantea la pregunta de cuáles son las condiciones necesarias y suficientes para que se abra una crisis de la democracia.

El giro teórico-político de otorgarle centralidad política a los afectos se sintetiza en comprender que vivimos un cambio de época que se condensa en los paisajes emocionales en los que emerge la extrema derecha. Es clave comprender las nuevas formas de percepción y significación que devienen hegemónicas en varias sociedades. Hay sensibilidades emergentes con grandes consecuencias, tanto en el neoindividualismo como en la alterofobia (repulsión por los “diferentes”). Nos concentraremos en abordar la relación entre la ira, el resentimiento, el miedo y los significados contrapuestos de la nostalgia. Insistiremos, contra toda simplificación, que los significados políticos de los afectos son contextuales. No solo presentan distinciones notables entre el Norte y el Sur, también al interior de ambos.

En la sociedad más individualista de la historia humana, estamos habitando realidades paralelas. La extrema derecha fabrica enemigos políticos manipulando sentimientos. Resulta eficaz al gestionar afectividades. ¿Qué política tienen las fuerzas democráticas para las sensibilidades emergentes?

La última parte del libro se concentra en el análisis del caso argentino, el surgimiento de Javier Milei y un estudio más detallado sobre la sociogénesis de esa transformación. Analizamos cómo la pandemia fue una experiencia traumática que transformó las subjetividades. Cómo ante un gobierno que perdió sensibilidad, Milei canalizó el paisaje emocional emergente. Y cómo ante el imperio de la incertidumbre ofreció respuestas simplificadas que sedujeron a multitudes. Analizamos su ascenso, su práctica de la política como hiperestrés y, para finalizar, planteamos algunas preguntas inquietantes sobre el devenir del gobierno, de la Argentina y de la derecha extrema.

Evidentemente, los temas que abarca este ensayo son enormes, tanto desde el punto de vista teórico como empírico. En 2021 y 2022 realicé y coordiné entrevistas a jóvenes que veían con creciente simpatía a Milei. En 2022 hice una serie de entrevistas con psicoterapeutas, quienes trabajan en consultorios privados y públicos, entendiendo sus consultorios como posibles cajas de resonancias de cambios en el humor y malestar social. En 2023 presencié decenas de *focus group* sobre el clima político

y el proceso electoral. Sin embargo, en lugar de escribir un ensayo sobre ese material empírico, me inspiré en las preocupaciones que surgían de él (que menciono en el último capítulo del libro) para hacer una investigación teórica. Cuando empezó la pandemia me impactó que, ante un fenómeno inédito en la historia humana, algunas referencias intelectuales escribieran ensayos diciendo que lo que sucedía confirmaba sus teorías previas. El filósofo brasileño Marco Nobre (2022) dice sobre la crisis política actual: “O mundo virou de ponta-cabeça, e não raro temos a sensação de que a teoria continua no mesmo lugar”. Es decir, “el mundo se ha puesto patas para arriba y a menudo tenemos la sensación de que la teoría continúa en el mismo lugar” (2022, 41, traducción mía). Este ensayo buscó recoger una parte de los aportes que se realizaron para comprender el ascenso global de la derecha extrema, tanto en el plano teórico como empírico, y proponer una síntesis que es mi propia interpretación del momento crucial que estamos viviendo.

Todo esto nunca habría existido si no hubiera visto en las calles de mi país el nuevo paisaje social que se fue constituyendo con la pandemia. Paisaje urbano de seres humanos entrando y saliendo diariamente de grandes botes de basura y habitando crecientemente en las calles, incluso en inviernos gélidos. Paisajes afectivos con potencia política dominados por la tristeza y la desilusión, por la frustración. El duelo inviable por tantas pérdidas y una rabia que crecía al menos tanto como la inflación. El dolor irreparable que me produjo esa experiencia cotidiana y escuchar la verdad de esas voces bajas están en el origen del trayecto que me trajo hasta aquí.

Rotación de perspectiva, ahora

A un paso de un desastre político global

No puede descartarse que el fin del mundo provenga de decisiones políticas que provoquen una catástrofe sin precedentes. Hoy, gran parte de América y Europa está dominada por formas de pensamiento fanático, un intenso resentimiento se combina con una ira que no para de crecer. Esa frustración se canaliza en cada vez más países contra los inmigrantes, contra formas de protección social, contra las diversidades de género y contra los políticos de los partidos tradicionales. Lejos de ser la primera inmensa ola de fanatismo en la humanidad estamos ante sucesos que pueden presentar similitudes con la Inquisición, con el fundamentalismo islámico, el nazismo, la limpieza étnica en Ruanda y en la antigua Yugoslavia.

El lector, con razón, puede pensar que estoy exagerando porque la ola de fanatismo no ha alcanzado esos niveles de violencia. Sin embargo, el mundo ha alcanzado en 2024 el máximo pico de guerras desde la Segunda Guerra Mundial. Según el reporte del Institute for Economics and Peace (2024) hay 56 conflictos bélicos en la actualidad con 92 países involucrados fuera de sus fronteras. Estoy afirmando que si analizamos la conjunción de situaciones bélicas y de lenguaje bélico, una catástrofe de origen político es factible. Es común en todo tiempo y lugar escuchar críticas al catastrofismo. Cuando este es carente de realismo, la crítica es importante. Pero en la década del treinta del siglo xx carecía de realismo confiar en pactos con Hitler. No alcanza hoy con el pesimismo de la inteligencia, es más adecuado un catastrofismo de la inteligencia. Si no hubiera un optimismo múltiple, para qué discutir y analizar estas cuestiones.

Ahora bien, el fanatismo plantea crisis en las democracias y en los principios básicos del liberalismo político. Esto no obedece a una coyuntura electoral, sino a un cambio cultural y subjetivo profundo que se extenderá en el tiempo. Esa es la tesis de este ensayo. Y más aún se extenderá si, como es lo más probable, los actores democráticos tradicionales continúan haciendo lo que están haciendo hasta ahora.

Algo profundo se ha quebrado en nuestras sociedades. El surgimiento y la consolidación de una derecha extrema de masas en Europa y las Américas plantea la urgencia de un debate teórico y político. Este debate involucra a las diversas corrientes del pensamiento crítico y del compromiso público. A las ciencias sociales, al periodismo y a la política profesional.

Una tríada configura la antesala de un cataclismo. Primero, la creciente desigualdad. Segundo, el cambio climático genera desastres en regiones enteras, sea con sequías, desertificación o inundaciones. Tercero, millones apoyan con su voto a líderes autoritarios o antidemocráticos que no asumen su responsabilidad en la convivencia plural, en la convivencia internacional y en el cuidado del planeta.

Los datos son elocuentes acerca del incremento sostenido de la desigualdad económica hasta niveles nunca vistos ni imaginados. Analizando el largo plazo, pueden ponderarse las reformas positivas en muchos países contra el racismo y la desigualdad de género, pero también resulta alarmante su persistencia, su masividad, su uso nefasto en contextos de crisis económico-social. A esto hay que sumar la reacción conservadora, analizar el *contragolpe* contra los derechos de las mujeres y las diversidades, en contra de la igualdad de los seres humanos.

A pesar de contar con los diagnósticos que documentan esto, la extrema derecha avanza. El marco general de este texto son Europa y América, con un foco particular en la sección final sobre la Argentina. Ningún país ofrece respuestas generales, pero cada uno a su manera permite generar interrogantes, hipótesis e interpretaciones.

Ahora bien, los nuevos liderazgos de derecha extrema suelen crecer o triunfar sobre la base de demandas y visiones muy diversas, al devenir un punto de articulación de malestares múltiples. Las fuerzas democráticas necesitan comprender esa heterogeneidad.

Captar la heterogeneidad, descentrar la mirada

Podemos plantearnos otras preguntas a las del primer párrafo de este ensayo: ¿quién dijo que quienes votan a la derecha extrema piensan que perdieron dinero? Y si lo pensarán, ¿quién dijo que ese es el criterio que usan para emitir su voto? Creer que “la gente vota contra sus intereses” es un síntoma de un modo equivocado de percibir el mundo, un modo de entender los procesos políticos, llamado *economicismo*, que sigue dominando a gran parte de la sociedad y de los análisis políticos. Si a pesar de tantos diagnósticos la gente actúa de modo aparentemente inesperado, quizá el problema es nuestra mirada. Debemos modificar la manera en la que estamos pensando y diagnosticando nuestro presente.

No podemos prever el voto solo con base en variables económicas porque estas tienen significados distintos en países diferentes para personas o grupos diversos. La economía es obviamente relevante, pero en particular los significados que le damos a la economía: cómo entendemos los ingresos, cómo se obtienen, qué sucede con la inflación, la disponibilidad o no de créditos y para quiénes, el valor de la moneda, la justicia distributiva, la confianza de las personas y los grupos involucrados.

Las narrativas sociales y populares tienen “un impacto causal en el comportamiento económico” (Schiller 2021, 9). En efecto, el Premio Nobel de Economía de 2013, Robert Schiller, ha convocado a romper con el economicismo. Las humanidades, argumenta, saben que las mentes de las personas son mucho más complejas de lo que podría estimar una máquina que calculara “expectativas óptimas de dimensiones económicas”. Además, esas narrativas muestran que los relatos “marcan y forjan los acontecimientos económicos” (Schiller 2021, 11).

Las confrontaciones políticas y culturales atraviesan las cuestiones económicas y las resignifican. Cuando se inició la guerra de Ucrania aumentaron los precios de los granos y el petróleo. Varios países tuvieron un impacto inflacionario cercano al 10 % anual. Desde el punto de vista de los argentinos 10 % es una cifra muy baja, no un problema. Es cierto que,

si lo miramos desde la perspectiva de los argentinos de 1989, cuando la inflación era superior al 200 % mensual, quejarse de una inflación de casi 300 % anual en 2024 puede parecer un tema menor. Los países y sectores sociales dan distintos significados a la inflación, a los vaivenes salariales, al aumento del salario mínimo y de las jubilaciones. La economía tiene una dimensión matemática, pero también una dimensión semiótica, antropológica, política y cultural.

La importancia de esta diversidad de significados también puede notarse en la distancia abismal entre los diagnósticos acerca de las catástrofes que pueden avecinarse para el planeta y las preocupaciones del día a día de las familias y los barrios populares. Parecen ser dos mundos aparte. Los diagnósticos macro son cruciales, pero no nos ayudan mucho a comprender por qué no tienen un impacto inmediato en las estrategias de supervivencia de la mayoría de las personas. Si ignoramos esas preocupaciones concretas de la vida cotidiana corremos el riesgo de convertirnos en prisioneros de maneras de ver el mundo que nos parecen muy racionales y razonables. La pura “objetividad” que excluye a las subjetividades realmente existentes puede ser también otra forma de fanatismo.

Fanático significa aquí creer que soy portador de una verdad y que quienes no perciben esa verdad están equivocados, engañados o sencillamente son imbéciles. “La semilla del fantatismo”, dice Amos Oz, “siempre brota al adoptar una actitud de superioridad moral que impide llegar a un acuerdo” (2019, 21). Cuando el fanático “piensa que algo es malo, desea aniquilarlo, en lugar de poner la vida en primer lugar y darle un espacio al pragmatismo” (2019, 12).

He aquí unos ejemplos sencillos. Uno es el discurso sobre los derechos de la naturaleza, la ecología o la sostenibilidad ambiental proveniente de Europa. En América Latina existe esa misma preocupación, en especial entre los pueblos originarios. Ante esto, surge la pregunta: ¿cómo articular estas inquietudes con las políticas para reducir la pobreza y la desigualdad? Cambian los contextos y las jerarquías de las demandas, y los discursos y programas necesitan ser reformulados.

El liberalismo clásico se enfrentó con un problema similar: ¿hay libertad sin igualdad? No la hay, aunque los liberales siguen pensando que

la primera es condición para la segunda. Tomemos entonces la igualdad: ¿es solo económica, o también hay muchas otras igualdades? Hablamos de igualdad ante la ley, algo que es importante, pero también debemos pronosticar el resultado de un proceso judicial incorporando variables sociales como la clase, la raza, o la educación, sin olvidar el acceso a los abogados más caros, más competitivos, con más experiencia.

Así como no somos todos iguales ante la vida, tampoco lo somos ante la muerte. Los movimientos Black Lives Matters y Ni una Menos expresan justamente esa desigualdad, como habría que hacerlo con los pueblos originarios, con muchos inmigrantes, y así sucesivamente. Vivimos en países donde las víctimas de la violencia no son todas iguales, es decir, varía mucho dependiendo de si se trata de alguien “como uno” o algunas de las múltiples categorías de alteridad. Países poblados de muertes invisibles. Mientras otras, en cambio, son el centro de la conversación pública.

Nada es más necio que procurar entender la política y su dinámica sin comprender las subjetividades, las sensibilidades, sus heterogeneidades y articulaciones. Entender los puntos de vista de *los otros*. Son realmente diferentes: sus modos de pensar, de ver el mundo, de sentir. ¿Y por qué?, pregunta alguien para quien un fenómeno existe solo si tiene una causa simple. ¿Es la clase, la educación, el grupo étnico o la edad? Depende el contexto, no hay leyes generales. Cualquier persona experimenta esto en su vida personal. Su pareja, sus padres, sus hijos, tienen puntos de vista distintos sobre el trabajo, la escuela, las vacaciones o el tiempo libre. Hay discusiones, desacuerdos, desavenencias. Así es también la otredad social, solo que en un grado de diferencia más complejo.

Uno de los motivos por los que no entendemos el crecimiento y en algunos casos el triunfo de las ultraderechas es porque en lugar de partir del supuesto de la diferencia (¿cómo pensarán, sentirán y razonarán quienes votan distinto de mí?) presuponemos cierta homogeneidad. La idea más extendida es que quienes votaron distinto a nosotros es por falta de información, educación o por estar comprados; si no, votarían igual. Pero no es así. Votan distinto porque piensan de otra manera, razonan y sienten diferente. Votan distinto no porque “les falta” (educación), sino

porque *son* distintos o están en un momento diferente. Una gran parte del análisis político procura exterminar esa diferencia. Por eso fracasa.

No existen sociedades, de ningún tipo, ni siquiera las sociedades sin estado o de cazadores-recolectores, donde no haya diferencias en las formas en que la gente significa sus relaciones con su entorno. La regla de oro es que en toda sociedad conocida hay heterogeneidad y desigualdad de por lo menos dos tipos: de edad y sexo-genérica. La complejidad se incrementa al agregar referencias a clases sociales o las dimensiones étnicas, raciales y territoriales.

Las sociedades contemporáneas son profundamente heterogéneas. Tanto, que son capaces de “enloquecer” a todos aquellos que no parten de este principio de la diferencia. Quienes creen que todo debería ser homogéneo pueden deprimirse por no comprender. Sin embargo, más habitualmente se convierten en grandes narcisistas que hablan como si fueran portadores de la verdad. Ignorar la diferencia es condenar a las fuerzas democráticas por la justicia social a la derrota política por incomprensión radical. ¿Cómo recupera su narcisismo quien sufre una derrota y no entiende las razones? Una opción, la peor de todas, es también convertirse en fanático: la superioridad moral del punto de vista minoritario.

Los fanáticos, aquellos convencidos de portar la verdad, de haberla incorporado, de saber cómo son las cosas, aquellos que miran con desprecio intelectual, racial o de género a quienes piensan diferente, ingresan en un círculo vicioso. Encerrados en su lenguaje disfrutan cada vez más de sus propios monólogos o de escuchar a otros que ratifican sus propias ideas. Aplauden fervorosamente frases hechas. Derrotados y sin comprensión pierden la pieza crucial de la construcción política: su carácter intersubjetivo.

¿Qué es el desacuerdo? No siempre el desacuerdo es que Juan diga blanco y Pedro diga negro. Ranciére (1996) subraya el desacuerdo cuando ambos dicen blanco pero entienden la blancura de manera diferente o se niegan a escuchar que el otro dijo blanco. Esto es crucial para comprender qué queremos decir al afirmar que necesariamente la política es dialógica e intersubjetiva.

Muchos no alcanzan grados tan graves como el fanatismo, pero permanecen en un monolingüismo político-cultural, presuponiendo que todos comprenden “blancura” del mismo modo. O que él o ella saben cómo todos deberían entender blancura, solo que hay tantas personas deficientes y manipuladas en el mundo. Esto produce un grado de miopía política y cultural tan grave que renuncia a la construcción de mayorías.

La renuncia al carácter dialógico de la política procura evitar el propio dolor de la derrota y el desafío a su propio monologuismo. Pero la renuncia al carácter polifónico de las corrientes políticas de masas es un angosto callejón sin salida. Repitiendo las mismas ideas, para la misma gente, a través de los mismos canales, diales o portales, aguardan —con creciente rencor— que la autopredicción de que un día los demás “se darán cuenta” y ya pensarán como ellos, se cumpla. Y así huyen del desconcierto. Pero nunca existió una mayoría social y política que sea homogénea. Las mayorías son heterogéneas.

Las ultraderechas tienen una presencia altamente significativa en casi todos los países de Europa, en América, así como en la India, Filipinas, Australia y otras zonas. Hay dimensiones comunes al fenómeno y diferencias muy significativas. Existen heterogeneidades no solo entre el Norte y el Sur, sino dentro de Europa, dentro de América Latina e incluso dentro de algunos países.

Las nuevas emociones, sensaciones, sentimientos y malestares generan una situación global que está presente de formas específicas en cada país. Las ultraderechas no solo están canalizando y representando ese cambio profundo. Sus formaciones, organizaciones y líderes, cada uno a su modo, están gestionando la ira, la desazón, el estrés, la depresión, el resentimiento, el miedo y la esperanza.

Para ello han propuesto nuevas estéticas, nuevos lenguajes, otras formas de pensar y sentir la nación, las alteridades, las relaciones de género, las relaciones económicas. Han pateado el tablero de lo políticamente correcto, han instalado el “basta” al *statu quo*, han promovido nuevas narrativas contra el “comunismo” y el “marxismo cultural”, mientras ponen en cuestión la democracia liberal que conocemos. Si llegan al gobierno hacen experimentos económicos, culturales y comunicaciona-

les también muy distintos. Es una etapa diferente a aquella del Consenso de Washington de 1990 donde la receta neoliberal se impuso como único lenguaje económico global.

Estamos en los primeros años de una etapa histórica que comenzó con el triunfo de Donald Trump, el Brexit y Jair Bolsonaro. Es probable que esta etapa se prolongue por varios años más. Si esto es así, lo único seguro es que la ultraderecha de masas será dinámica. Irá modificando sus visiones económicas, en una u otra dirección, quizá más neoliberal en el Sur y más nacionalista en el Norte. E irá modificando sus visiones políticas, especialmente de la democracia, del pluralismo y de los derechos humanos. Probablemente, acercándose a su pensamiento más profundo que por ahora en la mayoría de los países no puede llevar a la práctica.

Utilizamos la noción de “extrema derecha” o “derecha radical” porque son las categorías más abarcativas. ¿Se trata de noción trascendental o situada? Aquí la utilizamos en un sentido contextual. Constituye una fuerza política ubicada a la derecha de la derecha tradicional, que además utiliza discursos y acciones extremas, como la xenofobia, en general la alterofobia, la polarización política, en algunos casos el insulto o el maltrato y ya en dos casos célebres la ocupación física de poderes de la república, como el Capitolio en Estados Unidos y la Plaza de los Tres Poderes en Brasil. En algunos países la derecha extrema gobierna o ha gobernado. Pero cada año en más países es una fuerza de masas y en ningún caso parece un fenómeno pasajero.

Entre las múltiples causas que produjeron esta nueva etapa histórica global están los profundos déficits de las izquierdas, las centroizquierdas y los partidos tradicionales. Estos años están marcados hasta ahora por una profunda inestabilidad: las fuerzas de centroizquierda o centro ganan y pierden contra esta nueva derecha extrema. Nada se estabiliza. No hay una nueva hegemonía, como en la segunda posguerra o después de la caída del muro de Berlín.

Las fuerzas democráticas no han resuelto ninguno de los problemas que nos trajeron hasta aquí. Será imprescindible que, al mismo tiempo que se defienden valores democráticos y derechos fundamentales, se

abra un gran debate para repensar el presente y el futuro. Es urgente, pero llevará tiempo. Tal como están las cosas hoy, antes de que el mundo esté mejor, estará mucho peor.

Puntos ciegos de las fuerzas democráticas

La política siempre es una interrelación. La relación entre las fuerzas democráticas y las autoritarias indica que si las primeras siguieran por un camino similar al que nos trajo hasta aquí, es probable que la derecha extrema se perpetúe y crezca. En el amplio espectro de fuerzas democráticas y por la justicia social ha habido durante muchos años debates generalmente sordos, en el sentido de que las instituciones y los propios protagonistas no contribuyeron a explicitar los conceptos y términos de la controversia. En este ensayo hago explícitos varios de estos debates. Propongo alternativas a algunas disyuntivas, pero hay que leer estas propuestas como un llamado de emergencia: no necesitamos coincidir punto a punto, sino descubrir cómo cooperar para tratar de superar el binarismo que funciona como una fábrica de puntos ciegos, de zonas relevantes socialmente que permanecen sin respuesta, que van creciendo y madurando hasta que estallan.

La lista es larga: nos cuesta admitir los errores graves de líderes carismáticos, nada de lo que hacen se puede debatir, las organizaciones políticas democráticas son cosas del siglo xx, el manejo del dinero para la política ha generado problemas en varios países del mundo, la carencia de proyectos económicos transformadores no puede ser tema de agenda, y así sucesivamente. Si alguien previó algunos de estos puntos ciegos, sus colegas guardan silencio porque sería admitir reflexivamente que habría que haber hecho algo. Sí, habría que haber hecho algo: el demonio no es un rayo en el cielo despejado.

Las tradiciones teóricas y políticas de las ciencias sociales y las humanidades se actualizan ante el crecimiento exponencial de las derechas extremas y su dinámica posterior. ¿Qué es lo que debemos considerar como algo sorprendente? ¿Que Bolsonaro haya sido presidente de Brasil?

¿Que Lula lo haya derrotado en las urnas? ¿Que lo haya derrotado por un escaso margen de votos? ¿Que Trump haya sido presidente, que haya perdido? ¿O que haya vuelto a ganar?

Hay una tradición del pensamiento crítico que organiza su trabajo en torno de la pregunta: ¿cómo dominan los sectores dominantes y cuáles son los mecanismos de esa dominación? Frente al proceso contemporáneo hay textos relevantes que analizan las transformaciones económicas, culturales y tecnológicas. Otra tradición del pensamiento crítico se plantea la pregunta de cómo resisten y crean alternativas los sectores subalternos. Frente al proceso contemporáneo hay textos que cubren una agenda diversa y dispersa, así como a los movimientos sociales y a procesos políticos que los encarnan.

Hay una tercera tradición que ha intentado congeniar elementos de ambas, e incluso, superar los binarismos. Más que pensar en autores determinados, corresponde pensar en escritos concretos, porque hay grandes autores que tienen textos que encajan en distintas tradiciones. El mejor ejemplo es Karl Marx. El “Prefacio” a la *Contribución a la crítica de la economía política* describe el cambio social como una cuestión meramente objetivista, carente de sujeto, donde surge la famosa metáfora arquitectónica de base y superestructura. En contraste, en sus famosos análisis políticos retoma su célebre idea de que “la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases”; es decir, una cuestión de acción de los sujetos de carne y hueso, volviendo sobre la idea original de que el “hombre” se hace a sí mismo al producir sus medios de vida. Sin embargo, es en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* que Marx conjuga explícitamente la acción de esos sujetos con la sedimentación histórica y produce una de sus frases más citadas: “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado”. Esto es una síntesis de la voluntad y la acción y aquellas fuerzas que están mucho más allá de la voluntad. Los legados de las generaciones previas. “La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”, dice Marx. ¿En qué contextos se ha

comprendido reflexivamente esta brillante observación? ¿En cuáles, en cambio, esa pesadilla gobernó “naturalmente” a la acción?

Cuando leemos los análisis contemporáneos más lúcidos acerca de cómo se genera y sostiene el proceso de dominación, se produce un efecto de que somos meros espectadores. Asistimos al espectáculo de impecable diseño que sostiene las grandes desigualdades de nuestra era. Y asistimos al espectáculo de brillantes analistas que explican lúcidamente los detalles del funcionamiento. Una coincidencia no puede dejarse pasar. Mientras las narrativas de la ultraderecha colocan el centro en la conspiración (del “marxismo cultural”, de los movimientos sociales, de los partidos políticos), algunas narrativas que denuncian la dominación también se basan en una tesis conspirativa: de los megamillonarios, los dueños de las redes sociales, de las grandes plataformas. “La era de las conspiraciones” como realidad y como mito.

¿Qué opciones tenemos? Escribir otra contribución de esa tradición, enseñar la historia de los regímenes de dominación a los estudiantes y seguir como espectadores de lo que protagonizan los otros. Textos críticos clásicos, como *Dialéctica del Iluminismo* o *Ideología y aparatos ideológicos de Estado* pueden ser leídos en el marco de grandes luchas políticas y culturales. O, también, dentro de la primera tradición mencionada, donde están ausentes las brechas, las zonas de ambigüedad, los espacios de disputa y los grandes conflictos.

Ahora bien, cuando leemos los análisis más lúcidos acerca de cómo resisten los sectores subalternos y cómo crean espacios propios de organización y poder, hay una extensa historia de cierta romantización, de cierta idealización que ahora ha hecho crisis de un modo inusitado. Hubo grandes debates desde los ochenta sobre los nuevos movimientos sociales. El feminismo, los movimientos ecologistas, los pueblos originarios, los afrodescendientes, las disidencias sexo-genéricas, entre otros, fueron ocupando lugares centrales en la agenda. Surgió el zapatismo en México, el Movimiento de los Trabajadores Rurales sin Tierra (MST) en Brasil, los piqueteros en Argentina, y otros múltiples nuevos movimientos políticos en América Latina. Se debatió en el cambio de siglo sobre los postulados del autonomismo, sobre la construcción de poder popular;

sobre sus relaciones complejas con la política, sobre la “marea rosa” y el “giro a la izquierda”.

Sin embargo, la derecha extrema modifica los términos de todos los debates previos. Porque por primera vez desde 1945 hay fuerzas de este tipo que son masivas y que penetran en los barrios populares y en los corazones de las personas de los sectores subalternos. No podemos continuar en un debate sordo sobre cómo resisten los sectores populares, cuando una parte de ellos, por razones que aún no entendemos a ciencia cierta, son la base social de la extrema derecha. Hasta que no asumamos esta realidad, la busquemos comprender y debatamos cómo transformarla seguiremos conviviendo con derechas extremas de masas.

Objetivismo: hegemonizando a las fuerzas democráticas

Si uno relee la clásica bibliografía marxista sobre el cambio social o la revolución, una de sus obsesiones es la cuestión del sujeto. Me refiero a que fue el proletariado en el *Manifiesto comunista*, la alianza obrero-campesina en el Octubre ruso, el campesinado en China y una infinidad de sustantivos y adjetivos para colocar de un lado u otro. Toda esa variedad tenía algo en común: la mirada clasificatoria (Quijano 2015). Se suponía que resultaba obvio quiénes eran “los obreros”, “los campesinos”, “la pequeña burguesía” y que el análisis permitía establecer con claridad sus verdaderos intereses. ¿Por qué, por ejemplo, no estaban perfectamente organizados? ¿Por qué había cualquier déficit político? Porque entre los obreros existentes y la conciencia de sus intereses verdaderos había “falsas conciencias” y tácticas de la clase dominante. El Partido existía para que alcanzaran su conciencia, las formas de organización y las estrategias correspondientes. Una vez logrado eso, la clase (en cualquier formulación) lideraría a sus aliados hacia la conquista del poder.

¿Qué es lo que sabemos hoy? Tres cosas fundamentales. Primero, no hay clases “objetivas” fáciles de definir (Chakrabarty 2009). Siempre

la frontera depende de la mirada y la definición, las zonas grises son un degradé. Segundo, no hay “verdaderos intereses” que puedan ser definidos, salvo cosas obvias (mejorar el salario, las condiciones de trabajo, etcétera), que no hacen al debate específicamente político (formas de financiamiento, propiedad pública, estructura impositiva y productiva, cooperativas, autonomías). Tercero, no hay teleología, no hay un destino necesario. Es decir, no hay *a priori* alguien que deba pensar y hacer las cosas que indica un manual. Ni los obreros ni las mujeres ni los pueblos originarios tienen una ruta ya trazada y un punto de llegada predefinido.

Por el contrario, las personas y grupos que conforman la red que llamamos “sociedad” construyen relaciones, asociaciones, instituciones y organizaciones políticas. Esas formaciones reales guardan relaciones complejas (no mecánicas) con sus posiciones de clase, su autodefinición, el lenguaje del antagonismo que se habla en una sociedad, una historia cultural peculiar, las circulaciones afectivas y las racionalidades que eso implica.

La versión clásica objetivista, que sintetizamos de modo brutal porque ha sido objeto frondoso de la crítica, ha protagonizado el fracaso de las fuerzas transformadoras y, además, es un obstáculo epistemológico que impide entender el funcionamiento político de las sociedades. Como ese objetivismo es el sentido común mismo de sectores de fuerzas democráticas por la justicia social, en muchos países cuando surge la ultraderecha de masas se plantea la pregunta que mencionamos: “¿por qué la gente vota contra sus intereses?”. Debemos suponer que quienes hacen la pregunta saben cuáles son esos intereses y las personas que votan a la derecha extrema no. Obviamente, los “intereses” a los que alude la pregunta son los intereses económicos inmediatos o mediatos, en el sentido de que esas fuerzas perjudican económicamente a sus votantes. Ya veremos que hay otras formas de pensar los intereses.

Un punto central de la renovación del pensamiento crítico será abandonar para siempre la idea de los intereses objetivos, universales, trascendentales. Junto con ello, se abandonará la idea de la “falsa conciencia” que no solo se aplica a las clases trabajadoras. También a las mujeres, las diversidades, los pueblos originarios, otros grupos no

blancos o no occidentales. La noción de “falsa conciencia” se encuentra profundamente imbricada con la perspectiva teleológica. El mundo, según esta idea, va en una dirección, por ejemplo, el socialismo. La clase obrera no hace más que incrementarse cuantitativamente y en mejorar su organización y conciencia. Después del siglo xx, ha quedado claro que la teleología es una perspectiva completamente equivocada. La historia la hacen las personas, los grupos, los grandes conflictos. Pero la historia no tiene un destino o final. Y, por lo tanto, sus protagonistas no tienen una conciencia a alcanzar. Es más, debemos estudiar en cada situación, en cada contexto, quiénes adquieren y con qué identificaciones el carácter de protagonistas. Porque tampoco eso está predefinido.

Entonces, ¿por qué después de cuatro años de gobierno Trump y Bolsonaro se alzaron con decenas de millones de votos y perdieron por poco? No basta con rechazar el objetivismo clásico. Menos aún se trata de pasar a un subjetivismo absurdo que coquetea con que todo se resuelve con “voluntad política”. El voluntarismo puede ser, como ha sido, otra tumba de proyectos transformadores que desconectan sus deseos de las relaciones de fuerzas de cada contexto histórico.

Cuatro giros teórico-políticos

Hay mucho que hacer por la positiva. Para ello, propongo que pensemos en cuatro giros teóricos relevantes.

Primero, el giro antropológico. Para entender los triunfos de las ultraderechas es imprescindible entender cómo piensan y cómo sienten los millones de personas que los votan. Hay que estudiarlos, dialogar con ellos, no estigmatizarlos, no ser condescendientes. Hay que comprender que muchos hablan una lengua que ni siquiera comprendemos.

Segundo, el giro económico subjetivo. En cada caso, hay que preguntarse cuáles son las variables relevantes para las personas y los grupos. En lugar de predefinir que el punto clave es la desigualdad económica, hay que descubrir además cuáles son los criterios económicos de las personas que votan a la ultraderecha. Por ejemplo, puede ser que les

resulte muchísimo más relevante el empleo, las condiciones y el poder adquisitivo que el índice de Gini o ciertas desigualdades. Puede ser que les resulte crucial su capacidad efectiva de consumo, de acceso a bienes identitarios en esa sociedad. Hay bienes identitarios globales, como los *smartphones*, y hay bienes que pueden ser más relevantes en un país o en otro, la ropa, los automóviles o motocicletas, ciertas comidas o bebidas. Sin incluir una dimensión sobre esa *economía política del consumo*, las variables pueden ofrecernos información cartográfica relevante para muchas cosas, excepto para entender cómo piensan y sienten los votantes de esas fuerzas.

Tercero, el giro hacia los intereses subjetivos. Hay que redefinir el término “intereses”. Muchas personas están dispuestas a perder dinero si no pierden jerarquía frente a los sectores sociales ubicados debajo (Grimson, Guizardi y Merenson 2023). Otras personas pueden estar dispuestas a perder ingresos a cambio de tener un mínimo de previsibilidad, al menos en países con tasas de inflación anual de tres dígitos (como la Argentina de finales de 2023). Quizá otros están dispuestos a perder ingresos si sienten que ganan en seguridad o en tranquilidad. Hay que estudiarlo. Pero no votan contra sus intereses, votan por el modo en que canalizan la construcción de sus intereses.

Cuarto, el giro afectivo, que tiene una referencia filosófica crucial en Spinoza. No es “pienso, luego existo”. No es presencia o ausencia de racionalidad, pues esta, además de estar definida por los intereses y los valores, también lo está por los sentimientos y las emociones. Me refiero a lo que Spinoza llamó “afectos” como una dimensión crucial y constitutiva de todas las acciones humanas. No hay políticas sin circulación de afectos. Ni siquiera hay razón o racionalidad sin afectividad. No es posible pensar sin sentir.

Si bien hace unos quince años se ha comenzado a referir un “giro afectivo” en las ciencias sociales (Clough y Halley 2007; Leys 2011; McElhinny 2010), debemos tomar distancia de cualquier variante que conciba a los sentimientos o emociones como lo contrario de la racionalidad. El afecto es relacional, intersubjetivo, constitutivo de las diferentes racionalidades y de contextos históricos particulares (Berg y Ramos-Zayas, 2015). Tanto los

analistas políticos como algunos investigadores contraponen la conducta emocional a la racional. Esa escisión fue el “error de Descartes” (Damasio 2010), en un momento crucial de la historia del pensamiento. “Por mucho tiempo las pasiones han sido condenadas como factor de turbación o de pérdida natural de la razón” (Bodei 1995, 9).¹ El giro afectivo adquiere potencia si ponemos en cuestión esa división artificial y comprendemos las prácticas sociales como constitutivamente emocionales.

Podríamos comenzar (aunque no lo haremos aquí) por la pasión que en su apogeo despertó la propia causa de la Razón (con mayúscula). La idea de una ecuación que implica que a más emociones hay menos racionalidad y viceversa, es completamente equivocada. Por supuesto, puede haber —como dice el dicho— emociones que “nublen la razón”. Pero pueden ser tanto pasiones tristes (como el odio) como pasiones alegres (como la idealización del otro). Puede haber argumentos racionales e intereses que nublen las prioridades. La esclavitud, el racismo, los campos de concentración no fueron el dominio de las emociones sobre la razón. Fueron intereses, por un lado, y dialéctica de la ilustración, por el otro. Y puede haber pasiones muy racionales, profundamente lógicas. Lo difícil, y lo que nos proponemos aquí, es descubrir y reconstruir las lógicas racionales de muchas pasiones.

En el endiosamiento a la racionalidad se produce un equívoco filosófico fundamental: la creencia de que las decisiones racionales tienden a ser adecuadas y justas. En efecto, las decisiones de un juez probo son a la vez racionales y justas. En varios países hay gremios, incluso de empleo público, donde los sindicatos solo aceptan la incorporación de nuevos trabajadores que sean familiares de los trabajadores actuales. Incluso en el Poder Judicial. Hay universidades donde los concursos públicos

¹ “‘Razón’ y ‘pasiones’ son, pues, términos pre-juzgados, que es necesario habituarse a considerar como nociones correlativas y no obvias, que se definen recíprocamente (por contraste o por diferencia) sólo dentro de ciertos horizontes conceptuales” (Bodei 1995, 9). Todo el esfuerzo de Bodei está destinado a mostrar que ambos términos son modos de abordar dimensiones imbricadas de lo humano, descartando tanto que no haya inteligencia en la pasión, descartando pensarla como “enceguecimiento” que debería ser demonizado.

nunca los ganará quien tenga mejor desempeño, sino la persona local, que pertenece a la red social del lugar. Hay funcionarios que aprovechan su poder circunstancial para designar familiares. Todos estos casos son de una enorme injusticia, pero de una enorme racionalidad. Racionalidad egoísta, claro. Y en algunos casos corrupta, cuando implica uso de recursos públicos.

Resulta evidente que las acciones que consideramos justas no tienen correspondencia con las acciones que llamamos racionales.

Una tercera opción supera al binarismo

Frente a las miradas fuertemente objetivistas o subjetivistas, la solución no es llegar a un punto intermedio que combine en dosis “correctas” ambas alternativas. Es necesario valorar los aportes de todas las ciencias sociales y humanidades a partir de una visión superadora que, como dijimos, está inscripta también en una tradición teórica, solo que invisibilizada. Es una perspectiva teórica presente en trabajos de los grandes autores clásicos. Quizá Norbert Elías y Pierre Bourdieu son dos de quienes hicieron aportes significativos en esa dirección.

Estas perspectivas teóricas son modos de mirar e interpretar los procesos sociales. Creemos que es necesario asumir que existen las condiciones objetivas, en el sentido de procesos independientes de la voluntad de los sujetos; y al mismo tiempo entender que los significados de cualquier hecho no se derivan del mismo, sino de las configuraciones hermenéuticas de los grupos y sectores sociales. Esas perspectivas son disputadas, heterogéneas, contradictorias. Evidentemente, hay verdades empíricas. Pero que las sociedades reconozcan o desconozcan esos datos, y los signifiquen de una u otra manera, es otro hecho independiente de la voluntad de los investigadores o de los políticos. Aquellos que fuerzan la realidad para que encaje en esquemas previos violentan lo social y son un obstáculo para la tarea científica, ética y política del presente.

Los conceptos y herramientas generadas por cada una de estas tradiciones pueden hacer un aporte para abrir la caja negra de la extrema

derecha. Pero en vez de suscribir sus certezas generales debemos aceptar que no es objetivismo o subjetivismo. Es *intersubjetivismo*, un término que se remite a una configuración relacional, situada, con sedimentaciones y lenguajes que establecen fronteras. La frontera entre una configuración político-cultural y otra.²

Necesitamos todos los aportes para comprender esos sentidos, esos otros puntos de vista, antes que visiones totalizadoras de lo social que arrasan con sus complejidades. La complejidad convive mejor con el pluralismo y la heterodoxia teórica. Así lo explica Siri Hustvedt, neuróloga y escritora: “Mi solución es el pluralismo. Es posible ver el mismo problema desde múltiples puntos de vista. No se llega a una sola respuesta, pero se puede alcanzar lo que llamo ‘una zona de ambigüedad enfocada,’ que ayuda a formular buenas preguntas” (Gigena 2018, citado en García Canclini 2019, 27). La heterodoxia teórica permite un diálogo de categorías teóricas con contextos diversos, temperando o disolviendo las pretensiones universalistas que implican dañar la comparación de realidades particulares.

A esto hay que agregar una dificultad deontológica o ética. Cuando el pensamiento crítico analiza las desigualdades de género, es para contribuir a reducirlas o eliminarlas. Lo mismo sucede con las desigualdades por razones étnicas o racializadas. Ninguna de ellas tiene justificación alguna.

Sin embargo, mucho más complejo es pensar una sociedad completamente igualitaria y horizontal. Se han escritos libros extraordinarios criticando el uso de la meritocracia como legitimador de desigualdades de clase que se perpetúan de generación en generación (Sandel 2020; Passeron y Bourdieu 2014). Eso no significa que el mérito sea irrelevan-

² Hace varios años (Grimson 2011) propuse la noción de *configuración cultural* para comprender cómo en un espacio social (un barrio, una ciudad, una provincia, un país), diverso por definición, se instituye una lógica de la heterogeneidad, un lenguaje compartido del conflicto, un horizonte de posibilidad. Entonces, existen al menos, en relación con la noción de *configuración*, dos tipos de fronteras. Las fronteras entre espacios o configuraciones. Y las fronteras entre los contendientes o protagonistas de cada configuración, una frontera entre identificaciones.

te o que sea injusto tenerlo en cuenta en cualquier contexto. Tampoco significa que el esfuerzo sea irrelevante. ¿Cómo puedo decirle a un trabajador o trabajadora que madruga y se esmera en hacer bien su trabajo que el esfuerzo y el mérito son irrelevantes? ¿Conducir bien o mal un transporte público podría ser irrelevante? ¿Ser un buen docente, basurero, limpiador de baños, empleado bancario o médico sería irrelevante? ¿O estaría solo determinado por el origen social?³

No se trata de un debate acerca de cómo debería ser la sociedad ideal, aunque quizá algunas de esas cuestiones pueden estar implícitas. Se trata de un debate acerca de cómo intervenimos hoy en el debate social y sus consecuencias en la imaginación política. Si reivindicamos con potencia la justicia social (como creo que hay que hacerlo), estamos diciendo que vamos a abolir todas las desigualdades injustas y vamos a sostener desigualdades menores y justas. Si alguien acepta ir a enseñar o practicar medicina a una zona en la que nadie quiere hacerlo, debe tener un reconocimiento, probablemente económico. Si trabaja más horas, también. Y si en condiciones de igualdad decide utilizar su tiempo libre para formarse más para trabajar con más herramientas, también. Esos debates hay que darlos.

Es decir, hemos dicho que se deben abolir todas las desigualdades de género, étnicas y racializadas. Pero no estamos hablando de abolir todas las desigualdades económicas, sino pasar a una tercera opción: justicia social implica que estas se reduzcan drásticamente y que las desigualdades que existan sean justificadas y justas.

Aquí aparece otra faceta del binarismo que ya criticamos. Defender lo público es que lo público funcione bien para la ciudadanía. Aquello que requiere de subsidios (el transporte, los vuelos a zonas que las líneas comerciales no desean viajar, las tarifas para los sectores vulnerables) recibe dinero público. Lo mismo la educación, la salud, la obras, la ciencia, las

³ Es difícil saber hasta dónde puede extenderse el dogmatismo binario. Pero si alguien argumentara que el desempeño laboral estaría determinado solo por el origen social (lo cual me parece absurdo), yo respondería que eso indicaría un fracaso estrepitoso de la educación pública, uno de cuyos objetivos es erosionar los privilegios de origen y ofrecer conocimientos de altísima calidad a todos los niños, niñas y adolescentes.

artes. A la vez necesitamos una obsesión progresista por cuidar el dinero público. El descuido del dinero público es antidemocrático e injusto. Necesitamos refinar los argumentos y las políticas por la justicia social.

Lo contrario de “mano dura” no es “mano blanda”, abolicionismo o solo militancia antipunitivista. La solución democrática no es la de Nayib Bukele. Pero si la alternativa a El Salvador son países donde la complicidad entre las fuerzas de seguridad y el crimen organizado amenaza la convivencia en ciudades o zonas enteras, en las cuales la vida de miles y miles corre riesgo, es muy probable que se imponga en las urnas el modelo de Bukele. Porque es en esas coyunturas que sectores inmensos de las poblaciones exigen *el reino del orden por encima de la ley* (ver Nunes 2022).

Los grandes desórdenes que dañan a las sociedades son provocados por el crimen organizado, por la prepotencia de grandes empresas, de países poderosos, por fanatismos discriminatorios, o por la pasividad de las instituciones públicas ante estas u otras amenazas. La derecha extrema promete un nuevo orden, pero inexorablemente llevará a una mayor polarización política, a un creciente estrés social, a una profunda angustia ante otras formas de violencia.

Las fuerzas democráticas y por la justicia social deben construir un horizonte de un orden estable y justo, que reduzca al mínimo posible las incertidumbres del mundo contemporáneo. Frente al caos del capital, del crimen y de la violencia discriminatoria, hay que reconstruir una convivencia plural y pacífica sin lugar para abismos económicos o sociales. Hay que reconstruir la esfera pública democrática promoviendo que se conozcan los grandes dilemas y debates, que se amplíe la participación. Necesitamos un orden democratizador.

La nueva época de los fanatismos de masas

¿Por qué en la mayor parte de los países de Europa y América hay fuerzas de masas de la derecha extrema? ¿Se debe a los déficits económicos y políticos de los partidos tradicionales? ¿Cuáles son las condiciones que pueden generar una crisis de la democracia? ¿Son autoritarios? ¿Son neoliberales? ¿Está realmente en riesgo la democracia?

En el mundo estamos viviendo un periodo similar al de “entregueras”, ese lapso entre el fin de la Primera Guerra Mundial y el inicio de la Segunda.⁴ Un periodo de alta inestabilidad política, de derrotas para las fuerzas populares, de dificultades para la previsibilidad. ¿Puede en este caso terminar diferente el fanatismo de masas? ¿Es inevitable que las cosas empeoren antes de mejorar?

Hoy las democracias tambalean —sin morir— en varios países de América y Europa. El crecimiento global del consenso de los años noventa, que consistía en aplicar el ajuste neoliberal bajo el paraguas de democracias liberales, comenzó a tener dificultades después de la crisis económica de Lehman Brothers en 2008 y se quebró a partir de 2016 con el Brexit y los triunfos de Trump y después de Bolsonaro. A esta lista de síntomas globales de un cambio de época agreguemos que en la mayoría de los países de América y Europa se abrió una etapa de “posprosperidad”. Una narrativa global que se impuso después de la caída del muro de Berlín, con sus promesas de unión entre globalización, capitalismo y democracia, había

⁴ La primera vez que escuché esta idea fue en una conferencia de Álvaro García Linera, el intelectual y político boliviano que fue vicepresidente de Evo Morales. El resto de las implicancias corre bajo mi responsabilidad.

llegado a un punto de quiebre. El Gran Relato de un mundo globalizado sin fronteras, contemporáneo de la hegemonía posmoderna que afirmaba que habían muerto los grandes relatos, develó su mentís. Devino inverosímil hasta para sus más fanáticos seguidores. No solo porque quedó al desnudo el truco de permitir la libre circulación del capital financiero mientras se convertía al Mediterráneo en un cementerio marino para náufragos de guerras, hambrunas, estados fallidos, y se levantaban muros por doquier para frenar su llegada a lugares que se percibían a sí mismos como el corazón de la prosperidad y las libertades. La pandemia global aumentó la intensidad de los nacionalismos. Obviamente, en este contexto hay que comprender las crecientes situaciones bélicas o cuasibélicas.

En los veinticinco años que van desde 1990 a 2015 hubo hechos inmensos, como el atentado a las Torres Gemelas en septiembre de 2001, la guerra de Afganistán y la subsecuente puesta en marcha de la agenda de seguridad antiterrorista de Estados Unidos y la Unión Europea. Además, la crisis del neoliberalismo había estallado en algunos países sudamericanos y se expresó en el llamado “giro a la izquierda” en esa región. Sin embargo, el mencionado punto de inflexión de 2016 tuvo una consecuencia contundente, a saber, dejar muy en claro que la narrativa nacida en 1990 ya no funcionaba. Los avances en materia de derechos civiles como el matrimonio igualitario, el derecho al aborto legal y gratuito o las políticas de reconocimiento a sectores étnico-raciales oprimidos comenzaban a ralentizarse y a impulsar de manera cada vez más clara una reacción conservadora que funcionó como contragolpe a esa agenda de derechos. La propia democracia entró en una zona de riesgo creciente y la hegemonía económica de las políticas neoliberales se combinó a veces con fuerzas más conservadoras y otras con corrientes más progresistas. Es lo que Nancy Fraser (2017) llamó críticamente “neoliberalismo progresista” y Stuart Hall “multiculturalismo neoliberal” (Hall 2014, 633); es decir, una coexistencia de avances efectivos en derechos civiles con políticas económicas altamente regresivas.⁵ Aquello que la hegemonía cedía u otorgaba en reconocimiento lo quitaba en redistribución económica.

⁵ “En su versión estadounidense, el neoliberalismo progresista es una alianza entre las corrientes mayoritarias de los nuevos movimientos sociales (feminismo, antirracis-

Los gobiernos de Donald Trump y Jair Bolsonaro fueron emblemáticos de la ofensiva conservadora que buscó restringir derechos civiles y derechos de los grupos minoritarios. En ambos casos hubo misoginia, racismo, clasismo u homofobia, así como negacionismo de la pandemia y del cambio climático. En ambos casos, se apeló a *fake news* y proliferaron discursos del odio con gestos y acciones antipluralistas. El ataque físico a instituciones democráticas fue la evidencia palpable de la dislocación que introdujeron esos dos gobiernos en el discurso público.

Apoyo social transversal

Han surgido liderazgos de tipo “antipolítico” o “anti *statu quo*”, que apelan a su identificación con “el pueblo”, con discursos y prácticas alterofóbicas en los que inciden de modo estructurante las historias y configuraciones nacionales.⁶ Una gran pregunta que tiene respuestas variadas según los casos es cuáles tienen que ver con los marcos interpretativos de los votantes y cómo significan los discursos de los líderes.⁷ No va de suyo que la calificación de extrema derecha que aplicamos a un líder político sea o no aplicable a sus adherentes. Nuestra hipótesis es que, si nos

mo, multiculturalismo y derechos LGBT), por un lado, y los sectores «simbólicos», de lujo y orientados a los servicios del mundo de los negocios (Wall Street, Silicon Valley y Hollywood), por otro. En esta alianza, las fuerzas progresistas se unen efectivamente a las fuerzas del capitalismo cognitivo, en particular a la financiarización, y les aportan su carisma, aunque sin proponérselo. Ideales como la diversidad o el empoderamiento, que en principio sirven a otros fines, acaban dando lustre a unas políticas que han devastado la industria manufacturera y han arrebatado a las clases medias sus antiguos medios de subsistencia” (Fraser 2017, 67).

⁶ Utilizamos el neologismo *alterofóbica* para señalar que no son fobias hacia uno u otro grupo, sino hacia lo percibido como diferente, clasificado como “otro”.

⁷ “Los estudios recientes precisaron que el apoyo electoral a Bolsonaro se asocia con un cierto alineamiento de sus votantes en diferentes dimensiones: económico-distributiva, cultural, securitaria, relación con la democracia. En esta línea, se sostiene que los votantes de Bolsonaro tienden a posicionarse en consonancia con la retórica y la toma de posición de su candidato (Rennó 2020; Layton *et al.* 2021; Setzler 2021)” (Kessler, Vommaro y Assusa 2023, 4).

preguntamos por la carga ideológica del votante, hay como mínimo tres grandes respuestas. Primero, es factible que los adherentes compartan partes del discurso o de la visión ideológica del líder. Segundo, en diferentes países hay movimientos anti *statu quo*, o “antipolíticos” en general, que se canalizan a través de un líder ultraderechista.⁸ Y tercero, hay cambios profundos en las sociedades que al encontrar esa canalización derivan en un giro a la derecha más claramente ideológico.⁹

¿En qué sectores sociales se apoya este cambio político? Las interpretaciones basadas en el análisis de clases pueden resultar útiles para contextos nacionales específicos. Sin embargo, en Europa y América hay apoyos que provienen de las víctimas de la desindustrialización, los nuevos desempleados, los grupos históricamente privilegiados que perdieron jerarquía y poder con el “multiculturalismo neoliberal”, las clases medias ascendentes de países periféricos, los trabajadores no registrados, los integrantes del nuevo emprendedurismo y del nuevo precariado, los varones jóvenes atónitos ante la marea verde, jóvenes de cualquier género con ansiedad ante la dificultad enorme para acceder al mercado de trabajo, las mujeres que forman parte de movimientos evangélicos. Es imposible identificar el proceso político global con un sector social particular, como se hizo con el fascismo, con los populismos latinoamericanos clásicos y con tantos movimientos políticos. Estamos ante varios fenómenos complementarios. Allí donde hubo mejoras económicas para grandes sectores, también se produjo una corriente de resentimiento en sectores medios como reacción a la reducción de jerarquías o distancias naturalizadas (Grimson, Guizardi y Merenson 2023). Es el resentimiento como afecto del “privilegio agraviado”, “la herida que sienten los grupos que reclaman el privilegio perdido” (Illouz 2023, 130). Donde hubo cual-

⁸ Utilizo el término *antipolíticos* porque según las entrevistas que he realizado la mayor parte de los jóvenes no están en contra de “la política” en general, sino que quieren una política que no sea protagonizada por los políticos de las fuerzas tradicionales.

⁹ Para un análisis pormenorizado de inclinaciones ideológicas y voto es muy sugerente el análisis realizado por Balsa (2024) para el caso de Argentina, que mencionaremos con mayor detalle en el último capítulo de esta obra.

quier política de inclusión o protección social, ha habido también cuestionamientos horizontales (“no trabaja y tiene el mismo ingreso que yo”, “es extranjero y el Estado lo ayuda”). En todo el mundo crece la reacción cultural conservadora contra los avances relacionados con las políticas de igualdad de género o de reconocimiento cultural. Y encima de todo esto, hay una tesis potente de que amplios sectores de la economía informal incorporan el modelo subjetivo de la economía de plataforma, en el sentido del *self made man* (Pinheiro y Vargas 2023). Una parte inmensa de los trabajadores latinoamericanos fueron considerados durante décadas como excluidos de todos los sistemas de protección social y derechos laborales. La mayor parte de los trabajadores de Uber, Rapi o Pedidos Ya no están incluidos en ninguna protección. Sin embargo, más adelante mostraremos que al menos en algunos países exigen que el Estado no se meta con ellos, ya que consideran que gestionan su propia unidad productiva a través de su *smartphone*. Aquello que Natalia Radetich (2022a) llama la *smartphonización del mundo* se vincula a este devenir, la inmensa mayoría de la veces puramente ilusorio, de precariado a emprendedores.

Dardot y otros (2024) analizan el proyecto neoliberal de desmantelar la institución del trabajo asalariado asociada al “fordismo” “para sustituirlo por esta otra norma del empresario de sí mismo, que trabaja de forma flexible y no se beneficia de protección social y jurídica alguna. Este nuevo modelo, al que habitualmente se alude con diferentes expresiones (uberización, *gig economy*, capitalismo de plataforma)” (2024, 212), implica una transformación subjetiva. Por ello, “comprender los mecanismos psicológicos de la guerra de competitividad permite explicar, al menos en parte, que aquellos que son sus principales víctimas puedan, a veces, someterse a ella con cierto entusiasmo” (2024, 218).

Y esto se vincula a un cambio en los afectos y las configuraciones de sensibilidad.

Estamos entonces ante el “ocaso de los afectos” como los conocíamos en una etapa anterior del capitalismo, y ante el surgimiento de una nueva lógica en la que los afectos tienen nuevamente un papel cen-

tral en la producción y subordinación del sujeto del capitalismo: un sujeto automotivado, entusiasta, eufórico, participe de una economía que exige de ellos mayor disponibilidad y flexibilidad para el trabajo (Besserer 2015, 57).¹⁰

Inmensos cambios sociales

A menudo escuchamos que las derechas extremas crecen porque también lo hacen los discursos del odio, y que el poder concentra la propiedad de los medios de significación. Sin embargo, esto no nos brinda pistas acerca de por qué esto ocurre, ya que dentro de ciertas variaciones, eso siempre fue así.

Por eso, debemos preguntarnos qué cambió en estas regiones del mundo. Y ahí sí encontramos una diversidad de razones. Retomo brevemente elementos que ya hemos explicado.

1. En el plano global hay un cambio estructural en las relaciones de trabajo o, como las llamaba Marx, en las relaciones de producción. Hay un descenso del trabajo asalariado registrado y un crecimiento del precariado y las economías de plataforma. En el taylorismo y el fordismo hemos tenido “el clásico encapsulamiento trabajador-máquina, en el uberismo ese encapsulamiento persiste pero ahora está ligado a un principio general de movimiento” (Radetich 2022b, 198-199). Evidentemente, en el uberismo no hay línea de montaje, es individuo-*smartphone*-individuos. Una configuración muy peculiar de intersubjetividad. El uberismo es la base social y la metáfora del neoindividualismo. El cambio en las subjetividades que es la clave de bóveda de este cambio de época. En sociedades desindustrializadas, el precariado participa en el consumo de manera limitada y se debilita su capacidad de participación en luchas políticas con base en la posición de clase (Harvey 2001; Banks y Gingrich 2006; Shoshan 2017). Desde hace dos

¹⁰ El trabajo antropológico de Federico Besserer (2015) sobre economía política de los afectos y regímenes de sentimientos aborda muchas otras dimensiones fascinantes.

- décadas, Argentina experimentó con una forma “milagrosa” de organización de desocupados, pero actualmente sus organizaciones están a la defensiva y no constituyen una alternativa política para la enorme masa de quienes se encuentran excluidos del mundo asalariado y de la protección de la seguridad social (por más precaria que sea).
2. A nivel global hay una revolución de la comunicación por las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), el papel de la *smarthphonización* y las redes sociales, con un enorme impacto sobre las relaciones sociales. El microemprededurismo, las tecnologías y la estructura individualizante de estas nuevas formas económicas promueven una nueva subjetividad. Es lo que llamo neoindividualismo, muy emparentado con lo que Adamovsky llama *individualismo autoritario* (Adamovsky 2023). Hay un cambio en la autopercepción de los sujetos. Byung Chul-Han plantea el cambio de las sociedades disciplinarias a los regímenes de información: “El sujeto del régimen de información no es dócil ni obediente. Más bien se cree libre, auténtico y creativo. Se produce y se realiza a sí mismo” (Han 2022, 10).
 3. Hoy no hay un solo país en el mundo que sea un *modelo a seguir* para los sectores progresistas. En los años ochenta, las izquierdas contraponían a la URSS, China, Cuba y los modelos escandinavos. Nadie en el sur global puede tomar a un país como Noruega como referente debido a que dicho país cuenta con reservas petroleras, una cultura peculiar y escasa población. Tampoco podemos apelar a los logros de Pedro Sánchez en España o a casos similares, pues no constituyen un modelo de desarrollo sino gobiernos que actuaron de modo decidido ante la pandemia, las crisis energéticas y la inflación. A menudo contaron con el reconocimiento de la población. En América Latina venimos de fracasos importantes de gobiernos progresistas o de centroizquierda y *actualmente no existe un proyecto económico y político de ese universo a nivel nacional o global*. Su crisis es un capítulo de la crisis global y no una alternativa para una solución contundente.
 4. Los niveles de desarticulación intelectual y política de las fuerzas democráticas y por la justicia social son impactantes. La promoción de debates estratégicos por parte de instituciones, universidades o fun-

daciones es prácticamente nula. Hay redes temáticas sobre género, trabajo, pueblos originarios, afrodescendientes o críticas del neoliberalismo. Pero no hay redes estratégicas, espacios que debatan cómo utilizar el conocimiento en la construcción de una alternativa político-económica. Los proyectos económicos que entraron en crisis en el siglo pasado, no fueron rediseñados para dar respuestas a las tendencias contemporáneas. Hay fracasos en la sostenibilidad macro-económica (como en Argentina), en la sostenibilidad política (como en varios países donde la centroizquierda perdió elecciones) o en la efectividad de cambios concretos (como en Chile).

Sobre estos dos últimos puntos, personalmente coincido con la afirmación de Nancy Fraser acerca de que

lejos de ser el antídoto del fascismo, el (neo)liberalismo es su cómplice en el delito. El auténtico talismán contra el fascismo (ya sea protofascismo, cuasifascismo o fascismo real) es un proyecto de izquierda que reconduzca la rabia y el dolor de los desposeídos hacia una reestructuración profunda de la sociedad y una “revolución” política democrática (Fraser 2017, 74).

Sin embargo, dado que los pocos ejemplos interesantes que nombraba Fraser en aquel entonces (Sanders, Corbyn, Sryza, Podemos) están fuera de combate y no han sido sustituidos por otros, sostengo que no alcanza con afirmar que la derecha extrema sube porque no hay opciones atractivas de una izquierda democrática. Estoy convencido de que hay que indagar este fenómeno también bastante global: ¿qué hay en el capitalismo contemporáneo, en las relaciones laborales, en las nuevas subjetividades que impide siquiera la existencia de un conjunto de libros que abran la imaginación política? Debemos asumir que una tarea impostergable es producir colectivamente nuevas utopías. Si como decía Eduardo Galeano las utopías sirven para caminar, lo contrario también es cierto: cómo se podría caminar sin horizontes de esperanza. Por ahora sabemos que la alternativa a la extrema derecha y al neoliberalismo debe

ser creada sobre la base de democratizar la democracia y de construir principios comunes de justicia distributiva.

Ahora bien, puede resultar trivial abusar de la frase de Gramsci acerca de que una crisis es cuando “lo viejo no termina de morir y lo nuevo no termina de nacer”. ¿Y quién dijo que va a nacer lo nuevo y que es solo una cuestión de tiempo? Creo que no es una cuestión de tiempo, sino de falta de orientación política y estratégica respecto de qué hacer con las formas de producción, las relaciones laborales, las idealizaciones de que “en el fondo” los seres humanos son bondadosos y amorosos, las diferencias sobre el pluralismo político, las visiones de la democracia y del Estado.

Estrategia global de extrema derecha

El planeta está globalizado y la extrema derecha ha creado una internacional reaccionaria (Tokatlian 2018). Desde 2018 se conocen reuniones entre representantes de Trump, Bolsonaro, Orban, Duterte, la ultraderecha italiana y otros movimientos reaccionarios que fueron surgiendo en la misma época, por motivos y con una identidad similares. Esta internacional reaccionaria que ganó prominencia bajo la presidencia de Trump, continúa y ha tenido relevancia en la participación en las segundas vueltas electorales muy disputadas en Chile en 2021, así como en Colombia y Brasil en 2022, o la llegada al poder de Milei, tras ganar la segunda vuelta electoral en noviembre de 2023. Puede definirse como “un movimiento ideológico global arraigado en una tradición histórica” (Michelsen, De Orellana y Costa Buranelli, 2023) que aspira a moldear una sociedad mundial original basada en sus propias creencias y valores. La definición de *reacción* está vinculada con su espíritu restaurador o de “contrarreforma”, con base en el relato de nostalgia política de que el pasado fue mejor que el presente y el deseo de recuperar ese tiempo. Tokatlian advierte que hay una coordinación inorgánica, reconocimientos de líderes reaccionarios hacia candidatos reaccionarios que triunfan o están a las puertas de triunfar en varios países. Se identifican entre

ellos. Su agenda se centra en la crítica de una supuesta conspiración globalista, el rechazo de los derechos fundamentales, los avances sociales y las instituciones multilaterales.

Esta derecha extrema contemporánea tiene los rasgos que algunos autores consideran inherentes al capitalismo. Nancy Fraser (2023) ha tratado de demostrar que el capitalismo es inexorablemente desigual en género, es racista, atenta contra el planeta y entra en tensión con la organización política de la sociedad. Seguramente, su tesis será objeto de fascinantes debates y de replanteos sobre la estrategia política. Lo digo porque fue en contextos históricos evidentemente capitalistas que fue abolida la esclavitud, que se logró el sufragio universal, que las mujeres (en contextos desiguales) accedieron a puestos de máximo poder y que han existido democracias liberales sobre las que puede debatirse mucho, pero en las cuales deberían garantizarse ciertos derechos civiles básicos. En los ochenta, en América Latina, hubo autores que afirmaban que la democracia y el capitalismo eran incompatibles. Pero hasta ahora fue en contextos capitalistas que se dieron los periodos democráticos más extensos en esa región. Así que eso será por mucho tiempo objeto de controversia. No me refiero a controversias filosóficas, sino empíricas.

De lo que no cabe duda es que esta internacional reaccionaria representa en la coyuntura global actual un intento político por unir la libertad del capital, la libertad de la explotación y la expropiación, la libertad para destruir el planeta, la libertad para discriminar racialmente, la libertad para enfrentar los derechos de las mujeres y la libertad de imponer regímenes no democráticos por la fuerza. En otras palabras, no opinaré acerca de si el capitalismo ha sido y será siempre de esta manera que postula Fraser. Pero creo que es importante que su libro haya sido publicado recientemente, porque eso es lo que está sucediendo en la coyuntura actual.

Al mismo tiempo, hay tres temas en los que existen importantes diferencias entre estas fuerzas: la economía (en el norte la mayoría no son neoliberales), los valores (Marine Le Pen descubrió que puede hacer un uso instrumental de cierto feminismo para promover la islamofobia) y la geopolítica (hay grupos alineados con Estados Unidos y otros cercanos

a Putin). Lo que tienen en común es lo anterior y, siguiendo a Forti, “no niegan formalmente la democracia en sí, sino que critican la democracia liberal tachándola de no democrática, es decir, como algo desconectado de la voluntad del pueblo” (2021, 104).

Las fuerzas democráticas por la justicia social, en cambio, están cada una pensando en su país, sin redes que trasciendan cuestiones tácticas o intervenciones coyunturales. Esto muestra una respuesta prototípicamente defensiva, carente de estrategia global, de impulso y de imaginación política. Dardot y otros autores (2024) entienden al neoliberalismo como una opción por la guerra civil, en el sentido de un ejercicio masivo de la violencia contra la sociedad. Sin embargo, conviene precisar qué dimensiones de una metáfora se replican en otra situación y cuáles no. En la Guerra Civil española o estadounidense, por dar dos ejemplos cualesquiera, dos ejércitos se enfrentaban. En cambio, ahora de un lado hay una organización en red, hay ejércitos de *trolls*, hay fundaciones, hay grupos armados, y del otro lado solamente hay gente. Se parece más a violencia institucional sistemática y en varios casos a genocidio que a la confrontación entre ejércitos de una guerra. Es que ya no hay un “ejército” por la democracia y la justicia social. Solo hay violencia planificada desde un lugar. Si fuéramos a designar a esto como guerra civil, conviene aclarar que sería la primera guerra de un solo ejército.

La relevancia de los contextos regionales es tan inmensa como la ausencia de diálogo entre intelectuales democráticos del norte y el sur acerca de la derecha extrema. Algunos de los más brillantes análisis sobre Trump y la nueva derecha (Brown 2021) requieren de complementos cruciales para comprender el impacto en el Sur. La mirada desde América Latina hace imposible sostener, como lo hace Brown, que si “la constelación de principios, políticas, prácticas y formas de razón gobernantes que pueden reunirse bajo el signo del neoliberalismo constituyeron el catastrófico presente, esto no fue una deriva intencionada del neoliberalismo, sino su creación frankensteiniana” (Brown 2021, 32). En una visión exclusiva de Europa y Estados Unidos puede afirmarse que “forjado en la prueba del fascismo europeo, el neoliberalismo apuntaba a la inoculación permanente de órdenes liberales de mercado contra el

resurgimiento de sentimientos fascistas y poderes totalitarios” (Brown 2021, 31). Hayek detestaba los Estados totalitarios en la experiencia europea. Sin embargo, cuando el neoliberalismo devino política económica en Chile en los años setenta (tal como lo señala Brown, 2021), los dos padres fundadores del neoliberalismo, Milton Friedman y Frederick Hayek, inspiraron y dieron cobertura intelectual a un gobierno no solo totalitario, sino genocida, como lo fue el de Pinochet en Chile.¹¹ Lo hicieron antes de que ese neoliberalismo fuera hegemónico en el mundo. Las ideas comenzaron en el Norte, la aplicación en el extremo sur. El neoliberalismo realmente existente no fue un Frankenstein de Pinochet, sino la forma específica que adquirió en cada momento histórico.¹²

A diferencia de Europa y Estados Unidos, donde la mayor parte de la derecha extrema no tiene programas económicos neoliberales, en el sur tanto Bolsonaro como Milei, al igual que Kast en Chile, son representantes del pensamiento económico de Friedman y Hayek, así como de su conservadurismo cultural. En América Latina, la extrema derecha actual es otro capítulo exacerbado de los neoliberalismos que existieron desde los años setenta con dictaduras genocidas, con el Consenso de Washington y las democracias de los años noventa, y que regresan ahora a tomar revancha de los mayores o menores avances distributivos de los regímenes del “giro a la izquierda”.

¹¹ Algo más sobre el pensamiento de Hayek: “Un individuo puede estar oprimido en un sistema democrático y puede ser libre en un sistema dictatorial. Sobre esta cuestión, hay una divergencia radical entre Raymond Aron y Hayek. Para Aron, todas las libertades son dignas de ser defendidas y la oposición entre la democracia y el totalitarismo es la oposición fundamental. Para Hayek, lo fundamental es la libre elección de los individuos en el ‘juego cataláctico’, con la consecuencia de que es perfectamente aceptable disminuir, o hasta suprimir, la libertad política e intelectual para defender el orden espontáneo del mercado. Por eso considera que la oposición entre democracia y totalitarismo es un profundo error” (Dardot 2024, 64).

¹² Dice con lucidez Marcos Nobre: “El neoliberalismo hackeó y destruyó la configuración institucional e ideológica del capitalismo estatalmente regulado pos-1945. . . . Los ideólogos nunca se reconocen en los monstruos que producen, queda reservado a los políticos ese privilegio” (Nobre 2022, traducción mía).

La incertidumbre transforma las subjetividades

¿Cómo devino esta extrema derecha en un fenómeno de masas? Primero fue la incertidumbre, después su masificación. No estoy sugiriendo que la preocupación sea algo radicalmente nuevo. La época de la Guerra Fría estuvo marcada por ella, particularmente por no saber si estallaría una guerra nuclear. Pero las humanidades y las ciencias sociales han descrito esa época, en comparación con lo que sucedió desde los años ochenta y con la caída del muro de Berlín, como un tiempo en el que nos reconfortaban los “grandes relatos” de los marxismos, las religiones y las grandes promesas políticas. Ellas eran fábricas de certidumbre. Hoy, los fanatismos lo son aún más, pero de un modo que nos cuesta aún entender y que está en tensión con nuevos miedos, incluso de conspiración. El fanatismo es un modo hoy de agarrarse a una certeza, un modo de tener un enemigo, un culpable, en medio de un mundo que parece inmanejable.

Aquello que Beck (1998) llamó la “sociedad del riesgo”, hoy es básicamente una total incertidumbre. En el plano bélico, acercándose a los peores momentos de la Guerra Fría. En el plano político, en Europa y América no hay hegemonías claras. En algunos países gana la derecha extrema, en casi todos es masiva, en algunos pierde, en otros se mantiene; perdió Le Pen en Francia, ganó el laborismo británico, mientras la segunda ola rosa de América del Sur tiene graves problemas y dificultades. En el plano laboral, ya se dijo que es la mayor incertidumbre en dos siglos. Esta crece ligada al cambio climático. También en el plano de la capacidad de compra y del consumo.

La pandemia fue una bomba de desasosiego. Sus esquivas son los relatos apocalípticos esparcidos por todos los rincones de la aldea global. Parafraseando a Žižek, es más fácil y usual imaginar el fin de la humanidad que el fin del capitalismo con todas sus injusticias y desigualdades. Películas, novelas y relatos periodísticos nos narran todas las distopías.

La crisis torna imperioso pensar el presente. Y torna impensable el futuro. Su impacto cultural consiste en bloquear la imaginación de nue-

vos rumbos y de nuevos horizontes. Encorsetado el futuro a la catástrofe, a la imposibilidad, se despliega una maquinaria que erosiona la voluntad de acción. Que coloca el destino en cualquier factor ajeno a la voluntad y a la sociedad. Que pretende doblegar deseos, sueños y construcciones colectivas. Sin embargo, el porvenir está en entredicho.

¿Qué produce la incertidumbre? Sentimientos de miedo, de alerta, de máxima precaución. Y una gran demanda de certidumbre. ¿Qué ofrece la derecha extrema? Muchas certidumbres. Sobre los inmigrantes, las conspiraciones, las castas. Hay un enemigo, una causa precisa, identificada. Hay una solución simple. Es la narrativa para calmar la angustia.

Hace varios años, Regis Debray se preguntaba por el éxito de la organización fundamentalista egipcia denominada Hermandad Musulmana, la cual propone organizar la vida social alrededor del Corán y la Sharía. Sus dirigentes eran profesionales universitarios. Egipto prometía a su pueblo el acceso a la modernidad sin ofrecerles referentes culturales ante cambios drásticos de las formas de sociabilidad. Esa potencia de la religiosidad se debe, dice Debray, a que “en definitiva, la religión resulta ser, no el opio del pueblo, sino la vitamina de los débiles” (Debray 1994). ¿Hasta qué punto en el contexto contemporáneo de dislocación del mundo pueden imaginarse las certidumbres de la derecha extrema como una vitamina de los débiles?

¿Qué hacen las fuerzas democráticas y por la justicia social? La mayoría de las veces responden sin convicción, sin comprender bien cuáles son las salidas, sin mecanismos para construir acuerdos. ¿Qué produce, en un gobierno, una “interna” feroz entre sus figuras clave, como sucedió en Bolivia o en Argentina? Más incertidumbre. ¿Qué deben hacer los gobiernos? Lo contrario, crear previsibilidad para los ciudadanos y ciudadanas.

Quizá hay un ejemplo que muestra que no se trata de un fenómeno pasajero, sino de un cambio de época. No es el problema de un presidente o de otro sino de una transformación profunda que está ocurriendo en nuestras sociedades. ¿Por qué hay gobiernos democráticos moderados que tienen problemas políticos serios a pesar de logros económicos? Las economías de Estados Unidos, España y Brasil han funcionado re-

lativamente bien con Biden, Sánchez y Lula. En España, a pesar de una muy buena gestión, Sánchez conservó el gobierno por un margen bajo y mediante alianzas y acuerdos altamente complejos. En Estados Unidos, antes de las elecciones, los pronósticos eran que la economía seguiría creciendo, que se seguiría creando empleo, que la inflación estaba controlada. Sin embargo, el oficialismo perdió la elección presidencial. Claro, se puede hacer la lista de los defectos de Biden o de cualquier otro gobernante. Pero hay un cambio de época. No es solo que Trump haya vuelto a ganar. Es que la extrema derecha es parte de la cartografía política. A veces gana, a veces pierde. Cada vez está más presente. En Brasil, cuando a mitad de año la economía estaba ordenada, la popularidad de Lula caía lentamente.

En Argentina el peronismo perdió por su gestión económica, algo que veremos en el último capítulo. Pero ¿cómo se explica que allí donde los números económicos son similares a buenos momentos de otras épocas, hoy se perciba tan diferente la realidad? Por el cambio crucial en las sensibilidades y subjetividades.

El desencanto con la democracia realmente existente

En el prefacio a la edición castellana de su libro *Las crisis de la democracia* (2022), Przeworski comenta: “Lo que no anticipé fue que en varios países latinoamericanos se intensificarían tan velozmente la polarización política, la erosión de los partidos de centro y la irrupción de los extremos” (Przeworski 2022, 10). Se trata de los mismos indicadores que el autor observó a lo largo del libro, en su análisis de otras experiencias globales. Esos aspectos son considerados peligrosos para la democracia. “El sistema democrático funciona correctamente cuando los conflictos que surgen en una sociedad, sean cuales fueren, se procesan de manera pacífica dentro del marco institucional” (Przeworski 2022, 10).

Se necesitan investigaciones que contribuyan a un mayor entendimiento de los factores que inciden en el debilitamiento de las democracias para poder, a su vez, proponer caminos alternativos, allí donde sean factibles. ¿En qué contextos surge la extrema derecha de masas? ¿En países con Estados fallidos? ¿Con Estados sin autonomía política? ¿Con mayores índices de pobreza? ¿Con mayor desigualdad? ¿Países con historia reciente de violencia estructural? Pues no, ninguna de esas variables resulta útil. Por esa razón es que proponemos otra tesis.

En este capítulo me centraré en las dimensiones y variables generalmente discutidas acerca de la crisis y el colapso de la democracia para subrayar la importancia de algo cuya discusión me parece impostergable: la emergencia de una nueva configuración de las sensibilidades colectivas. Nuestras sociedades están configurando nuevos paisajes emocionales en los cuales florecen mil flores de la derecha extrema. El consenso social en favor de la democracia se va debilitando.

Según el informe de Latinobarómetro 2023, en América Latina hay una recesión democrática. Esta expresión se refiere “al declive y vulnerabilidad al que han llegado los países de la región después de una década de deterioro continuo y sistemático de la democracia”. Ello se refleja en “el bajo apoyo que tiene la democracia, el aumento de la indiferencia al tipo de régimen, la preferencia y actitudes a favor del autoritarismo, el desplome del desempeño de los gobiernos y de la imagen de los partidos políticos”. La insatisfacción democrática alcanzó el 72 % en 2018, su record histórico, para caer solo tres puntos en 2023 (Informe Latinobarómetro, julio de 2023).

Este proceso había comenzado antes en Europa. Las experiencias subjetivas y traumáticas de desposesión a nivel personal y colectivo son campo fértil para el cultivo de esos apegos, sin importar su validez objetiva, empírica y medible (Kalb y Halmai 2011). Estas experiencias pueden expresar pérdidas muy reales de bienestar o “el desvanecimiento de futuros imaginados”. Así, “los nuevos nacionalismos europeos han ofrecido vocabularios mediante los cuales tales ansiedades socioeconómicas podrían formularse como preocupaciones culturales” (Shoshan 2017, 69). En diversos países se redujo la participación electoral y cae la confianza en las instituciones mientras no se resuelven o se agravan problemas económicos y sociales. “Sumergida en esa paradoja de consenso e insatisfacción, la democracia moderna parece dar señales de agotamiento” (Aguiar 2020, 11).

Los ciudadanos llevan mucho tiempo desilusionados con la política, sintiéndose impacientes, enfadados y generando que los electores estén hartos de la democracia liberal misma (Mounk 2018). Esta desilusión y el declinante apego por la democracia abre la posibilidad a alternativas autoritarias. Por eso, se plantea “el fin del siglo democrático” (Mounk y Foa 2018). Entre las condiciones de posibilidad de esta fatiga democrática se encuentran la aceleración del tiempo político, consecuencia en parte de la aceleración de los tiempos mediáticos producto de los avances tecnológicos, que lleva a la subordinación de lo importante a lo urgente (Gutiérrez-Rubí 2021).¹³

¹³ “No es que el pueblo se haya vuelto neoliberal ni que anhele perder los derechos conquistados a lo largo de siglos, pero si la democracia y el progresismo no significan

A su vez, las medidas políticas implementadas, por ejemplo, durante la pandemia de covid-19, fueron extenuantes dadas las exigencias psicológicas, sociales y económicas que implicaron. Extender dichas medidas contribuyó a la fatiga y se transformó en desconfianza hacia los gobiernos. Además, la violencia se convirtió en una estrategia retórica y política de algunos partidos, contribuyendo a erosionar la convivencia plural. La movilización de la ira como sentimiento lleva a la lógica de la deshumanización del adversario, que es convertido en un enemigo por ser quien es y no por sus argumentos o su postura política.

Respuesta a una demanda concreta

La extrema derecha ofrece una explicación acerca de por qué millones de personas sienten malestar, angustia e incertidumbre. Y ofrece sus propuestas. “Si la extrema derecha, al recurrir a la desinformación o a cualquier otro subterfugio, consiguió movilizar las pasiones antisistema de millones de persona que se sienten sin asistencia y dejadas de lado, es porque esos sentimientos *existen*” (Nunes 2022, 43, traducción mía). Esta perspectiva nos permite comprender el error que supone la idea de que todos los ciudadanos desean la mejor calidad de información, pero lamentablemente los malvados distorsionan sus cabezas. Sí, los malvados logran eso, pero también porque desde la sociedad emerge un sector con otras sensibilidades y demandas.

La extrema derecha tiene una respuesta simple y contundente ante la desconfianza, la frustración y el enojo con la democracia liberal. Adoptan un discurso antipolítico, antisistema y crítico contra la “casta política” (Gené y Vommaro 2023). Denuncian cualquier proceso o signo que permita imaginar o constatar la oligarquización de la “clase política”. Mezclan cuestiones elementales (como que los funcionarios

avances en términos de igualdad material y social, la búsqueda de otras opciones individualistas y autoritarias está servida. El abandono de la agenda plebeya de la democracia como igualdad ha de engendrar monstruos que amenazarán con devorar a la sociedad” (García Linera 2024, 77).

cobren un salario), cuestiones habituales (como que los ministros tengan un automóvil público a disposición), con delitos de corrupción. Y la corrupción (que nada tiene que ver con el salario oficial) es un problema realmente grave en varios países. La rabia contra un político enriquecido ilegalmente es uno de los sentimientos políticos más democráticos que se puedan tener. Porque la base es que seamos todos iguales ante la ley. Si hay privilegiados es antidemocrático. Y si alguien puede hacer uso de dinero público, ya sea para enriquecerse o para financiar actividades no aprobadas legalmente (es decir, por las instituciones democráticas), es claramente una acción inmoral, ilegal y antidemocrática.

Sin embargo, la derecha canaliza eso contra la existencia de los políticos y contra la existencia del Estado. Según esta visión, solo sería legítimo ganar un salario en el sector privado. ¿Y los ingenieros nucleares que trabajan para el Estado? ¿Los médicos? ¿Las enfermeras, los docentes, los policías? La actitud de la extrema derecha es abolir impuestos a los millonarios, desfinanciar toda actividad pública tachándola de “corrupción”. Describen la enseñanza de la historia, de la lengua y de valores constitucionales como “adoctrinamiento”. Las fuerzas democráticas quedan a la defensiva, explicando por qué es necesario pagar impuestos y que existan las leyes.

Este carácter antisistema le otorga a esta extrema derecha un lugar de aparente rebeldía. Stefanoni (2021), a lo largo de su libro *¿La rebeldía se volvió de derecha?*, analiza cómo la izquierda se fue quedando en un lugar políticamente conservador, mientras que la derecha se apropió del cuestionamiento por su crítica al sistema. Al afirmar que las banderas políticas históricamente asociadas con la rebeldía como la representación LGTBQI+, la ecología y la incorrección política ya no pertenecen exclusivamente al progresismo de izquierda, sino que se desplazaron en algunos casos a la derecha radical, el autor expone la capacidad de las nuevas derechas “de capitalizar la indignación social” (Stefanoni 2021, 15). Ahora bien, aunque en América Latina los derechos de género son básicamente banderas progresistas, con fuerte resistencia eclesíástica, podemos afirmar que mientras en los temas de derechos civiles el pro-

gresismo ha podido crear en las áreas económico sociales, en cambio, no ha salido de una posición defensiva.

La falta de identificación política positiva deja espacio para la interpelación eficaz de discursos antisistema con intensos contenidos desdemocratizantes. Además, la ausencia de narrativas que proporcionen razones sociales para tramitar el malestar conduce a un estado de desorientación subjetiva proclive al escepticismo, la resignación o el catastrofismo (Ipar, Cuesta y Wegelin 2022).

En este punto podemos encontrar pistas acerca de por qué estos fenómenos cuentan con un gran apoyo de los jóvenes. Muchos jóvenes votan a la ultraderecha contra “la casta” política y contra el sistema (Cassals 2015). Lo cierto es que la rebeldía de la extrema derecha y su discurso, que parecería escuchar esas demandas, hacen que los jóvenes inclinen su voto hacia estas formaciones. “Los jóvenes están sobre todo insatisfechos con *esta* democracia” (Forti 2021, 239).

La reducción del *demos*

La redefinición excluyente del *demos* es una estrategia clave de la derecha extrema (Plot, Slipak y Borovinsky 2024). Esto implica reducir la comunidad de pertenencia nacional y relegar a sectores importantes de la población por fuera de sus fronteras. Es una redefinición de la comunidad, afirmando que hay sectores que no pertenecen legítimamente a ella. ¿Cómo se da esa redefinición?, ¿se expulsa a alguien que ya estaba adentro?, ¿se señala y prohíbe a quien no merecería ingresar?, ¿según qué criterios se procede? Esto apunta especialmente contra la inmigración. Pero como vimos en el caso de Alemania, el concepto “inmigración” puede crecer de manera exponencial si se instituyen nuevos criterios de pureza pretendiendo excluir a una parte de los ciudadanos. En una provincia argentina se pretende excluir a comunidades originarias porque ficcionalmente habrían migrado varios siglos atrás. Según las informaciones antropológicas sobre poblamiento y las capacidades de estas derechas de organizar fantasías completamente anticientíficas,

se podría definir el *demos* del tamaño que cada quien quisiera. Su limitación es puramente política. Pero mientras se presenten a elecciones, deberán convencer a quienes emiten su voto que la mayoría de ellos están incluidos.

Esto puede afectar los derechos de los pueblos originarios, de “minorías” como las poblaciones afro o los inmigrantes. También se incentivan otras comunidades de derechos, donde se pretende priorizar en la salud pública la atención de los vecinos de esa jurisdicción frente a los nacionales que viven al lado o en otro barrio. Allí donde la crisis económica es profunda y quienes reciben alguna transferencia de dinero del Estado son varios millones, las argumentaciones se extienden contra los “planeros” o los “vagos” (personas que reciben *cash transfer*). Son más vaporosas, pero no por eso menos efectivas o excluyentes.

La derecha extrema alimenta fobias a las alteridades para fortalecer la exclusión de quienes no han nacido en el país, o incluso la exclusión de residentes que ellos decidieron considerar imperfectos. O porque sus padres no eran de ese país, o porque nacieron fuera del territorio y después tramitaron la ciudadanía. Como se sabe, cualquier criterio puede ser tomado para definir qué es eso que llamamos “comunidad nacional”.

Recordemos que el nativismo instaló nuevas teorías racistas, en el sentido de que la inmigración era parte de una conspiración para ensuciar la sangre nativa y mezclarlas con sangres de regiones atrasadas. Levantar muros contra la inmigración era así un acto para garantizar la pureza.

Sin embargo, una parte de lo que habitualmente se considera xenofobia es en realidad una combinación donde pesa mucho el rechazo a los pobres. “A pesar de que el termómetro de la xenofobia ha subido una gran cantidad de grados en países de la Unión Europea, sobre todo desde el comienzo de la crisis, mirando las cosas con mayor detención no está tan claro, como hemos comentado, que en la raíz de este ascenso se encuentre solo una actitud como la xenofobia” (Cortina 2017, 11). La autora introduce el concepto de *aporofobia*, argumentando que en realidad es un rechazo a los pobres, ya que en cada país hay extranjeros hacia los que no existe ninguna fobia porque representan la riqueza o el

desarrollo. La exclusión suele combinar xenofobia, aporofobia y racismo. Los ucranianos (blancos, cristianos, eslavos) son bienvenidos en Hungría, pero los sirios no.

Los partidos tradicionales no asumen el malestar social

60

Por otra parte, el desencanto político debilita la democracia porque las instituciones y partidos políticos tradicionales comienzan a percibirse como alejados de la vida cotidiana. Esto se puede ver en la caída de la participación política.

El crecimiento del apoyo a figuras autocráticas es uno de los factores que ponen en peligro a la democracia. Los partidos políticos tradicionales no puedan comprender el descontento y los reclamos del pueblo (Sandel 2020). A su vez, el surgimiento de nuevas prácticas sociales vinculadas con la extrema derecha contemporánea “se suele articular en el contexto de frustraciones socioeconómicas” (Feierstein 2023, 38) y se debe a la incapacidad de los sectores políticos tradicionales para dar respuesta a las demandas populares. La falta de escucha por parte de los partidos más progresistas o de izquierda aparece como un problema y como una de las causas del crecimiento de estos sectores de extrema derecha. El electorado y la población están extremadamente confusos y desmoralizados porque ningún partido toma en serio sus preocupaciones ligadas principalmente al estancamiento en el progreso social, el incremento de la pobreza y la desigualdad (Chomsky 2019).

Quiero mencionar cuatro motivos estructurales por los cuales el fracaso de los partidos de centroizquierda y de centro puede ser lo más probable en los próximos años en varios países.

Primer problema: pareciera que en ninguno de los países gobernados por la centroizquierda o el centro moderado, hay un programa económico consistente que pueda generar beneficios y protección creciente a la población. Se podría debatir si algunos países son excepciones

(Noruega, España, México). Sin embargo, son países que tienen circunstancias económicas particulares y excepcionales. No pueden convertirse en modelos a seguir.

Segundo problema: generalmente, estos partidos pretenden, con mayor o menor éxito, que los beneficios del capitalismo alcancen a la porción más amplia de la población. Esto lo han logrado históricamente aumentando la recaudación sobre los sectores más concentrados de la economía y mejorando los presupuestos públicos, pero la probabilidad de aumentar los impuestos a los ricos va disminuyendo cada año. Esto se debe a que los capitales se manejan con amplia libertad global y los estados nacionales enfrentan el *outsourcing* contable de millonarios que cambian la residencia fiscal de sus empresas para instalarlas en regiones con salarios reales más bajos. En la competencia entre el capital y los estados nacionales, se van a seguir imponiendo los primeros hasta tanto no existan grandes bloques con la fuerza de imponer reglas de juego y reglas impositivas globales.

Tercer problema de estos partidos: los incrementos que ha habido en presupuestos educativos muchas veces no se han traducido en beneficios concretos para el conjunto de la sociedad. Es decir, los líderes pueden haber el hecho el esfuerzo de lograr la redistribución, pero las capacidades de gestión y elaboración de políticas públicas falló en algunas áreas clave. Esto deslegitima el llamado a aumentar más esos presupuestos. Cuando se aumentan los impuestos a los ricos, estos emprenden una brutal campaña contra la política. Cuando se aumentan los presupuestos a áreas sociales, no siempre llegan todas las consecuencias positivas, pero además hay sectores que lo viven como “es lo mínimo que podían hacer”. Después, claro, gana la ultraderecha, cierra escuelas públicas y estalla el llanto. Conclusión: es en vano mejorar la distribución si al mismo tiempo no se avanza en el sentido común, en consolidar valores igualitarios y en mejorar las capacidades de gestión.

Cuarto problema: para los políticos que basan su capital en su desempeño, en su propia ciudad o provincia de algún país, todo esto resulta muy abstracto. ¿Impuestos globales? Ellos no tienen nada que ver con eso. ¿Ausencia de programa económico? Para eso que se haga un *think tank*. Ellos solo cumplen una función. La función propia del político lo-

cal, o incluso nacional. Y cuando pierden, muchos de ellos quedan en una posición confortable, a la espera de que se de una nueva oportunidad.

Condiciones para la crisis de la democracia

¿Cuáles son las condiciones que deben darse para que se abra una “crisis de la democracia”? ¿Por qué una crisis económica se convierte en ciertas ocasiones en una crisis de la democracia? ¿Qué variables debemos tener en cuenta? ¿Cuáles son las condiciones suficientes para el colapso democrático?

Hay ciertos consensos sobre algunas de las variables que contribuyen al debilitamiento de las democracias. La primera es la polarización política extrema (Plot, Slipak y Boharinsky 2024). Es decir, la radicalización de los conflictos entre los actores y la identificación de los adversarios como enemigos. Con ello, los enfrentamientos se vuelven irreversibles y absolutos, y se inscriben, por momentos, en discursos y representaciones bélicos.

Es imprescindible distinguir al conflicto democrático de la polarización. El conflicto es inherente a todas las sociedades. Las sociedades capitalistas son desiguales y las disputas son cotidianas. En las sociedades democráticas las fuerzas ubicadas a la derecha del espectro buscan reducir impuestos e inversión pública. Y las fuerzas ubicadas a la izquierda buscan mejorar la progresividad impositiva y aumentar la inversión y, por lo tanto, el bienestar. No solo hay conflictos electorales, hay huelgas, movilizaciones, tensiones, lucha cultural. Si hay democracia, hay un mínimo de convivencia plural garantizado; el oficialismo puede perder elecciones, no busca restringir la libre expresión de la oposición y mucho menos ejercer algún tipo de violencia física contra ella. En cambio, la polarización es un tipo específico de conflictividad que erosiona las bases de la convivencia plural y de la vida democrática.

Es posible distinguir tres procesos de la polarización: la ideológica, la afectiva y la cotidiana, que se refuerzan entre sí (Miller 2020). La ideológica refiere al alineamiento de los partidos políticos y sus votantes. La

afectiva se centra en el sentimiento que despierta en el votante el partido o el liderazgo político: se manifiesta como un mayor apego a líderes o a partidos con los que hay más identificación y una gran hostilidad con los que no la hay. Por último, la polarización cotidiana hace referencia a la diferenciación social, demográfica y geográfica: “en nuestro día a día vivimos en burbujas rodeados de personas que son y piensan como nosotros. Esto refuerza las otras dos caras de la polarización” (Miller 2020, 58).

En el caso argentino, la nueva centralidad del conflicto se puede entender como centro de gravedad de la actividad política democrática (Quevedo y Ramírez 2021). La polarización presenta diversos problemas tales como la segregación ideológica, la intolerancia que dificultan el consenso o el partidismo negativo. En un espacio público segregado predominan las distancias y la desconfianza (Quevedo y Ramírez 2021). La polarización política incrementa la hostilidad entre partidos políticos y el electorado que representan. Si se percibe que en cada elección, “están en juego cuestiones o valores esenciales”, los partidos comienzan a ver “a sus rivales como enemigos a quienes se les debe impedir el acceso al poder por todos los medios” (Przeworski 2022, 42), justificando medidas autoritarias. La polarización del discurso y el campo político introduce la lógica de amigos/enemigos (en donde a los segundos es necesario destruirlos), y queda desplazada la noción de adversarios legítimos (Strobl 2022). El enemigo construido no es únicamente el partido rival, sino que también se conforma un “enemigo extraparlamentario”.

¿Qué sucedería si en lugar de tener frente a nosotros a una extrema derecha de masas tuviéramos un enorme movimiento ciudadano contra un régimen autoritario? No pensaríamos de manera idéntica la polarización.

La polarización tiene efectos desiguales sobre la vitalidad democrática. Organiza el descontento y crea altos niveles de politización, pero también genera una gran animadversión en el plano social. En escenarios de polarización en torno de una figura emergente, además, los menores niveles de politización en la sociedad dan espacio al crecimiento de orientaciones autoritarias” (Kessler y Vommaro 2024, 105).

También hay excepciones, como el caso del plebiscito chileno de 1988: la polarización generó temor en la derecha a que perdiera Pinochet y esperanza entre las fuerzas democráticas.

En segundo lugar, la cuestión de la violencia *versus* la convivencia pacífica. La generación de discursos de características bélicas, de odio y desprecio. Esa violencia discursiva es mayor cuando está dirigida a grupos extremadamente subalternos, sin poder para responder con impacto similar, o a personas individuales, en campañas de *fake news* que pueden destruir la vida de individuos y familias.

Un cambio cualitativo es si se habilita la violencia física. Los discursos de odio terminan validando formas de violencia social contra inmigrantes, contra mujeres, contra diversidades sexuales, contra personas que expresan puntos de vista distintos. Hay que decir que en algunos países de América Latina estas formas de violencia son muy anteriores a la discusión sobre la derecha extrema (ver Reguillo 2021). Esto exige estudios comparados entre países, porque en cada uno los niveles de violencia social son distintos, sea por las tradiciones locales, sea por la eficacia del Estado en preservar el monopolio de la violencia legítima.

El tercer eje es la violencia política, es decir, violencia ejercida contra personas o fuerzas políticas disidentes. Si bien toda violencia política es repudiable, aquí destacamos el carácter cualitativamente superior del asesinato político. Nuevamente, nos encontramos con que esto no puede tomarse en forma aislada, ya que hay países o etapas con grandes asesinatos políticos que no encajan en el debate sobre las nuevas extremas derechas. Si uno toma el asesinato de Marielle Franco (una joven socióloga brasileña que se definía como “mujer feminista, negra e hija de la favela”) o el intento de asesinato a Cristina Fernández de Kirchner en Argentina, estamos en el territorio de todo el análisis que hemos hecho sobre las derechas extremas. Ahora bien, si uno toma algunos periodos de la vida política de Colombia o México, va encontrar más asesinatos políticos sin partidos de derecha extrema que en países donde sí había fuerzas de esas características.

La legitimación de la violencia la convierte en un recurso disponible para intervenir en la coyuntura a los ojos de distintos actores políticos

y de la opinión pública. Para sus practicantes, la violencia aparece así como una práctica necesaria para perseguir, conservar o desplazar proyectos de vida en común. En este marco, no solo es identificada como un instrumento o un medio, sino como un espacio que comporta creencias e identidades. La extrema derecha es capaz de movilizar el odio social. Numerosas figuras públicas y con peso político de la Argentina, así como los medios y el periodismo, “parecen querer forzar permanentemente los límites de lo construido como ‘políticamente correcto’” (Feierstein 2023, 45). Esto genera una mutación de lo que es pensable y enunciable en el plano político, habilitando y legitimando las posturas discriminatorias hacia diversos colectivos. “En tanto práctica social, el fascismo implica la posibilidad de movilización activa de grandes colectivos y su participación, también activa, en la estigmatización, hostigamiento y persecución de grupos de la población” (Feierstein 2023, 38).

En cuarto lugar, en el marco de situaciones sociales de pérdida de referencias básicas de la vida cotidiana, especialmente por una presencia masiva del crimen organizado, surge una creciente demanda de orden de la vida política y social, que en muchos casos prescinde y relega la modalidad democrática de coexistencia entre las personas. La actualidad de El Salvador bajo el gobierno de Bukele es un caso extremo de este fenómeno.

Finalmente, la oligarquización del sistema político implica la conversión de grupos económicos, políticos y culturales en élites diferenciadas y recortadas del resto de la ciudadanía. Cuando esto sucede, la vida cotidiana de los dirigentes políticos es sumamente distante de la vida de sus representados (ver Plot, Slipak y Boharinsky 2024). Eso se traduce en que los dirigentes políticos de los partidos tradicionales se niegan a ser parte de una reforma de la política, se niegan a ampliar la participación, se niegan a democratizar las instituciones. Si fabrican creciente distancia con la sociedad, contribuyen a abrir el camino a la derecha extrema.

Estas condiciones generan un contexto social en el cual se incrementan movilizaciones vinculadas con la derecha y con la derecha extrema. Frente a esto, hay movilización de las fuerzas democráticas y

por la justicia social. Pero dependiendo de la legitimidad política de las corrientes populares o de sus fracasos económicos o incluso morales, la efectividad de la movilización democrática será mayor o menor.

Fin del horizonte de movilidad social ascendente

En diversos estados de Europa, Estados Unidos, Argentina y en otros países fue históricamente decisiva la promesa de movilidad social ascendente. Al llegar a su fin, eso implicó un cambio inmenso. Cito nuevamente a Przeworski:

Dicho desmoronamiento de la creencia tan arraigada del progreso intergeneracional es un fenómeno que afecta a la civilización occidental entera Desde aproximadamente 1820, todas las generaciones en Europa y en Estados Unidos vivieron y tuvieron la expectativa de vivir mejor que sus padres y, sin embargo, actualmente esa creencia se está haciendo añicos. Se trata, sin duda, de una transformación que puede tener consecuencias culturales y políticas profundas (Przeworski 2019, 129).¹⁴

Esas consecuencias culturales y políticas impulsan una pérdida de la noción de comunidad y la compenetración de cada individuo con su propia suerte. Es muy cierto que en las últimas décadas del siglo XIX e inicios del XX hubo una emigración masiva de europeos hacia las Amé-

¹⁴ Esta afirmación puede generar un debate interesante por las masivas migraciones por razones económicas y de sobrevivencia desde Europa hacia América a finales del siglo XIX e inicios del XX. Evidentemente, las decenas de millones de europeos que buscaron nuevos destinos no creían que tenían asegurada una movilidad intergeneracional. Pero incluso si en ese sentido conviene matizar la afirmación Przeworski, su tesis es una percepción muy extendida en las sociedades y por ello mismo tiene relevancia política.

ricas y Australia, único modo de volver a soñar. Pero lo que nos interesa aquí de la afirmación de Przeworski es que la emergencia de una “crisis económica” es una condición necesaria, aunque no suficiente, para el surgimiento y la competitividad electoral de los movimientos de extrema derecha. Aquí, “crisis económica” no significa recesión y mucho menos inflación significativa. Es una expresión del sentido común para indicar que el poder adquisitivo no crece, que no hay perspectivas positivas sobre el futuro. Si dicha crisis es interpretada como un problema imposible de resolver dentro del esquema político convencional, resulta imprescindible, en mayor o menor grado, una ruptura con el régimen político, social o económico predominante.

La percepción de falta de respuestas y soluciones, así como la pérdida de un horizonte de bienestar económico, puede generar una disponibilidad del electorado para apoyar partidos nuevos de extrema derecha. Bajo estas condiciones, las propuestas y los discursos rupturistas se vuelven verosímiles: una élite que despoja/oprime al “pueblo”, un sujeto foráneo (poder oculto, potencia extranjera o trabajadores inmigrantes) “pone en riesgo” la estabilidad económica o el modo de vida. La clave para comprender las distintas alternativas o vertientes que asumen los movimientos de derecha pasa por cómo la crisis económica es mediada por las interpretaciones, entroncadas en diferentes “mundos de la vida”, que hacen a la definición de “normalidad” por parte de los actores sociales y el *demos* general. Entonces, la subjetividad política que interviene en la interpretación de la situación económica y de la propia vivencia individual resulta fundamental.

En el caso de los países desarrollados, algunos movimientos de extrema derecha tienden a exigir políticas proteccionistas y nacionalistas que generen un reflujo en el proceso de globalización tal como este se dio desde la década de los noventa. Suelen implicar una visión nostálgica del pasado: los gloriosos años del milagro económico de la posguerra, marcados por un rápido crecimiento económico, pleno empleo (masculino), programas de bienestar y una creciente prosperidad masiva en el marco de un Estado de bienestar.

En el caso del sur global, en cambio, se tiende a una profundización de las políticas neoliberales, de “integración al mundo” que, en el caso de los países latinoamericanos, conlleva un alineamiento con los países capitalistas, occidentales y cristianos; y promete un futuro de prosperidad idealizada que permitirá la salida de la pobreza a millones de personas sobre la base del propio esfuerzo individual, el espíritu emprendedor y la retirada del Estado de la vida económica. En esta dimensión, resulta necesario precisar el peso de lo económico como cuestión socialmente problematizada: en qué medida es parte o no del clivaje, y hasta qué punto es una dimensión autónoma o se combina con cuestiones raciales, culturales, sociales.

Ahora bien, para poder saber algo de la “crisis de la democracia” nunca resultará suficiente con tener actualizados los datos del PBI, PBI per cápita, índice de Gini, tasa de pobreza y tasa de inflación. Primero, porque cifras idénticas tienen significados opuestos en países distintos. Segundo, porque en el siglo xx ha habido muchas más crisis económicas que “colapsos democráticos” con apoyo de masas. Hay otra dimensión, que es presentada como algo misteriosa, pero que hoy juega un rol decisivo. Es el tema del próximo capítulo.

Los paisajes emocionales de la extrema derecha

Hay un punto recurrente en el surgimiento de la ultraderecha de masas. No son variables económicas o políticas generales, como las ya mencionadas, que se dan en algunos casos y en otros no. Es el cambio cultural más profundo de la historia reciente. Seguramente, estos años pasen a la posteridad como *la gran regresión*, al menos en la convivencia democrática y en la protección social.¹⁵

Nobert Elías (2009) se preguntó si la cultura en Alemania había tenido un rol en el surgimiento del nazismo. Su respuesta categórica fue que sí, efectivamente, siempre y cuando se entienda “cultura” como historia sedimentada en los cuerpos y subjetividades, y no como producto de algún ADN biológico nacional. Elías encontraba en la historia germana, su carácter militar en un espacio geográfico complejo, en la historia del siglo XIX, en la derrota en la primera guerra mundial y obviamente en la humillación del Tratado de Versalles, una serie de procesos de construcción de un Estado que sedimentaba en un *habitus* con machismo, violencia, frustración narcisista y otros elementos cruciales. Esa cultura alemana, producto de múltiples historias, permitía comprender cómo “un orgullo nacional cascado, una identidad nacional insegura de sí misma, un ideal nacional vuelto hacia atrás” (2009, 332) habían incidido en el ascenso del nacionalsocialismo y en el respaldo social que recibió.

El argumento de Elías enfatizaba la dimensión histórica. Nuestro argumento aquí se refiere a un cúmulo de procesos históricos de las últimas

¹⁵ Geiselberger (2017) reunió a algunos de los autores más célebres en un libro que traduciríamos como *La gran regresión* (aunque la traducción que conocemos es *El gran retroceso*).

décadas, como el fin de la Guerra Fría, las promesas de la década de 1990 y la globalización, las promesas de la guerra y de la paz, las promesas de democracia y ciudadanía, la revolución tecnológica. Su convergencia en estos años está generando un cambio cultural de inmensas proporciones.

Allí donde en etapas anteriores encontrábamos expectativas en el futuro hoy hallamos desesperanza, donde había una noción del tiempo basada en una paciencia fundada hoy reina la impaciencia fundada, donde había certidumbres básicas se impone la incertidumbre. Así, la desconfianza arrasa a la confianza, las nociones comunes son barridas por el neoindividualismo, lo público aparece como opaco y para muchos como sospechoso. Es como si cierta pérdida de ingenuidad acerca del funcionamiento del poder hubiera producido las teorías conspirativas que tornan inviable jerarquizar la solidaridad, el abrazo a los vulnerables, la lucha contra la discriminación, los derechos humanos, porque por primera vez alguien afirma que se trata de un “robo”. Los derechos se significan como privilegios injustos. Los derechos generan resentimiento. Se diluye la perspectiva de conjunto, acerca de lo común, cada quien cuida de sí mismo, como si eso fuera posible. El registro del otro comienza a ser intermitente y puede difuminarse por completo, excepto como alterofobia.

Al analizar el paisaje emocional de la extrema derecha podemos explicar su carácter masivo no solo ni principalmente por sus maniobras inmorales y sus *fake news* que destruyen la esfera pública. La humanidad ha construido en las últimas décadas un mundo de creciente desprotección social, donde se ha incrementado la riqueza de unos pocos y se ha debilitado seriamente el estado de bienestar. Lo común está siendo dañado, mientras los modelos de éxito son individuales. Cuanto más el progresismo ha perdido capacidad de ofrecer una alternativa verosímil a un avance impactante del capital, más se ha extendido el sentimiento de que cada uno debe salvarse solo. De que es una lucha de todos contra todos. Ese malestar social tiene dimensiones objetivas y subjetivas, como las razones de la masividad de la derecha extrema.

Grossberg propone desacelerar la manera en que pensamos y hablamos sobre lo que está sucediendo. Necesitamos “pensar sobre cómo pensamos sobre el contexto político contemporáneo”, en lugar de reafirmar lo

que “ya sabemos”. Así podríamos relocalizarnos en un paisaje emocional o afectivo de “ansiedad, pánico y odio que puede de hecho ser una parte significativa de la cultura política que queremos desafiar” (Grossberg 2018, XIV). Para Grossberg hay distintos paisajes emocionales vinculados con los procesos sociales. Contrasta por ejemplo el paisaje definido por la organización del optimismo que caracterizó a las décadas posteriores a la segunda posguerra, con el paisaje de organización del pesimismo que se impuso después. Según su visión acerca de Estados Unidos, desde 2009 emergió un nuevo paisaje que concibe como nihilismo pasivo.

Sintéticamente, el paisaje emocional del nihilismo pasivo tiene para Grossberg cuatro grandes núcleos: la cultura de la crueldad, los desórdenes de ansiedad (hiperocupación y distracción), el narcisismo (que deriva a su vez en omnipotencia) y la alienación temporal. Este último parece más complejo, pero se refiere a la tensión de devenir entusiasmados por un futuro que nunca llega y que solo será peor, excepto para una pequeña élite. Una temporalidad extraña.

Esta propuesta permite pensar (bajo nuestra responsabilidad) que esos paisajes emocionales se configuran cuando de una emoción se va derivando otra, conformando una cadena afectiva. O cuando por dinámicas económicas o políticas brotan emociones, se intensifican unas, se diluyen otras. Así, de un lado el bienestar, el horizonte de progreso, una ética de la solidaridad y la percepción de que esto es realmente efectivo impulsa la conformación de paisajes emocionales que tendrán inmensas consecuencias políticas. En cambio, la posprosperidad, la inexistencia de horizonte de progreso, la asunción del fin de la movilidad social ascendente y la percepción de que lo público es inefectivo, impulsa la conformación de otros paisajes emocionales, también con inmensas consecuencias políticas. En este último caso, en articulación con los argumentos que hemos planteando del neoindividualismo, la autonomía afectiva creciente puede vincularse al fantatismo y esto derivar en dinámicas de humillación del otro, de resentimiento y de crueldad. Describir densamente esos paisajes y la articulación de cadenas afectivas, equivalenciales o no, es parte de la tarea. Un cambio de paisajes o de configuración de sensibilidad impacta en la organización de la vida pública.

La noción de *paisaje*, para algunos lectores, puede remitir a paisajes naturales estáticos. Conviene señalar que aquí lo estamos utilizando de otro modo. Para nosotros, los términos *configuración* y *paisaje* tienen más similitudes que diferencias. Ambos tienen una multiplicidad de elementos complejos, entrelazados dinámicamente. Por ejemplo, hay paisajes que tienen elementos previos al ser humano, como montañas o mares, la flora y fauna de hace miles de años, mezclados como elementos de la naturaleza colocados por el ser humano (como árboles plantados o animales domésticos), combinados con elementos urbanos como edificios y automóviles. Este conjunto genera un contexto de sentido, mientras sus colores, sabores y sonidos cambian durante el día, en las estaciones, a lo largo de los años.

Percibir las nuevas configuraciones de sensibilidad

Przeworski se pregunta acerca del crecimiento de la derecha extrema: “Es difícil establecer en qué medida estas transformaciones se deben a un rechazo generalizado de los partidos y los políticos, y en qué medida al surgimiento de alguna segunda dimensión, de índole cultural” (2019, 121). Nuestra tesis es que esa dimensión cultural y afectiva cumple un papel decisivo que aún no ha sido reconocido. Por una parte, surge como hegemónico un nuevo afecto o una nueva afectividad. Podemos insistir en la sobreabundancia de incertidumbre, la escasez de empatía y la languidez de la solidaridad, en la emergencia de un afecto *des-comunal*. Es indudable que el proceso de *smartphonización* de la vida social es inseparable del neoindividualismo. A la vez, en ese devenir gobernanza algorítmica, hay otras sensibilidades y afectividades en retroceso: “la expropiación de los afectos es practicada también por las corporaciones y las instituciones” (García Canclini 2019, 152).

Ha emergido una nueva configuración de sensibilidad en amplios lugares del mundo. Una configuración de sensibilidad es una articulación

específica, en un momento histórico, de los modos en que se combinan las emociones, los sentimientos, las formas de percepción, las formas de significación. Implica jerarquías contundentes entre inclinaciones hacia la nostalgia o la esperanza, hacia la convivencia comunitaria o el individualismo, entre formas de amor, ira, resentimiento, empatía, simpatía, odio, repulsión, sentimientos de pertenencia y de exclusión, variación de intensidades entre el sí mismo, el nosotros, los diversos otros. Toda configuración presupone que no es una estructura coherente ni un sistema perfectamente ordenado, sino una articulación de heterogeneidades dinámicamente jerarquizadas.

En 2019 propuse por primera vez este concepto (Grimson 2019). Abordaba el análisis del antiperonismo de mitad del siglo xx, donde convergían vertientes ideológicas supuestamente incompatibles. Pero detrás de las identidades políticas podía percibirse una configuración de sensibilidad común, con ciertos rasgos que fueron persistentes en la configuración cultural argentina (Grimson 2012).

El antecedente de esta noción de “configuración de sensibilidad” es la noción de “estructura del sentir” que propuso Raymons Williams (1980). Justamente en un libro donde la pregunta central es acerca de “la determinación”, pero no como causalidad, sino como delimitación de lo posible y presiones en una dirección dada, la noción de *estructura del sentir* aparece como parte de los conceptos imprescindibles cuando se renuncia a la metáfora arquitectónica de base y superestructura, cuando se parte de que la cultura y el lenguaje son constitutivos de lo social; lo contrario de epifenómenos que reflejan dinámicas económicas. Cuatro décadas más tarde conviene sustituir la noción de estructura por la configuración, ya que esta última es más apropiada para dar cuenta de las heterogeneidades, la fluidez y el carácter dinámico. Pero además, siguiendo a Spinoza, así como a Deleuze, Damasio, Aguiar o a Bodei, entre otros, está claro que la centralidad política de “los afectos” incluye tanto sentimientos como emociones. De ahí la propuesta de un término como sensibilidad, que busca ser más abarcativo que “el sentir”.

No hay una escisión entre el *pensar* y el *sentir*. No estamos hablando de ideologías o sistemas axiomáticos de pensamiento. Estamos hablando

de sentido común hecho cuerpo, subjetivado, que encuadra modos de mirar, de oír, de tacto, del gusto, del olfato, de los significados. Estamos refiriéndonos a los cuerpos como la carne de la semiosis social, de los procesos de significación e interpretación.¹⁶

Nada en absoluto tiene un significado prefdefinido, cerrado, previo al encuentro intersubjetivo. Un animal puede verse como alimento o como ser sagrado, como doméstico (no comestible) o como objeto de caza. Un vaso no puede ser un automóvil, pero sí un cenicero. Una corona real puede ser un símbolo de una institución del pasado o de un poder cautivante. Un hombre puede ver a una mujer como una igual y diferente o como alguien inferior en cualquier aspecto. Lo mismo sucede con todas las jerarquías inventadas en la historia de la humanidad.

Estoy diciendo que aunque seguimos teniendo dos ojos, dos piernas, dos brazos, aunque la tierra sigue siendo redonda y gira alrededor del Sol, aunque muchas verdades empíricas no han cambiado, hay otras que sí. Ha cambiado de modo revolucionario el modo en que la mayoría de las personas significan esos “hechos objetivos”. Han cambiado las subjetividades radicalmente. Y eso implica que están cambiando objetividades: quiénes son los presidentes, si van o no a la guerra, si respetan o no al que piensa diferente, si reina el individualismo o la solidaridad.

La lucha entre las diferentes concepciones de mundo, del sentido común y de la sensibilidad no solo no ha cesado. No va a cesar, no tiene un fin. Pero han cambiado drásticamente las condiciones, las relaciones de fuerza y las hegemonías. Ninguno de nosotros ha conocido un mundo más individualista que el que se está conformando ante nuestros ojos. Y las consecuencias políticas y económicas ya empiezan a ser inmensas, algunas quizá irreversibles. Para poder explicar y fundamentar la tesis de este ensayo será necesario hacer (breves) explicaciones conceptuales.

¹⁶ Dejamos para trabajos futuros la pregunta de si puede establecerse un linaje con el concepto de *zeitgeist*. Se trata de un concepto alemán que se traduce generalmente al castellano como ‘espíritu del tiempo’ o ‘de la época’. Se refiere al clima intelectual y cultural de un momento histórico. Fue introducido por Herder en el siglo XVIII, retomado por Hegel y debatido en el siglo XX, incluso en relación a la teoría de las representaciones sociales (ver Jodelet 2020).

Comprender la centralidad política de los afectos

Para comprender la relevancia política de los cambios en los afectos, las sensibilidades y las subjetividades, la referencia ineludible es Baruch Spinoza. Para Spinoza, la multitud es el fundamento de la política tanto del derecho natural como en la regulación de cada régimen. El vínculo entre los gobernantes y la multitud está anudado por un *miedo recíproco*: miedo a la irrupción (“desenfrenada”, violenta, corrupta, viciosa) y miedo a la punición.¹⁷ Para Spinoza esto reduce la política a la inercia del miedo a la muerte.

Spinoza coloca a la indignación de la multitud como el principal freno al poder del soberano o del Estado. Negri y Deleuze afirman que así subordina la ley a la fuerza de la potencia. El giro inmenso de Spinoza, que es crucial para nuestra discusión, es el peso decisivo de los afectos en las decisiones humanas, en distinción a la preocupación u obsesión de los filósofos de la modernidad para que la razón controle las emociones. En los afectos incluye el miedo pero también la esperanza. La multitud de Spinoza no es esencialmente buena ni mala. No puede ser idealizada ni analizada a partir de una obligación moral. La democracia con la que sueña es el gobierno de la multitud.

Su argumento es que los filósofos desconocen que las pasiones son cosas naturales reguladas por leyes generales.¹⁸ Tanto los humanos dominantes como dominados “se conducen más frecuentemente por las

¹⁷ “Al fijar el miedo como pasión primordial, la política moderna se lanza a una encrucijada en la cual la multitud teme a los gobernantes y los gobernantes temen a la multitud” (Aguar 2020, 152).

¹⁸ Por supuesto que en los escritos de Maquiavelo la cuestión del miedo aparece como central, así como para Hobbes está en el origen mismo del Estado. Pero es en contraposición de Hobbes que Spinoza argumenta que la finalidad del Estado “no es el de dominar a los hombres ni constreñirlos con el temor a someterse al derecho de otros; sino, al contrario, el de liberar a cada uno del temor, para que pueda vivir en cuanto es posible, en seguridad. (...) El verdadero fin del Estado es, por consiguiente, la libertad” (Tratado teológico político, citado en Bodei 1995, 91).

pasiones que por la razón”, ya sean el miedo o la esperanza (citado en Aguiar 2020, 184).

Es más ¿cómo vivir sin corazón, sin apasionarnos?

La total apatía, la falta de sentimientos y de re-sentimientos, la incapacidad de alegrarse y de entristecerse, de estar “llenos” de amor, de cólera o deseo, la misma desaparición de la pasividad, entendida como espacio virtual y acogedor para la presentación del otro, ¿no equivaldría tal vez a la muerte? (Bodei 1995, 11).

Al menos, la muerte del vínculo con el otro, de la comunidad y de la política. El marchitamiento emotivo deviene desaparición de la solidaridad (Bodei 1995, 13).

Un tipo de gobierno eminentemente racionalista puede resultar muy escasamente empático. Si llegara a presentarse una crisis, económica o social, rápidamente un gobierno no empático deviene insensible. Desparraama aridez afectiva y fabrica apatía. Para una multitud que se rige por afectos e intereses, la insensibilidad es una compuerta que lleva al desencantamiento del mundo. Esto es crucial para comprender el actual avance de la ultraderecha.

Si consideramos el concepto de *afecto* y lo aplicamos a diferentes épocas, podemos afirmar que los miedos y las esperanzas del siglo pasado estaban organizadas en torno de las nociones de progreso, de prosperidad, de movilidad social ascendente, de desarrollo. Había una certidumbre de base y una esperanza en que el esfuerzo personal y colectivo valía la pena. Hemos pasado de ese afecto, sostenido en un empleo formal que ofrecía certidumbres o incluso en el reciclaje de saberes para insertarse desde el trabajo informal, pero también sostenidas en certidumbres, a otro afecto donde los miedos y las esperanzas están reguladas por otras condiciones históricas. Esa nueva afectividad de la incertidumbre, del desencanto, del escepticismo o el pesimismo, del pánico, de la desposesión, puede derivar en un profundo temor conspirativo y en una politización de hartazgo, ira, resentimiento y violencia.

En el razonamiento de Spinoza, los afectos tienen consecuencias prácticas mayores que la racionalidad. Las pasiones alegres, vinculadas a la esperanza, generalmente contribuyen a crear lazos colectivos, como la amistad, en este caso horizontales.

Justamente, Deleuze (2008) señala que la tristeza y la impotencia que se siguen de ella constituyen el fundamento de la dominación política. Para Spinoza era crucial mantener bajo control el poder de la tristeza, a aquellos que induce a los hombres a deprimir la tendencia hacia lo mejor. El poder de dominación precisa de inspirar pasiones tristes (ver Dubet 2020). La instalación del miedo, las formas de agresión que pueden disparar en toda dirección, la mentira sistemática, la degradación del valor del trabajo a través de la destrucción salarial y de las condiciones básicas, generan desazón y tristeza. Es un capítulo ganado por las fuerzas antidemocráticas e individualistas en la batalla cultural.¹⁹

El resentimiento parece el sentimiento de rechazo más extendido. Puede ser una nueva forma de clasismo, de racismo, seguro que de machismo y también de lucha de pobres contra pobres. Si el Estado no asiste ¿qué hay que hacer? Estar resentido. ¿Y si lo hace? Estar resentido con quienes reciben el dinero, quienes obtienen la cuota, quienes acceden a un puesto. Se ha impuesto una nueva regla: o bien recibo menos de lo que merezco o bien muchos otros reciben de más. Podría decirse que la primera variante es el sentimiento más expandido entre los trabajadores. Pero la segunda preocupación, devenida obsesión, abre una nueva etapa.

¹⁹ Rodrigo Nunes también subraya esta relevancia: “Me refiero a la dimensión constituida por los efectos que las experiencias que atraviesan los individuos producen en sus placeres, disgustos y deseos, estableciendo, a lo largo del tiempo amores, odios, miedos, esperanzas, objetos de repulsión y admiración. En la medida en que los afectos son productos de interacciones y las interacciones siempre están condicionadas (y hasta cierto punto fijadas y establecidas) por los arreglos materiales que determinan nuestro lugar en el mundo y por instituciones como la familia, la policía y el trabajo asalariado, lo afectivo nunca es simplemente privado: siempre es social. Sin embargo, no se trata de hacer del afecto un dato bruto e inmediato. De hecho, los afectos siempre se encuentran en una relación circular con los sistemas (de nuevo, nunca meramente individuales) a través de los cuales interpretamos, concatenamos y justificamos aquello que acontece” (Nunes 2022, 12-13, traducción mía).

Es la época del resentimiento, donde este se constituye en un lenguaje compartido de la disputa:

El *ressentiment* es un proceso clave en la autovictimización; su retórica se ha generalizado, ya que todos los grupos, mayoritarios y minoritarios, lo invocan para designar la relación del otro con ellos; redefine el yo político en términos de sus heridas. . . . Cuando todos los grupos son víctimas unos de otros, se crea antagonismo y se alteran las nociones corrientes de justicia (Illouz 2023, 176).

Sensibilidades emergentes

¿Por qué resulta crucial estudiar la emergencia de nuevas sensibilidades? Es posible decirlo así en plural, son diversas sensibilidades. ¿Cómo se relaciona la frustración, la ira y la reacción cultural conservadora?

El sentido común que es destituido, vinculado con una convivencia en comunidad, la solidaridad, los derechos humanos y la reivindicación de la política, tiene distintas aristas. Es obvio que no todas las personas que son parte de dicha configuración perciben de igual manera a los dirigentes políticos que intentan representarlos. Tampoco a todos y cada uno de los valores y las sensibilidades de esa configuración.

Sin embargo, el concepto es útil porque respeta esa heterogeneidad y al mismo tiempo permite ver el contraste y la dinámica. La dinámica, la historicidad, alude al hecho de que en varios países un sentido común solidario fue destituido por una nueva mayoría: el neoindividualismo. Son décadas de impulsar el autoemprendedurismo económico y moral, responsabilizando a los individuos de su provenir, su pobreza y su empleo precario.

Finalmente, el éxito de ese cambio cultural encontró su traducción política. El neoindividualismo ha crecido sin distinciones ideológicas, donde en distintos ámbitos puede percibirse un notorio incremento del narcisismo, del autocentramiento, de ser “empresarios de sí mismos”, incluso en personas muy preocupadas con “la pobreza” como concepto pero desinteresadas del destino de su prójimo que tiene nombre y ape-

llido. Esta reconversión desplaza a la solidaridad como una práctica y la reduce a mera abstracción o postulado.

Es clave tener en cuenta de que estamos hablando de dinámicas sociales, culturales, de procesos masivos. No estamos evaluando o analizando el desempeño de un dirigente político, la eficacia de una gestión. Sabemos que esos desempeños y esas eficacias inciden con potencia en las configuraciones de sensibilidades y sus dinámicas, así como otros factores. Lo abordaremos más adelante.

Las teorías acerca de cómo se conforman estos sentidos comunes y esas configuraciones de sensibilidad son infinitos. La historia, el poder político, la escuela, los medios masivos, las iglesias, la experiencia, la memoria oral. Todo esto y otros elementos pueden pesar. Nuestro objetivo aquí no es debatir eso, sino el hecho de que esas configuraciones existen y no son el resultado de las expresiones de deseos de los políticos o los analistas políticos.

Y resultan una condición crucial, decisiva para la producción de las mayorías sociales y electorales. Una elección se puede perder o ganar por escaso margen por cuestiones tácticas, pero no pueden existir fuerzas políticas de masas que no se sustenten en una configuración de sensibilidad que, de alguna manera, las trasciende.

Por eso, uno de los grandes desafíos de la teoría política contemporánea es responder a la pregunta acerca de los mecanismos y procesos a través de los cuales se producen mayorías. Hay quien cree que el *aggiornamento* es no prestar atención a los programas electorales y sí a los post de TikTok. O a temas, como la corrupción, la inseguridad o la inflación. O a las estrategias de campaña y los discursos. La importancia de todo ello solo puede comprenderse con precisión si se analizan las configuraciones de sensibilidad.

Las distintas extremas derechas: lo común

Diversos autores resaltan rasgos de estas nuevas sensibilidades. Hay quienes sostienen que las derechas extremas europeas son tan diversas que lo único que tienen en común es su xenofobia y, en especial,

su islamofobia. A diferencia de las derechas extremas de América Latina, que son todas conservadoras, que se oponen al derecho al aborto y a los derechos de género, en Europa hay estrategias como en Francia donde la extrema derecha prefiere aliarse con sectores feministas contra los musulmanes. En América Latina, los planes económicos se inspiran en Hayek, Von Mises y Milton Friedman, contrarios a ideas de varias formaciones europeas. Llámense libertarios o de otra manera, sus proponentes tienden a aplicar recetas neoliberales clásicas y potentes, preservando sin embargo algunas herramientas de *cash transfer* para hacer política. La cuestión de la seguridad y el punitivismo caracteriza a Bukele, pero eso está bastante generalizado en las derechas extremas latinoamericanas. También lo está la lucha contra los políticos tradicionales y contra la corrupción.²⁰ Si bien los lenguajes del racismo y el etnonacionalismo varían mucho entre países y regiones, el fantasma del “anticomunismo” les ofrece una identidad global. Pero como nada es lineal, las bases de la extrema derecha alemana en el este de Alemania pueden sentir una nostalgia difusa, tanto de la RDA como del Tercer Reich (Shoshan 2017).

Esos rasgos u otros jamás pueden ser inferidos a partir de algún indicador, ni siquiera de saber a quién ha votado una persona. Las personas somos contradictorias. El sentido común funciona siempre con contradicciones, zonas ambiguas y matices. Hay votantes de la derecha extrema a favor del aborto o a favor de la escuela pública. Y así hasta el infinito. Esto reconfirma la complejidad de las subjetividades.

Un punto crítico en América es la agenda de género. La marea verde, con su agenda transversal y la inmensa participación juvenil, fue central en las movilizaciones recientes en la Argentina y en otros países. Una reacción conservadora contra el feminismo recorre el mundo. Hayek le daba centralidad a la defensa de los valores, de una tradición hegemónica con eje en la familia. Por eso, mientras los escasos liberales

²⁰ La derecha y la extrema derecha tienen una concepción muy peculiar de la “corrupción”. No incluyen todos los usos privados de los recursos públicos. Solo aquellos que hacen o hicieron sus adversarios políticos.

realmente existentes apoyan leyes como el derecho al aborto o el matrimonio igualitario, los neoliberales conservadores militan su derogación y llevan adelante defensas abiertas del poder patriarcal. Exigen ley de paternidad opcional, derogación de la educación sexual en la escuela y estigmatizan el lenguaje inclusivo. Ninguna libertad allí. Anarquía para el capital con prohibición estatal de libertades individuales. Actualmente, argumentando que la escuela no se inmiscuya en el pensamiento de los niños, hay varios libros prohibidos en el estado de Florida, Estados Unidos. Habrá que aguardar una profunda rebelión social y feminista al grito de “¡Viva la libertad, carajo!”

La derecha extrema ha definido como una de sus tareas cruciales la “batalla cultural”. Su teoría, explicitada por Agustín Laje (2022), es que después de la derrota de la URSS hubo una estrategia de la izquierda de replegarse en las instituciones culturales e imponer desde allí su sentido común. Laje es un agudo lector de Gramsci para reivindicar el papel de los intelectuales y de la batalla cultural en un triunfo profundo de los liberales o la derecha extrema. Batalla contra “lo que consideran un *mainstream* global igualitarista, marcado por la agenda de derechos, el feminismo, el antirracismo, el indigenismo y otros movimientos emancipatorios” (Caggiano 2024). Por eso concentran energías en el “contragolpe cultural”.

No existe la batalla económica sin batalla cultural. Milei y su partido vendrían a “acabar con los robos de la política” con “una revolución moral”, porque “la grieta [social y política] existe y es moral”. Por otra parte, analiza críticamente Caggiano, la explicación de la justicia social —acaso, desde su perspectiva, “el peor de los males que sufre la sociedad argentina”— es uno de los temas en que se da con mayor claridad la explicación de la economía en clave cultural, moral y religiosa: “la justicia social es (tiene como origen) la envidia, el odio, el resentimiento” y “originalmente la envidia era un pecado capital”. La justicia social, entonces, “es un robo y va contra los mandamientos”, es “una aberración”. Los Estados, encargados de ponerla en práctica, son “una invención del Maligno”²¹ (Caggiano 2024). Sus dos trincheras son la moralización de la

²¹ *Nada personal*, Canal 9 (El nueve). [Youtube]. 10 de noviembre de 2020. <https://www.youtube.com/watch?v=vYQfxvscxrs&t=907s>.

economía y la articulación de la verdad y el deseo en el mercado; la otra es la de la formación de sensibilidades económicas neoliberales. Que cada uno sea lo que quiera (y pueda) en el campo de la economía desregulada. La descalificación moral hacia “los otros” se multiplica, pero con gran dificultad para construir un “nosotros”:

Al libertario se le hace difícil concebir que exista algo llamado “identidad colectiva” . . . porque su economicismo a veces va de la mano de un individualismo metodológico, ontológico y moral que a duras penas serviría para pensar políticamente algo tan colectivo como un “nosotros” (Laje 2022, 463).

Andrea Torricella (2024) analiza grupos que impiden la aplicación de leyes, partidos políticos que incorporan en sus plataformas propuestas de leyes antigénero, mayor violencia contra minorías sexuales, discursos antifeministas, biologización de los argumentos políticos en torno de la familia, la división sexual del trabajo y la sexualidad. Estamos ante un neoliberalismo vinculado al conservadurismo y la familia. La contraofensiva conservadora incluye la politización reactiva del género (Vaggione 2005). El *cultural backlash* va en contra del cambio social en la jerarquía sexo-genérica y de la ampliación de la ciudadanía en materia de derechos sexuales que atienden la educación sexual y los derechos reproductivos y de la diversidad.

Después del avance de derechos puede haber esta reacción conservadora de una parte no menor de la población. Mientras en varios países de América Latina la politización del género ha sido crucial para dividir a las sociedades, esto fue menos habitual en Europa occidental, donde lo que unifica a toda la ultraderecha es la politización de la inmigración extracomunitaria.

Paisajes emocionales: irrupción de la extrema derecha

Analizar las configuraciones de sensibilidad es un aporte para un desafío que ha planteado García Canclini: “Una parte de lo que hoy desconcierta a la sociología política cuando irrumpen fenómenos como Trump, Bolsonaro y otros autoritarismos elegidos debe explorarse como crisis cultural y comunicacional” (2019, 16). Más adelante, agrega que son necesarias

visiones multidimensionales, indagando en primer lugar la reconfiguración de las experiencias de vida que la sociología política reduce con conceptos como opinión pública, educación para la democracia, etc., para dar cuenta de las condiciones heterogéneas que inciden en el voto y la participación social. Se trata de salir de la mirada vertical y politicista (...). Se busca mirar la descomposición de la democracia desde la cultura cotidiana de los ciudadanos, no únicamente desde lo que las élites prescriben (García Canclini 2019, 40).

Un punto decisivo: mirar la descomposición de la democracia desde la transformación de las sensibilidades. Para abrir también nuevas líneas de investigación. Porque una configuración alude a un conjunto no sistemático de emociones y sentimientos que son cruciales en las formas de percibir e interpretar el mundo, la convivencia, la identidad del otro, la vestimenta, un beso de una pareja en el espacio público, un hurto, una protesta, otra protesta del grupo opuesto, una y otra banderas, tatuajes, melodías, canciones, carcajadas, sonrisas, lágrimas, uniformes policiales, uniformes militares, un trabajador de la basura, una persona recogiendo basura, una persona o una familia durmiendo en la calle, olor a quemado, un ruido estruendoso, unos adolescentes saliendo de la escuela, unos adolescentes bebiendo cerveza o fumando marihuana, un restaurante de inmigrantes, una comisaría, una calle oscura, un ómnibus repleto, una imagen en el televisor, un video en el *smartphone*, una palabra ambigua, un color, una vida, una muerte.

Los científicos sociales, posiblemente con un énfasis en quienes hacen etnografía, han descrito y analizado en los últimos años paisajes emocionales bastante distintos de los que había en otras épocas. No se trata de sensibilidades nuevas. Lo novedoso es la presencia que tienen en diversas sociedades, su lugar destacado en los medios y en las redes. Por lo tanto, su relevancia política. En las últimas décadas parece haberse extendido la presencia y relevancia del miedo (Reguillo 2006; Rico, Guinjoan y Anduiza 2017; Wodak 2015), la frustración, la xenofobia (Guizardi 2021), la islamofobia, la homofobia, la misoginia, el resentimiento (Bonikowski 2017; Cramer 2016; Shoshan 2021a; Illouz 2023), el enojo y la ira (Kimmel 2013; Richmond 2020; Smith y Hanley 2018; Vasilopoulos *et al.* 2019), el odio (Shoshan 2016; Solano 2018, Guizardi y Mardones 2020, Ipar 2022), la nostalgia (Balthazar 2017; Göppfarth 2021; Richmond 2020), la preservación de jerarquías o desigualdades (Grimson 2023; Costa 2023), los sentimientos de castración nacional (Shoshan 2016, 2021a).

Una gran parte de esos estudios abordan la subjetividad política de personas de bajos ingresos y trabajadores precarios en distintos países, articulando las tendencias a la extrema derecha con emociones relacionadas con el rechazo del *statu quo* económico, político y cultural. Es llamativo cómo las palabras con las que conceptualizamos varias de las emociones de aquellos que sufren las consecuencias de la recesión económica, son las mismas o muy similares a las emociones de amplias clases medias (Grimson, Guizardi y Merenson 2023). Ni la nostalgia, ni el resentimiento, ni el miedo, ni otras que hemos mencionado son peculiares de un sector social. Con combinaciones múltiples expresan configuraciones de sensibilidad centrales en esta época.

Hay quienes confunden estas y otras emociones con un diagnóstico de una sociedad más emotiva y menos racional que en el pasado. Esto es un grave error. Primero, nunca hubo una racionalidad exenta de emociones. Segundo, hay una confusión en que votar racionalmente es hacerlo “como uno”.²² La racionalidad parte en búsquedas ante fracasos,

²² En un texto clásico, Murmis y Portantiero (1971) mostraron la racionalidad obrera en los orígenes del peronismo. Podríamos agregar: la racionalidad obrera y de los

ausencia de estrategias y de modelos. Ante una frustración lógica, una desilusión con muchos fundamentos. Ante el hartazgo por el retroceso económico y la rabia dada la oligarquización de grandes sectores políticos, ¿qué más racional que partir a buscar opciones? El problema no es que falte racionalidad, el problema son las opciones que encuentran. Pero allí regresamos a la cuestión de que la política es relacional, es un mapa nocturno (Martín-Barbero 1998) y se dispara una dinámica de ilusiones, fantasías, necesidad de creer, necesidad de odiar, polarizaciones afectivas con nuevos narcisismos, con inviables vueltas atrás.

Lo diré de manera brutal: si algo como el socialismo no es una solución que funcione, quizá mejor probar en echar a todos los migrantes. Claro, para quienes estudiamos el tema la falta de información se asemeja mucho a un delirio. Pero para quienes piensan especialmente en su propio drama diario, quieren saber: si no es esa la solución, ¿cuál es? Cuando escuchan “es complejo”, cambian de canal. A los sabios les parece ilógico, a los votantes de la ultraderecha les parece obvio: si este partido no sabe cuál es la solución, o consideran que no pueden implementarse de manera efectiva, van por otro lado. Muchos deciden explorar lo desconocido y generan o adoptan argumentos *ex post*. Algún encuestador desprevenido puede aseverar que esos argumentos son las auténticas motivaciones. Pero es más complejo.

Quiero mencionar otra cuestión. Las corrientes racionalistas fueron apasionadas, muy intensas emocionalmente. Sentimientos de superioridad, de posición pedagógica, civilizatoria, de calma, de mesura, negación de la violencia y varios genocidios, todo ello perteneció a las configuraciones de sensibilidad identificadas con “la razón”. Todavía persiste esa sensibilidad en áreas muy relevantes.

A la vez, ahora hay una nueva configuración de sensibilidad global. ¿Qué es lo específico y qué es lo común? Para poder comprender la emergencia de estas nuevas sensibilidades quizá conviene prestar más

humildes en el amor a Evita. La racionalidad aristocrática en el odio a Evita. No hay que confundir el hecho de que no existan Evitas y sus personajes similares en cada país con que no haya racionalidad.

atención al contexto que a causas muy definidas. La importancia de la crisis de 2008 no es tanto la recesión en sí, ya que recesiones sin surgimiento de derechas extremas ha habido muchas. En 2008, los bancos que protagonizaron la crisis fueron salvados con dinero público, mientras millones de familias perdían sus viviendas o ingresos. Esa fue la gota que rebalsó el vaso en muchos países del Norte. Comenzó a extenderse una percepción de desprotección social por parte del Estado. En otros, donde el impacto de Lehman Brothers fue indirecto, el efecto que denominó “posprosperidad” también se fue extendiendo.

Nuestra tesis es que ha habido factores múltiples que produjeron una crisis de representación política, de legitimidad, instituyendo cada vez más la pregunta social de qué hacer con el Estado. En escalas y con características distintas algo análogo había sucedido en América del Sur con las crisis del neoliberalismo en el cambio de siglo. Pero de allí surgieron gobiernos que fortalecieron la acción estatal, la protección social, la distribución del ingreso e intervinieron sobre la cuestión racial. Todo esto en una primera etapa que fue finalizando en los primeros años de la segunda década del siglo. En el Norte surgieron fuerzas como Podemos, candidatos como Sanders, Corbin, Melenchon, pero en todos los casos quedaron detrás de fuerzas moderadas o de centro. ¿Acaso había que llegar a crisis como la boliviana o ecuatoriana de inicios de siglo para que líderes o fuerzas de izquierda tuvieran una oportunidad? ¿Acaso el miedo al “socialismo” fue más fuerte que la voluntad de quebrar el *statu quo*?

La “segunda ola rosa” de América del Sur por ahora es más débil. En casos como Argentina protagonizó un fracaso económico. En casos como Chile una serie de dificultades políticas que tornaron hasta ahora muy limitada la experiencia. En Bolivia, probablemente, una ruptura política.

En la mayoría de los países de América y Europa predominó la sensación de que la protección social había entrado en una crisis significativa. En contextos de crisis económica o de crisis de la pandemia, o en medio de grave crisis de suministro energético como en Europa, acompañadas de inflación en niveles diversos, aumentó la inestabilidad política y la incertidumbre.

El resquebrajamiento de la eficacia o protección estatal impulsó, a un sector creciente, a convencerse de que estaban solos. Abandonados a su suerte. Que no podían contar con el Estado, con lo común, con la solidaridad. Y que quienes hablaban de eso mentían para beneficiarse a sí mismos. No queriendo o no pudiendo acceder a esos espacios que consideraban espurios, levantaron una bandera moral bajo la cual ellos mismos o eventualmente sus familiares directos serían los únicos protagonistas de su realización económica y su salvación familiar. Y en esa autoproducción de la salvación de los lazos cercanos había un desafío y una realización moral. Significaron de este modo particular la experiencia de una enorme frustración y politizaron su experiencia, lo que derivó en este neoindividualismo.

Evidentemente, hubo otro proceso. El resentimiento por pérdida relativa de poder, posición o jerarquía. Esto ocurrió con hombres blancos en Estados Unidos, con clases medias altas en Brasil y Argentina, con varones jóvenes donde la marea verde replanteó vínculos cotidianos. Son sectores que se encontraron “abandonados” por el Estado por otras razones. Y si bien sus sensibilidades pueden tener matices, la politización es la misma o muy similar. Una marca de época.²³

Pinheiro Machado y Lucia Scalco dicen: “Una de las lecciones antropológicas para el estudio de la extrema derecha a largo plazo es comprender que la sedimentación de la rabia es un proceso; es una emoción que va ganando solidez silenciosamente con el tiempo” (2021, 331, traducción mía).

El neoindividualismo se politiza construyendo o instituyendo un “otro” gigantesco y monstruoso. David contra Goliat. Es la megaconspiración internacional para convencer al planeta de que la tierra es redonda. “La idea central de quienes rechazan la corrección política de la izquierda es que existe una élite progresista que controla el mundo

²³ En estos países donde la sensación de “abandono” genera resentimiento hay matrices que caracterizamos como hegemónicas en la actualidad. Kessler, Vommaro, Rodríguez-Raga y Calderón Herrera (2024) describen amplias sensaciones de abandono del Estado durante la pandemia en Colombia y que, sin embargo, generan más distancia y desafección que resentimiento en un sentido estricto.

globalizado, tiene diferentes expresiones nacionales e impone su visión de mundo. Es más, esa élite ha venido maltratando al “hombre común” (Stefanoni 2021, 66). Pero cuidado: cuando pasan a la política práctica siempre hay sectores que el Estado no debería “ayudar” o “regalarles dinero”, que “no lo merecen”, que deberían estar excluidos, por “falta de esfuerzo o mérito”.

Insisto: esto puede traducirse de muchas maneras. Xenofobia: que el Estado no ayude a los inmigrantes, o que los expulse. Aporofobia: que el Estado no haga *cash transfer* o no a ciertos grupos. Y así podemos seguir: que el Estado no garantice el aborto. Todas convergen. Es el Estado haciendo algo indebido o dejando de hacer algo urgente (“matar delincuentes”, expulsar migrantes).

Esto plantea un desplazamiento potente. Mientras el principal factor politizador era la injusticia vertical, ahora tiene un creciente protagonismo la percepción de injusticia horizontal. Los programas reformistas y revolucionarios se basaron en prometer resolver o reducir las injusticias verticales, las grandes desigualdades, la concentración de riqueza en pocas manos a costa de pésimas condiciones de vida para las grandes mayorías. Actualmente se incrementan las preocupaciones sociales por la percepción creciente de injusticias horizontales. La sensación masiva de injusticia vertical parece restringirse en varios países a los políticos. “Mientras el país se empobreció los políticos se enriquecieron” se escucha en la Argentina, con los niveles de generalización habituales de las grandes banderas políticas.

El sentimiento de injusticia horizontal interroga, cuestiona que alguien de similar nivel socioeconómico o incluso que alguien muy vulnerable reciba un beneficio por parte del Estado. Por qué le dieron un subsidio a un vecino, por qué obtiene ese dinero público sin trabajar, por qué favorecen a la minorías para ingresar a la universidad, por qué dejan afuera a “mis hijos”, por qué tal persona tuvo acceso a una vivienda o a un crédito, y así hasta el infinito. Se cuestionan las políticas de *cash transfer*, los derechos de acceso a cualquier política de bienestar, las políticas de acción afirmativas. Pero para que exista un sentimiento de injusticia debe haber un supuesto de igualdad que se ha incumplido.

Si la desigualdad está completamente naturalizada no hay sentimiento de injusticia.

La incertidumbre sobre la propia situación y la sensación personal de vulnerabilidad expanden los temores, acicatean sentimientos de injusticia. Mantener los niveles de consumo y las formas de vida en muchos países se ha tornado imposible. Está a la vista todo aquello que resulta inaccesible. El futuro de los hijos de ningún modo está asegurado, excepto para una pequeña minoría. ¿De qué sirve indignarse y rebelarse ante la estafa de los megamillonarios si su impunidad es total? ¿Cuántos países han hecho reformas impositivas progresivas donde los beneficios sean claros y palpables? Crece la sensación de necedad, de quienes quieren que vivamos solo chocando siempre con las mismas imposibilidades. Mejor vivir y si esto no se arregla en común, cada uno se salvará como pueda.

Así que hay un cambio en la mirada, se difumina esa tensión plebeya con el arriba. Mientras, se multiplican las tensiones de clases medias, de grupos relativamente privilegiados, hacia los más humildes, en una verticalidad invertida. Y también crecen las tensiones horizontales en los mundos plebeyos, con la obsesión y paranoia acerca de la injusticia horizontal. Esto se asocia a una cadena de emociones como el desprecio, la envidia, el rencor, el resentimiento, la ira, entre otras. Y esa cadena configura el paisaje en el cual se despliega el neoindividualismo.

La ira, el resentimiento y el miedo

Examinemos algunas emociones y sentimientos que son parte de esta configuración de sensibilidad. Se trata de una configuración de sensibilidad global, de carácter emergente, que tiene fuertes puntos en común y también contrastes entre regiones y países. Comencemos con el resentimiento, una de las emociones más extendidas que atraviesa a diferentes clases sociales, sectores de clase, países y regiones.

El resentimiento es una reacción airada tanto ante la desigualdad como a la reducción de jerarquías. Tampoco es adecuado universalizar que es un sentimiento de los humildes hacia los poderosos. El resentimiento se

puede producir entre la clase media blanca porque los afrodescendientes recibieron un poco más de atención que de costumbre, pero también en la clase trabajadora porque se levantan a la madrugada para ganarse el pan y hay gente recibiendo un subsidio que “no merecen”, o también en las clases medias altas porque creen que los sectores populares podrán tener más dinero pero no pueden acceder a lugares que no les corresponden.

Cada uno de ellos —también los *middle* y los *upper class*— percibe haber perdido algo: su primacía de hombre, una parte de su renta, no importa lo alta que fuese, su estatus social, el reconocimiento de su trabajo, el respeto por la propia fe, su país y su papel en el mundo, su potencia, su hegemonía... No sólo de haberlo perdido: de haber estado privado de ello (Forti 2021, 37).

La inseguridad personal puede devenir una sensación de amenaza. En Europa y Estados Unidos una parte del discurso mediático y político ha reconvertido esa sensación en resentimientos hacia las élites, los inmigrantes y las minorías étnicas, raciales y religiosas, “activando así actitudes previamente latentes y dando legitimidad a campañas políticas radicales que prometen devolver poder y estatus a sus agraviados partidarios” (Bonikowski 2017, 180-184, traducción mía). Se trata de políticas de resentimiento que alteran los equilibrios políticos contra los partidos establecidos, pero que potencialmente pueden, con consecuencias de largo plazo, “alterar los fundamentos mismos del consenso político del que dependen las democracias liberales” (180-184, traducción mía). Los rasgos de la extrema derecha y la ansiedad pública pueden crear “las condiciones futuras de éxito para la política antidemocrática” (180-184, traducción mía).

En un muy agudo estudio cualitativo sobre zonas rurales en Wisconsin, Cramer también enfatizó el poderoso papel del resentimiento. Su libro muestra que lo que pueden

parecer desacuerdos sobre principios políticos básicos pueden tener sus raíces en algo aún más fundamental: ideas sobre quién obtiene

qué, quién tiene el poder, cómo es la gente y quién tiene la culpa. Lo que podría parecer un debate central sobre el papel apropiado del gobierno podría ser en el fondo otra cosa: resentimiento hacia nuestros conciudadanos (Cramer 2016, 13).

Si las personas creen que no están recibiendo lo que les corresponde y que otros reciben más de lo que merecen, las condiciones son propicias para una política de resentimiento (Cramer 2016, 15).

Aquí estamos viendo situaciones de resentimiento distributivo. Pero también hay resentimiento político (respecto de la capacidad de grupos a los que no se pertenece de incidir en decisiones que nos afectan), así como resentimiento por otras razones simbólicas, de inclusión o jerarquías culturales.

El resentimiento es público y testarudo. Se considera que expresarlo es más aceptable que la envidia (Feather y Sherman 2002), lo que lo convierte en una herramienta potencial para los argumentos políticos. Un sentimiento cercano es la ira:

No son los “estadounidenses” los que están enojados; son los hombres americanos. Y no son todos los hombres estadounidenses: son los hombres estadounidenses blancos. Este es un fenómeno tan visible, tan extendido, que si ocurriera con cualquier otro grupo (digamos, hombres negros o mujeres asiáticas), se discutiría incesantemente. Pero precisamente porque es tan omnipresente y tan visible, apenas ha recibido ningún debate serio (Kimmel 2013, 6).

Este argumento potente requiere ser complementado con lo que hemos dicho unos párrafos antes: el resentimiento no pertenece a un único grupo. La ira tampoco. Pueden estar motorizados por lo que se percibe y significa como “injusticia horizontal”. Por ello, hay resentimiento en una parte de latinos, negros y gays que apoyan a Trump.

Esta ira es la hija pródiga de la masculinidad hegemónica. Pero se combina de modos variados con cuestiones distributivas. Unos por perder empleos, por inestabilidad, por pagar más impuestos, por situaciones

económicas reales o por lo menos vividas como reales. “Todos estos grupos de hombres, de diferentes maneras, están experimentando rabia por lo que perciben como desposesión. La ira de los hombres blancos es ‘real’, es decir, se experimenta profunda y sinceramente” (Kimmel 2013, 9).

No podemos olvidar el principio de Thomas: “Si las personas consideran las situaciones como reales, estas son reales en sus consecuencias”. Es decir, para entender las consecuencias no hace falta debatir si realmente los salarios subieron o bajaron. Hace falta discutir cuál es la creencia compartida (si la hay). Porque de ahí derivan las consecuencias. Y aquí estamos cercanos al resentimiento. Los hombres de clase media alta, dice Kimmel, “se sienten estafados por los programas de acción afirmativa, la inmigración, la asistencia social, los impuestos y la sensación general de que los están engañando” (2013, 13). Básicamente porque han perdido posiciones relativas en las últimas décadas. “Tienen la mayor parte del poder, pero se sienten víctimas” (2013, 17). Es decir, el autor está describiendo el fenómeno cultural y político cuando aún Trump no era el candidato que canalizaría ese descontento. Nótese este punto: primero el nuevo paisaje emocional, luego su derivación política.

En otra región, en la periferia de San Pablo, también antes de Bolsonaro, Richmond estudió las narrativas de la crisis de “trabajadores enojados”, un grupo diverso en términos de edad, género, raza, ocupación y práctica religiosa. No era un grupo que tuviera compromisos con la política y parecían muy influidos por la televisión: “Expresaron una fuerte aversión a los políticos, estaban enojados por la corrupción y se quejaron de los altos impuestos. . . . Aunque a menudo criticaban al PT, tendían a expresar un apoyo residual a Lula y mostraban igual o mayor antipatía hacia los demás partidos principales” (Richmond 2020, 18, traducción mía).

Ese enojo se canaliza muchas veces hacia quienes están del otro lado de la polarización. Los líderes autoritarios son apoyados para ser parte de la dominación hacia “los otros”. “Las personas con tendencias autoritarias siguen a líderes dominantes menos por el placer de la sumisión que por el placer de obligar a los ajenos morales a someterse”; el líder “aplastará el mal y nos llevará de regreso a nuestro verdadero camino”

(Smith y Hanley 2018, 207). Quienes rechazan la intolerancia deben ser castigados.

La ira había sido la clave emocional del Tea Party (Banks 2014) y ese papel se ratifica para el trumpismo (Smith y Hanley 2018, 207). Esto significa que “el desafío para los progresistas es mayor de lo que mucha gente ha imaginado” porque “los juegos de la ira están lejos de terminar” (Smith y Hanley 2018, 207). También Vasilopoulos sostiene que es la ira y no el miedo la emoción crucial que deriva en aumento del apoyo a la extrema derecha (Vasilopoulos *et al.* 2019, 679). La incertidumbre genera ansiedad social. Pero sería cuando esta deriva en ira que puede adquirir esa dirección política.

Los votantes enojados tienen más probabilidades de votar por partidos anti *statu quo*, también como una forma de castigo (Rico *et al.* 2017). La ira también impacta las decisiones políticas. La ira disminuyó el riesgo de bajas percibido por los individuos al enviar tropas a luchar en Irak e hizo que los individuos fueran más propensos a apoyar la guerra (Huddy, Feldman y Cassese 2007). La ira causada por un desencadenante no político alimenta las consideraciones raciales y, a su vez, aumenta la oposición a políticas redistributivas como la acción afirmativa (Banks 2014). En el Brexit la ira se asociaba positivamente con el apoyo a abandonar la Unión Europea (Vasilopoulos 2019, 681). “Las emociones desempeñan un papel crucial a la hora de configurar e influir en los patrones de voto” (Illouz 2023, 19).

También la ira tiene un papel crucial en la construcción de realidades paralelas. Generalmente, inhibe el interés en nueva información política (MacKuen *et al.* 2010; Valentino *et al.* 2008). Además, las personas enojadas tienden a descartar información política que no concuerda con sus puntos de vista anteriores (MacKuen *et al.* 2010; Suhay y Erisen 2018). El sesgo de confirmación toma como evidencia cualquier anécdota o narrativa que confirma lo que ya creíamos (Arditi 2021). En ese sentido, una vez que se instalan emociones tan potentes, la lucha política cambia por completo y la difusión de información deja de ser un punto crucial. Generalmente esto no se entiende por parte de los políticos o activistas que se preguntan cómo puede mantenerse el apoyo a un líder con tanta información veraz en su contra. Es porque la

dinámica emocional lleva a mirar la realidad de una manera muy distinta, a construir puntos de vista que parecen impermeables a cualquier dato que los contradigan.

Justamente, la nueva teoría de los intereses sociales que necesitamos construir debe considerar que las personas evalúan su situación por comparación con otros y en relación con las propias expectativas que tenían. Los intereses son relacionales y dinámicos.

Esto es lo que explica por qué incluso los grupos cuyas vidas han mejorado pueden sentirse peor si otros a su alrededor parecen haberse beneficiado más; que haya protestas que ocurran no porque las cosas hayan empeorado, sino porque han aumentado las expectativas; y es también lo que facilita la maniobra de la extrema derecha de asociar las pérdidas que muchos han acumulado con ganancias relativas obtenidas por minorías y sectores históricamente marginados (Nunes 2022, 14, traducción mía).

Un ejemplo sencillo. El llamado “giro a la izquierda” impulsó, a través de políticas de ingreso, que millones de personas accedieran a objetos de consumo, desde el *smartphone* hasta electrodomésticos. Millones “incluidos en el consumo”. Eso constituyó una vara de medida. Cuando el *boom* de las *commodities* terminó a inicios de la segunda década del siglo, las economías desaceleraron el crecimiento, el bienestar medido en consumo se hizo más difícil y una parte de la ciudadanía comenzó a mirar (y terminó votando) por otras opciones políticas.

Quizá sobre la emoción políticamente relevante que más se ha escrito en los últimos años es sobre el odio. Evidentemente se vincula con la xenofobia, la misoginia, la homofobia, la aporofobia, el odio al otro político y con otras alteridades. Es preocupante, sin embargo, cuando las fuerzas democráticas denuncian esto desde el pedestal de la “superioridad moral”. Porque, en primer lugar, eso incrementa las distancias de la polarización. En segundo, no se percibe que algunos discursos de las fuerzas democráticas pueden haber sido interpretados como discursos de odio por aquellos que se conciben como “antipopulistas”. Por eso, considero que es

importante colocar la cuestión del odio como una descripción densa (al estilo de Shoshan 2017); es decir, como un objeto subjetivo a ser analizado en sus matices sin aniquilarlo normativamente. No hacen falta más textos hablando de los peligros del odio. En cambio, necesitamos comprenderlo porque no podemos compartirlo. Dejemos a un lado la acusación moral. Para ello, es clave hacerla jugar en la configuración de sensibilidad, en la cadena emocional que lo anuda al resentimiento y la ira.

Las relaciones entre ira y miedo son otro de los grandes temas de reflexión. Porque guardan relaciones complejas con la emergencia de la derecha extrema (Rico, Guinjoan y Anduiza 2017, 444). El maniqueísmo del antagonismo entre pueblo puro y élite política se lleva mejor con votantes enojados que ansiosos, particularmente “la atribución externa de culpa y su feroz actitud moral y de confrontación” (Rico, Guinjoan y Anduiza 2017, 445). Desde esa perspectiva, el miedo se deriva de la percepción de un peligro a partir de circunstancias incontrolables, sin culpar a algún agente particular (Rico, Guinjoan y Anduiza 2017, 445). Más que suscribir esta u otras interpretaciones sobre el miedo, me parece relevante remarcar que en los países del sur la percepción de inseguridad, de aumento del crimen, que ha provocado miedo y también pánico, es parte de los reclamos masivos a la clase política.

Así, los sentimientos de miedo hacia objetos como el terrorismo, la inmigración, la preservación de una identidad específica, pueden impulsar el crecimiento y apoyo de la extrema derecha. Con suficiente repetición el miedo puede convertirse en una forma de ver la vida (Wodak 2015). Por eso, puede ser un marco generativo de identidades y un modo de participar en la vida social. La extrema derecha, obviamente, ofrece respuestas simplificadas para los problemas reales e imaginados. “Estamos ante derechas que le disputan a la izquierda la capacidad de indignarse frente a la realidad y de proponer vías para transformarla” (Stefanoni 2021, 15).

En estudios comparados pueden y deben considerarse muchos otros sentimientos y emociones. Vale la pena, por ejemplo, prestar especial atención a qué sucede con la nostalgia, con la idealización del pasado como forma de rechazar ese presente tan funesto. Esa nostalgia puede

estar acompañada de nuevos nacionalismos, nuevas formas de narrar historias gloriosas que se habrían perdido y que deben ser recuperadas (ver Göppfarth 2021). Trump ha trabajado intensamente ese punto (Make America Great Again) y Javier Milei, que ha seleccionado qué imitar y qué no de Trump, afirma que la Argentina fue una potencia mundial hasta hace un siglo atrás y con las decisiones libertarias lo volverá a ser.

La nostalgia del Estado de bienestar, para algunos, sería un rasgo del Norte porque se presupone que en el Sur nunca existió un Estado de bienestar. Sobre esto hay que insistir en la heterogeneidad del Sur y en el cuidado por captar las vivencias efectivas. Dependiendo los países puede o no haber nostalgia de la buena época de la educación pública, del transporte público, de accesos parciales a protecciones estatales o al pleno empleo. Que el “Estado de bienestar” o una limitada protección social haya sido muy frágil no significa que su retroceso no sea significativo en muchos países.

Los estudios sobre Europa y Estados Unidos se ocupan de los votantes que sufren las consecuencias de la recesión económica, cultivan sentimientos nostálgicos sobre un pasado próspero idealizado, culpan a los inmigrantes por sus penurias o desacreditan a las democracias liberales consolidadas. Aunque estas emociones también se sienten en países del Sur global, no representan el panorama completo de las economías emergentes. Esa es la razón por la que necesitamos calibrar la lente a través de los cuales enmarcamos el apoyo de los votantes de bajos ingresos a los regímenes autoritarios del Sur.

Contrastes Norte/Sur

Mientras que los sentimientos nostálgicos sobre dictaduras militares persisten en algunos países de América Latina, la nueva derecha extrema en Brasil moviliza individuos y familias con aspiraciones de ascenso, involucrando no pocas veces a los jóvenes. De esta manera, esta combinación de intensificación del neoindividualismo neoliberal y el antiliberalismo es parte de del ascenso vertiginoso de la derecha radical en algunas economías emergentes del Sur global (Pinheiro Machado y Maia 2023).

Ciertas afirmaciones que se hacen para “el Sur global” o para “América Latina” mantienen el mismo impulso europeísta de pretensión universal, solo que cambia el centro y la escala. La solución más tentadora para el pretendido universalismo del Norte, es el contraste con América Latina o con el Sur global. En la medida en que los fenómenos coincidan en Europa Occidental, Oriental y Estados Unidos, se puede hablar de “Norte global”. Pero si son heterogéneos, hay que decirlo. Ni qué hablar del Sur global que es obviamente mucho más amplio y heterogéneo. Usar las categorías cuando son útiles es una cosa; organizar la investigación y toda la argumentación en base al binarismo Norte-Sur es simplemente un nuevo reduccionismo. Es fácilmente verificable, para quien esté informado, que esos contrastes toman solo algunos países del Norte y algunos del Sur, pero pintando el planeta de dos colores.

Uno de los aportes relevantes de Pinheiro Machado, Combinado y Malini (2023) es buscar comprender el surgimiento del extremismo en países con economías emergentes, en contextos donde el crecimiento económico fomentó nuevas aspiraciones de clases en medio de la precariedad laboral. Saliendo de Europa y Estados Unidos, la relación entre tendencia del PBI, PBI per cápita, dinámica de las clases sociales y tendencias políticas es mucho más compleja de lo que se imaginaba. En efecto, la polarización política en Argentina comenzó en un contexto económico incomparablemente mejor al actual (Grimson 2019) y las dinámicas aspiracionales de las clases medias han planteado consecuencias políticas muy distintas en cada continente (Grimson, Guizardi y Merenson 2023).

En ese sentido, Pinheiro Machado plantea que es un problema de la investigación sobre la extrema derecha estudiar solo en contextos de empobrecimiento y recesión. Porque en contextos de crecimiento, las emociones reactivas deben entenderse junto con las aspiraciones y la autorrealización del ideal empresarial neoliberal. Su abordaje incluye la India y Filipinas con aportes muy relevantes.

Es necesario entender a los trabajadores digitales desde una perspectiva de países del sur, observando cómo las formas persistentes de informalidad y la precariedad ahora se transmutan en plataformas de explotación y autoexplotación. Talleres clandestinos en medio de un

nuevo imaginario empresarial de éxito aspiracional y flexibilidad. Hay mucho espacio para investigar las consecuencias políticas de transmutar la antigua marginalidad masiva en un ideal de modernidad y alta tecnología de mano de obra. ¿Se unirán los “trabajadores de plataformas del mundo”, como dicen algunos académicos?

A diferencia de la figura del empobrecido, el “perdedor de la globalización”, el rezagado y nostálgico ciudadano que apoyó el Brexit en el Reino Unido o a Donald Trump en Estados Unidos, las clases aspiracionales de economías en crecimiento han experimentado una sensación real o imaginaria de movilidad ascendente como resultado de la situación económica. Vale aclarar que en la mayoría de los casos son —comparativamente con otros periodos— movilidades cortas y que en algún momento de los últimos años se vieron trabadas o interrumpidas. Como dice Kaur (2014), son los más hambrientos de cambio, orgullosos de no ser pobres, habiendo adquirido cierta formación académica y esperando una carrera empresarial a futuro. El análisis de la precariedad laboral y la extrema derecha busca comprender el impacto de esas aspiraciones en la subjetividad política:

Ya adoptaron una narrativa antiprogresista e identidad antiobrera que culpaba a los más pobres comerciantes por sus problemas, denunciando a sus pares ante la policía. Una parte importante de los comerciantes rechazaron a los políticos de izquierda porque retrataban a los comerciantes como marginados o cualquier otra etiqueta que abordara nociones de “carencia” o “exclusión”, como la informalidad, optando por representarse como empresario, y verse a sí mismo como parte dinámica de la economía (Pinheiro Machado *et al.* 2023, 83, traducción mía).

Hay una serie de coincidencias que nada tienen de casual. En un libro que fue *best seller* a mediados de la década de los ochenta, el economista Hernando de Soto (1987), junto con otros colaboradores, argumentó que los trabajadores informales eran los nuevos empresarios en potencia. En *El otro sendero* sostiene que los pobres se han convertido en una nueva clase de empresarios y por qué y cómo se organizan fuera de la ley. Defiende que la paz social y política no será posible hasta que

todos aquellos que sepan que están excluidos sientan que tienen una oportunidad justa de alcanzar los estándares de Occidente. Este libro fue una gran inspiración para el neoliberalismo en el Perú.

Quizá los economicistas nunca comprendan que, para captar las dinámicas políticas, la identidad vale oro. Y si un político pretende que un sector obtenga un pequeño beneficio a través de victimizarse (y así apela a su saber de décadas), debería comprender que las cosas han cambiado.

Muchos de los trabajadores “informales” aspiran a una vida mejor a través de su propio emprendimiento. La política y la comunidad imaginada no ofrecen certidumbres, ¿podrán ellos mismos fabricarlas individualmente, en sus propias redes o en comunidades más acotadas? Por ahora, una parte de ellos exige que los dejen en paz con su identidad autopercibida.

La lógica de la informalización como una falta de empleo o de derechos laborales es invertida en el énfasis del pleno valor económico y moral del autoempleo, el emprendimiento y la meritocracia. Nuevamente, la narrativa de Hernando de Soto y colaboradores. El puesto en la feria, la venta callejera, el mercado informal, se colocan en la fila de la *uberización*, y los más veloces proveen a Mercado Libre, a Uber Eats, y aceptan todas las formas de pago incluyendo tarjetas de crédito.

El hecho de atravesar diferentes clases, sectores, géneros, países en crisis y crecimiento económico, habla a las claras de un cambio cultural profundo.

¿Cuál es el papel de las religiosidades? En algunas sociedades, como Brasil y Costa Rica (Treminio y Pignataro 2021; Shoshan 2021b), el ascenso de nuevos movimientos religiosos evangélicos ha contribuido significativamente a los triunfos de derecha enfocados en el conservadurismo moral.

En Brasil el avance del evangelismo se vincula a la vez con la ausencia del Estado. La periodista Lamia Oualalou dice:

Cuando le preguntaba a la gente por qué iba a la iglesia evangélica, el argumento teológico no aparecía. De hecho, lo único que existe es el templo evangélico: allí pueden cantar, hacerse amigos, dejar a sus

hijos. No están presentes ni el Estado con políticas públicas (salud, trabajo, educación), ni la Iglesia católica, pero sí están presentes los evangélicos que suelen prestar algunos de estos servicios. En los templos encuentran todo eso, o sea, un lugar de respaldo. Por ejemplo, si alguien pierde su trabajo, la red se activa hasta que consigue uno. Y si le hace falta comida le dan arroz. Los evangélicos en Brasil ocuparon el espacio del Estado con el consiguiente impacto cultural y político que ello acarrea. La gente vive encerrada en ese mundo todo el tiempo. Y esto pasa en parte también porque los movimientos progresistas, los partidos de izquierda, abandonaron a esta gente con un nivel de prejuicio muy alto. No hay que olvidar que el PT está muy ligado con la izquierda católica (Febbro 2018).

Esto recuerda a las políticas seguidas por la Hermandad Musulmana en Egipto.

Aquí se combinan elementos de la nueva sensibilidad con otros específicos de nuevas formas de canalización. Hay una pregunta comparativa con Argentina que es por qué en este último país el evangelismo, que ha crecido mucho, no tiene una traducción partidaria. La tuvo, sí, en la tensión entre verdes y azules con el tema del derecho al aborto. Pero no parece haber impactado en los resultados electorales, ni jamás hubo una bancada parlamentaria evangélica. Una respuesta posible es que la descripción anterior no se ajusta a las villas miseria o barrios más humildes de Argentina, porque los distintos peronismos sí mantuvieron una fuerte presencia en las redes de ayuda mutua, las organizaciones locales y como mediadores con distintos niveles del Estado.

Ética política y universalidad de los afectos

Señalamos antes que el giro afectivo tiene entre quince y veinte años en las ciencias sociales y las humanidades. Es muy poco tiempo, porque no lo asimilamos a una moda, sino a un giro teórico crucial. Un problema recurrente de la producción de teoría social y política se proyecta tam-

bién en el abordaje de las emociones y de los sentimientos. Se trata de la pretensión de universalizar. Los conceptos teóricos se producen en contextos históricos particulares, pero pretenden aplicarse a cualquier situación histórica. Por eso, Chakrabarty (2009) ha planteado que los conceptos centrales del pensamiento europeo como democracia, igualdad, libertad y tantos otros resultan, a la vez, indispensables e inadecuados. Indispensables porque si renunciáramos a la noción de igualdad habría muchas cosas que no podríamos siquiera pensar. Inadecuados porque la noción de igualdad en varios países de América Latina no debe “aplicarse” como si se tratara de países escandinavos o de la Francia revolucionaria, sino comprendiendo su propias fronteras y significados.

El estudio de los paisajes emocionales, así como de las implicancias ético-políticas de la ira, del resentimiento, del miedo, del hartazgo, debe realizarse de manera situada. No existen implicancias éticas de las emociones fuera de contexto. En varios países la frustración de los trabajadores asalariados ha cumplido un papel relevante y hay estudios que se centran “sobre emociones reaccionarias, como la nostalgia, el resentimiento, la ira y el odio” (ver Pinheiro-Machado, Marins, Combinado y Malini 2023). Sin embargo, la ira no es reaccionaria universalmente, puede cumplir un papel reaccionario o democrático.

Porque el mismo sentimiento que nos resulta condenable cuando genera nuevas víctimas, o cuando incrementa la distancia entre víctimas y victimarios, entre poderosos y despojados, podemos evaluarlo de manera opuesta cuando las condiciones se invierten. Si se expande la ira y el resentimiento contra inmigrantes pobres muchos de nosotros daremos explicaciones racionales y éticas para mitigar esos sentimientos o revertirlos en la medida de lo posible. Sin embargo, si la decisión de un autócrata de asesinar a diez niños inocentes despierta ira y resentimiento nos resulta obvio, lógico y esperamos que haya memoria de la injusticia y sus consecuencias. Si la injusticia de un brutal dictador despierta la ira popular, eso es un gran impulso democrático. Debemos estudiar cómo intervienen emociones, sentimientos y sensibilidades en contextos específicos. No hay emociones que, en la política, sean universalmente correctas o incorrectas.

Decir que la nostalgia es universalmente reaccionaria puede desconocer contextos y realidades diversos. Ciertamente, la nostalgia de eslóganes como “Hacer grande a Estados Unidos otra vez” pueden no tener sentido en países que han mantenido alrededor del cincuenta por ciento o más de su población en el sector informal de la economía y, por lo tanto, una identidad de clase trabajadora ha estado prácticamente ausente. Un pasado idealizado de prosperidad es un caldo de cultivo para las teorías conspirativas, base para la fábrica de enemigos. Pero en otras situaciones la nostalgia de políticas de protección realmente existentes puede movilizar a la sociedad contra nuevas políticas neoliberales.

La posvergüenza o desvergüenza (Wodak 2019) se imponen como criterio político cuando pasamos al reino del neoindividualismo y su traducción en el puro corporativismo partidario. Esto último sucede cuando la identidad política se coloca por encima de todos los parámetros éticos. Criticamos a un político corrupto si es adversario, pero guardamos silencio, incluso si abusó de una mujer, si es parte de “nuestro espacio”. ¿Por qué eso no despertaría el enojo masivo y la ira de la población? Solo podría suceder por falta de politización y, de hecho, es lo que sucede.

Nietzsche abordó la cuestión del resentimiento. Era profundamente despectivo con respecto a ese afecto, porque a través de él, sostenía, “se convence a los réprobos y desheredados de todas clases” (2000, 142). Numerosos autores toman como parámetro universal la afirmación de Nietzsche, cuando en realidad aquello que Ardití (2021) denomina el “pueblo del resentimiento” puede tener motores nefastos, como el antisemitismo, pero también otros democráticos, como el antielitismo. Si se concibe el resentimiento como una debilidad de carácter que genera hostilidad hacia el objeto de la frustración, solo cabe siempre la condena universal. Habría así afectos que funcionan de modo transhistórico, que portan un significado trascendente; un ejemplo por antonomasia sería la xenofobia. Pero algo siempre repudiable también debe comprenderse en contextos.

De acuerdo con la Real Academia Española, los sinónimos de *resentimiento* son “rencor, despecho, resquemor, amargura, encono, odio, animosidad, animadversión”. Ciertamente, son más bonitos el amor, el agradecimiento, la solidaridad, la empatía. Pero sería ridículo tener pre-

juicios negativos contra los sentimientos de rechazo. ¿Por qué alguien debería sentirse agradecido si el Estado secuestra ilegalmente a un familiar? ¿Por qué uno debería sentirse empático con el colonizador, con el dueño de esclavos, con el torturador?

Como también señala Arditi (2021), diversos autores aluden en francés a *ressentiment* para subrayar un exceso en la carga del término más allá de su sentido lingüístico. La carga puede ser más o menos pertinente, según los casos. La universalización siempre es inadecuada.

El título del libro de Dubet (2020) dice mucho: es una época, no una coyuntura, de *pasiones* (afectos de alta intensidad) *tristes* (negativas). En su análisis de los mecanismos de resentimiento detecta que ante el desprecio y el temor a perder el rango en el orden de las desigualdades, el odio se desplaza y por lo general hacia los más débiles, los inmigrantes, aquellos que son acusados de falsas víctimas, porque se beneficiarían de los sectores de poder, por el asistencialismo.

La democracia está “acusada de ser incapaz y corrupta, de estar lejos del pueblo, sometida a los lobbies” (Dubet 2020, 9). Así, postula una tesis sobre el resentimiento y su uso social y político: “Hay que intentar comprender por qué la ira contra las desigualdades se transforma en expresiones de resentimiento y en indignaciones, que en su mayoría no desembocan en acción organizada alguna, tampoco en programas” (Dubet 2020, 77). Antes ya hemos mostrado que la ira es un fenómeno común, pero que su objeto puede ser las desigualdades o las igualdades, según los contextos. La indignación puede ser utilizada como motor de acción, de protesta social, pero si la indignación no se traduce en programas de acción, se transforma en ira sin objeto y se corre el riesgo de que se alinee al neoliberalismo o a cuestionamientos a la democracia.

El resentimiento puede también ser abordado como “la experiencia y la rumia de cierta reacción afectiva dirigida contra otro, sentimiento que se profundiza y penetra poco a poco en el corazón de la persona al tiempo que abandona el terreno de la expresión y de la actividad” (Fleury 2023, 17). La clave de la dinámica del resentimiento es la rumia, como algo que se mastica una y otra vez, y que con el andar esa reacción emocional que podía estar dirigida a alguien en particular, se va globalizando

y el destinatario se vuelve indeterminado. El peligro que advierte Cynthia Fleury es que el resentimiento no se apacigua, solo la destrucción del otro es lo que puede aportar goce. Al resentimiento no le basta con denigrar a los otros, necesita un paso más, que es la inculpación, la delación y desinformación, que desencadena una depreciación universal.²⁴

Hacer enemigos con sentimientos

Nuevamente, un fantasma recorre el mundo. Es el fantasma del anti-comunismo. La agitación del fantasma anticomunista crece con la ultraderecha de masas. Después de 1989 solo permaneció el espectro y lo más perdurable ha sido el anticomunismo. Las izquierdas son “por el momento, infinitamente más débiles que su fantasma” (Petra 2024).

A diferencia de lo que ocurrió en gran parte del siglo xx, hoy son muy pocos quienes se identifican de ese modo en Europa y América. Menos aún quienes están dispuestos a defender que la solución para los problemas del capitalismo es la dictadura del proletariado y la socialización de los medios de producción. Pero la ultraderecha busca darle nombres con huellas históricas a su teoría de la conspiración global. Y agitar sentimientos de pánico, rechazo y odio equivalentes a los que apelan contra las identidades democráticas y a favor de la justicia social en cada uno de sus países.

También utiliza ciertas formas para fabricar a sus enemigos. Las *performances* anti-“políticos” o anti-“casta” tienen similitudes con los *reality shows*: “dominan la desfachatez, la humillación de otros participantes, la difamación, las mentiras y los ataques *ad hominem*” (Wodak 2019, 197, traducción mía).²⁵ Hay antecedentes evidentes en la farandu-

²⁴ “El fascismo se caracteriza por su posibilidad de apelar a sentimientos que no sólo simplifican la comprensión de la propia realidad, sino que otorgan legitimidad a nuestros miedos y a nuestras fobias, e incluso buscan ‘resolverlos’ a partir de ‘propuestas de acción’” (Feierstein 2023, 112).

²⁵ Wodak utiliza el término *shamelessness*. Su traducción al castellano es ‘desvergüenza’. Pero creemos que en ese contexto está hablando del descaro y la caradurez, de la falta de vergüenza. Para ello, la traducción literal parece demasiado suave.

lización de la política desde los años noventa, con Italia y Argentina en posiciones de referencia, el escándalo, la ostentación, el entretenimiento y la decadencia de la argumentación.

Wodak ha analizado esta transformación en el caso de Austria, con el acceso al gobierno de la derecha extrema. Así, identifica

muchos cambios, pequeños y grandes, que Austria ha experimentado en el camino desde una democracia liberal constitucional desde 1945 a una democracia iliberal potencialmente orbanesca, indicando así algunos límites del proyecto europeo democrático liberal imaginado por los padres fundadores. Sostengo que esto debe reconocerse como un proceso de “normalización”: la normalización de las ideologías de extrema derecha tanto en contenido como en forma (Wodak 2019, 197).

En la Hungría de Orbán y en ese periodo en Austria, “el diálogo con expertos, la oposición y los periodistas también parece estar fuera de discusión. . . .La discusión racional es sustituida principalmente por políticas simbólicas, descortesía, argumentación erística o negación. . . . La evidencia científica empírica es frecuentemente ignorada o ridiculizada”. De esa manera se está normalizando “lo que antes era indecible e inaceptable” (Wodak 2019, 207).²⁶

Afirman que el papa Francisco sería un representante “del Maligno” y todos los políticos neoliberales de centroderecha son socialdemócratas o comunistas. Si uno busca un mínimo de “racionalidad” parece que la acusación de basa en que cualquiera que apoye algún grado de intervención estatal en la economía, un mínimo de regulación, una limitación a la libertad total del capital, sería comunista. Para la antropología es sabido que lo cercano se ve heterogéneo, lo lejano se ve homogéneo. De tan extrema que devino esta derecha, ve a todas las opciones políticas prácticamente iguales.

²⁶ La argumentación “erística” alude a una escuela griega significando que la derecha extrema abusa de la controversia argumentativa hasta convertirla en una disputa vana.

La encarnación en Argentina serán principalmente los peronistas, en Brasil el PT, en Europa la socialdemocracia u otras fuerzas progresistas, y así sucesivamente. Cuando el enemigo es todo, solo la relación de fuerzas y el sentido común hegemónico pueden ponerle un límite a la guerra. Por ahora es un discurso bélico y una estrategia bélica en las redes. El tiempo dirá.

La sociedad más individualista de la historia

Vivimos en la sociedad más individualista de la historia. La investigación antropológica e histórica da cuenta de diversas nociones de comunidad que han atravesado distintos momentos de la historia humana. Hoy también conviven nociones de comunidad, pero hay un desgaste más profundo y global que en cualquier otro momento. Hay un autocentramiento de los sujetos que es masivo, generalizado y atraviesa a los sectores que se autoperciben como “solidarios”. Se liga, como dijimos, a la *smartphonización* de la vida social. Pero también a que queda muy poca gente haciendo política por vocación y no es difícil encontrar a quienes reivindican tradiciones revolucionarias construyendo organizaciones basadas en contratos salariales.

¿Cómo conceptualizamos esto? Hay distintas formas. Personalmente prefiero el término *neoindividualismo*. Por su parte, Adamovsky (2023) conceptualiza la subjetividad emergente que respalda los liderazgos de ultraderecha como *individualismo autoritario*. La derecha se radicaliza porque es “genuina representante de subjetividades que también giran en un sentido más autoritario”. Subjetividades que son tanto el producto de doscientos años de pedagogía individualizante, “egoísta”, como de las transformaciones materiales del capitalismo en la hora actual. En el mismo sentido, “es probable que el capitalismo flexible promueva el desarrollo de un tipo de personalidad narcisista . . . que favorece el conservadurismo y el autoritarismo” (Balsa 2024, 207).

En muchos países occidentales hay una orgullosa defensa de la libertad y de la autonomía individual. Un extremo de ese individualismo es la posibilidad de portación de armas que existe en Estados Unidos. Es una “libertad” contra la convivencia. Y que no se conecta con libertad

de difundir ideas o información, porque no se ha visto a un libertario defendiendo los derechos de Edward Snowden o Julian Assange.

Además, se detecta una paradoja. La reivindicación gregaria de un individualismo exacerbado, antiestado, puede hacerse como parte del respaldo de liderazgos autoritarios. La paradoja es sencilla: es un individualismo antipluralista. Un individualismo tan visceral que solo reclama el derecho para sí mismo, pero no como concepto de la vida social. Un individualismo alterofóbico: detesta a las mujeres, a las diversidades, a los afro, a los inmigrantes. Un individualismo que pretende imponer un conservadurismo cultural feroz. Dice Adamovsky sobre el Tea Party:

El fervor patriótico venía en ellos de la mano de la noción de que el espíritu americano tradicional coincidía con sus valores políticos y morales y que era ese corazón auténtico de la nación lo que se encontraba en peligro por causa de los malos políticos y de las visiones progresistas. Predicar el individualismo era entonces, para ellos, el verdadero modo de ser nacionalista. Como puede verse, se trata de un liberalismo con una fuerte tendencia antipluralista, ya que toma como enemigos de la nación a quienes piensan diferente (2023, 118).

Ese individualismo tuvo primero como expresión política al Tea Party, con ideas “libertarias”, sospechas hacia el gobierno, libertad individual, demandas de bajas impositivas y reducción del gasto público, conservadurismo cultural, nacionalismo y antiigualitarismo (ver Adamovsky 2023, 119).

El triunfo de Trump hizo más visible a una de las figuras paradigmáticas de estas nuevas subjetividades: “el hombre blanco resentido”. Más allá de “hombre blanco” (algo con significados variables entre países), la cuestión es comprender subjetividades políticas y económicas en contextos diferentes.

Evidentemente, en países como Argentina, donde fue crucial el aporte electoral masivo de sectores de las clases bajas, hartas del Estado e hijos de votantes peronistas, las cosas funcionan de otro modo. En el contexto estadounidense esa categoría alude a la masculinidad, al racismo de una democracia con fronteras duras.

Pero incluso en Estados Unidos existen otras investigaciones. Quizá sea de 2005 uno de los primeros registros del paisaje posindustrial con los brotes del nuevo paisaje emocional. Si se absolutiza, la cuestión de los hombres blancos corre el riesgo de ser una coartada tranquilizadora. Los apoyan millones de pobres. Es una extrema derecha que conquistó el corazón de una parte de la gente que más sufre. Y una de las vanguardias de este proceso fue Kansas City, en Estado Unidos.

No se trata sólo de que el Partido Republicano se proclame desde hace algún tiempo “defensor de la gente corriente” y “de la gente común”, sino de que efectivamente una parte muy significativa de las clases populares lo apoya activa y entusiastamente (A.F-S, en Frank 2008, 7).

Frank cuenta que cuando se enteró que en el condado más pobre de Estados Unidos George Bush ganó por más del 80 %, se preguntó: “¿Cómo puede estar equivocada tanta gente?”. Kansas era un centro industrial, obrero, demócrata, próspero. Pero ya a finales de los noventa algo se rompió. Cuando una política republicana arrasa con industrias, sindicatos y barrios, “los ciudadanos respondían arremetiendo contra los enemigos de la guerra de valores. . . . Hoy la ciudad parece una Detroit en miniatura. Y con cada mala noticia parece llenarse de amargura, volverse más cínica y conservadora si cabe” (Frank 2008, 11).

No estamos en 2016. Estamos en los orígenes de los procesos que llevan al triunfo de Trump:

Con su implacable amargura, Kansas es un reflejo de todos nosotros. Si este es el sitio donde Estados Unidos busca su espíritu nacional, entonces va a encontrar que su espíritu, después de asimilar el resentimiento visceral del Contragolpe, se ha equivocado de camino. Si Kansas es la esencia concentrada de la normalidad, no debemos extrañarnos de que sea el lugar donde lo desquiciado se convierte gradualmente en lo normal, donde vemos esas caras sanas, confiadas, tranquilizadoras, inconfundiblemente estadounidenses . . . y nos damos cuenta que estamos delante de un lunático (Frank 2008, 45).

Habitamos realidades paralelas

La ultraderecha solo es masiva en sociedades donde hay al menos dos sectores que viven en realidades paralelas. Si un extranjero escucha cómo hablan los *liberals* y los trumpistas estadounidenses de su país, no podría suponer que hablan del mismo país. Lo mismo sucede con petistas y bolsonaristas en Brasil y en buena parte del mundo.

En la metáfora de dos campos magnéticos de la polarización (Nobre 2022) nos referimos al incremento de las distancias y el rechazo mutuo en las controversias sobre grandes temas según cada región y cada país (desde el aborto, la inmigración, la seguridad; ver Kessler y Vommaro 2024), y a la percepción y la definición del otro como enemigo, una dinámica peligrosa para la democracia.

DiMaggio, Evans y Bryson (1996) plantean que hay cuatro dimensiones de la polarización: las opiniones se agrupan en dos, son muy distantes entre sí, hay consistencia (las posiciones entre diferentes temas tienden responder a la bimodalidad) y hay consolidación (la correspondencia de estas categorías con variables sociales y con el voto). Las preferencias ideológicas están incluso en la base de la llamada polarización afectiva, es decir, aquella que se basa en sentimientos negativos hacia el grupo adversario (Webster y Abramowitz 2017).

Cuando agregamos a esto que estamos hablando de configuraciones de sensibilidad radicalmente diferentes, inconmensurables en este contexto político, estamos afirmando que la esfera pública no se erosiona solo como efecto de las redes, de la caída del libro y los periódicos, de la proliferación de *fake news*. Estamos diciendo que la esfera pública se erosiona porque una gran parte de las poblaciones de las democracias europeas y americanas no considera que los hechos son sagrados, así como no considera sagrada la libertad de quien piensa diferente a sí mismo.

El campeón mundial de la capacidad de ser inmune a sus actos y palabras es sin duda Donald Trump. En enero de 2016, afirmó: “Podría pararme en medio de la Quinta Avenida y matar a alguien de un tiro y no perdería un solo voto, ¿entienden? ¡Es algo increíble!”. Una gran

parte de los democratas y del periodismo serio de Estados Unidos creía que Trump no podía durar, no podía ganar, no podía ser competitivo, porque los estadounidenses no aceptarían cosas como estas. Creían que había aún restos de esfera pública. Pero no, solo hay realidades paralelas. Durante la campaña de 2016, en una grabación difundida en el *Access Hollywood*, Trump se jactaba de tocar a mujeres sin su consentimiento. Creyeron que era el fin de su campaña y luego triunfó. Otros creyeron que el exdirector del FBI, Robert S. Mueller III, encontraría evidencia de que Trump había complotado con Rusia para ganar las elecciones. Ese sería su final, creyeron. También el ataque al Capitolio del 6 de enero de 2021 fue interpretado como un calamitoso final de su carrera política. Pero no. ¿Qué ocurre? Hay más.

E. Jean Carroll lo demandó por abuso sexual y por difamación. Trump fue considerado culpable. Nada afecta su carrera política. En los juicios por jurados en Estados Unidos solo hay fallos unánimes. Si uno de los miembros del jurado, en mayo 2024, hubiera dudado de la culpabilidad de Trump, el juicio hubiera sido declarado nulo. Los miembros del jurado son sorteados y tanto la fiscalía como la defensa impugnan a todos los que consideran que podrían ser parciales en su opinión. Es decir, ambas partes aceptan que esas personas son imparciales. Y son esas personas las que lo condenaron.

Más de la mitad de los argentinos, poco después del intento de asesinato a Cristina Fernández de Kirchner, captado por las cámaras, creía que no era cierto, que había sido inventado por ella para victimizarse.

En agosto de 2020, Brasil tenía cien mil muertos por covid-19 y un presidente que había dicho que se trataba de una “gripecita”, completamente negacionista. Datafolha hizo una encuesta y el 47 % de los brasileños afirmaron que Jair Bolsonaro “no tiene ninguna responsabilidad” en las dimensiones de la tragedia y el 11 % afirmó que sí la tenía.

Se puede hacer una lista extensa de creencias sociales extendidas en algunos países: la tierra es plana, lo que sucedió ayer no sucedió. Esta frase no es una frase.

La mentira es clave en la acción política fascista:

Derrida se planteaba la pregunta filosófica: “¿Es mentiroso aquel que cree que lo que dice es verdad aunque sea una mentira?”. Mi respuesta es sí, que los fascistas son mentirosos no sólo porque creen en sus mentiras, sino por lo que hacen con ellas. La mentira implica no sólo rechazar la realidad, sino —y esto es lo peor— tratar de cambiarla para que se asemeje a la mentira (Finchelstein 2023).

Esto se vincula con la tesis de que el negacionismo, no sólo del cambio climático o de crímenes del pasado, sino como disposición para ver y analizar la realidad, es un “factor afectivo central de nuestro tiempo, un componente esencial de nuestro estado anímico colectivo” (Nunes 2022, 8). Para Nunes, analizando especialmente Brasil, la impostura de quienes diseminan mentiras conscientemente no puede dejar de prestar atención al público que consume esas mentiras, que se siente atraído por ellas. Nunes sostiene que el estado que llama “estar en negación” (un intento inconciente de protegerse de una experiencia o pensamiento traumático recusando admitir la realidad) “genera una demanda por la mercancía que los negacionistas concientes proporcionan”. El aumento de la oferta lleva a sospechar, agrega, “de un crecimiento expresivo de la demanda” (2022, 38). En otras palabras, además de malvados mentirosos hay mucha gente que hoy necesita esas *fake news*. Las emociones hegemónicas las tornan un alimento cotidiano para el disfrute y la catarsis.

El desafío de gestionar afectos

No hay relación humana que no implique circulación afectiva. No hay vínculo político sin una dimensión afectiva constitutiva. ¿De dónde emanan esas formas de percibir, esas sensibilidades, esos sentimientos? Evidentemente, no son *ex nihilo*. Pero tampoco tienen una causalidad simple. Una gran parte de los debates teóricos se consumen entre quienes sostienen que las causalidades son económicas, políticas, tecnológicas o de cualquier otro tipo. Páginas y páginas sobre causalidades, como si lo económico fuera ajeno a la significación, como si lo político fuera

ajeno a lo afectivo, como si lo tecnológico fuera ajeno a todo ello. En los procesos sociales hay delimitaciones de lo posible, hay presiones en una u otra dirección. Sin embargo, en procesos como los que analizamos se sabe que no hay mecanicismos ni reduccionismos.

Durante ciertos años se cocinó el quiebre del sentido común que articulaba neoliberalismo con democracia minimalista y algunas legislaciones *multiculti*. Votar, ampliación de derechos civiles, reducción del Estado de bienestar o de los sistemas de protección pública. Eso ocurrió en la mayoría de los países de Europa y América, cada uno con sus historias particulares. Eso iba generando rupturas con las adhesiones a la democracia liberal, ampliando los espacios y los motivos de una crisis de representación. Así, surgieron grupos anti *statu quo*.

Uno de los estudios más originales y menos conocidos es la etnografía que Nitzan Shoshan (2017) realizó sobre los neonazis en Berlín del Este en la primera década del siglo. Obviamente en la Alemania posterior a la reunificación hay un peso peculiar de la historia del nacionalsocialismo y de la división de la posguerra. Shoshan analiza a sus interlocutores como parte del mundo contemporáneo, en contraposición a cualquier forma de exotización. Es análogo al análisis de Horkheimer y Adorno que jamás vieron al fascismo como algo antimoderno, sino como algo propio de la modernidad.

La tesis de Shoshan es que el extremismo de derecha es un “afuera constitutivo” de la comunidad alemana contemporánea. Por un lado, no tiene lugar en su proyecto de nación pacífica y democrática. Por otro, ese proyecto se construye no solo contra el pasado, sino contra la presencia contemporánea de alemanes que son de la derecha extrema. Alemania ha hecho y hace una enorme inversión económica y simbólica para dar cuenta de su proyecto de nación actual. Personalmente, me consta que esa inversión no es en absoluto una máscara o, si lo es, es solo para algunos. Expresa lo que muchísimos alemanes desean y hacen para su propio país. El argumento de Shoshan es que la gestión del odio, con diversas políticas de distinta índole, es un capítulo central de ese proyecto contemporáneo de nación, para que ese pasado que regresa con tatuajes y *smartphones* pueda ser domesticado y disciplinado. “La cruzada contra

el nacionalismo insidioso, ilícito, como un potencial obsceno que acecha dentro de formas más ordinarias de vida, se ha incrustado como el núcleo constitutivo del proyecto nacional posreunificación” (Shoshan 2017, 39).

Las formas emergentes de marginación social crean ansiedades que, a su vez, generan retos a la nación alemana. La gestión “de esta amenaza da forma a una tentativa, nerviosa, difícilmente coherente y, sin embargo, trascendental de gobernanza afectiva” que busca “orquestrar, inducir y desactivar un conjunto de disposiciones afectivas indispensables, pero potencialmente inflamables” (2017, 44). La gestión o manejo del odio es un caso de la gobernanza afectiva, especialmente para gobernar en Alemania a la delincuencia de extrema derecha. Pero también abarca un conjunto de instituciones “empeñadas en fomentar ciertas disposiciones afectivas y en obstaculizar otras” (2017, 49).

Los jóvenes de la extrema derecha pueden manifestar indistintamente nostalgia del III Reich o de la República Democrática Alemana (RDA). Pero el punto crítico que los define es estar en contra de los inmigrantes. Ser de derecha es “alzarse en defensa del propio país”, evitar que los extranjeros “abusen” del sistema de bienestar social. Y así articulan discursos de autovictimización en términos culturales (no raciales). La problemática central es “la alteridad cultural y étnica, condensada en la imagen de ciertas aglomeraciones inmigrantes” (Shoshan 2017, 116). El inmigrante étnicamente marcado representa “no sólo un objeto de odio profundo, sino también un prisma mediante el cual forjar (y un criterio contra el cual medir) los contrastes políticos”. Porque, le explican, “los izquierdistas están a favor de los extranjeros y los derechistas de los alemanes” (2017, 116).

Recordemos que Shoshan pudo iniciar su trabajo de campo de la mano de trabajadores sociales que tenían como objetivo reformar a los jóvenes con tendencias neonazis:

Los complejos regímenes legales y penales de la gobernanza del odio en Alemania, sus modos de trabajo policial e imposición de la ley, y sus instrumentos de vigilancia y de producción de conocimiento aparecen, a la vez, como la faceta represiva de un conjunto aún más amplio

de discursos, instituciones y técnicas que incluyen, también, esfuerzos para reformar y rehabilitar a los jóvenes extremistas de derecha (Soshan 2017, 307).

Para las leyes alemanas son delincuentes, exdelincuentes o delincuentes en potencia. Disciplinarlos es evitar heridos y muertos, además de alejar los fantasmas del pasado.

La extrema derecha, que en aquellos años era marginal, pasó ahora a ocupar un lugar crucial en el mapa político. En ese sentido, es análogo a muchos otros países que hemos mencionado. Cuántos frutos podrá recoger esa democracia militante que es Alemania, en parte azorada por el crecimiento de una ultraderecha que aún no alcanza la mitad del porcentaje que en muchos otros países, es una gran pregunta. Cómo se gestionaron las emociones en otros contextos nacionales, generando qué tipo de intersubjetividades, es una gran pregunta de investigación. Hay una configuración de sensibilidad dentro de otra, un paisaje dentro de otro paisaje. Estas cuestiones, junto con las que hemos desarrollado en los capítulos previos, serán retomadas en la parte final que se concentra en Argentina.

Javier Milei. El caso argentino en perspectiva comparada

La capital americana de los derechos humanos devino la capital americana de la derecha radical. El 10 de diciembre de 2023 se celebraron cuarenta años de democracia, un récord para el país. Ese día asumió la presidencia Javier Milei y la vicepresidencia Victoria Villarruel, un gobierno de derecha extrema.

El caso argentino se encuentra hoy en el centro de atención y tiene un gran interés por sus particularidades, que pueden contribuir a la vez a generar preguntas de investigación para otras situaciones. Hay cuestiones constitutivas de la Argentina que al lector le permitirán comprender mejor lo que está sucediendo. Voy a mencionar brevemente seis de ellas.

Primero, la típica tensión entre la capital y las provincias, presente en muchos países, ha alcanzado en Argentina un punto máximo en su historia en el siglo XIX, con una guerra civil de décadas entre “unitarios” y “federales”. Si bien la organización política del país es federal, los argentinos suelen decir: “Dios está en todas partes pero atiende en Buenos Aires”. La escisión capital *versus* “interior” se plasma en el calendario ritual de la Argentina, un país que celebra dos días de la independencia. El 25 de mayo (de 1810) fue la Revolución de Mayo en la ciudad de Buenos Aires y el 9 de julio (de 1816) fue la Declaración de la Independencia en el Congreso de Tucumán (en aquel momento, en el centro geográfico del país). Una fecha para la capital, otra para “el interior”.

Segundo, el lenguaje de las grandes confrontaciones argentinas es directamente político, no es racial como en Estados Unidos, ni religioso

como en otras partes del mundo. Desde 1945, el binarismo (porque siempre es a través de binarismos) fue entre peronistas y antiperonistas. Todo lo que se dice actualmente sobre polarización, polarización afectiva, *fake news*, realidades paralelas, estigmatización, odio al enemigo político, todo ello sucedió en Argentina especialmente en 1945, con el nacimiento del peronismo, y en 1955-1956, cuando las Fuerzas Armadas, con apoyo de los partidos opositores, derrocaron con un golpe de Estado a Perón, prohibieron que se pronunciara su nombre y el de Evita, bombardearon con aviones la Plaza de Mayo, asesinaron a trescientos civiles y fusilaron a peronistas en la periferia de Buenos Aires. Todo ello en nombre de una palabra que ha regresado: ¡Libertad! Ya entonces era libertad para el poder.

En tercer lugar, eso inauguró una época de violencia política que no había tenido parangón en el siglo xx. A finales de los sesenta e inicios de los setenta surgieron formaciones guerrilleras con apoyo de masas, como en varios países de América Latina. El golpe de Estado de 1976 instauró el terrorismo de Estado, produjo la desaparición de treinta mil personas, arrojó secuestrados vivos al río desde aviones, secuestró y modificó la identidad de unos cuatrocientos bebés nacidos en cautiverio. Después de la veloz y vergonzosa derrota en la Guerra de Malvinas, en junio de 1982, las Fuerzas Armadas quedaron muy debilitadas y Argentina fue el país de la región donde avanzaron más rápido y con mayor contundencia los juicios por crímenes de lesa humanidad. En los cuarenta años de democracia, que se iniciaron en diciembre de 1983, la sociedad argentina se distinguió en la región por un gran rechazo a la violencia política. La intolerancia hacia la violencia del propio Estado por razones políticas provocó inmensas movilizaciones y juicios efectivos en varios de los pocos casos donde se cruzó esa frontera.

En cuarta instancia, en esa dimensión, en la convivencia plural, en la garantía de elecciones libres sin cuestionamientos, en la ampliación de derechos civiles, la democracia argentina fue un éxito. Con sus grises, pero un gran éxito. Lamentablemente, en términos de desarrollo económico y social, esta sumó una serie contundente de fracasos. El primero fue la hiperinflación de 1989-1990. El segundo fue la crisis de

2001-2002, donde voló por los aires la paridad peso-dólar, que se había mantenido diez años. El tercero fue que los economistas heterodoxos de Argentina consideraron que sin habilitar o aceptar algo de inflación no podía lograrse todo lo que deseaban en términos de redistribución. En el corto plazo, Argentina no tuvo logros extraordinarios superiores a Brasil, Uruguay, Bolivia o Ecuador. En el largo plazo, la inflación se escapó de las manos, fue la más alta de América, y toda la población se empobreció. Solo Argentina superó en 2023 el 200 % de inflación anual durante un gobierno peronista integrado por el kirchnerismo.

En quinto lugar, a esto hay que sumarle una característica fundamental. El ingeniero Marcelo Diamand (1983) escribió en 1983 que Argentina tenía como serio obstáculo para su desarrollo la existencia de un péndulo de políticas macroeconómicas: unos gobiernos tenían clásicas políticas ortodoxas y otros buscaban políticas heterodoxas populares que impulsaran la redistribución. En los cuarenta años posteriores al texto de Diamand se agravó muchísimo el problema pendular. El menemismo fue ortodoxo en el péndulo, el kirchnerismo cada vez más heterodoxo, Macri fue ortodoxo gradual y Milei es ortodoxo vertiginoso (con el ajuste, pero cuando se envía a imprenta este texto no permite la libre compra y venta de dólares, medida heterodoxa).

Finalmente, en sexto lugar, el último medio siglo, desde 1976, fue el peor de la historia económica de Argentina y el país perdió posiciones en la región y, sobre todo, la diferencia relativa que lo había caracterizado. Hoy es un país más de la región en pobreza, índice Gini, calidad de la educación pública, perdiendo posiciones a lo largo de décadas en PBI per cápita. Pero es el que tiene la peor inflación.

Hace varios meses, o quizá un par de años, que la tensión máxima en Argentina está configurada por dos aspectos: por un lado, el profundo descontento económico y social, la enorme frustración del empobrecimiento durante varios años; por el otro, una historia que le puso un límite preciso a la violencia política. El presidente Javier Milei no tiene nada que ver con esos dos rasgos de la historia reciente de Argentina, excepto que son dos cuestiones centrales del país que gobierna. Y que van a condicionar su presidencia de modo decisivo.

De la crisis de 2001 a Javier Milei

Entre 2001 y 2002 estalló el grito multitudinario “¡Que se vayan todos!”. Un país con 24 % de desocupados y otro tanto de subocupados era un fracaso. El rechazo estaba conectado a un cambio cultural. Antes y después de esa crisis, Argentina tuvo dos épocas con dos consensos culturales hegemónicos opuestos: en los años noventa, el país que soñaba haber ingresado al “primer mundo”, con relaciones carnales con Estados Unidos, con un peso convertible a un dólar y con creciente xenofobia hacia inmigrantes de países limítrofes. Entre 2003 y 2015, un país que puso énfasis en crecer, distribuir e incluir, redujo drásticamente el desempleo y la pobreza, le pagó la deuda al Fondo Monetario Internacional (FMI), dejó de tener vínculos con esa agencia icónica y fue parte del “giro a la izquierda” en América del Sur.

Hay cambios culturales y políticos que fueron debilitando la democracia argentina. Los altos niveles de polarización fueron negativos para las fuerzas democráticas. Implicaron fanatismo y por lo tanto deterioro grave de la esfera pública. En Argentina asistimos desde hace al menos quince años (desde el llamado conflicto entre el “campo” y el gobierno en 2008) a una intensa polarización con momentos de picos agudos. Aparecen miradas que reivindican la violencia física o simbólica como manera de gestionar el vínculo con los adversarios políticos.

Ante los problemas económicos del final del segundo gobierno de Cristina Fernández, en las elecciones de 2015 la sociedad dudó hacia dónde ir. Ganó Macri por un punto y medio, pero no cambió la hegemonía cultural. Su campaña buscó ocultar su programa neoliberal y adaptarse al *coaching* de su gurú, Durán Barba, de nacionalidad ecuatoriana, que escribió varios libros al respecto. Llegó a la Casa Rosada, pero como escribió Gramsci, desde allí percibió que no estaban dadas las condiciones. Y fracasó estrepitosamente. Después de eso y del fallo de Alberto Fernández (sobre el que regresaremos), nuevamente hay un rechazo a los políticos y los partidos, mientras se produce un cambio cultural profundo.

En el análisis siguiente veremos que Milei no surgió de la nada. Es una figura extremadamente particular que se articula de modo muy

eficaz con los cambios sociales y culturales que se produjeron en Argentina. En los capítulos previos mostramos la articulación entre un cambio profundo en las configuraciones de sensibilidad y la emergencia de la extrema derecha. En las siguientes páginas me voy a detener en cómo la dinámica económica, política y especialmente la pandemia fueron cruciales para generar esa transformación en el caso argentino. Por el acceso que tuve a material cuantitativo y cualitativo de esos años,²⁷ por los estudios previos y las entrevistas que pude realizar a finales de 2021 e inicios de 2022, especialmente a líderes sociales y a psicoterapeutas, logré construir esta sociogénesis de la emergencia de una nueva configuración de sensibilidad y sus consecuencias políticas.

Sociogénesis de la nueva sensibilidad: individuos, esfuerzo y polarización

La historicidad de la sensibilidad emergente, visibilizada de modo categórico a través del voto a Milei, requiere regresar a la forma específica en que se salió de la crisis de 2001. Fue una coyuntura (hasta avanzado el 2003) de enorme creatividad popular contra los políticos del *establishment*. El Partido Justicialista (PJ), la Unión Cívica Radical (UCR) y el Frente País Solidario (Frepaso) habían avalado de maneras distintas el modelo neoliberal “de los noventa”. Las asambleas populares, las movilizaciones piqueteras que ocupaban el centro de la escena, los clubes de trueque, las fábricas recuperadas por los trabajadores, los comedores populares, conformaron una extensa lista de invenciones en los barrios

²⁷ Entre diciembre de 2019 y diciembre de 2022 fui asesor del presidente Alberto Fernández. En diciembre de 2023 publiqué una nota en la cual me hice cargo de mi cuota de responsabilidad, acorde a la jerarquía. Mientras fui asesor no publiqué artículos de ningún tipo. Mis conclusiones se las informaba al gobierno. Al inicio de la gestión, la pandemia tomó la mayor parte de nuestro trabajo. Posteriormente, constatada la inutilidad de elaborar consejos en ese contexto, renuncié y regresé al trabajo académico.

y lugares de trabajo para enfrentar y revertir colectivamente la exclusión masiva del neoliberalismo. El año 2002 fue el pico del porcentaje de pobreza en Argentina, al menos hasta que se conozcan las cifras de 2024.

Hay que decirlo con todas las palabras. Si Eduardo Duhalde y después Néstor Kirchner no hubieran comprendido qué demandaba la sociedad y lo hubieran traducido en políticas públicas, la salida de la crisis de 2001 hubiera sido mucho más traumática. Hubieran seguido cayendo gobiernos, como sucedió en otros países de América del Sur, hasta encontrar un rumbo similar al que adoptó la mayoría de la región. Se puede agregar también que si antes de la crisis la dirigencia política hubiera tenido el coraje de salir de la convertibilidad, las cosas hubieran sido mucho menos graves. Pero la verdad es que si Argentina ha tenido el peor medio siglo económico de su historia, no es por el precio de sus exportaciones (que acompañaron las tendencias regionales), es por las características de su dirigencia.

Kirchner también sintonizó con los reclamos históricos de los movimientos de derechos humanos. Pragmático, también supo desarmar la oleada securitista que lideró el *Ingeniero* Blumberg ni bien se acomodó la economía. No fue casualidad que se fuera del gobierno en 2007 con una popularidad cercana al 80 %. Y tampoco lo fue que perdiera las elecciones en el bastión peronista de la provincia de Buenos Aires menos de dos años después.

¿Qué sucedió? En Argentina, el Poder Ejecutivo puede establecer retenciones a las exportaciones. Desde 2002 fueron creciendo paulatinamente las retenciones, en especial a la soja y otros productos, hasta alcanzar el 35 %. En marzo de 2008, el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner estableció “retenciones móviles”, aumentando ese porcentaje, a través de la resolución 125 del Ministerio de Economía. Los productores agropecuarios grandes, enormes y pequeños se opusieron y se movilizaron. Cortaron rutas de varias zonas del país, cobraron protagonismo en los medios y tuvieron apoyo de una clase media urbana antikirchnerista. El país se polarizó y el gobierno se negó a negociar. Néstor y Cristina Kirchner dilapidaron en pocos meses casi todo el capital político que habían acumulado.

En un discurso en Plaza de Mayo casi quince años después, Fernández de Kirchner se refirió a la resolución 125 como la decisión por la cual

“casi me pongo el país de sombrero”. Lo más parecido a una autocrítica que se le puede pedir. Sin embargo, en 2008 se aferraron a esa decisión hasta la derrota. Y de ese conflicto quedaron heridas que siguen vivas. Quedó destrozada la relación entre “el campo” y el kirchnerismo hasta hoy. Los productores agropecuarios de la zona centro (la principal zona económica de Argentina, que abarca varias provincias) consideran al kirchnerismo como su enemigo. Ya desde su segundo gobierno varios ministros de Cristina Kirchner, como Axel Kicillof y Julián Domínguez, trabajaron fuertemente para recomponer el vínculo. Pero en esas zonas la performance electoral del kirchnerismo fue irremontable. En el balotaje de 2023, en Córdoba, Sergio Massa, candidato del peronismo, obtuvo solo el 25 % de los votos. Es cierto que allí, después de 2008, el kirchnerismo cometió errores adicionales, como no enviar a la gendarmería en medio de una huelga policial. Algo inolvidable para los cordobeses. Pero también es cierto que ese dislate no fue un trueno en el cielo despejado, sino fruto de una concepción amigo-enemigo. No falta quien cree que el 75 % de votos a Milei provino de la oligarquía. Pero en una provincia donde votaron 2 300 000 cordobeses esos esquemas habitan el delirio. En cualquier caso, Milei no solo arrasó en la provincia del Cordobazo y la Reforma universitaria. Lo hizo en otras quince sobre un total de veinticuatro.

Retomando un rápido repaso, en 2009 la crisis global golpeó fuerte en Argentina, pero en 2010 se recuperó. Néstor y Cristina Kirchner supieron construir una nueva agenda con la Asignación Universal por Hijo, el matrimonio igualitario y la Ley de Comunicación Audiovisual. Pero en esta última, el cálculo político volvió a fallar y finalmente el Grupo Clarín se salió con la suya. Lamentablemente, la identidad kirchnerista comenzó a ganar espesor no solo con grandes aciertos, sino con muchas de las derrotas. Eran quienes enfrentaron al campo y al Grupo Clarín. Parece que donde hubo menos guerra, no hubo tanta identidad. Porque la reestructuración de la deuda externa en 2005, con la opinión en contra del FMI, fue un logro histórico.

En 2010 hubo un punto de inflexión en favor del kirchnerismo. El gobierno buscó convertir las celebraciones del bicentenario en una fiesta popular sin distinciones y lo logró con creces. Las imágenes de todos los

presidentes latinoamericanos, de millones de argentinos en la 9 de Julio, del gran espectáculo montado para la ocasión, generaron un clima de que algo podía estar por encima de las divisiones. Uno de los problemas de la oposición era que nadie tenía un plan económico para la sensibilidad social hegemónica en esa época. Los neoliberales actuaban, pero eran una minoría sin chances.

En noviembre de 2010 falleció Néstor Kirchner. Su velatorio se convirtió en un acontecimiento multitudinario. Su muerte inesperada generó masivamente una sensación de vacío que, en aquellos jóvenes más proclives a la sensibilidad nacional y popular, los empujó masivamente a dar un paso en su compromiso político. Cristina Kirchner percibió la alta fragmentación opositora, asumió un discurso sin polarizaciones, se ubicó en 2011 por encima de las divisiones y se ocupó de que hubiera una gran apreciación del peso respecto del dólar. Llegó al 54 % de los votos en primera vuelta. El segundo más votado era el líder de los socialistas, Hermes Binner, un hombre democrático y progresista, con el 17 %. Tercero, Ricardo Alfonsín, otro hombre democrático y progresista. El neoliberalismo no obtuvo votos en 2011.

Eso no volvería a suceder. En las tres siguientes elecciones nacionales el kirchnerismo fue duramente derrotado. En una actitud que parecía volverse costumbre, el inmenso capital político de 2011 fue barrido en 2013. La sociedad, como cualquier otra, comenzó a desplegar una nueva agenda. Bastante entremezclada y caótica al inicio. Con vectores obvios hacia la “seguridad”, pero también con crecientes críticas a la inflación y la corrupción. Era el momento de corregir enormes desequilibrios macroeconómicos: no se podía subsidiar un día más la electricidad, el gas y el agua de la clase media alta y de los millonarios. Pero no. Eso no se corregiría hasta una década más tarde y de manera parcial. En el medio se perdieron miles de millones de dólares para impulsar el desarrollo y la reducción de la pobreza.

En el año 2012, esas nuevas sensibilidades se tradujeron en marchas al Obelisco. Mientras ignoraba lo que sucedía en las profundidades subjetivas de la sociedad, el kirchnerismo soñaba con una victoria arrasadora en 2013 para lograr la reforma constitucional y la re-reelección

de Cristina Kirchner. Una cadena equivalencial, al decir de Laclau, se estableció contra esa hipótesis y en 2013 el kirchnerismo perdió categóricamente la provincia de Buenos Aires contra Sergio Massa, esa vez apoyado por Mauricio Macri. Massa enterró para siempre la ilusión de una reforma constitucional.

A pesar de todo, 2015 fue un año en el que las sensibilidades sociales y las intenciones de voto eran de alta complejidad. Al inicio de aquel año, nadie en el gobierno kirchnerista creía que se podía perder una elección nacional frente a Macri. Otra vez funcionó la teoría formal de Laclau, pero fue contra el “populismo de izquierda”. La UCR y Lilita Carrió decidieron hacer lo impensable: una alianza con Macri. Y usando la ley propuesta por Cristina compitieron en las internas que les permitían apoyar al obvio ganador. “Dialéctica del antagonismo”, podría haberse llamado la obra.

Pero eso no alcanzaba. Era necesario que Macri prometiera no ser neoliberal para que pudiera ser electo. Su campaña de 2015 no fue con su agenda económica y política. Fue con una agenda de centro. Prometió no privatizar empresas, pero sí bajar la inflación. El kirchnerismo tenía prohibido (de verdad) decir la palabra inflación en aquellos años. Los referentes hablaban con eufemismos, como “reacomodamiento de precios”. Incluso el gobierno dejó de medir la pobreza. Todo su discurso, al menos desde 2013, era para reivindicar “la década ganada”, el pasado, lo logrado. El espacio discursivo del futuro quedó completamente vacío. Estaba vaciado.

Cuando Macri se apropió del futuro, tuvo serias chances de ganar la elección. Y ganó por un punto y medio el balotaje. Pero se encontró con un problema. Había llegado a la Casa Rosada, pero la sociedad no había votado la agenda neoliberal. Un problema gramsciano, como dijimos. Su recorrido fue el inverso al que hará Milei ocho años después. Se moderó tanto para ganar el gobierno, que al asumir se impuso la estrategia de gestión “gradualista”. Es decir, la idea de llevar de a poco del modelo económico kirchnerista al soñado por Macri. Es muy interesante ver que algunos, quizá el propio Macri, consideran que eso fue un error, que deberían haber ido a la opción del *shock*: “hacer lo mismo pero más rápido”, escribió el expresidente. Pero en todo caso el error fue no haber dado la batalla antes de la elección, dispuesto a perder.

En Argentina los políticos se han acostumbrado a creer que el modelo de Menem de 1989 es una regla. Prometió un gobierno productivo y redistributivo y fue la ofensiva neoliberal más salvaje hasta la asunción de Milei. Pero Menem fue la excepción producto de la hiperinflación. Los gobiernos democráticos no tienen el poder de hacer cualquier cosa, más allá de las sensibilidades sociales.

Permítanme un desvío. En un gran libro, Félix Luna afirma que cuando ganó Perón en febrero de 1946 sucedió lo habitual: una gran cantidad de gente que no lo había votado deseaba que le fuera muy bien. En 2015, sucedió lo mismo. Incluso entre muchas personas que por formación ideológica jamás votarían a Macri, surgió otro argumento: la derecha se había modernizado, estábamos frente a una alternancia, no sería nada dramático. Hubo bastante confusión entre los análisis y la expresión de deseos.

Durante los dos primeros años de gobierno, 2016 y 2017, no hubo ningún *shock* para la población en general. Macri asumió con una devaluación y en el año electoral apostó a la apreciación del peso. Y ganó en 2017. Derrotó con un candidato en aquel momento ignoto a Cristina Kirchner en el ya no tan bastión peronista de la provincia de Buenos Aires. Pero más allá de las diferencias políticas, Macri cometió un error fatal. Autorizó el ingreso de capitales especulativos a la Argentina: ingresaron al país miles de millones de dólares, se cambiaron a pesos, con distintos mecanismos cobraban tasas altísimas en moneda argentina y, en cualquier momento, compraban mucho más dólares de los que ingresaron y se iban del país.

Por el motivo que fuera (Macri no hizo el ajuste que esperaban, hubo desinteligencias en su gobierno) a inicios de 2018 esos capitales empezaron a irse del país y eso produjo una megadevaluación. En ese contexto Macri apeló al FMI, primero con la condición de que no podría vender los dólares del megapréstamo en el mercado, después autorizando la venta. Cuando se autorizó la venta la Argentina tomó la mayor deuda que nunca tuvo un país con el FMI para financiar la salida de esos capitales especulativos o golondrinas. Miles de millones de dólares fueron extraídos legalmente de las reservas argentinas. Cuando Macri asumió el dólar oficial estaba a menos de 10, el paralelo a 13 o 14. Se fue

con el dólar a 80, en cuatro años duplicó la inflación anterior y aumentó de 25 a 35 % la pobreza.

Cité lo de Félix Luna porque en 2015 se generó una enorme ilusión de más de la mitad de la Argentina. Se podía “mantener lo que estaba bien y cambiar lo que estaba mal”, prometía Macri. Hay que comprender que eso produjo una gran esperanza en los votantes de Macri y más allá. Fue la primera gran desilusión de esta etapa histórica. La segunda fue el gobierno de Alberto Fernández. Entre ambos conforman la plataforma crucial para entender cómo le abrieron el camino a Milei. Entre ambos conforman *la doble desilusión*. La doble desilusión es la clave de bóveda de la transformación de los paisajes emocionales de Argentina.

Alberto Fernández, junto a Cristina Kirchner, ganó en 2019 con un discurso para captar ese votante indeciso, cambiante, que votó a Cristina, a Macri, a Alberto, a Milei. Bajo la consigna de que “volvemos para ser mejores” se trataba de interpelar a la base kirchnerista pero asumiendo la autocrítica de la agenda de cosas a corregir. Alberto era un hombre que había sido mano derecha de Néstor, que se había ido por diferencias con la 125 y que tenía buena relación con el diario *Clarín*. ¿Fue el elegido por Cristina como primera autocrítica por la 125? ¿Fue elegido para buscar un acuerdo con el Grupo Clarín? ¿Acaso ninguna de sus diferencias por una década pesó en esa decisión? A mi juicio, el kirchnerismo regresaba al momento de su error polarizador. Buscaba reparar, más de lo que había intentado en sus últimos años de gobierno. Esa era la decisión de Cristina, porque fue ella quien escogió a Alberto sin ninguna mesa de consulta. Una decisión muy personal.

Alberto ganó diciendo que iba a encender la economía, una metáfora fácil de campaña electoral, que después genera problemas para gobernar. Pero también dijo que era inmoral que el gobierno pagara más en intereses por su deuda en pesos que en jubilaciones: “entre los jubilados y los bancos, me quedo con los jubilados”. Un país sin bancos no lo quiere ningún dirigente peronista, pero sin duda Alberto Fernández jamás se animaría a ponerlos en riesgo. Lo dijo y generó ilusión. También dijo que nunca más se volvería a pelear con Cristina. En 2024 hacía unos dos años o más que no se hablaban.

Otra vez: no solo la mitad que votó por Alberto y Cristina tenían una enorme ilusión. La esperanza iba mucho más allá.

Es cierto que le tocaron años muy difíciles. Pero también es cierto lo siguiente: nunca asumió la inflación como el principal problema por resolver; durante su gobierno la inflación de 2019 se cuadruplicó, aumentó la pobreza y se debilitaron fuertemente los ingresos. El dólar voló de ochenta a mil pesos. El desastre económico del peronismo superó a Macri, lo cual es mucho decir. Las peleas internas del gobierno consumieron gran parte de la energía política. La promesa de “volver mejores” no solo fue incumplida, fue ampliamente traicionada. En este momento se sabe que la secretaria personal del presidente, desde su escritorio contiguo al del primer mandatario, negociaba con funcionarios de primer nivel beneficios para la empresa de su marido. Todavía no está probado si el presidente sabía. Imaginemos por un momento que no sabía. Ahora imaginemos a cualquiera de los presidentes de países que admiramos con su secretaria haciendo negocios durante cuatro años a sus espaldas. ¿Qué nombre se le pondría?

¿Qué tuvo que ver la mala suerte de la pandemia con estos negociados, con la fiesta de Olivos, con las vacunas por acomodo o con las denuncias de la primera dama contra el presidente? ¿Qué tuvo que ver la pandemia con la ausencia de un plan económico consensuado en el Frente de Todos? ¿Así pretendían “volver mejores”? ¿Qué tuvo que ver la mala suerte con la renuncia masiva de ministros contra el presidente? Por alguna misteriosa razón de la psicología humana, hay dirigentes políticos que no se dan cuenta de su protagonismo en las derrotas de los frentes políticos que lideran. Y pretenden que esa “negación” se instale en el conjunto de la sociedad. Un deseo incumplible.

La narrativa de “nadie se salva solo”, “la patria es el otro”, “la patria sos vos” o el llamado a la solidaridad

se revela hipócrita para actores que desde hace años perciben injusticias en las políticas de subsidio, irresponsabilidad en el manejo del dinero público, actos de corrupción y un internismo feroz que hace naufragar el relato voluntarista de reciprocidad fraterna y humildad (Semán 2023, 19).

En realidad, sucede que las “narrativas políticas” tienen potencial de persuadir a los no convencidos cuando incorporan las distintas preocupaciones sociales y dialogan con ellas. La política debería ser un diálogo, donde se atienden razones, se responde, se construyen síntesis. Ahora bien, cuando los dirigentes escogen técnicos que los ayudan a negar y silenciar todo aquello que no “encaja” a la perfección en su relato, ya sean las cifras de pobreza, de inflación, la corrupción, los errores evidentes, entonces las narrativas tienen asegurado su lugar como frágiles botes de inminentes naufragos.

Cuando este problema, lejos de ser un acontecimiento aislado, revela una estructura básica donde la negación es reiterada, la mayoría de la población percibe poco a poco el aislamiento de un gobierno o sus dirigentes respecto de las demandas sociales. Ante esa situación se produce una ruptura de sensibilidades que tiende a sedimentar como persistente. De allí a que haya narrativas completamente disímiles es solo una cuestión de tiempo. Es necesario que algunas voces emerjan como catalizadores de los nuevos significados y espacios de percepción.

“Volver mejores” implicaba explicitar las cifras duras, no exagerar logros, ser meticulosos con el uso de la información pública, como parte de una mayor transparencia. Mientras los números que duelen arrojan mayor responsabilidad al gobierno saliente, es todo beneficio: la “pesada herencia”. El problema es cuando un número expresa tajantemente un problema propio. La mayoría de los gobiernos empieza a realizar absurdas piruetas argumentativas. En el caso del gobierno de 2019 a 2023 la sordera fue un mal creciente. La negación de los problemas fue sistemática. Por eso se quebraron sensibilidades no ya con el electorado intermedio, el que podía votar a uno u otro, sino con una franja del voto peronista popular más clásico.

Consumadas las dos grandes desilusiones, empezó la erosión de las dos grandes coaliciones y el escenario se dividió en tres tercios con Milei. Millones de argentinos empobrecidos y defraudados se inclinaron por Milei. Para muchos de quienes optaron por Milei desde las primarias se trata de alguien que sabe de economía, una persona formada que conoce cómo funcionan los mercados y tiene una estrategia para resolver los

problemas económicos. Estas tres características se repitieron en distintas entrevistas, *focus groups* e informes. “Yo votaría a Milei”, me decía un joven en una zona popular del conurbano en 2022. “Aunque no estoy de acuerdo en cosas que dice, sé que a Alberto y a Macri no los votaría. Ya les di la oportunidad a uno, a otro, ahora vamos con Milei”.

No es casual lo que sucede entre esos votantes:

El cambio, por tanto, aunque fuera hacia el abismo, era necesario como única forma desesperada de enfrentar la angustia producida por una casta, que, si acaso llegase a ganar las elecciones de nuevo, solo prolongaría esta angustia y esta desintegración (Solano *et al.* 2024, 27).

En el mismo estudio se propone distinguir a los votantes de Milei entre libidinales y moderados. El votante fanático (prefiero decir) dinamiza el ecosistema, exagera y lo hace seductor. En cambio, el votante moderado suaviza los temas y los incorpora al debate público, aunque hay algunos más esperanzados y otros más ambivalentes (Solano *et al.* 2024, 6). En estos últimos aparecen sentimientos de incertidumbre y decepción respecto de un “ajuste excesivo”, “la casta somos nosotros”, un Milei excesivamente confrontativo, que no se preocupa con el sufrimiento de la gente. La evolución de esta insensibilidad del gobierno vale la pena seguirla de cerca. A la vez, conviene aclarar que en países donde se incrementó la polarización fueron reduciéndose todos los moderados y aproximadamente la mitad del país quedó alineada en el fanatismo. Es decir, estas categorías no pueden ser pensadas como estancas. Son dinámicas.

La pandemia transformó las subjetividades

Los rasgos mencionados del gobierno de Fernández se combinaron con la pandemia, como un hecho global inmenso, para conformar el nuevo paisaje emocional. En 2022 busqué mostrar que la pandemia, al menos en el caso argentino, fue una experiencia traumática (Grimson 2023).

Una experiencia traumática puede anudarse con traumas sociales del pasado. Cuando así sucede el padecimiento social y subjetivo adquiere mayores matices y complejidades. Genera un malestar altamente condensado y una dinámica sociopolítica difícilmente previsible.

En 2020, en la mayor parte del mundo la covid se convirtió en un tema excluyente, que impactó de modo inmenso en la economía y la vida cotidiana. En el caso argentino —y en otros—, la ultraderecha encontró en la covid y la cuarentena una escena crucial para su construcción y proyección. La pandemia y la crisis económica concomitante agravaron seriamente todas las desigualdades: las distributivas y de ingresos, las de género, las educativas, entre otras. Solo la acción estatal y la trama social podían mitigar parcialmente esa dinámica.

A la vez, el conocimiento infectológico afirmó que solo la reducción drástica del contacto humano podía reducir el contagio. Pero reducir el contacto humano es un problema social multidimensional. En el mundo entero, las cuarentenas de tipo *lock down* tienen enormes consecuencias económicas. Implican caída del PBI, pérdida de empleos, pérdida de ingresos. Pero el impacto social y subjetivo ha sido menospreciado. Hay pérdida de espacios educativos, de lazos sociales, otras espacialidades. A la vez, para las familias implican niveles de convivencia intensa. Distancia y convivencia de alta intensidad.

Esto planteó una “paradoja de la alteridad”. En la situación de emergencia, de estrés social, es más necesario que nunca estar junto a otros, unirse, cuidarse. Pero la covid, para cuidarse, obligó a una distancia física que fue denominada (en Argentina y otros países) “aislamiento”. Resquebrajó lazos básicos de la vida social. “Aisló” para cuidarse y cuidar a los otros.

Un tema que nunca se consideró al decidir cuarentenas muy estrictas, como en Argentina, fue la energía de la sociedad. La “energía social” es la capacidad de una sociedad de llevar adelante esfuerzos individuales y colectivos, como fuertes restricciones a la circulación, reducción drástica del contacto humano, organización familiar, alimentaria, educativa, entre otras. Esa “energía” varía a través del tiempo en función de una serie de factores como miedo al contagio, aumento de casos y de falleci-

mientos, posibilidad material de aislamiento, disponibilidad alimentaria, credibilidad política, confianza social, el esfuerzo ya realizado y la evaluación que se hace de la eficacia de ese esfuerzo.

Para quienes nos situamos en el paradigma del cuidado, en contra del negacionismo de la supuesta “gripecita”, hay un debate pendiente acerca de que “quedarse en casa”, aislarse, no es solo (como creyeron muchos) una cuestión moral. Es también una cuestión económica, afectiva, multidimensional. Quienes se aferraron al aislamiento por tiempo indeterminado como única conducta éticamente aceptable, sin quererlo, deseando lo opuesto, contribuyeron a abrirle el camino a Milei. No buscaron una síntesis entre múltiples demandas, construyeron una política unidimensional, desequilibrada y una fuerza que detesta los equilibrios alcanzó la presidencia.

En Argentina, el esfuerzo social fue inmenso, el impacto económico y social enorme, y la defraudación política —con el presidente fotografiado en la “fiesta de Olivos”— devastadora. “La foto de Olivos” se conoció en agosto de 2021 y correspondía a un año antes. En el momento más estricto de la cuarentena, cuando los familiares tenían prohibido despedir a sus muertos, la foto retrataba una fiesta de cumpleaños de la pareja del presidente, con él presente, en el comedor del Chalet Presidencial. Nadie usaba cubrebocas. En varios países situaciones similares produjeron la caída de gobiernos. En Argentina produjo un desastre electoral y la pérdida de la credibilidad que el gobierno tenía.

Una sociedad en crisis económica, sin capacidad estatal de endeudarse, que consensuó una cuarentena muy temprana y muy estricta, se encontró con que las restricciones se prolongaban indefinidamente, o se reinstalaban caprichosamente. La máxima referencia moral del cuidado a inicios de 2020 había violado la legislación que él mismo había establecido. La pérdida de confianza en el presidente, en el gobierno y en el Estado, ya no tuvo retorno desde agosto de 2021.

En la actuación de los sectores “anticuarentena” encontramos la incubación de muchos de los elementos discursivos de la derecha extrema. Desconocer abiertamente la pandemia y apostar a erosionar el contrato de cuidado. Incitando el desgaste lógico de la sociedad y

otorgando potencia al “sálvese quien pueda”. Se generó un aumento del discurso conspiranoico según el cual la covid-19 fue un plan para limitar las libertades de las personas y establecer restricciones. Culpar por la muerte de las personas a sus adversarios políticos generando una alta polarización.

El agotamiento social tiene una dinámica inexorable. El aprovechamiento político del malestar lo exacerba fuertemente. Entre la pandemia, la cuarentena y estas acciones durante 2021 fue creciendo la rabia, el hartazgo, el cansancio y desilusión de los políticos. La sensación de que no había futuro. Un padecimiento subjetivo de carácter colectivo.

La crisis económica, la devaluación de la moneda, el aumento de los precios y la inflación habían comenzado mucho antes de la pandemia. En mayo de 2018 se produjo el inicio de la crisis económica más extensa en los cuarenta años de democracia. Cuando finalizamos este ensayo (a mediados de 2024) esa crisis no se ha cerrado. Con razón, muchos economistas hablan de un estancamiento que se inició en los primeros años de la segunda década del siglo, con la baja de las *commodities*. Pero la megadevaluación con inflación, caída de ingresos y aumento de la pobreza se desató en 2018. Desde entonces, en Argentina, nunca volvió a ser previsible el precio de un producto relevante.

Se puede percibir, así, que el impacto económico de la pandemia en el caso argentino tiene rasgos peculiares. La crisis produjo que el padecimiento económico-social y el padecimiento subjetivo fuera muy extenso en comparación con muchos otros países del mundo. No se trata, obviamente, de establecer una competencia entre países que sufrieron más o menos. De lo que se trata es de preguntarse cómo en cada país se contextualizan los indicadores y cómo se relacionan estos con las percepciones sociales, las angustias colectivas, con paisajes emocionales de cada configuración cultural.

La crisis hasta 2023 era menos profunda que la de 2001, pero mucho más extensa. Hubo distintas emociones entrelazadas en la población: el miedo al contagio, la solidaridad con los seres queridos con riesgo, la necesidad de generar ingresos, la incertidumbre, la sensación de pérdidas múltiples, los cambios en todas las relaciones sociales. Además, hubo

dificultades materiales del aislamiento por condiciones de vivienda (el hacinamiento y los barrios populares).²⁸

En el informe de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) de 2020 se explica que “el malestar social es una vivencia subjetiva”. Puede ser un factor transformador o generar apatía política. O, agregamos, una politización contra los políticos profesionales. “La falta de respuesta al malestar por parte de gobiernos e instituciones puede generar grandes tensiones. . . . Abordar los factores que originan el malestar es fundamental para evitar niveles crecientes de conflictividad, violencia y crisis”.

Una de las formas de analizar el malestar es a través de las relaciones sociales interpersonales. Tanto las situaciones de discriminación como de falta de igualdad o respeto básico en el trato derivan en baja confianza interpersonal, miedo a los otros, individualismo exacerbado, lo cual culmina en niveles bajos de solidaridad.

Los niveles de confianza interpersonal, según Latinobarómetro (2018), se han reducido en América Latina de alrededor del 23 % al 14 % en 2018. La falta de confianza en los demás y la sensación de inseguridad puede tener un impacto negativo en el uso de los espacios públicos que fortalecen los vínculos comunitarios.

“La irrupción de la pandemia de covid-19 ha desencadenado una profunda crisis y una enorme incertidumbre”, ya decía la CEPAL sobre 2020. Y agregaba que el 52 % de los jóvenes ha experimentado un mayor estrés y que el 47 % ha declarado tener momentos de ansiedad y pánico, mientras que un 20 % ha afirmado que les gustaría recibir apoyo psicológico por parte de los servicios de salud. Finalmente, alertaba que la pandemia estaba teniendo un fuerte impacto en la salud mental.

A inicios de 2022 realicé diversas entrevistas a numerosos psicoterapeutas que trabajan con distintos niveles socioeconómicos. Sus consultorios eran cajas de resonancia de las ansiedades y padecimientos

²⁸ Las ciencias sociales han hecho contribuciones muy significativas al estudio y al trabajo en barrios populares. Ese supuesto tema menor se convirtió en un tema crucial para la dinámica y la gestión de la pandemia desde sus inicios. Y lo mismo sucedió con otros temas, desde los pueblos originarios hasta las cuestiones de género.

subjetivos. Allí encontré pistas de esos sufrimientos, de un paisaje emocional de alta intensidad. Una configuración que tendría desdoblamientos y derivas políticas, que sintetizo a continuación.

El afecto prevaleciente era de desolación o desamparo. Implicaba una extensa cadena de emociones como la frustración, la humillación, el desánimo, la ansiedad, la desprotección, la desilusión, la rabia, el rencor ante el robo o la estafa, la falta de horizonte, el agobio, la resignación, la ansiedad. Todo ello estaba englobado por la incertidumbre y el resentimiento. Surgían una serie de alusiones a lo que después se sintetizaría como “casta”, pero en aquel momento aparecía la cuestión de las prebendas y de los privilegios relacionados con la desprotección.

El afecto contrario, del que algunos sentían nostalgia y otros simplemente falta, era la certidumbre, la protección, el reconocimiento, la solución, la respuesta efectiva, la seguridad en un sentido muy amplio de la palabra. No como un tema de policías, sino de protección pública. Lo que se extrañaba o se percibía su ausencia era un liderazgo autónomo y creíble, que supiera abordar la economía, con una actitud positiva, que analice las opciones y resuelva los problemas acuciantes.

Como se ve, en esa tensión ya había mucho de lo que sucedería entre 2022 y 2023. La pandemia, como toda emergencia gravísima que desorganiza la vida, genera un estrés colectivo. “La pandemia es un estresor multidimensional” (OPSA/UBA 2021). Puede producir efectos traumáticos similares a una guerra. Hubo un aumento significativo de la ansiedad y la depresión. Mucha gente sintió alteración del sueño.

La covid era una amenaza. Se despliega una hiperreactividad. En el estado de hiperalerta se escucha poco y se tiende a aumentar el error. Produce irascibilidad y enojo. Todo puede volverse amenazante. De ese estado emerge la irritabilidad social, el malhumor. Aumentó el consumo de alcohol o psicofármacos en 2020 respecto de 2019, justamente porque reducen el estado de hiperalerta.²⁹

²⁹ La Confederación Farmacéutica Argentina y entidades de investigación documentaron el aumento de consumo de psicofármacos en 2020 respecto de 2019, tanto bajo receta como sin ella. Ver “El aumento de psicofármacos aumentó en Argentina

La pandemia es una situación transitoria que se hizo demasiado extensa. Cuando las crisis se extienden no se percibe un horizonte. Eso coadyuva a generar un agotamiento generalizado. Una enorme susceptibilidad. En muchas ocasiones el objeto de su enojo, de su malestar, es el mensajero, las personas que vienen a informar y comunicar sobre la situación y los cuidados.

Desde el punto de vista de la mayoría de los funcionarios de alto rango, el énfasis era que además de las fuertes restricciones, se había fortalecido el sistema de salud y se desplegaron políticas de mitigación del impacto económico-social. Desde el punto de vista de la sociedad, eran intervenciones frágiles frente a una serie de pérdidas que generaban una experiencia traumática. El miedo al contagio, la pérdida de seres queridos, la pérdida de trabajo, de vivienda, el aumento de la pobreza, generan desamparo social. El desamparo social produce desamparo subjetivo.

En Argentina, las personas realizan diferentes comparaciones entre esta crisis y la del 2001. Por las consecuencias sociales, pero también psicológicas. Estas crisis ocupan todo el espacio de la vida cotidiana. La realidad social y política tiende a ocuparlo todo. Y si eso se prolonga, se hace cada vez más difícil de soportar. Produce una intolerancia generalizada.

La pandemia como experiencia traumática

En muchas sociedades la pandemia fue una experiencia traumática. En la teoría social y en la teoría psicoanalítica hay un abundante trabajo teórico sobre la noción de trauma social. Aquí solo diremos de modo sintético que el trauma, en principio, deriva de un acontecimiento caracterizado por una intensidad que torna inviable una respuesta adecuada que preserve a la sociedad o a ciertos colectivos de un impacto subjetivo duradero.³⁰

4 veces más que el resto de los medicamentos debido a la pandemia”, *Infobae*, 5 de octubre de 2021.

³⁰ Es una “experiencia vivida que aporta, en poco tiempo, un aumento tan grande de excitación a la vida psíquica, que fracasa su liquidación o su elaboración por los me-

Evidentemente, la institución de un trauma es el resultado de un encuentro entre un acontecimiento objetivo, en el sentido de independiente del sujeto (un accidente, una guerra, una pandemia) y, del otro, una historia singular y subjetiva que implica un modo de vivencia peculiar y de inscripción de ese acontecimiento. Así como un mismo accidente puede derivar en modos distintos de vivenciarlo, la pandemia es un fenómeno global cuya significación e inscripción presenta variaciones en distintos niveles. Evidentemente, a nivel de las personas, algunas de las cuales pueden atravesar situaciones de estrés, ansiedad, depresión mientras otras no. Pero el hecho de que en una sociedad se incrementen significativamente estos u otros cuadros a partir de una pandemia es un hecho social, no exclusivamente individual.

De la misma manera, resulta crucial interrogarse acerca de las situaciones traumáticas previas que esa sociedad pueda haber atravesado y que pudieran ser significativas en la vivencia de la pandemia. Más aún cuando los años posteriores están atravesados por guerra en Europa, por inflación y por anuncios de posibles “incrementos apocalípticos de los alimentos”.

Retomando la cuestión de la institución del trauma a partir del encuentro entre un acontecimiento y una subjetividad singular, entiendo que la pandemia se vivió en Argentina como reactivación de algunas de las experiencias traumáticas del último medio siglo. En un estudio previo expliqué que la sociedad argentina atravesó, antes de esta pandemia, al menos cuatro experiencias traumáticas: el terrorismo de Estado, la Guerra de Malvinas, la hiperinflación de 1989-1990 y la crisis de 2001 (Grimson 2004, 2007).

De igual modo que los descendientes de sobrevivientes en campos de concentración pueden tener consecuencias psicológicas de esa expe-

dios normales y habituales, lo que inevitablemente da lugar a trastornos duraderos en el funcionamiento energético” (Laplanche y Pontalis 1996, 447-448). En particular, la neurosis traumática es un “tipo de neurosis en la que los síntomas aparecen consecutivamente a un choque emotivo, generalmente ligado a una situación en la que el sujeto ha sentido amenazada su vida”.

riencia atroz, no hace falta vivir individualmente cada situación para vivir en una sociedad culturalmente configurada por esa serie traumática.

La pandemia fue vivenciada en Argentina como trauma, al igual que puede haber ocurrido en otras sociedades. Pero a su vez se inscribió en una serie traumática singular. Y por lo tanto, para comprender ciertos fenómenos que ocurrieron a partir de 2021 es necesario remontarse a dicha serie. Me interesa preguntarme cómo esta experiencia traumática se inscribe en la serie traumática de cada contexto singular.

Estamos proponiendo en este nivel de análisis social expandir la idea original de Freud acerca del trauma en dos tiempos.³¹ Es decir, la idea de que en el segundo acontecimiento se actualizan o reviven dolores y padecimientos generados en el primero. Como una herida, que no cicatrizó del todo, sobre la cual se produce otra, distinta, pero a la vez que conecta y reabre la anterior. Soy consciente de que tomo parcialmente la idea de trauma en dos tiempos para subrayar la relevancia, primero, de la historia y, segundo, de la serie de vivencias traumáticas de una sociedad. Me interesa particularmente cómo el significado de un acontecimiento se encuentra inexorablemente anudado a acontecimientos traumáticos anteriores. Ya no a una historia personal en este caso, sino a una historia cultural. A procesos traumáticos que fueron desigualmente elaborados por la propia sociedad.³²

³¹ Los primeros textos freudianos con una noción original sobre el trauma son de 1895 y 1896, como por ejemplo “Proyecto de psicología”, “La herencia y la etiología de las neurosis”, “Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa” y “La etiología de la histeria”. Además de que en Freud el trauma tiene un carácter sexual, lo que nos interesa es que *el trauma se constituye en la temporalidad del après-coup*. Freud propone una lógica absolutamente innovadora para explicar por qué son necesarios dos momentos, separados en el tiempo, para que se constituya el trauma. Establece el vínculo entre un acontecimiento reciente con un evento anterior, consiguiendo así despertar, après-coup, la potencia traumática del recuerdo. Insisto: aquí nos interesa esa historicidad de distintos momentos que activa el pasado y el carácter peculiar de la serie traumática. Además, es de extremo interés la noción desarrollada a partir de 1919 de “neurosis de guerra” porque establece un vínculo entre el padecimiento subjetivo y los gigantescos acontecimientos sociales.

³² Collete Soler (1998) dice: “Hablamos del trauma cuando hay una efracción del dolor, del sufrimiento, del espanto por vía de un encuentro inesperado”.

Comprender que en una sociedad la pandemia fue vivida como experiencia traumática que actualiza otras experiencias previas puede ser clave para captar el nuevo paisaje emocional que encadena las emociones de rabia, tristeza, malestar, depresión, frustración, impotencia o muchas otras. Estas configuraciones de sensibilidad pueden expandirse mucho más en el tiempo de lo que sería esperable si no se estuvieran actualizando experiencias traumáticas previas.

Así, por ejemplo, el impacto subjetivo de la inflación global se vivencia en cada país y en cada grupo. La presunción es que la misma inflación tiene significados distintos y genera malestares diferentes en países con o sin pasados hiperinflacionarios. La expansión de las incertidumbres propias de las crisis genera vivencias subjetivas distintas allí donde hay recuerdos frescos de situaciones similares o allí donde no los hay. En otras palabras, el incesante aumento de la inflación se conectó en Argentina con las memorias traumáticas de la hiperinflación.

Al inicio de la pandemia la figura presidencial alcanzó 80 % de popularidad asociada con la figura de un “padre protector”. Las pérdidas ya mencionadas, la fragilidad de la presencia estatal ante 130 000 muertes³³ y la foto de Olivos configuraron la vivencia de una defraudación por parte del gobierno. Esa defraudación, como mínimo, tiene antecedentes claros en el episodio de la Guerra de Malvinas y en la década de los noventa. La guerra fue una promesa de recuperación y una estafa monumental. La derrota en la guerra abrió la movilización que terminó con la dictadura. El final del gobierno de Alfonsín estuvo marcado (como en años cercanos

³³ Conozco bien la perspectiva de los diversos funcionarios y funcionarias públicas de aquella época y estoy seguro que se sorprenderán con la afirmación de la fragilidad de la intervención estatal. La mayoría de ellos trabajaron de día y de noche, se hicieron hospitales, se impulsó la fabricación y distribución de respiradores, se pagó el 50 % de los salarios de todos los trabajadores privados registrados, los empleados del sector salud dejaron todo en el frente de batalla, se montó una red de asistencia de alimentos inmensa, se pagó el Ingreso Familiar de Emergencia tres veces en 2020 y la lista sigue. Sin embargo, con una pandemia tan extensa, una cuarenta tan estricta y tan temprana se hace más evidente que nada puede reemplazar a una economía que funciona. Si a eso se le agregan 130 000 muertes y una brutal defraudación moral es lógico que la mayoría de la sociedad vea las cosas de un modo muy distinto.

en México y Brasil) por la hiperinflación. Fue otra gran desilusión. A esto habrá que sumar después la defraudación noventista de “un peso, un dólar”, que terminó con el grito “que se vayan todos” durante 2001 y 2002.

¿Cómo procesa una sociedad una serie tan exuberante de desilusiones? Es un proceso abierto. Las experiencias traumáticas dejan asentado un dolor, una huella. Cualquier situación que rememore ese dolor genera una reacción negativa. Una vez que el trauma se constituyó subjetivamente, cualquier evento que reactive esa huella produce hartazgo, agotamiento o rechazo. Para evitar ese dolor muchos prefieren evitar a toda costa tener contacto con cualquier palabra, persona o símbolo que les recuerde el trauma. En este caso, la pandemia y la constelación de palabras e imágenes asociadas con ella. Antes de la denuncia de Fabiola Yáñez, el expresidente Alberto Fernández hacía declaraciones políticas periódicamente. Hace tiempo nadie le prestaba atención a sus palabras, solo eran una actualización del dolor y la desilusión. No tiene que ver con el contenido de lo que decía. El contenido de lo hecho ya había marcado por décadas el lugar de enunciación. Solo era factible empeorar y eso es lo que sucedió con los escándalos posteriores.

Esa irritabilidad hace que el enojo de la población pueda canalizarse hacia líderes políticos y ciertas decisiones políticas. La hipersensibilidad genera un panorama donde puede haber reacciones sociales inesperadas. Y para poder explicarlas es necesario abordar la complejidad del problema.

He dicho públicamente que el gobierno que integré fue insensible y mostró creciente insensibilidad. No estoy hablando de funcionarios que considero personas sensibles, sino de la relación que entabla con la sociedad un gobierno que se niega a entender ese trauma, ese malestar y ese dolor. Podría argumentarse que la política profesional requiere algún grado de insensibilidad para poder realizar su trabajo. Mi punto de vista es que recurrentemente hemos visto cómo la negación de problemas sociales serios ha llevado a la ruina a varios gobiernos argentinos. Así que en caso de que cierto grado de insensibilidad fuera un componente necesario, el profesionalismo implicaría saber manejarlo. En caso contrario, la negación conduce al fracaso.

Una tesis de este ensayo es que el dolor asociado con esa serie traumática es decisivo para entender cómo se configuró en los años siguientes el paisaje emocional de la sociedad y la política en Argentina. En otros términos, ¿votan contra sus intereses? ¿O creen que con ese voto algo de reparación es posible? El gobierno anterior protagonizó el daño, está políticamente inhabilitado a postularse para la reparación. Probablemente, el actual sea otra desilusión, ya veremos.

Esta tesis es una crítica al economicismo progresista, que imagina que como las derechas gobiernan para los ricos se trata de tener paciencia de que la gente se de cuenta. El día uno del gobierno de Macri, miles de personas creyeron que duraría pocos meses en la presidencia. Eso mismo se repitió con Milei, como si aprender de la experiencia fuera imposible. Lo mismo era registrado en 2005 en Estados Unidos: los “demócratas contemplan una situación como la de Kansas hoy en día y se frotan las manos anticipando los frutos que van a recoger. ‘Espera y verás cómo las cuestiones sociales de Ronald Reagan les acaban saliendo por la culata’” (Frank 2008, 155). Esta perspectiva impide comprender el entretrejo intersubjetivo y político por el cual las clases medias y los pobres votan en ciertas circunstancias opciones de la derecha.

De la incertidumbre a la certidumbre

Con la pandemia, la incertidumbre se apoderó del mundo. Invadió las vidas en todas sus dimensiones. Nadie sabía si iba a contagiarse, si podía morir, si sus seres queridos pasarían esa situación. La gran mayoría vivió enormes pérdidas económicas y no podía saber cuál era el final. La covid es incertidumbre, la inflación es incertidumbre y la infodemia multiplicó la incertidumbre.

El papel de ciertos medios merece un análisis particular. Siempre su “negocio” han sido las malas noticias. Las crisis se inician, no terminan. El dólar sube, no baja. La popularidad del gobierno empeora, no mejora. Pero con la covid ha sucedido otra cosa. Después de los primeros meses, aplicaron a rajatabla un doble estándar. No importaba lo que se hiciera,

estaba mal y empeoraba más la situación. Contribuyeron al malestar social con graves consecuencias. Cuando hay incertidumbre, la información es clave. Por eso, producir polución informativa es generar malestar y sufrimiento. En el mundo este problema fue tan grave que la OMS creó el concepto de infodemia para aludir a una sobreabundancia de información donde datos científicos se mezclaban con errores y *fake news*.

En Argentina hubo acciones políticas para incitar la angustia social y la incertidumbre: se habló de “infectadura”, de las vacunas como “veneno”, se realizó una quema de cubrebocas y marchas anticuarentena.

Además de perder seres queridos, la gente perdió mínimas certezas necesarias para la vida cotidiana. Perdió horizonte sobre el país, sobre el futuro personal y colectivo. La incertidumbre puede devenir insoportable. En realidad, cuando un desastre se prolonga solo se puede sobrevivir creyendo que se va a acabar pronto. Con pequeños horizontes, certidumbres aunque sean modestas. El sufrimiento se hace más intolerable si se acepta que sabemos poco del virus, que no podemos verlo. Asumir el azar en un contexto de contagio y muerte aumenta el malestar.

Así aparece un punto fundamental. Encontrar responsables reduce la incertidumbre y el sufrimiento. Por eso, mucha gente busca adjudicar la culpa a un responsable. Ya sea a una “conspiración internacional” o al gobierno de turno. La ira en estos casos, como ya lo vimos antes, es una forma de tratar de manejar el propio sufrimiento.

La polarización política ofreció una certidumbre de la cual agarrarse. Por unos meses, al inicio se produjo unidad de las mayorías. Después, con el cansancio, el malestar y los errores, creció la culpabilización a los adversarios políticos. En la mayoría de los países la pandemia cayó en dinámicas de polarización política, en un contexto previo de crecimiento de minorías intensas, alterofóbicas. Ese fenómeno es global (en decenas de países ha habido marchas anticuarentena). Hubo un incremento de los discursos del odio, que puede provocar situaciones de violencia, erosionar las prácticas de cuidado y las prácticas solidarias.

El fanatismo contra el adversario es la construcción de una certidumbre que aplaca la angustia. Encontrar un “culpable” permite manejar mejor la incertidumbre. Menos doloroso es creer que es lo viejo conoci-

do y ponerle nombres clásicos a aquello que no se sabe cómo nombrar. Se desea un enemigo claro. Lo incomprensible es insoportable. Una narrativa simplista ofrece una identidad para culpabilizar.

A esto hay que agregar que cuando la dirigencia política comete errores graves esto confirma la presunción previa de amplios sectores de la población. Una consecuencia de la pandemia es el aumento de la paranoia. El virus persigue. Y empezamos a vivir de manera persecutoria. Cuando se proyecta esa culpa en el otro político, por ejemplo en el gobierno o en la oposición, es un mecanismo momentáneamente tranquilizador.

Las identidades fanáticas pueden calmar la incertidumbre, pero al costo de producir un contexto bélico mucho más destructivo. El laberinto del enfrentamiento lleva a aumentar la sensación de desamparo que genera la pandemia. Es clave trabajar para desarmar esa lógica, o el nuevo paisaje emocional se instala.

Allí donde la pandemia no se haya vivido como experiencia traumática o, al menos, no se haya intersectado con una serie traumática previa, es probable que el paso del tiempo y los avances de la recuperación económico-social vayan curando las heridas materiales y simbólicas. En un escenario de ese tipo, podría haber situaciones traumáticas personales o familiares, pero no una experiencia traumática que abarque a la sociedad como la que hemos mencionado anteriormente.

En cambio, donde esa experiencia traumática haya dejado huellas importantes, que puedan percibirse en el presente, el proceso será más extenso y difícil. Y tampoco es posible tener certeza acerca de su evolución. Solo algunas pistas y conjeturas. El tiempo de por sí no generará la reparación subjetiva. Será necesaria una elaboración social, a través de rituales, inscripciones, debates y políticas públicas.

Esta experiencia traumática y la doble desilusión con el macrismo y el peronismo/kirchnerismo, generó el nuevo paisaje de emociones y racionalidades. Solo un líder carismático dispuesto a colocar las metáforas de la ira, el resentimiento y el hartazgo podía erosionar con potencia suficiente las bases electorales de las dos fuerzas que habían fracasado. Probablemente fuera necesario que tuviera fuertes rasgos de fanatismo,

que estuviera absolutamente convencido de creer saber cuál era la solución. Y que se sintiera portador de una verdad.

Este es el destino de esa *doble desilusión*. La ilusión de la mayoría del país, no peronista o antiperonista, fue inmensa en 2015. El gobierno fracasó con la inflación, el dólar y la pobreza y perdió las elecciones de 2019. La ilusión de la mayoría del país, peronista y no peronista, fue también inmensa en 2019. El gobierno fracasó con la inflación, el dólar y la pobreza y perdió las elecciones de 2023. La desilusión es un fenómeno emotivo y político profundo. Puede generar grandes transformaciones.

La doble desilusión abrió un nuevo paisaje emocional.³⁴ enorme frustración, inmensa tristeza, desazón, bronca, resentimiento con quienes han arruinado todo. El psicoanalista Nasio ha planteado una serie de cuestiones clave en torno de la desilusión. Su libro se titula *La depresión es la pérdida de una ilusión* (2022). En esta Argentina, desde mi perspectiva, la doble desilusión ha provocado el paisaje emocional que hemos mencionado. Por eso, allí donde Nasio desde la perspectiva de la clínica psicoanalítica alude a la depresión, personalmente desde el plano social propongo abrir preguntas de investigación.

Dice Nasio: “El deprimido está triste no solo porque ha perdido lo que tenía, sino porque ha perdido lo que era o, debería decir, porque ha perdido la ilusión que le daba la fuerza de ser lo que era” (2022, 13). La tristeza, la rabia, el hartazgo de la sociedad argentina se explican porque la doble desilusión destruyó la ilusión narcisista previa, de estar en el buen camino, de cierta realización. Es el movimiento de una caída a tra-

³⁴ El concepto de *paisajes afectivos* fue desarrollado por Lawrence Grossberg justamente en su análisis del trumpismo. “Al igual que los mapas de significado del sentido común en los que encontramos el sentido de nuestras experiencias, los paisajes afectivos son los efectos, tanto directa como indirectamente, de muchos eventos y luchas, aunque nunca están completamente bajo nuestro control, ni son completamente la expresión de una conspiración o victoria singular” (2018, 11). “Se suele decir que uno no puede escapar de la propia visión del mundo (o ideología), pero es aún más difícil —tanto para la derecha como para la izquierda— actuar fuera de los paisajes afectivos existentes. Como mínimo, esto debería llevarnos a buscar nuevos tipos de estrategias reflexivas y nuevos tipos de contravisiones que hablen de los deseos de las personas y luchen con su sentido de posibilidades” (2018, 14, traducción mía).

vés de “un choque emocional” (2022, 13). Ese choque puede producirse de modo repentino (como en la foto de Olivos), de una sola vez, “de manera súbita y masiva, o bien en una serie de microimpactos que, poco a poco, crean un estado de hipersensibilidad ante la más leve frustración” (2022, 17). En el caso argentino sucedieron ambas cosas con distintos referentes y alternativas para que se impusiera la ultraderecha.

Un gobierno que perdió la sensibilidad

El triunfo del Frente de Todos en 2019 se produjo por su alta sintonía con la crisis económica abierta a partir de 2018. La población, los ciudadanos, los electores consideran más o menos sensible a un gobernante. No a todos les importa por igual, pero es una cualidad. Y cuando hay gente pasándola mal, la cualidad suele cobrar mayor relevancia.

A mi juicio, la falta de empatía del gobierno con esa serie de pérdidas era muy significativa. Quizá si lo hubiera registrado en el plano discursivo y no en el político se hubiera hablado de hipocresía. Pero como no los registró en el plano discursivo institucional, corresponde hablar de negación. La negación es un fenómeno que atravesó a varios momentos del kirchnerismo y particularmente al gobierno del Frente de Todos.

En la pandemia fallecieron en Argentina aproximadamente 130 000 personas por covid. No hago comparaciones, son muchas personas, son muchísimas las familias afectadas. En muchas ciudades del mundo se hizo algo muy elemental para los antropólogos: un ritual. Un ritual organizado por el Estado es un acto de reconocimiento y de elaboración del dolor colectivo. En Argentina se hizo, pero pasó desapercibido. Asistieron el presidente y los veinticuatro gobernadores. Probablemente, fue el último acto de ese nivel de representación institucional. Fue un acto similar en la puesta en escena a otros países. Sin embargo, se transmitió un domingo a la mañana sin avisar previamente. Es decir, pasó completamente desapercibido, no fue invitada la población a participar desde sus casas, mirando por televisión, no hubo un anuncio. Nada.

No se quiso repetir ni hacer otro. No se hizo un memorial a las 130 000 víctimas de covid, nada. No se quiso hacer una escultura que pudiera estar en cada provincia. Nada. Las piedras que algunos familiares arrojaron en la Quinta de Olivos en una protesta contra el gobierno, utilizando el sentido funerario de las piedras, fueron colocadas en un patio interno de la Casa Rosada, donde se veló a Kirchner y a Maradona. Eso ocurrió dos años antes de finalizar la presidencia de Alberto Fernández. Y finalizó con las piedras abandonadas en ese mismo lugar.

Negación del dolor que siente la sociedad que se gobierna. Negación de la dimensión de la inflación, de la implicancia de las muertes, de las consecuencias subjetivas y psicológicas de la cuarentena, negación de la pérdida de ingresos, de las urgencias sociales en cada vez más lugares del país. Negación de las consecuencias de algunas pésimas decisiones sobre la cuarentena, de decisiones económicas o de otro tipo.

A esto hay que sumar que a partir de la derrota electoral del Frente de Todos en las primarias legislativas de 2021, la controversia entre Alberto Fernández y Cristina Fernández de Kirchner se hizo pública con una inmensa tensión política y con una incertidumbre aún mayor a la que ya caracterizaba a la etapa política. Tres días después de la votación, cinco ministros que respondían a Cristina presentaron su renuncia y al día siguiente Cristina Fernández envió una carta a los argentinos. Allí decía que por su propio pedido había tenido 19 reuniones con el presidente. Que le había manifestado que no estaba de acuerdo con el ajuste que se estaba haciendo. Que ese ajuste iba a producir una derrota electoral. Que había funcionarios cercanos al presidente que hacían operaciones de prensa en contra de ella y que era hora que el gobernador de Tucumán, Juan Manzur, asumiera como Jefe de Gabinete de Ministros de la Nación. De los cinco ministros, solo se le aceptó la renuncia al ministro de Ciencia. Asumió Manzur y la mano derecha del presidente, Santiago Cafiero, salió de la Casa Rosada y fue designado Ministro de Relaciones Exteriores. El secretario de prensa, tal como pedía Cristina, renunció.

Dos meses después se perdió la elección general, aunque se redujo el margen de votos de la derrota en la provincia de Buenos Aires. En enero de 2022 el presidente anunció que había llegado a un acuerdo con

el FMI. En marzo el país debía pagar 20 000 millones de dólares y necesitaba refinanciarlos. Entonces, el presidente del bloque de diputados del oficialismo, Máximo Kirchner, publicó una carta abierta con su renuncia porque se oponía a ese acuerdo. En marzo, el oficialismo votó dividido en la Cámara de Diputados y en la de Senadores. El acuerdo se aprobó porque la derecha acompañó el proyecto del presidente.³⁵

En distintos actos y conferencias la vicepresidenta buscaba un discurso que reconociera problemas (a diferencia de la presidencia que los negaba), echándole la culpa explícita o implícitamente a distintos ministros. Después de un episodio de ese tipo, exigió la renuncia del Ministro de la Producción, que se concretó de inmediato.

El Ministro de Economía planteaba hacía mucho tiempo que el nivel de subsidios energéticos era macroeconómicamente inviable. Además, que era injusto porque se subsidiaba a todas las personas, incluso a la clase media alta y a los más ricos. Pero un funcionario de bajo rango, con el aval de la vicepresidenta, se negó a firmar la documentación para reorganizar el sistema. El ministro exigió la renuncia y el funcionario no renunció, apoyado por el kirchnerismo. Después de varios meses, el ministro le dijo al presidente que no podría seguir sin el aumento en las tarifas energéticas para los sectores medios y altos. Más allá de cómo fue esa decisión, Cristina Fernández de Kirchner lo criticó en un acto público. Y dos minutos después, el ministro tuiteó su renuncia. En el acto, el público celebró como si fuera un gol que definía un campeonato de fútbol. Al día siguiente empezó una corrida cam-

³⁵ En una crítica conceptual interesante, Balsa afirma que “las izquierdas que forman parte de la coalición no deben ‘descansar’ en la denuncia de ‘traición’ o ‘tibiaza’ de los sectores moderados, sino que deben abordar seriamente las dos cuestiones centrales de esta tensión: recrear cierto ideal de sociedad socialista al que las masas puedan anhelar llegar” (Balsa 2024, 112). Aclaremos que de los tres sectores que conformaron el Frente de Todos en 2019; es decir, el peronismo representado por Alberto Fernández, los gobernadores o la CGT, por un lado, el Frente Renovador liderado por Sergio Massa y el kirchnerismo conducido por Cristina Fernández de Kirchner (que era quien tenía la mayor parte de los votos), ninguno de ellos desea el socialismo. Cristina Kirchner defiende explícitamente un capitalismo que gracias a la regulación pública logre una distribución justa.

biaria. Asumió una ministra de bajo perfil por dos semanas. Renunció y asumió Sergio Massa, quien un año después sería el candidato presidencial derrotado por Milei. Claro, en ese lapso la inflación se triplicó y el dólar se duplicó.

Todo esto es parte crucial de lo que los votantes sintieron como distancia, total falta de empatía y falta de sensibilidad. Los “políticos” habitan su propio mundo, con sus propios problemas, que nada tiene que ver con los problemas de los votantes. ¿Acaso no se trataba de una cruzada extraordinaria para evitar la subida de tarifas? Eso fue visto como una interna porque evitar la subida de tarifas era acelerar la subida general de la inflación, como quedó demostrado. Cada uno tiene sus obsesiones: los políticos las suyas, los votantes muchas veces otras distintas.

Veamos el contraste con Estados Unidos. “Los demócratas ya no conectan con la gente que está en el extremo perdedor de un sistema de libre mercado que es cada día más brutal y arrogante” (Frank 2008, 175). Según Frank, el problema es que los demócratas se hicieron neoliberales y, *entonces*, el debate público pasó a ser un debate moral (aborto, matrimonio igualitario, género, etcétera). Pero el triunfo de Bolsonaro en Brasil no fue por esas razones. Mucho menos el de Milei: justamente como los peronistas resultaron incapaces de resolver la economía, más del 55 % votó a Milei para resolver la economía. En ese porcentaje hay opiniones muy dispares sobre temas de género y muchos otros. ¿Qué podemos concluir? Que donde triunfó la derecha extrema es porque las fuerzas democráticas a favor de la justicia social fallaron por motivos muy diversos. Y eso contribuyó a un giro cultural que se está produciendo en toda Europa y América.

Especificidades de la configuración argentina

El crecimiento de la extrema derecha es un proceso global con especificidades nacionales. Estudiar una configuración nacional es analizar e interpretar esa intersección. Argentina estuvo entre los países de América Latina con mayor inestabilidad institucional entre 1930 y 1983.

Hace cuarenta años hay una democracia liberal en el país. Es el periodo más extenso de su historia. El primer presidente de estos cuarenta años, Raúl Alfonsín, hizo su campaña con una famosa frase que decía: “Con la democracia se come, con la democracia se cura, con la democracia se educa”. Esa ilusión tampoco se cumplió. Existe desánimo, frustración y enojo en la población. Marina Franco (2024) analiza en detalle las promesas e ilusiones de la democracia en sus primeros años, y los posteriores devenires del “Nunca Más”.

Nuestra hipótesis es que hay una peculiaridad en el funcionamiento de estas emociones en el caso argentino. El país ha tenido uno de los peores desempeños macroeconómicos de la región desde 1975 hasta hoy. Todavía tiene el tercer PBI per cápita más alto de Sudamérica. Ha sido superado por Chile y Uruguay, y ha perdido la distancia que lo separaba del resto de los países. Esto torna verosímil una idea de “decadencia nacional” y provoca una exacerbada frustración. Pero es una falacia que el retroceso comenzó hace un siglo. Comenzó hace medio siglo, cuando empezaron las políticas neoliberales.

Por otro lado, en distintos hitos a partir de 1983 (en particular 1985 y 2003) la sociedad argentina fue construyendo ese gran acuerdo de convivencia democrática, ese “Nunca Más” al terrorismo de Estado y a la violencia política. Así, hasta la pandemia no había surgido un exponente similar a Bolsonaro en Brasil, a Camacho en Bolivia, a Kast en Chile. Las agendas punitivistas, securitistas, clasistas con componentes racistas estaban presentes y eran relevantes. Pero durante el gobierno de Macri (2015-2019) convivieron con la “marea verde” que se inició antes de su presidencia en 2015.

En los años siguientes, esas movilizaciones de masas, entre las más grandes de este siglo, no dejaron de crecer. De la misma manera, cuando en esos mismos años la Corte Suprema tomó una resolución para reducir los años de prisión a un condenado por crímenes de *lesa humanidad*, se produjo una movilización espontánea y multitudinaria que revirtió la medida e impidió que avanzara la impunidad. Es decir, en la misma sociedad que por escaso margen había votado a la derecha se gestó una movilización callejera que instaló una agenda de derechos civiles y una defensa de los

derechos humanos. Y también hubo movilizaciones político-económicas contra la reforma previsional y los ajustes neoliberales.

En ese momento crecieron discursos y acciones contra los pueblos originarios, contra la protesta y proliferaron los discursos punitivistas. Aunque no cristalizó en una formación de derecha extrema, Daniel Feierstein (2023) ya alertó en 2019 que habían surgido las condiciones de posibilidad para una deriva política como la actual.

Ausencia de gobernanza afectiva en Argentina

¿Hay emociones que deberían privilegiarse o desalentarse en las democracias liberales? Esta pregunta es central en el libro de Martha Nussbaum (2014). Por ejemplo, puede haber en ciertos contextos una correlación entre “asco”, racismo y otras formas de exclusión. Algo similar sucede con la crueldad, cuyos opuestos como la solidaridad y la compasión son claves en la convivencia.

Explicamos en el cuarto capítulo de este libro el papel en Alemania de las políticas de gobernanza afectiva estudiadas por Shoshan (2017). Es notable la comparación en estos temas de Alemania y Argentina. No es una comparación inusual, ya que ambos países tienen pasados atroces, con campos de concentración y crímenes de lesa humanidad, más allá de que son obvias las proporciones de la Segunda Guerra y sus consecuencias cuantitativas y cualitativas. En los cuarenta años de democracia de Argentina ha habido diferentes etapas. La primera, durante el gobierno de Alfonsín, estuvo marcada por el gran Juicio a las Juntas, por las rebeliones militares que exigían impunidad y por la aprobación de las primeras leyes de impunidad, llamadas “obediencia debida” y “punto final”. Hay que aclarar que en esa etapa también fueron juzgados y condenados los exlíderes de la guerrilla.

La segunda etapa es que Menem indultó a todos, militares y exguerrilleros, llamando a la “reconciliación”. Y derrotó militarmente la última

rebelión militar que tenía una orientación nacionalista de derecha. En la última década del siglo, cuando reinaba la impunidad, los organismos de derechos humanos iniciaron juicios de la verdad y también juicios penales por la apropiación de bebés y niños nacidos en cautiverio a los que les cambiaron la identidad. Esa acusación no había sido incluida en el juicio de 1985, con lo cual no había sido juzgada ni indultada. En 2003 todas las leyes de impunidad se derogaron y se inició un periodo de dos décadas de juicios, donde alrededor de mil personas fueron condenadas a través de la justicia ordinaria.

¿Cuáles son las grandes diferencias? Primero, Argentina juzgó a unos mil acusados a través de tribunales ordinarios. Segundo, Argentina —a diferencia de Alemania— no es una democracia militante. La Constitución alemana comienza con esta frase: “la dignidad humana será inviolable”. Salvo apología de crímenes de lesa humanidad, Argentina ha terminado priorizando la libertad de expresión por sobre la protección de la dignidad de las personas. Ha habido declaraciones xenófobas de altos funcionarios del gobierno de Menem, de sindicatos, de Mauricio Macri cuando era Jefe de Gobierno de la Ciudad y nunca ha ocurrido nada con eso. En Argentina se pueden decir públicamente, incluso en los medios de comunicación, mentiras y *fake news*. No existe un derecho a réplica y tampoco una sanción para quien miente, incluso si lo hace sobre menores de edad, excepto que se pueda probar “real malicia”. Sería tener pruebas de que era conciente de que mentía. En la práctica no es posible lograrlo.

Segundo, en Argentina prevalece una visión de que si alguien niega los 30 000 desaparecidos es por conspiración, como a veces puede serlo, como un método para decir que “no fue tan grave” lo que ocurrió a partir de 1976. Y si lo hacen personas trabajadoras o pobres, se considera que es por ignorancia (hay que incrementar su educación) o por marginación (hay que hacer programas de inclusión económico-social). Es una lógica de “ampliación de derechos” y concientización, pero nunca de gobernanza afectiva. La única institución abocada de modo federal a la lucha contra la discriminación, el Instituto Nacional contra la Discriminación, la Xenofobia y el Racismo (INADI), ha tenido durante casi tres décadas una actuación sin estrategia y sin presupuesto, con pocas excepciones.

Con “estrategia” no me refiero a cada gestión, sino a la falta de un consenso extrapartidario, como sí existió en Alemania, sobre dimensiones inaceptables para la convivencia democrática.

Actualmente, el presidente de la nación se burla de la cifra de 30 000 desaparecidos, el nuevo gobierno inició un proceso de reivindicación de las Fuerzas Armadas, incluso con la vergonzosa actuación durante la Guerra de Malvinas (que incluyó delitos de tortura a soldados argentinos). El gobierno anuncia que va narrar la “historia completa” de los años setenta y produce un video de diez minutos con una víctima de un atentado guerrillero y ninguna víctima del terrorismo de Estado. ¿Cómo sería una historia completa sin las Madres de Plaza de Mayo? La vergüenza ha muerto.

Al mismo tiempo, el 24 de marzo de 2024, como todos los años, se produjo una movilización multitudinaria para repudiar el golpe de Estado de 1976 y el terrorismo de Estado, claramente en confrontación con el gobierno nacional. La idea de que el “Nunca Más” era una marca argentina, nacional, que estaba por encima de las divisiones políticas, se terminó. Si bien la extrema derecha de Alternativa por Alemania (AFD por sus siglas en alemán) no ha llegado a posiciones del poder ejecutivo en su país, la situación actual dista mucho del “trabajo preventivo” de gestión afectiva que describió Shoshan en la primera década del siglo. La derecha extrema se ha convertido en Alemania en un verdadero fenómeno de masas.

Ese complejo dispositivo que describió Shoshan para la gobernanza afectiva y la gestión del odio no existe (ni siquiera es imaginado) en Argentina. Tampoco hubo una fábrica incesante de extremismo político en las últimas décadas. Con historias diferentes, el crecimiento de la derecha extrema en Argentina fue mucho más vertiginoso. El debate presidencial de 2015 se dio dentro de la hegemonía de la obligación del Estado como protector social. No aludimos al “verdadero” pensamiento de los candidatos, sino a cómo se podían obtener votos. Fue similar al debate presidencial mexicano de 2024. Ni en 2015 en Argentina ni en 2024 en México nadie hizo una campaña a favor del ajuste y del achicamiento del Estado, más allá —insisto— de qué pensarán realmente los candidatos y candidatas.

El discurso emprendedurista neoliberal sí estuvo presente desde el primer día del gobierno de Macri. Y su profundización del modelo neoliberal fue “gradual” hasta el triunfo en las legislativas de 2017. Allí aceleró, pero el dólar y la inflación volaron por los aires. Cuando Macri percibió que seguramente perdería la reelección salió a hacer una campaña épica de remontada, fuertemente antiperonista y neoliberal. Subió diez puntos entre las primarias y las generales, alrededor de un tercio. Pero no le alcanzó.

El resto del trabajo para que emergiera una opción como Milei lo hizo el gobierno de Alberto Fernández. Con lo sucedido con la covid generó el plafón para que el discurso conspirativo a favor de la libertad creciera velozmente. Pero al mismo tiempo, el gobierno no tenía reservas de divisas ni posibilidad de endeudarse. Y decidió, para compensar la caída de 10 % de PIB en 2020, emitir el 50 % de todos los salarios del sector privado y distribuir un ingreso familiar de emergencia a nueve millones de personas, además de hacer hospitales y una serie importante de obras. En un país quebrado decidió cerrar la actividad económica y emitir. La inflación voló por los aires los años siguientes y produjo una conmoción social, cultural y política de alta intensidad. En 2023 era la mayor inflación de América.

La sociedad no interpretó esta inversión como un cuidado, sino que al menos una parte lo entendió como despilfarro. Querían salir a trabajar, no recibir tres veces en el año unos 65 u 85 dólares (de eso se trataba). El grado de empatía de las máximas autoridades con el sufrimiento ante la muerte, la enfermedad, el encierro, la falta de clases presenciales, las pérdidas económicas, las pérdidas de empleo, fue bajo o nulo. El gobierno fue visto como profundamente insensible y esa fue su principal política afectiva. O desafectiva.

En febrero de 2021, cuando comenzaba la campaña de vacunación, un famoso periodista kirchnerista, con extensa tradición de izquierda, relató públicamente que se había vacunado a través de un acomodo organizado por el ministro de salud de la Nación. Eso inició la denuncia de la existencia de “vacunatorios VIP” y generó una gran indignación contra los privilegios de los políticos.

Pero hubo más. El gobierno se negó a bajar los salarios de funcionarios como gesto de austeridad al inicio de la cuarentena. El presidente Fernández pidió que los funcionarios no fueran de vacaciones al exterior y una funcionaria de primera línea fue fotografiada en una isla del Caribe. El presidente la premió haciendo un anuncio con ella pocos días después de su regreso. Se viralizaron audios de una funcionaria de alta exposición hablando sobre el uso de recursos públicos con su empleada doméstica. Fue ratificada en su cargo. Después, el jefe de gabinete de la provincia de Buenos Aires navegó en un yate llamado *Bandido* por el Mediterráneo. En este caso, el gobernador de la provincia, a diferencia del presidente, lo echó en cinco minutos. Pero el daño fue serial. ¿Empatía con el dolor? ¿Volver mejores?

A esto se le pueden sumar innumerables hechos, como la corrupción vista masivamente por televisión en el caso de López, funcionario de Cristina Kirchner. ¿No es verosímil que se trata de una casta privilegiada? Evidentemente, es verosímil. ¿Por qué quienes votan contra esto votan contra sus intereses? Supuestamente porque sus adversarios reducirán sus ingresos. La idea de que quienes avalan estas conductas anti éticas representan los intereses del pueblo es completamente forzada o absurdamente interesada.

El paisaje emocional fue configurando la necesidad de un cambio categórico: dolor, hartazgo, ira, desánimo, necesidad de un nuevo horizonte. Por eso, siguiendo el razonamiento de Shoshan, creo que el fracaso de la gobernanza de los afectos y la gestión de las sensibilidades es la antesala de la derrota política.

Comunicar datos para revertir emociones: un fracaso

Una pregunta recorre a la sociedad: ¿sirve para algo la política? Con el enorme desafío de la pandemia, el gobierno mostró la importancia del Estado con sus políticas. La sociedad apoyó mayoritariamente al In-

greso Familiar de Emergencia, la Asistencia al Trabajo y la Producción, la campaña de vacunación. Sin embargo, debe decirse que frente a los problemas concretos nada podía resultar suficiente. Mientras el balance de las medidas políticas del gobierno durante la pandemia es parte de una disputa, hay un paralelismo: así como la política no logró impedir el sufrimiento de la pandemia, mucho menos logró encaminar la situación económica. Los datos de crecimiento del 5 % del PBI de 2022 no cambian el estado de ánimo de una sociedad exhausta, expuesta a una inflación imparable, al menos con las concepciones del gobierno que fue de 2019 a 2023. La mayoría de la población se empobreció. Y esa es una pérdida inmensa, porque es a la vez pérdida de poder de compra y pérdida de identidad, ya que en la sociedad de consumo el bienestar de sí mismo se encuentra muy atravesado por el acceso concreto a bienes y servicios.

Si a alguien que no le alcanza el dinero y que la inflación le coloca una nueva capa de incertidumbre, se le acercan datos cuantitativos sobre el crecimiento industrial, eso no solo no convence a la persona. Produce una mayor distancia entre el gobierno y quienes lo escuchan. Un estado emocional de irritabilidad, basado en datos de la economía doméstica y en experiencias traumáticas, no puede combatirse con datos macro. Las emociones no se combaten con datos. Ese fue otro fracaso del gobierno argentino entre 2019 y 2023. Nótese que este fracaso en particular no tuvo que ver con la sequía, ni con el FMI, ni con las internas. Fue el modo particular en que se tradujo la insensibilidad del gobierno.³⁶

De allí la constante pregunta sobre la utilidad de la política. La pregunta es a la vez una mala y una buena noticia. Si el voto al Frente de Todos en 2019 puede interpretarse como una esperanza en que la política encendiera la economía, en 2022 el movimiento antipolíticos había crecido pero no ocupaba por ahora un lugar predominante. La disputa continuaba abierta aún.

³⁶ Colette dice: “Cuando hay un discurso consistente, lo que quiere decir un discurso que propone significaciones estables, compartidas más o menos por todos y que ordenan los lazos, los sujetos están protegidos de las irrupciones brutales, y están protegidos de los traumas. Por el contrario, cuando el discurso pierde su consistencia, cuando la pantalla se agujerea, lo voy a decir usando un juego de palabras de Lacan, hay *troumatisme* (agujero/matismo), en francés *trou* significa agujero” (1998, 2).

Una parte de la militancia, de dirigentes intermedios y de agentes sociales en el territorio se sentían exhaustos: acumulaban frustración política, a pesar de su esfuerzo. Muchos de ellos luchaban contra la sensación de desilusión porque implicaría un aumento difícil de imaginar del desamparo. Necesitaban soluciones prácticas y necesitaban volver a ilusionarse. No encontraron las referencias necesarias para hacerlo.

Nueva configuración de sensibilidad

Antes de la primera desilusión (el gobierno de Macri) y el inicio de la pandemia, donde dominó el miedo y el cuidado colectivo, lentamente se fue produciendo un excedente emocional. Ese excedente era el resultado de la extensión de la cuarentena totalmente imprevista (para las autoridades, la población y ante lo ocurrido en otros de países). A lo largo de 2020 hubo un *in crescendo* de emociones contradictorias (“quiero cuidar, pero no aguanto más”). Comenzaron los primeros episodios de desprendimientos emocionales, respecto de ese entretejido del miedo y el cuidado. Como sucede en varios glaciares, entre ellos el Perito Moreno, cuando se desprenden bloques de hielo y caen al agua comienzan a distanciarse de su origen y algunos de ellos quedan navegando entre gigantescos *iceberg*. El principal defecto de esta metáfora es que en lugar de frío, en esta radicalización de las emociones crecía lo que en Argentina se llama “calentura”: el hartazgo, el resentimiento, el odio.

Cuando emergieron a la luz pública datos claros de privilegios de políticos, esos excedentes, desprendimientos y radicalizaciones encontraron las piezas que faltaban para diseñar un nuevo paisaje emocional. Esta fue la sociogénesis argentina del surgimiento de una nueva configuración de sensibilidad. Esa configuración de sensibilidad implica desilusión y resentimiento por la desaparición de un horizonte de bienestar, el temor a que de manera intempestiva cualquier fenómeno destruya lo poco que se tiene, la imposibilidad de rutinizar una incertidumbre que mantiene el organismo a flor de piel, con una altísima irritabilidad y como mínimo una fuerte presunción de que hay elementos conspirativos que provocan este malestar.

En esa configuración de sensibilidad se estructura un nuevo vínculo “Estado-sociedad” que parte de la oleada de consideración de los gestores del Estado o de los políticos profesionales como “casta”, como privilegiados. No es un movimiento antipolítico, sino antipolíticos, anti-*establishment*. Allí aparece un nuevo tipo de individualismo, generalmente expresado a través de ese resentimiento, de la ira, de manifestaciones de violencia catártica, o manifestaciones de violencia antiinmigrante, antimujeres, antipobres. Al menos, en el caso de Argentina hay que destacar la relevancia de una nueva concepción acerca de la relación entre las personas y los “derechos”, donde la visión de la base social de Milei es denominada como *mejorismo* por Semán (2023).

Semán aborda los motivos que llevaron a algunos sectores a converger en el apoyo a Milei. La pregunta es cómo se interpretaron aquí vertientes globales de la radicalización y los procesos culturales locales que derivan en operaciones de composición ideológica y política. El antiintelectualismo, el masculinismo, el libremercadismo como sobrevivencia darwiniana, el antiestatismo entendido como antipaternalismo, son marcas de época. Es un cambio cultural y una transformación de las subjetividades. La derecha extrema propuso terminar con la situación económica crítica prometiendo un cambio de raíz con fuerza, coraje, ley y orden, y desplegando imágenes de violencia y destrucción de instituciones del Estado.

Semán y Welshinger describen a los jóvenes que denominan “mejoristas” afirmando que se ven a sí mismos como unidad productiva por optimizar. “Empoderamiento, autonomía personal, optimización del yo y emprendedurismo son vías para alcanzar la superación moral a través del esfuerzo personal” (Semán y Welshinger 2023).

Retomando la descripción densa, “los mejoristas no tienen una fe inquebrantable en el progreso entendido como una fuerza de la envergadura de las mareas. Creen en un progreso personal, tal vez módico, a partir del propio empeño en el mercado”. Sin embargo, tampoco “se perciben como átomos: su vida transcurre entre el esfuerzo, las estrategias para potenciarlo y los apoyos y obligaciones familiares” (Semán y Welshinger 2023, 181). Se encuentra conectado con las interpelaciones

y las organizaciones de la política. El mejorismo en un lente, “un filtro específico para responder a ellos” (2023, 182).

Vamos a prestar atención a este diálogo entre datos etnográficos y teoría social. Entre los factores relevantes para el surgimiento del mileísmo, Pablo Semán señala “la presencia de lo que se descubre tardíamente como individualismo”. Agrega:

las ansias de desarrollo interior, realización y superación personal, la idea de autonomía —encarnada en afirmaciones como “a mí no me vas a decir lo que tengo que hacer” o “a mí nadie me regaló nada”, o en la necesidad de expresarse con libertad, desplegar las propias potencialidades, asegurarse perspectivas de futuro e incluso autoperibirse y tratarse a uno mismo como unidad económica a optimizar— configura un vasto campo de nociones sobre los sujetos que son legítimas y prácticas en la vida cotidiana (2023, 18-19).

Es interesante que Kessler y otros encuentran algo muy similar en los votantes de Bolsonaro:

Los votantes de Bolsonaro se consideran empresarios, personas autosuficientes, que trabajan duro, día tras día, para salir adelante y mejorar su posición, sin esperar nada del Estado. Por el contrario, los pe-tistas serían personas “acomodadas”, acostumbradas a recibir ayuda del Estado o a ocupar puestos en el sector público que no requieren esfuerzo ni superación personal (2024, 10).

Este es un triunfo categórico y planificado de una forma de gobernanza neoliberal. A inicios de siglo, Ferguson y Gupta (2002, 989) afirmaron que ese proyecto apostaba a la “responsabilización” de los sujetos a quienes “se empodera” cada vez más para que se autodisciplinen. Lo más sorprendente es que tres décadas antes, a finales de los años setenta, Foucault señaló que se buscaba generar en cada sujeto un “empresario de sí mismo, que es su propio capital, su propio productor, las fuentes de sus ingresos” (2007, 264-265; ver también Shoshan, 2017, 310).

Hubo un plan y se ha cumplido.

Si la derecha se radicaliza es porque es genuina representante de subjetividades que también giran en un sentido más autoritario. Y que son tanto el producto de doscientos años de pedagogía individualizante, “egoísta”, como de las transformaciones materiales del capitalismo en la hora actual (Adamovsky 2023).

Nuevo paisaje emocional

Hay un cambio en las profundidades de la sociedad, principalmente en los jóvenes, quizá más en los varones. Perciben las narrativas “solidarias” del tipo “nadie se salva solo” como falsas o fracasadas. Durante la pandemia y la cuarentena estricta el gobierno hablaba del “Estado presente” por la asistencia social y sanitaria. Pero para muchos jóvenes y no solo para ellos, lo que el oficialismo llamaba “Estado presente” era un fiasco. Veían al Estado ausente en seguridad, fracasando en educación y obstruyendo sus proyectos económicos.

Surgió así una nueva conceptualización de los derechos: “No queremos derechos que nos empobrecen”. Dicen: “Un derecho se debe merecer, porque hay un esfuerzo previo que lo sustenta”. El progreso es personal, no es de “la nación”. Y Milei traduce: “No vamos por *tus* derechos, vamos por *sus* privilegios”.

Un punto crítico es la agenda de género. Una gran parte está en contra de los derechos de las mujeres y las diversidades. La *marea verde*, con su agenda transversal y la inmensa participación juvenil, fue central en las movilizaciones recientes en Argentina y en otros lugares. Una reacción conservadora contra el feminismo recorre el mundo. Hayek le daba centralidad a la defensa de los valores, nosotros diríamos de una tradición hegemónica, y señalaba a la familia. Por eso, mientras los escasos liberales realmente existentes apoyan leyes como la interrupción voluntaria del embarazo o el matrimonio igualitario, los neoliberales conservadores militan su derogación y llevan adelante defensas abier-

tas del poder patriarcal. Exigen ley de paternidad opcional, derogación de la educación sexual integral, estigmatización del lenguaje inclusivo. Ninguna libertad allí.

Andrea Torricella (2024) analiza grupos que impiden la aplicación de leyes, partidos políticos que incorporan en sus plataformas propuestas de leyes antigénero, mayor violencia contra minorías sexuales, discursos antifeministas, biologización de los argumentos políticos en torno de la familia, la división sexual del trabajo y la sexualidad. Estamos ante un neoliberalismo vinculado al conservadurismo y la familia. La contraofensiva conservadora incluye la politización reactiva del género (Vaggione 2005), el *cultural backlash* va en contra del cambio social en la jerarquía sexo-genérica y de la ampliación de la ciudadanía en materia de derechos sexuales que atienden la educación sexual y los derechos reproductivos y de la diversidad.

¿Qué implica en la vida cotidiana política esta nueva configuración de sensibilidad? Tiene similitudes con configuraciones propias de etapas de crisis agudas. Hay una expectativa general que en cualquier momento pueda arribar una noticia definitiva. No se conceptualiza la inestabilidad como rasgo de época, sino que el vértigo produce la ansiedad de que algo vaya a definirse (cuando justamente lo único que no ocurrirá pronto es que algo vaya a definirse). Eso genera un estado de estrés social. Más o menos equivalente a una persona que chequea varias veces su *email* o mira si entró un mensaje en su WhatsApp, que está mirando su tuitter no para pasar el tiempo, sino para saber si hay algo de nuevo que cambie el rumbo. Se miran los portales de noticias, o la TV o se escucha la radio con la expectativa de si el presidente o el opositor, el amigo o el enemigo dijeron esto o aquello, son culpables o inocentes, alabaron o insultaron al papa. Y cuando nada de esto pasa, es decir, en la inmensa mayoría de los días, buscan detrás de un hecho de inseguridad, de una noticia sobre inmigrantes, de un insulto de un personaje de la farándula aquellas noticias “realmente existentes”. Son las noticias que hay, o mejor dicho que dan los grandes medios, y ese debe ser el pan de cada día de sociedades estresadas, que agregan resentimiento o canalizan la rabia. Y que frente a la ansiedad y la percepción de inmovilismo, empiezan a tejer creencias

y expectativas en sus propios barrios lugares de trabajo, iglesias o clubes de fútbol. Se politizan, solo que hacia la derecha.

Esta tesis acerca del papel determinante del surgimiento de una nueva configuración de sensibilidad, ¿se puede tildar de culturalista? No. Para nosotros la crisis y la emergencia de una nueva configuración no dependen de “la cultura”, en el sentido del conjunto de valores, símbolos o hábitos de una sociedad. En cambio, dependen de la experiencia social, de la vivencia personal y colectiva, y de las formas de simbolización de esa experiencia. La “experiencia”, tal como la enunciamos aquí, no es un suceso más o menos azaroso. La experiencia es historia, sedimentación y subjetivación. Más que preguntar qué sucedió en los últimos tres meses, nuestra pregunta es cómo se conecta lo sucedido con procesos históricos configurativos de una comunidad dada.

Nos pueden preguntar cómo incide la economía sobre la configuración de sensibilidad. Tenemos dos respuestas. Podemos preguntarnos cómo correlacionan ciertas variables estandarizadas con la emergencia de una configuración protoautoritaria. Si hiciéramos esa prueba encontraremos que ninguna es una condición suficiente ni universal. Milei es inexplicable sin inflación, pero ni Bolsonaro ni Trump llegaron a la presidencia por la inflación. Cuando Milei comenzó a crecer en las encuestas no había una recesión prolongada. Había una pospandemia traumática, un crecimiento y una recesión en forma de serrucho, junto con creación de empleo y bajos salarios. Quizá por eso, en un país con tanta xenofobia como Argentina, Milei no apeló a ese recurso. Demasiada inflación provocada por la política tradicional como para hablar de inmigrantes.

Los economistas creen que la inflación es un fenómeno exclusivamente económico. En realidad, es multidimensional, abarca todas las dimensiones sociales. Entonces, los economistas heterodoxos sostienen que si hay inflación debe haber una política salarial que acompañe el aumento de costo de vida. Así se resuelve el problema de la inflación que, a su entender, es distributivo. Pero están equivocados. La inflación destruye la organización de la vida familiar, impide prever vacaciones, imposibilita ahorrar o tomar préstamos, destruye el crédito hipotecario, produce estrés, enferma a la gente y tiene graves consecuencias psicoló-

gicas sobre la sociedad. En la experiencia internacional había destruido a la República de Weimar y tantos otros procesos. En Argentina había terminado en un evento hiperinflacionario que, en otras sociedades de la región, fue experiencia suficiente para mantener a raya la inflación. En Argentina se jugó con fuego y aquí estamos escribiendo en medio del incendio.

Abordamos la dimensión estrictamente política. Polarización había desde 2008 en Argentina. Las elecciones de 2015, peronismo *versus* Macri, fueron super polarizadas. La extrema derecha no emergió de la polarización. Emergió del fracaso de los dos polos para frenar la inflación. Cuando Quevedo y Ramírez (2021) escribían con razón que la polarización era la ley de gravedad de la política argentina, se referían a hechos muy concretos: Massa obtuvo en 2015 alrededor del 20 % de los votos como tercera opción y terminó apoyando en 2019 la fórmula Alberto Fernández y Cristina Kirchner. Y todas las terceras opciones fueron devoradas por los dos polos. De pronto, el lenguaje mismo de esos dos polos fue puesto en cuestión como “casta política”. Milei polarizó con ambos. Los derrotó, primero a Macri y después a Massa. E incorporó a su gobierno a Bullrich y a Scioli. Macri quedó como un asesor que mantiene a raya.

La doble desilusión y su articulación con experiencias traumáticas configurativas generaron una cadena emocional de la tristeza que incluía la frustración, la impotencia, la pérdida, el hartazgo, el resentimiento. Milei supo expresar políticamente esa tristeza y colocar en el futuro una cadena emocional de la alegría y de la esperanza. Enterrada la inflación en el pasado, se abría una nueva época donde los argentinos podrían empoderarse, dejar de ser víctimas de la casta y pasar a ser responsables de sí mismos.

Un *outsider* llega a la presidencia

La tendencia global al surgimiento de la ultraderecha de masas demoró en llegar a Argentina, posiblemente por la relevancia histórica del Pacto del Nunca Más, el rechazo a la violencia política y la experiencia de

2001. Al mismo tiempo, la crisis estructural, producto de la deuda, la sequía de 2023, los errores de política económica y la pérdida de legitimidad de los políticos es más grave en Argentina que en otros países.

Si nos guiamos por dos gobiernos de cuatro años que estuvieron a cargo de las nuevas corrientes políticas (Trump y Bolsonaro), la ofensiva conservadora buscó restringir derechos civiles y derechos de los grupos minoritarios. En ambos casos hubo misoginia, racismo, clasismo u homofobia, así como negacionismo de la pandemia y del cambio climático. En ambos casos, se apeló a *fake news* y se recurrió a discursos del odio.

El caso argentino comienza como un movimiento anti *statu quo*, antipolíticos profesionales, como expresión de un hartazgo con la crisis más extensa en muchas décadas. Javier Milei era un *outsider* radical. No formaba parte de ninguna coalición o fuerza. Cuando se abre la crisis de representación y se erosionan sostenidamente los apoyos a las dos principales coaliciones, Milei surge como liderazgo carismático, como hombre providencial, como “poeta vigoroso” (Plot 2023). En la campaña electoral utilizaba dos palabras para ordenar su mensaje. Todo el hartazgo y la rabia fueron dirigidos a la “casta política”. Toda la ilusión y la esperanza se encauzaron en la *dolarización*. Las herramientas eran la motosierra y la licuadora. Después, durante su gobierno, cada uno de estos términos adquirió vida propia.

¿Quién es Javier Milei? Nació en 1970 en la ciudad de Buenos Aires. No tuvo una infancia fácil. En una entrevista de 2018 dijo que sufrió violencia física y psicológica de parte de sus progenitores. Y por ello se apartó de ellos. Se refugió en su abuela y en su hermana Karina, actualmente secretaria general de la Presidencia. Recompuso la relación con sus padres al inicio de la cuarentena. En su adolescencia y juventud llegó a jugar al fútbol como arquero en cuarta división de un club profesional. Y después fundó una banda de rock de la cual era cantante y compositor. A los 23 años se recibió de licenciado en economía en la Universidad de Belgrano. Hizo una maestría y un doctorado en economía. Cuando ingresó a la política como candidato a diputado, en 2021, vivía solo junto a cuatro perros con los que tiene un vínculo muy especial que ha generado polémicas.

Tiene una larga trayectoria profesional como economista en el sector privado. En los últimos años había trabajado con uno de los mayores empresarios de Argentina, Eduardo Eunekian. A partir de 2010 comenzó a dar entrevistas en los medios de comunicación, con su lenguaje particular, que incluye insultos, y su peinado muy personal. Poco a poco se hizo ampliamente conocido por el gran público.

En ese trayecto fue construyendo diversos vínculos, por ejemplo con Guillermo Francos, actual Ministro del Interior, que fue funcionario de Scioli, trabajó para Massa y en el gobierno de Alberto Fernández. Es decir, alguien de la política profesional. Sus grandes lineamientos ideológicos incluyen un fuerte neoliberalismo económico, la negación del cambio climático, la negación de la cifra de desaparecidos en la dictadura, la afirmación de que no existen las desigualdades de género y que todo puede ingresar en el mercado, incluso la libre venta de órganos. Se opuso a la cuarentena y a la aplicación de vacunas. Dice que la justicia social es un robo y una aberración, y que él desea destruir al Estado. Obviamente, cuando la ultraderecha dice esto no se refiere a las fuerzas de seguridad y las fuerzas armadas, ni a la ley de la propiedad privada, sino a la protección social del Estado.

En 2021 presentó exclusivamente una lista en la ciudad de Buenos Aires. Él encabezó la candidatura a diputado nacional, acompañado por Victoria Villarruel. Ramiro Marra encabezó la lista a diputados de la ciudad. En las elecciones generales obtuvieron un 17 %. La existencia del Pro y de Juntos por el Cambio le puso un límite a su potencial. Pero en 2021 se podía palpar en los barrios y en las provincias que el éxito de Milei había tenido un impacto a nivel nacional. La ciudad de Buenos Aires varias veces ha sido una vidriera relevante para la política nacional. Mauricio Macri y Fernando de la Rúa, antes de ser presidentes, fueron jefes de gobierno de la ciudad. Milei no necesitó ser jefe de gobierno. La dinámica tan vertiginosa de la crisis y la inflación facilitó su paulatina instalación en las provincias. Cuando asumió como diputado, comenzó a sortear todos los meses su salario como legislador. Siguió con gestos antipolíticos de ese estilo. Como diputado tuvo posturas increíbles: se opuso a la ley para cardiopatías congénitas (causa frecuente de muerte entre

los recién nacidos) y se opuso a la digitalización de las historias clínicas. Ya en campaña presidencial votó a favor de la propuesta peronista de la eliminación del casi único impuesto progresivo que hay en Argentina, el llamado “impuesto a las ganancias” (que es un impuesto a los salarios altos, del 10 % más alto de la masa salarial). Meses después, como presidente, solicitó al Congreso que se volviera a aplicar ese impuesto.

Su campaña presidencial tuvo una estrategia peculiar. Frente al malestar general, frente a la desilusión con Macri y con el kirchnerismo/peronismo, postuló una nueva polarización: el pueblo contra la “casta política”. Frente a la inflación, la promesa de dolarización, acompañada de la idea de no emitir más dinero para después cerrar el Banco Central. Frente a la idea neoliberal de que el Estado gasta mucho y mal, la promesa de operar con una motosierra y podar el gasto.

Milei insultaba, maltrataba, decía lo que pensaba sin mediaciones. En una Argentina tan “marketinizada”, con tanto *coaching*, eso generó una sintonía especial con una gran parte de los votantes. Su enojo era una metáfora del enojo social. Su anti-*coaching* respecto de qué era lo que la gente quería escuchar era interpretado como honestidad. En esa “honestidad” discursiva insultó a una de las personas más queridas por los argentinos como es el papa Francisco y reivindicó a una de las personas más odiadas por la generaciones adultas como es Margaret Thatcher, quien ordenó bombardear un barco argentino que estaba afuera de la zona de exclusión. En ese evento fallecieron la mitad de los soldados argentinos que murieron en la Guerra de Malvinas. Cuando Argentina le ganó en 1986 a Inglaterra en el mundial de fútbol, con la “Mano de Dios” y con el mejor gol de la historia, las calles del país se llenaron de gente que insultaba a Thatcher y a los ingleses. Milei la reivindicó en el debate presidencial, con un *rating* altísimo, y arrasó en la elección.

En el cierre de su campaña electoral, en el estadio Movistar Arena, se calcula que asistieron unas 15 000 personas. Las imágenes que se proyectaban en la gran pantalla aludían al estallido, en sintonía con el paisaje emocional que describimos antes. Incluso reproducían las clásicas imágenes de la explosión de la bomba atómica y la formación del hongo. Sonaba la canción de Versuit Bergarabat llamada “Se viene el

estallido”, algo muy relevante durante la crisis de 2002. Milei la ha cantado en algunos actos, a pesar de que quizá la banda Versuit Bergarabat sería parte del “marxismo cultural”. Pero eso le dio onda de “rockero”, en sintonía con el despeinado y el *showman*. También cantó “Panic show” del grupo La Renga, que dice:

Por favor no huyan de mí
yo soy el rey de un mundo perdido
soy el rey y te destrozaré
todos los cómplices son de mi apetito.

No te escapes, ven a mí
desnúdate y enfrente mis dientes
yo soy el rey, el león
ven a saber lo que se siente.

La banda La Renga reclamó y protestó contra Milei. Pero él la sigue cantando. Es muy útil que un país debata cómo canta un presidente en lugar de debatir estrategias políticas para derrotar el proyecto político neoliberal de la ultraderacha. O, al menos, qué tal va la recesión y el aumento del desempleo.

En el debate presidencial del balotaje pareció que su adversario le había dado una paliza con la capacidad argumentativa de un político profesional. Las clásicas encuestas dieron por ganador del debate a Massa. Pero en los *focus group* mucha gente interpretó que justamente un político profesional, lo que ellos detestaban, había intentado ser arrogante con un hombre valiente y honesto. Es decir, después de cuatro años de mal gobierno económico ningún debate podía modificar la tendencia electoral. El peronismo creía en la campaña en sí, pero en realidad la campaña era el gobierno que terminaba y sus protagonistas.

El sistema de votación de Argentina implica que como mínimo haya dos elecciones. Las primarias abiertas simultáneas y obligatorias, donde se definen los candidatos a las generales y quiénes pueden competir. Allí, Milei dio el batacazo porque obtuvo el 30 % de los votos. De todos

modos, el escenario era que la candidata de la derecha había obtenido un 28 % y el candidato del gobierno el 27 %.

El problema de Milei fue que mantuvo los mismos votos en las generales, mientras el candidato del gobierno subió a 36 % y la candidata de la derecha cayó al 24 %. Pero se resolvió pronto. Al día siguiente, Macri hizo un acuerdo con Milei de apoyarlo a cambio de nada. La tercera elección, el balotaje, lo ganó 55.65 a 45.35 por ciento.

Es destacable que Milei captó el voto de distintas clases sociales. Se calcula que en las primarias el voto a Milei fue transversal en todas las clases sociales, en torno de un 33 %, excepto los jubilados y jubiladas que lo hicieron en menos de la mitad de ese porcentaje. Considerando el empleo había más diferencias. Los autónomos con 42 %, los desocupados con 43 %, los obreros con 37 % y el 69 % de los estudiantes que no trabajan. Una parte considerable de su voto provino de personas en situación de informalidad laboral. Cambiaba un 24 % desde quienes reciben aportes previsionales de su empleador a un 41 % entre quienes no tienen aportes de ningún tipo. De ese 41 % dos tercios eran jóvenes (Balsa 2024, 282-284).

El éxito de Javier Milei

El éxito de Milei es que construyó una estrategia efectiva para *cambiar el mapa de la representación política en Argentina*. Todos los países tienen ejes de división social/cultural/política. Son los clivajes propios de cada configuración nacional. El lenguaje de la división argentina siempre ha sido político. En el siglo XIX federales y unitarios, en el siglo XX conservadores / radicales y peronistas / antiperonistas.

En las primeras décadas de este siglo prevaleció la división kirchnerismo/antikirchnerismo, especialmente a partir del conflicto con el sector agropecuario en 2008. ¿Quiénes eran los antikirchneristas? Macri y su alianza, el peronismo de derecha, un pequeño sector de un progresismo antiperonista. La campaña electoral de Patricia Bullrich tenía como uno de sus objetivos principales “terminar para siempre” con el kirchnerismo.

En cambio, Milei dibujó otro mapa. Detectó los cambios en la configuración de sensibilidad y su cartografía dividió al pueblo de la “casta política”. Uno de los sinónimos preferidos de “pueblo” era “argentinos de bien”. ¿Quién integraba durante la campaña electoral a la casta política? Todos. Los kirchneristas y los antikirchneristas. Apoyado en la doble desilusión, en la pérdida de apoyo de ambos, hizo un mapa nuevo con la materia de un nuevo lenguaje.

Desde el acuerdo con Macri y Bullrich al día siguiente de las elecciones generales, Milei tomó cuidado de incorporar los apoyos (de miembros de la casta) sin que perdiera potencia su discurso anticasta. Esto se volvió a plantear con las designaciones de altos funcionarios en el gobierno nacional. En particular porque Patricia Bullrich es ministra de Seguridad (una de las personas con trayectoria más extensa en la política argentina y en cargos públicos). Pero además porque Milei aceptó que Daniel Scioli, quien fue vicepresidente de Néstor Kirchner, gobernador de la provincia de Buenos Aires durante las dos presidencias de Cristina Fernández de Kirchner y candidato a presidente del peronismo en 2015, fuera ministro de su gobierno, con un perfil bastante más bajo que Bullrich. Más allá de la capacidad de teflón de cada uno de estos funcionarios, el dispositivo comunicacional funciona porque no hay “coalición” ni “acuerdo”. Sus estrategias saben lo que están haciendo y Milei ha rechazado el pedido de Macri de un acuerdo. Hay absoluto sometimiento al liderazgo de Milei.

La conexión que fabricó Milei entre el paisaje emocional argentino y su nuevo lenguaje tiene parelismos y diferencias interesantes con la emergencia del thatcherismo. Fabricar o montarse en una afectividad propia de la coyuntura y poner en palabras otro mundo que, va de suyo, implica otro paisaje emocional es algo que sucedió en ambos casos. Para desplegar una estrategia política ante las crisis, la gobernanza requiere establecer una conexión programático-afectiva. En la Gran Bretaña de los años setenta se fue generando un pánico moral (Hall *et al.* 2023). No se trata tanto de cuán real o imaginado es el carácter dramático de la crisis, sino en cómo va siendo categorizada, simbolizada, significada, sentida. Porque la gubernamentalidad de la crisis se juega en la institución de

nuevas palabras y de sensibilidades asociadas con ellas. Así como Stuart Hall (y otros) dieron cuenta de las correlaciones entre el pánico instalado ante la “ola de atracos” (un término novedoso para la Gran Bretaña de inicios de los setenta) y la dinámica política resulta también evidente que el éxito electoral y de popularidad de Milei se asocia a la institución de un lenguaje nuevo. Un lenguaje que capta una configuración y hace síntesis. Un lenguaje con potencia, que fabrica esperanza.

Si hay una casta política que se enriqueció mientras el país se empobreció, ¿en qué sentimientos podemos pensar si no es en el odio, el resentimiento, el desprecio, el rechazo visceral? Si hay que condensar en una palabra el sentimiento generalizado para un “Nunca Más” a la inflación, ¿qué más apropiado que fantasear con la *dolarización* para generar una ilusión óptica? Si hay que hacer un ajuste que se nombre como tal (“el mayor ajuste de la historia de la humanidad”, según Milei), invirtiendo el sentido negativo que había tenido la palabra por años en la política argentina, ¿con qué palabras asociarlo para darle potencia y generar adhesión? “Motosierra” para el corte del gasto público y “licuadora” para que las tasas del Banco Central no acompañen en absoluto la tasa de inflación. Además, hacen serie semiótica con las ideas de estallido, de ruptura, de destrucción, de transformación, de revolución. No hay ironía alguna en mis palabras, es solo la descripción de un éxito frente a una coalición, la panperonista, que no encontró las palabras para esa coyuntura. Tampoco en la actualidad. La derrota y la situación defensiva tienen correlación con un lenguaje “residual” en el sentido de Williams (1980).

La política como hiperestrés

Hasta ahora sabemos cosas importantes de Milei:

1. Nadie le tomó el juramento como presidente: se lo tomó él mismo. Nadie le dijo “si así no lo hicieras, Dios y la patria te lo demanden”, ni ninguna de las opciones disponibles. Esto no se informó, pero igual sucedió.

2. Se negó a dirigirse a la Asamblea Legislativa el día de su asunción. Segunda cuestión novedosa en cuarenta años.
3. Firmó el Decreto de Necesidad y Urgencia (DNU) más abarcativo y extenso de la historia argentina. Cuando toque su hora el Poder Judicial lo declarará inconstitucional. Antes, no.
4. El presidente envió una Ley Ómnibus que fue rechazada por el parlamento. A mitad de 2024 logró la aprobación de la Ley Bases, bastante más acotada que la anterior, pero que de todas formas contempla dar inmensas facilidades a grandes capitales para nuevas inversiones y, quizá, para maniobras.
5. Su plan de ajuste es un elefante en un bazar: cancela transferencias docentes o de seguridad social o de transporte público. Un dato: la “casta” no usa transporte público y no manda a sus hijos a la escuela pública.
6. El FMI ha pedido que el ajuste no solo sea en cantidad, sino en calidad. El orgullo de Milei por “el mayor ajuste en la historia de la humanidad” a mediados de 2024 es dudosamente sustentable.
7. Todos sus críticos son insultados por el presidente de la nación. Igual, el periodismo (que sí ha criticado a Milei) ha tenido muchos mejores modales con el presidente que con Cristina Fernández de Kirchner. Hay autocensura hoy en Argentina, el gobierno produce miedo. Para quien esté dispuesto a observar es evidente que la libertad es para sí mismos y sus acólitos. Para los demás, insultos y descalificación.

Aunque la prensa argentina no desea decirlo de este modo, el gobierno argentino es parte de la *nueva derecha extrema*. Cuando el presidente Milei se reúne con Vox, Orban, Trump, Meloni o Bolsonaro, la mayor parte de la prensa dice que los periodistas extranjeros lo “catalogan” de extrema derecha. Las emociones asociadas con la vergüenza no tienen gran efectividad en el periodismo contemporáneo. Es importante sintetizar rasgos de la extrema derecha, porque la psicologización de lo que sucede en Argentina, o lo que sucedió en Brasil o lo que podría volver a suceder en Estados Unidos, es un error analítico y político de primera magnitud.

Llamo “psicologización” no al análisis psicológico que considero crucial, sino al error de creer que todo esto se debe a la psicología del pre-

sidente: si es emocionalmente estable, si puede mantener la calma, si es un “loco”. Una de los argumentos de este ensayo es que la psicología de los distintos sectores sociales, las distintas subjetividades, en el contexto de ciertas configuraciones de sensibilidades, implican paisajes emocionales que conforman una mayoría que demanda o acepta una personalidad como la de Milei. Fue elegido y ha mantenido un apoyo en torno del 50 % (bastante elevado) por actuar como actuó. A la vez, sabemos que eso no garantiza nada a futuro, porque eso ha generado expectativas que creemos que Milei no podrá satisfacer. Pero sobre este tema regresaremos.

Ya en casi todos los países de América y Europa pasaron una de estas dos cuestiones: o el tradicional partido de derecha se convirtió en uno de derecha extrema o, si no, surgió una nueva fuerza de extrema derecha. En Argentina pasaron las dos cosas. Surgió una nueva fuerza de derecha extrema y el Pro (después de una interna) se alió al gobierno. Trump impuso su liderazgo porque redujo drásticamente el poder tradicional que tenían gobernadores o legisladores del partido republicano. Milei solo se va a asociar al Pro si logra subordinarlo.

Estas nuevas fuerzas se basan en una fuerte polarización —que dio un salto en 2008 y después en 2013— que erosiona las bases de la democracia. En América Latina tienen un programa económico neoliberal radicalizado, que puede aceptar una cuota de *cash transfer*, combinada con todo el conservadurismo cultural que la sociedad le permita. La lucha cultural la conciben como guerra, con enemigos a doblegar. Solo hay ganadores y perdedores. Todos sus enemigos son parte de una narrativa conspiradora. Los líderes de extrema derecha buscan no cumplir con reglas propias de la política. Insultan a países como China, al presidente del gobierno español, segundo inversor en Argentina, al presidente de Colombia y de cualquier otro país democrático.

¿Qué tipo de persona cree que quienes no piensan como ella son unos idiotas? Cierta elegancia: personas no altamente entrenadas en comparaciones, en dialogar con otros y en aprender de otros. Quien cree que sabe todo es quien más cerca se encuentra de la completa ignorancia. Los argentinos están hartos de escuchar a gobiernos que se adjudican a ellos mismos cualquier logro y le adjudican a otros (la oposición, los

empresarios, los sindicatos, etcétera) cualquier problema. Se postularon a elecciones para gobernar este país, con estos actores y estos problemas. Los y las presidentes de Argentina deberían estar regidos por una profunda humildad, la humildad propia de un país que ha fracasado. Un ciudadano argentino sin cargo puede hacer lo que quiera. Pero el presidente de un país pobre, endeudado, en recesión, con la inflación record, ¿cómo le va a hablar con soberbia a países exitosos, como China y España? Tanta arrogancia solo para esconder detrás del escándalo la recesión y la pobreza.

En el mundo de Trump, Johnson o Bolsonaro, cada día comienza con un papelón, una polémica, el estallido de un escándalo. Apenas están todos hablando de ese acontecimiento, ya es eclipsado por otro “en una espiral infinita que cataliza la atención y satura el panorama mediático”. Esto es “el trabajo feroz de decenas de especialistas en publicidad, científicos especializados en Big Data, ideólogos” (Da Empoli 2019, 11, traducción mía). Su estudio es justamente sobre estos “ingenieros del caos”.³⁷

Obviamente, todos sabemos que estas y otras fuerzas cuentan con ejércitos de *trolls* y de bots, que fabrican *fake news*. Pero Da Empoli está diciendo otra cosa: hay un equipo interdisciplinario de expertos para cada táctica y cada decisión. En Brasil a esa mesa creativa, de coordinación cotidiana, se la denominó “el gabinete del odio”. Los progresistas se indignan por lo que dijo un líder derechista cuyos ingenieros del caos justamente planificaron esa indignación progresista. Tienen mapas hiper complejos de la sociedad sobre la que operan y buscan generar reacciones específicas, una detrás de otra. Buscan fabricar paisajes emocionales a medida de sostener mayorías electorales.

En algunos casos, los líderes en el gobierno han priorizado más los escándalos de comunicación que la resolución de problemas en la gestión (ver Strobl 2022). Con la ayuda de la internacional reaccionaria, los

³⁷ “Los prejuicios y errores en el pensamiento son efecto de las limitaciones inherentes a nuestra atención y facultad de razonar, pero también están sistemáticamente moldeados por el conjunto de ideas que difunden varias organizaciones financiadas por multimillonarios conservadores y libertarios cuyo objetivo es socavar y destruir la democracia” (Illouz 2023, 9).

ingenieros del caos tienen la ayuda para completar cualquier hueco cotidiano en la comunicación. Cualquier asociación libertaria o neoliberal ofrece darle un premio a Milei, muchas veces en el marco de una cena con menú propio de la casta más enriquecida. Premios en varios países del mundo hacen pensar que redujo la pobreza (hasta ahora aumentó en su gobierno), que Argentina es un paraíso (cuando es más parecida al infierno) o que tuvo algún logro, además que dar alaridos con referencias bibliográficas defendiendo la libertad de los grandes capitales. Pero no. No creo que a alguien que gobierne hace seis meses se le pueda hacer un balance cerrado. Pero creo que otorgar y recibir premios sin logros económicos y sociales en otros tiempos y en otros liderazgos daría vergüenza. Aquí no, es un síntoma de época, ya lo dijimos: la vergüenza ha muerto.

Por eso, en la entrega de un premio en la República Checa en junio de 2024, Milei pronunció un discurso plagado de elogios a su gestión. Modestamente, aseguró: “Con mi jefe de asesores, Demian Reidel, estamos reescribiendo gran parte de la teoría económica. Si nos termina de salir bien, probablemente me den el Nobel de Economía junto a Demian”. Agregó que dado los problemas de la Argentina “era claro que se necesitaba un especialista en crecimiento y en dinero. Bueno, la gente no se equivocó, el 56 % eligió al especialista en crecimiento y dinero, que es mi caso”. ¿Y un especialista en educación, ya que ni siquiera hay Ministerio de Educación y está cayendo en picada la calidad?

Para que “le salga bien”, como él dice, otra teoría económica debería incorporar teoría social y política. Los parlamentos no son obstáculos a las genialidades de una teoría económica abstracta. Los parlamentos son en estos países la forma en que la gente decidió vivir. La oposición, el pluralismo, es la base de la vida democrática, no es como afirma Milei, una traba inescrupulosa. Su teoría está mal, evidentemente. Es una teoría de fórmulas sin teoría del poder ni del cambio social. Pronosticó que Argentina va a poder “convertirse en el caso más brillante de la historia de la humanidad” para que los argentinos vuelvan “a ser ricos”. ¿No es ridículo tener que explicar que los argentinos nunca fueron masivamente ricos ni nunca lo serán?

Su triunfo no es la adhesión total, eso nadie lo busca seriamente en sociedades complejas. Su triunfo es que se hable de los temas que ellos

deciden imponer. No son invencibles. Errores políticos, económicos o de miembros del gabinete abren brechas. Pero su mayor poder emana de estar en las sombras y que los opositores creen que no están siendo manipulados. No es posible revertir la relación de fuerzas sin una visión reflexiva, con conocimiento y con una contra estrategia coordinada. Por eso, por ahora no es reversible la actual relación de fuerzas.

Los estudios comparados muestran que ya hay varios triunfos de la extrema derecha. El primero es que se ha constituido en una opción política, con simpatías y antipatías. Se han normalizado. Ahora bien, este discurso “pueblo *versus* casta” no es ajeno a un fenómeno profundo en la sociedad, que se ha verificado en varios países. Así como durante décadas era vergonzante “ser de derecha”, hoy existe un orgullo de la identidad de derecha, al menos en gran parte de la militancia mileísta. Por eso, Kessler, Calvo, Vommaro y Murillo (2024) escribieron un excelente artículo diciendo “no los une el espanto”, para mostrar que los votantes de Javier Milei, según una encuesta electoral probabilística, se autoperciben a la derecha de los votantes de Bullrich, como muestra la siguiente figura:

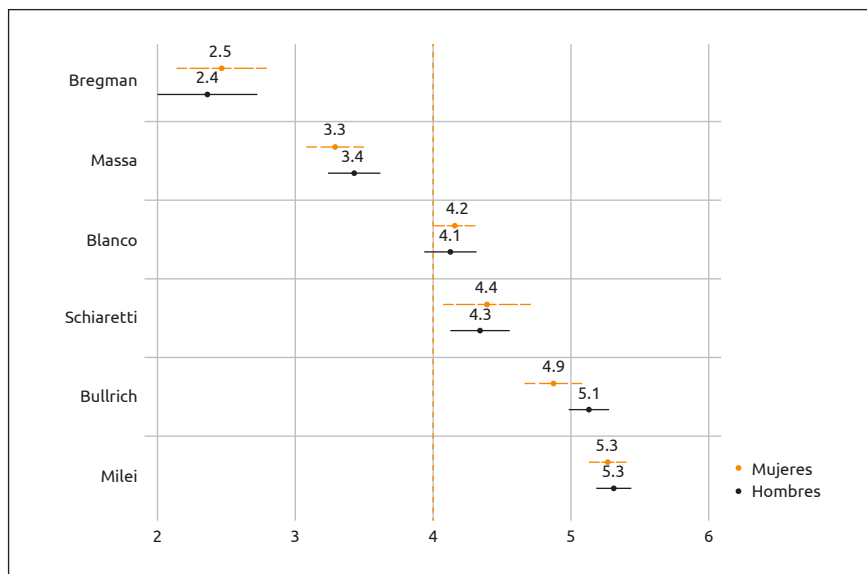


Imagen. Ideología, por partido y género, diciembre 2023. Tomado de Calvo, Kessler, Murillo y Vommaro 2024.

En varias encuestas sobre valores, Javier Balsa encuentra también una sociedad con valores neoliberales profundos: con desprecio a la justicia social, responsabilización a los pobres de su pobreza, identificación del Estado con ideas negativas, entre otras (Balsa 2024, 165 y ss.). Pero además de esta cuestión, hay otra muy relevante. En una encuesta Balsa mostró dos imágenes y preguntó cuál de ellas representaba mejor a la sociedad argentina. Una imagen a la izquierda era un círculo que englobaba pequeños círculos y se acompañaba de esta frase: “en la sociedad argentina hay distintos grupos que tienen intereses comunes, y ningún grupo se impone sobre otros”. Otra imagen a la derecha era un círculo pequeño arriba con una flecha que se dirigía a un círculo grande debajo acompañada de esta frase: “en la sociedad argentina, casi siempre una minoría termina imponiendo sus intereses sobre la mayoría de la población”.

El 24 % se inclinó por la imagen de la izquierda, como símbolo de la armonía social, y el 76 % lo hizo por la imagen de la derecha. Pero ¿quién es esa minoría? “Un 20% del total identificó a esa minoría con ‘la clase alta’, ‘la oligarquía’, ‘los grandes empresarios’, ‘el círculo rojo’ u otras denominaciones similares” (Balsa 2024, 214). En cambio,

un 23% consideró que esa minoría eran los movimientos sociales o las fuerzas políticas progresistas, de izquierda o nacional-populares: un 14% identificó a esa minoría como “los piqueteros”, “las feministas”, los LGBTQ+, “la izquierda”, “los sindicalistas” o directamente los “vagos”, y un 9% la consideró conformada por “los kirchneristas” o, en una frecuencia menor, “los peronistas”. Por otro lado, un 16% sindicó a esta minoría como “los políticos” o “los políticos corruptos” (Balsa 2024, 215).

Se trata de una nueva sociedad, una cadena equivalencial que no trabajó Laclau, la minoría opresora con un significante que ninguno de los autores identificados con el marxismo o el posmarxismo pudo explicar satisfactoriamente. Y que permanecerá siendo un desafío. Para abordarlo, además de ideas clásicas como “ideología dominante” o “hegemonía”, quizá vale la pena agregar al menos dos elementos. Puede ser que convenga consultar qué quería decir Gramsci en la contraposición entre

corporativismo y política. Porque cuando los agrupamientos reclaman exclusivamente beneficios para sí, desconectados de los intereses de los destinos comunes de la nación, actúan de modo corporativo y no político, en ese sentido. Y esa actuación, cuando se contrapone a los deseos políticos de las grandes mayorías, puede ayudar a verlos como minorías. Segundo, conviene preguntarse qué parte de verdad encarnan las distorsiones del estilo “todos los políticos son corruptos”. Porque si bien es relevante subrayar que no es así, también es relevante tener una narrativa propia para eliminar y enfrentar la corrupción. Y esto ha sido un enorme déficit de los movimientos opuestos al neoliberalismo en Argentina.

Primeros meses de gobierno y los dilemas actuales

Milei asumió la presidencia el 10 de diciembre de 2023. La devaluación del peso en el tipo de cambio oficial fue mayor al 100 %. Después, pasó a un *crawling peg* del 2 % mensual, con lo cual en pocos meses el peso comenzó a apreciarse (al cambio oficial). Encuadró su mensaje en “no hay plata”. La inflación batió records interanuales por varios meses. El dato interanual de febrero, por ejemplo, fue 276 %. La inflación de alimentos fue impactante, la gasolina aumentó alrededor del 100 % en los primeros meses, el transporte público más, fueron llegando grandes aumentos en las tarifas de los servicios públicos, de la medicina y educación privadas.

Los salarios públicos y las jubilaciones sufrieron una reducción enorme del poder adquisitivo. Los salarios privados registrados perdieron un poco menos, por la presión sindical, pero el gobierno presiona muy fuerte para que los aumentos vayan muy detrás de la inflación. Libertad de negociación salarial, no.

En diciembre, el presidente firmó un DNU ya mencionado, con más de trescientos artículos. En marzo, el Senado de la Nación declaró la invalidez del Decreto por 42 a 25 votos. Pero por la legislación vigente solo será inválido si también lo declara así la Cámara de Diputados. Parece

que la “solución” ingeniosa será jamás tratar el tema. Si no lo rechaza, la inacción lo hace vigente cada día.

El gobierno protesta porque jamás un DNU fue declarado inválido ni siquiera por una Cámara. Lo que oculta es que nunca hubo un DNU que legislara (algo prohibido para el Poder Ejecutivo Nacional, salvo fundada “necesidad y urgencia”) sobre tantos ámbitos de la vida, sin fundamento alguno de “necesidad y urgencia”. El Poder Judicial mira para otro lado.

El presidente ha dicho frases terribles contra el Congreso de la Nación, porque el voto popular que lo designó decidió también que su partido tuviera poco más del 10 % de los diputados y poco menos del 10 % de los senadores. Aunque Mauricio Macri y Patricia Bullrich le han dado todo el apoyo legislativo, aún deberían acordar con fuerzas de “centro” y “centroderecha”, pero les cuesta lograrlo.

Además, el gobierno ha tenido discurso y política amenazando con niveles de represión policial a la protesta social que son muy contrarios a la historia argentina reciente. Cuando se envía a imprenta este ensayo, no se sabe si va a cruzar esa frontera y, si lo hiciera, cómo puede reaccionar la sociedad.

El gobierno celebra que no tuvo déficit fiscal, por la dimensión del ajuste. Ha hecho cambios impositivos para darle sostenibilidad. Pero hay aspectos difícilmente sostenibles y, si se profundiza la recesión, se puede caer en un círculo vicioso. Además, ha habido y seguirá habiendo despidos en la administración pública nacional. El ajuste está lejos de terminar.

La educación pública, las universidades públicas y el sistema de ciencia y tecnología han sido hasta ahora particularmente afectados. Habrá conflictos sociales en 2025, será una pulseada larga. El proceso más novedoso e inesperado que hubo en resistencia al modelo de Milei fue la marcha universitaria en la que se calcula que participaron más de un millón de personas en todas las ciudades del país. Durante los cuarenta años de democracia las universidades públicas se fueron arraigando a nuevos territorios. Son instituciones muy valoradas por toda la sociedad que, además, son la promesa institucional principal de que existen chances de movilidad social ascendente. Esto significa que el estrangulamiento

presupuestario a las universidades públicas realizado por el gobierno golpeó exactamente en un punto de sus propias narrativas antipopulistas. Los “libertarios” gritan que los populistas son demagogos que subsidiaban vagos, que no valoran el esfuerzo y el mérito. Pero las universidades públicas son parte de la red de instituciones (como el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, CONICET) donde el Estado sí valora el esfuerzo y el mérito. Donde un título es un reconocimiento y una posibilidad.

Así, estamos en un momento de grandes preguntas. Sin embargo, observando la historia argentina podemos pronosticar tres cosas. Primero, Milei va a ser protagonista de una nueva bancarrota de Argentina. Baja la demanda agregada, produce recesión, baja impuestos a los ricos, sube impuestos a la clase media. Es un círculo que jamás termina: siempre habrá otro ajuste que hacer. Ha generado un marco jurídico (la Ley Bases) que genera las mejores condiciones que pueda soñar el capital para hacer inversiones. Pero tiene un inconveniente. Es Argentina. No se puede girar dividendos al exterior, los dólares que ingresan se pagan ahora un 40 % menos que en el mercado. Supongamos que resuelva eso. ¿Quién sabe quién ganará las próximas elecciones y los nuevos impuestos que pueden colocar?

Supongamos más. Este análisis es equivocado y las inversiones llegan en cantidad considerable. ¿Cómo van a modificar las relaciones laborales y los derechos laborales? En el Cono Sur la única modificación cultural y constitucional de alta profundidad fue durante la dictadura de Augusto Pinochet en Chile. Hasta Margaret Thatcher tuvo que incumplir las recomendaciones perentorias de Hayek ya que el Reino Unido requería del voto del parlamento.

Segundo, cada vez que hay un problema (el dólar sube, la inflación no baja lo suficiente, caen las acciones argentinas, sube el riesgo país, etcétera), Milei le echa la culpa a la oposición. Así que cuando sus “verdades absolutas” sean las que estallen por los aires va a culpar a los demás de que su narcisismo haya devenido inverosímil y ridículo. Es es mi segundo pronóstico.

El tercero es que una porción muy significativa de la población lo seguirá apoyando hasta que el fracaso económico sea contundente y escandaloso.

Su poder emana de la extrema debilidad de los escasos opositores. No hay una oposición a Milei. El bloque de diputados peronista vota en contra, como corresponde a su mandato político, de los proyectos de ley neoliberales. Y hay varios diputados que trabajan para mantenerlo lo más unido posible, cosa que ya se quebró en el Senado. En la cámara alta la presión directa de los gobernadores es mayor y por eso el gran éxito de Milei fue lograr empatar allí su principal ley, ya que la Constitución prevé que la vicepresidenta desempate en esos casos.

Pero no hay un discurso, no hay una estrategia, no hay liderazgos opositores. (A partir de las denuncias por corrupción y por violencia de género contra Alberto Fernández, el peronismo, sus cuadros medios, su militancia, sus votantes, entraron en una etapa de desamparo y desolación que retomaré en el *postscriptum*).

Disputa por el Nunca Más y la violencia política

En Argentina, con los juicios a los dictadores y genocidas, se fue construyendo social y políticamente un Pacto que llamamos del “Nunca Más”. Es una sociedad que rechaza profundamente la violencia política. Ha habido asesinatos políticos como el de Kosteki y Santillán, dos jóvenes en una movilización piquetera, asesinados el 26 de junio de 2002. Esos atentados generaron una enorme movilización popular y una crisis político-institucional que se cerró cuando el presidente Duhalde anticipó el llamado a elecciones. Otros crímenes, como el del docente Carlos Fuentealba por parte de policías de la provincia de Neuquén, generaron acciones sindicales de orden nacional y sus responsables fueron juzgados. Hubo casos con amplia repercusión, como Santiago Maldonado o Mariano Ferreyra (asesinado por una pandilla sindical). Hubo otros ca-

sos invisibilizados, especialmente si eran parte de pueblos originarios (como Roberto López en Formosa, Rafael Nahuel en la Patagonia y casos similares) y peor si reunían eso con zonas periféricas del país. Incluso con estos casos invisibilizados se trata de niveles violencia institucional y de represión muy por debajo de muchos países de la región.

Sin duda, para que triunfara Milei algo del cristal del Pacto del Nunca Más se quebró, como dice Marina Franco (2024). El propio triunfo de una persona que ejerce violencia verbal, que hace una cruzada contra los organismos de derechos humanos y las narrativas sobre la memoria, que cuestiona la cifra de desaparecidos en la dictadura, que fue asesor de un genocida³⁸ y que es acompañado por Victoria Villarruel (quien dirige una fundación denominada Centro de Estudios Legales sobre el Terrorismo y sus Víctimas), implica un grado de ruptura. El padre de Villarruel es un militar que también participó del operativo Independencia con Bussi, así como en las sublevaciones carapintadas contra el gobierno democrático en 1987. La vicepresidenta promueve la llamada “memoria completa”, aunque la actividad conocida sólo es en favor de militares acusados o ya condenados por crímenes de lesa humanidad. También promueve la victimización del sector militar y la indemnización a quienes sufrieron atentados de las guerrillas antes de la dictadura.

El gobierno asumió en diciembre de 2023 con un fuerte discurso punitivista y represivo. Advirtió y amenazó a quienes quieran realizar protestas que deberán hacerlo en las veredas sin afectar el tránsito. Porque si “violaran el derecho a la libre circulación” la policía actuaría y los reprimiría. Esto generó una situación inédita desde 1983, pero en los meses siguientes la situación no pasó a mayores.

Frente a la gigantesca movilización del 24 de marzo siguiente, un ritual de la democracia ante cada aniversario del golpe de Estado de 1976, lanzaron un video provocador, diciendo que hubo muchos menos desaparecidos, que no se reconoció a las víctimas del terrorismo (en

³⁸ Javier Milei fue asesor del general Antonio Bussi cuando fue Convencional Constituyente en 1994. Bussi fue el responsable del “Operativo Independencia” en la provincia de Tucumán y de la represión legal e ilegal allí. Fue el único militar que logró ser electo gobernador de su provincia después de la dictadura.

alusión a las guerrillas) y que ahora sí habría memoria completa (aunque lo de “completa” es incomprensible porque no le dieron la palabra a las víctimas del terror estatal). Sin embargo, durante la marcha no hubo represión ni violencia de ningún tipo.

Esto fue una decisión que hay que comprender en su contexto. Era evidente que sería un evento multitudinario. Su apuesta fue quitarle relevancia, diciendo que era una marcha kirchnerista. El ritual de esas marchas comenzó mucho antes de que existiera el kirchnerismo y asisten sectores radicales, peronistas no kirchneristas y, sobre todo, organismos de derechos humanos que se forjaron durante la lucha contra la dictadura, además de decenas o centenares de miles de personas que van por su cuenta.

En el contexto de fines de marzo de 2024, el gobierno, que había perdido votaciones decisivas en el Congreso, que pulverizó los ingresos, no tenía capacidad de abrir muchos otros frentes de batalla. Por eso, hizo su “batalla cultural” con un video bastante poco efectivo, pero renunció a implementar su decisión de que no se corte el tránsito o a cualquier tensión callejera. Entendemos, al menos hasta ahora, que en el sentido común y la dinámica política el Pacto del Nunca Más no está operando como “todo o nada”, como “cero y uno”, sino que tiene matices y el logro de la movilización pacífica es gracias a ello, aunque hoy esté al menos parcialmente debilitado.

La desorientación es generalizada en las fuerzas democráticas. Los principales dirigentes no comprenden su propia responsabilidad en el triunfo de Milei. Hablan como si la sociedad no hubiera experimentado sus años de gobierno. Es altamente desafiante construir modelos económicos sostenibles, más cuando se carece de regulaciones globales para los grandes capitales que hacen competir a los países como plazas de inversión. En el mejor de los casos se abocan a defender el *statu quo* del Estado y los sistemas de protección realmente existentes, que dejan muchísimo que desear y que en muchos países van perdiendo sus rasgos progresistas. Pero en otros casos, ya ni se animan a defender eso. Menos a proponer las nuevas regulaciones necesarias. Su “olfato político” les dice que la sociedad va para el otro lado. Algunos ni siquiera se conmue-

ven con las acciones autoritarias de la derecha extrema. Estas fuerzas han mostrado que están en condiciones de gobernar con su programa y su cintura en varios países.

¿Cómo serán las nuevas fuerzas progresistas y de la izquierda democrática que presenten alternativa al avance de la derecha extrema? Además de los infinitamente cada día más moderados, están las tesis del populismo de izquierda, pensando en opciones como Sanders, Podemos, Melenchon u otros (ver Mouffe 2018). En realidad, el problema más profundo es que mientras la derecha extrema es profundamente local y al mismo tiempo tiene su internacional reaccionaria, la izquierda no es radical, no es local y no realiza articulaciones internacionales serias.

Las fuerzas que fueron la contracara de Macri y el neoliberalismo en Argentina aún no han comprendido cuánto incidió lo que sucedió entre 2019 y 2023 (en todas las variantes del Frente de Todos) para que Milei arrasara en las elecciones. Sin entender eso, es muy difícil que vislumbren lo que deberían hacer distinto. Generalmente, tienen el hábito de creer que si pierden es culpa de un personaje en particular y que sólo se trata de aguardar a que el neoliberalismo fracase, vuele todo por los aires para que les pidan por favor que regresen. Mientras tanto, año tras año, hay más niños y adultos pobres e indigentes en la Argentina (ya aumentaban con Macri, con el gobierno de Alberto Fernández y en la actualidad), la educación pública se va debilitando, la salud se encuentra en graves problemas, se prepara una nueva fuga de cerebros (los salarios científicos también vienen descendiendo más allá de los gobiernos desde 2015).

Preguntas para finalizar

Estamos viviendo un proceso abierto, realmente en sus inicios. Nos han preguntado innumerables veces si la presidencia de Javier Milei puede cumplir los cuatro años constitucionales. ¿Por qué nos hacen la pregunta? Porque después de una década de furioso neoliberalismo menemista, sin inestabilidad política, con el grueso del peronismo aplaudiendo las recetas del FMI, en 1999 ganaron las elecciones los radicales y la bomba

del fraude “un peso, un dólar” le explotó en las manos a ese oficialismo neoliberal. Una parte del peronismo pasó los cuatro años de Macri creyendo que se iba en seis meses “porque la va a chocar”. Y Macri ganó la elección de 2017 (le ganó a Cristina en la provincia de Buenos Aires) y se quedó los cuatro años completos.

Nuestro pronóstico es que el peronismo no regresará pronto al Poder Ejecutivo. No tiene programa, no tiene plan, no sabe cómo bajar la inflación, no tiene un modelo de desarrollo para la Argentina que excluya la inflación y aumente la productividad, tiene muy escasos referentes políticos con grandes cualidades éticas, sigue anclado en un lenguaje que no sintoniza con las grandes mayorías. En medio de su derrota despliega disputas internas desopilantes. Corrientes internas pueden invertir bastante energía contra los mejores referentes del espacio.

Eso no significa que el plan económico de Milei vaya a funcionar. Nadie lo sabe. Muchos economistas ortodoxos creen que así no puede funcionar en el largo plazo. El presidente los insulta. Ahora, si Milei tuviera un enorme fracaso (cosa que es una de las hipótesis) eso no significa en absoluto el regreso de quienes condujeron el país hasta finales de 2023.

Mientras tanto, la caída del poder adquisitivo de los trabajadores y jubilados ha sido brutal. El Fondo Monetario Internacional ha dicho públicamente que será clave atender esa cuestión social. Porque eso no es políticamente sostenible. Pero si se retomase la larga historia de protestas masivas de la sociedad argentina, ¿cómo se van a procesar esas protestas sociales en un clima de “no corten calles” y represivo? ¿Cruzará el gobierno la línea que hasta ahora decidió no atravesar de una violencia institucional masiva? Si no la cruza, ¿qué va a impedir regresar a la rutina del centro periódicamente cortado que generó la sensación de “caos” con la que prometieron terminar? Y si la traspasa, ¿cuánto puede tolerar la sociedad argentina una escalada de violencia política?

Creemos mejor tener preguntas que nos permitan ir observando la dinámica de la situación, antes que inventar respuestas sobre conjeturas de lo que pertenece exclusivamente al futuro.

Sí es de público conocimiento que Milei afirmó que la justicia social es una aberración, “es injusta porque implica un trato desigual ante la ley,

pero además está precedida de un robo”. Agregó que la justicia social es violenta, “es una farsa”, “es la nueva barbarie”, como la barbarie representada en el *Facundo* de Sarmiento. Todas estas ideas el presidente Milei las está aplicando al hacer lo que llamó “el ajuste más grande de la historia de humanidad”, reducir el gasto público 5 puntos del PBI en meses.

¿Por qué las está aplicando? Quienes más perdieron con la herramienta de la licuadora fueron millones de jubilados y pensionados, no “la casta”. A mitad de 2024, a menos de un año de que asumiera Javier Milei, perdieron cerca del 30 % de su poder adquisitivo. Los segundos fueron los trabajadores: perdieron alrededor del 20 %. En tercer lugar, las clases medias. En tanto, a través de cambios impositivos, va a reducir impuestos a los grandes capitales y trata de hacerlo con grandes fortunas. Así que en muy pocos meses, Milei redujo mucho la inflación erosionando seriamente la demanda agregada y produciendo una recesión que a esta altura tiene un 2 % de inflación mensual.

Argentina es un país mucho más injusto. Si hay una “casta” de personas de altos ingresos, no fueron ellos perjudicados seriamente por el ajuste. Y si lo fueron funcionarios públicos de alto rango, en términos estructurales es un problema marginal, es decir, no tiene incidencia en la matriz distributiva del país.

¿Por qué en este momento la mitad de la población mantiene el apoyo a Milei? Porque nadie más afirma tener un plan que contemple eliminar la inflación y que la política profesional no pueda tener privilegios. ¿Qué debe hacer la centroizquierda? Tener ese plan con justicia distributiva, tener ese plan y pulverizar la inflación pero distribuyendo los costos con equidad, con justicia, protegiendo a los más débiles.

Milei afirma que los impuestos son un robo. No solo se equivoca filosóficamente. Los impuestos definidos por las instituciones democráticas son ley y nunca jamás hubo un Estado que no cobre impuestos. Claro, él dice que no quiere que haya Estado. Pero esa es la mayor de sus falacias. Si no hubiera Estado ¿quién garantiza los derechos de la propiedad privada?

Milei llevará a Argentina a una mayor ruina económica aún. No importa las excusas que después invente para explicar lo que será un nue-

vo fracaso estruendoso. Pero no existirá una opción novedosa, potente, masiva, que permita modificar la relación de fuerzas y la hegemonía, sin líderes y una gran militancia que conecte con las demandas y sentimientos de la sociedad.

Cuando finalizamos la redacción de este ensayo, el presidente Javier Milei regresa desde Madrid a Buenos Aires luego de haber viajado a recibir otro premio. Debe estar entre los argentinos más premiadas en menos tiempo. ¿Premios a bajar la pobreza? En lo que va de su gobierno, la pobreza aumentó; y si se tomaran los parámetros de 2002, es muy probable que en 2024 se alcancen cifras muy similares. ¿Premios a que Argentina se haya convertido en una potencia? Argentina está en recesión, muy frágil. ¿Premio a las mayores inversiones del mundo? Hasta aquí, no andamos bien en inversiones concretas, sí estamos rodeados de enormes anuncios. Son los grupos de libertarios y sus amigos de la internacional reaccionaria quienes se han lanzado masivamente a premiarlo. El único objetivo es adornarlo con diplomas, viajes y abrazos para que avance en su tarea de reducir libertades ciudadanas y llevar al esplendor la libertad al gran capital.

¿Puede Milei tener éxito económico? Si éxito es lograr que ingresen a Argentina varios miles de millones de dólares, sea para inversión en minería, petróleo o gas, sean capitales golondrinas, puede tenerlo. Eso apreciaría aún más el peso, cuando Argentina está entre los países más caros del continente, comparable a los países con macroeconomías sanas (cosa de la cual Argentina está lejísimos). Esa apreciación del peso, como se vivió al inicio de la dictadura, de Menem y en algunos momentos de el siglo XXI, produce durante unos años la ilusión de que “ahora sí”, Argentina ha salido del pantano. ¿Por qué? Porque las mercaderías importadas son baratas, se embellecen de más ofertas los supermercados, la clase media viaja y postea fotos en los *shoppings* de Miami, aparece el crédito hipotecario, y se vive un hermoso “veranito”, al menos para una parte. Recordemos que en auge del verano menemista entre 15 y 25 % de la sociedad estaba excluida por completo. Y cuando comenzó la caída superó la mitad de la población en la miseria.

A ese triunfo puede aspirar Milei si tiene éxito. Un “veranito” pasajero que deje ultraendeudada a Argentina, habiendo descendido varios escalones más en su proceso de destrucción, con una educación pública rodando por el abismo y un Estado devastado. Se deben hacer muchas críticas al Estado argentino. Pero si Milei consigue sus objetivos ya no tendremos una de las cien mejores universidades del mundo, que es pública y gratuita; ya no seremos uno de los pocos países que produce satélites (lo hace el Estado); ya no produciremos medicina nuclear (también lo hace el Estado) y la lista será infinita. Es por esa destrucción, que está en curso, que Milei es premiado en todo el mundo.

No sabemos cuánto éxito tendrá Milei en estos objetivos y cuántas veces deberá violar la Constitución a la vista de todos para lograrlo. Sabemos que nada dura para siempre y mucho menos estos planes económicos con pies de barro. Las fuerzas democráticas por la justicia social tienen que procurar que el daño sea lo menos irreparable posible y tienen que renunciar a toda pretensión corporativa. Es el momento de tener una actitud por el país y la democracia.

Tanto el radicalismo que reconquistó el poder en 1983, después de cincuenta años de golpes de Estado y de perder elecciones, como el peronismo en 1989, después de su primera gran derrota electoral, se reinventaron. También el peronismo desde 2003. Tuvieron para la elección un nuevo ideario que respetaba su historia, un lenguaje de la época que conmovía a la sociedad y liderazgos novedosos.

Hay una chance de que Milei obtenga un éxito completo desde su propio punto de vista. Que no exista durante muchos años ninguna oposición consistente, que no se construya una alternativa política seria, viable, creíble, que pueda enamorar. Si los fragmentados y desgastados líderes opositores se concentran cada uno en su propia fuerza y sus intereses más mezquinos, si no abren el camino a las nuevas generaciones que se han formado para enormes desafíos, si no contribuyen a modificar el vínculo con la sociedad, con una empatía honesta y profunda, si no trabajan para cambiar el vínculo con el mundo académico para volverlo protagonista de soluciones sólidas y sostenibles a los graves problemas argentinos, si continúa predominando el corporativis-

mo despolitizador de la fragmentación gremial, sectorial y partidaria, es factible que Milei continúe encontrando un campo político de una fertilidad inusitada para sembrar y cosechar multitudes envueltas en los paisajes emocionales de la derecha extrema.

Finalicemos con una reflexión de Spinoza. El filósofo en su *Ética* escribió: “No se puede refrenar o neutralizar un afecto excepto por un afecto contrario que sea más fuerte que el afecto que se quiere refrenar”. Parece una frase escrita para el momento histórico que estamos atravesando. La frase expresa cuán errada es la visión de las fuerzas democráticas y por la justicia social. Cuestionan la racionalidad del voto, afirman que votan contra sus intereses, no entienden la centralidad de lo afectivo, han renunciado hace tiempo a generar esperanza. ¿Pensaban que la esperanza puede dejarse vacante y que nadie pasará a arrebatársela, junto con la hegemonía política?

Pero no malinterpreten a Spinoza. “Un afecto contrario” no es una palabra, no es un estudio de *marketing*. Un afecto contrario es una ética contraria, es un tipo de liderazgo contrario, son ideas contrarias, un entusiasmo contrario, una participación real. Hace unos años Eduardo Rinesi escribió que le parecía muy bien aquella frase característica del kirchnerismo según la cual los números económicos deben cerrar “con la gente adentro”, que el tipo de modelo económico que uno desea es “con la gente adentro”, pero que a la vez le parecía que ya no se podía seguir haciendo política transformadora sin tener en la propia política “a la gente adentro”, ampliando la participación, democratizando las estructuras (Rinesi 2022). Para reinventarse, y esto corre por mi cuenta, las fuerzas democráticas por la justicia social necesitarán que la profesionalización de la política no se traduzca sistemáticamente en un universo separado, cada vez más alejado de los sentimientos ciudadanos y populares, que se pierden en los devaneos de la rosca, del autobombo, del pequeño grupo hasta perder de vista que es imposible construir y reafirmar horizontes transformadores sin un diálogo participativo con la multitud y con sus diferentes rostros. Una política con

la gente adentro es una concepción permeable, porosa, que jerarquiza la intersubjetividad, su carácter dialógico y polifónico. Si la gente está adentro, no hay decisiones personalísimas y cruciales por tuit y tampoco hay temor ni negación de las críticas.

Con aquella obsevación ha sucedido lo de siempre con estos comentarios de gran lucidez. Del otro lado (es decir, del lado de los dirigentes políticos) reinó el silencio y continuaron las mismas prácticas. Es a eso a lo que llamamos la oligarquización de la política profesional. Solo que cuando esos políticos profesionales no entienden el voto de la gente, uno debe decirles la pura verdad: “es por ustedes que la gente vota así”. Desplazarlos a ustedes es parte de sus intereses. ¿Hay excepciones? Siempre. ¿Han podido construir algo hasta ahora? No.

Pero está en el clima de época que llegó el momento de dar vuelta la página. No sirve trabajar para un gobierno democrático por la justicia social que dure cuatro u ocho años si seguiremos habitando este trágico péndulo argentino. Estamos ante la cuarta ofensiva neoliberal desde 1976. Se necesita revertir esto de manera consistente y sostenible. No tiene sentido apostar a un nuevo líder si no se acepta repensar el fracaso de la carencia de programa, de vínculos, de funcionamiento.

Será entonces un afecto contrario, emociones y racionalidades con toda la potencia de la multitud, que recogerán las mejores tradiciones y las llevarán como bandera a la victoria. O será la prolongación del espacio calamitoso hasta que, mucho más hundidos en el lodo, la multitud se ponga de pie y diga basta.

Postscriptum. La potencia de la desilusión

Entregué la primera versión del libro en México a finales de junio de 2024. Fue enviado a doble evaluación y regresé a Buenos Aires. Escribo este *postscriptum* en Buenos Aires dos meses más tarde. Había tratado de prepararme para un *shock* personal. Sabía por mis amigos y familiares que no podría comprender el sistema de precios, los valores relativos, y que debía prepararme para la peor situación de pobreza y de gente viviendo en la calle que había vivido nunca. Mientras pasaban las semanas, el frío polar descendió sobre una ciudad siempre húmeda. El frío calaba los huesos, como dice la expresión popular, y cientos de miles de familias llegaban a vivir a la intemperie, a las plazas y otros rincones de la ciudad cada semana. Un funcionario de alto rango de la ciudad de Buenos Aires, pidió que “nadie lleve un plato de sopa a las familias que están en la calle, porque así solo ayudan a que se queden”. La crueldad se apoderó de funcionarios públicos de una ciudad otrora progresista y el funcionario continuó, “calentito” con su familia, cobrando el sueldo. Nadie sugirió que debía renunciar. Los conservadores ya no eran cristianos... Algo radical había cambiado.

No se trataba del hiperestrés que ya he descrito. El progresismo en gran medida se encontraba encerrado en la trampa tendida por “inundar la zona de mierda”. La mayor parte de las horas de radio más comprometidas con la democracia y la justicia social discutían lo que la mesa de “ingenieros del caos” había planificado para ese día. Podía ser la visita de Milei a España insultando a Sánchez y recibiendo premios de sus amigos de Vox y del PP, la frase histórica de Milei ya citada diciendo que “si sale bien” ganará el Nobel, la pelea de Milei con Lula, el “cantito”

racista de algunos jugadores de la selección que representa lastimosamente la formación cultural europeísta de Argentina, la declaración de la vicepresidenta contra Francia, el pedido de disculpas de la hermana del presidente corriendo a la embajada de Francia, un eventual nuevo noviazgo de Milei, las declaraciones del biógrafo y amigo de Milei acerca de que los homosexuales son enfermos, los insultos de Milei a cualquier economista (especialmente ortodoxo) que criticara su manejo de la economía, los insultos de Milei a periodistas (al inicio particularmente de derecha o centroderecha) si criticaban su escaso apego a las formas en general y a las republicanas en particular, el insulto de Milei a la casta política, la misoginia desenfrenada de Milei que llamaba prostitutas a cuatro mujeres, un acto de Milei encabezando al 90 % de los supuestos miembros de la casta política (el “Pacto de Mayo”, que fue en julio) y así hasta el infinito.

A sus ingenieros del caos no se les puede negar creatividad en la agenda de imbecilidades que han logrado que la sociedad discuta, nivel educativo muy alto a la cabeza. Porque incluso los “más informados” (los que más consumen medios informativos) son más proclives a discutir todo este derrotero organizado para que, mientras se llevaron todo el pan, asegurarse que circo nunca falte. Sea circo para el aplauso o para la indignación, pero payasos y magos de la Casa Rosada al fin y al cabo.

Me explico muy brevemente. Milei logró la aprobación de su Ley Bases, con empate en el Senado y desempate favorable de su vicepresidenta. Allí se establece un régimen de inversiones que no se sabe hasta qué punto se va a poder concretar. Pero si se concretara en un porcentaje importante sería por lejos la mayor entrega de recursos naturales de Argentina a los capitales transnacionales concentrados que se tenga memoria. El menemismo, que regaló todas las empresas del Estado, incluyendo la petrolera estatal, algo que la mayoría de los gobiernos del mundo no logró hacer, quedaría “reducido a un poroto” si la ley de Milei se concreta en litio, minería, hidrocarburos, represas hidroeléctricas y otros recursos naturales. No pagarán impuestos y se llevarán todo lo que encuentren en dos décadas. La cantidad de minutos dedicada por el progresismo a este tema es mucho menor que a los cantitos de la selección.

Segundo, durante todo el kirchnerismo el debate y la crítica era por la brecha entre el dólar oficial (que casi nadie puede comprar) y el dólar paralelo. Milei redujo esa brecha al mínimo en su asunción a través de una devaluación brutal. A finales de julio la brecha era cercana al 50 %, a veces más, y el riesgo país alcanzó los 1 500 puntos. Milei sacó reservas de oro del país y comenzó a vender las muy escasas reservas de dólares del Banco Central para bajar los dólares financieros, que inciden en el valor del paralelo. Es decir, con veintisiete mil millones de dólares de deuda externa por pagar en los próximos años y menos de cinco mil millones en el Banco Central, empezó a vender esos dólares para evitar que el aumento del paralelo se traslade a la inflación y eso tenga impacto en su imagen. El gran punto de su imagen a mitad de año era que logró la baja la inflación a alrededor del 4 o 5 % mensual, con una recesión brutal y la total cancelación de la obra pública. Es probable que el PBI caiga un 5%, como si Argentina estuviera en guerra. Todo esto es mucho menos relevante para amplias mayorías que el insulto de Milei a quien fuera. Si uno visualiza las jugadas de ajedrez de los ingenieros del caos y su éxito, el nivel del “debate público” resulta desquiciante.

Se entiende por qué hay que renombrarlos como los “Magos de Milei”. Un grupo de diputados de su partido fue a visitar a la cárcel al criminal de lesa humanidad Alfredo Astiz, un ícono de la delación de las Madres de Plaza de Mayo, autor de crímenes en la dictadura de la profunda cobardía ante los ingleses. Algunos dicen que a nadie le importa. Son hipótesis. Personalemte, creo que si a nadie le importara, ya lo habrían indultado. Pero el gobierno prueba, rompe la frontera con Astiz y aguarda reacciones equivocadas de la oposición. O que también en ese punto el antikirchnerismo sea más vigoroso que los principios elementales. Por ahora, viene siendo así y la idea de los “magos” es seguirlo confirmando y ampliando a nuevos temas.

Los cambios que percibí al llegar fueron aún mayores a los que esperaba y no se limitaron para nada a la economía ni a los pases de magia. Cambió el paisaje emocional de las personas con quienes pude dialogar e interactuar. Me refiero a dos cosas: primero, a los votantes de Milei, segundo a los votantes opositores a Milei después a las denuncias

de Fabiola Yáñez contra Alberto Fernández (que sucedieron un mes después de mi arribo).

A los pocos días de regresar, mi colega Shila Vilker, que dirige una empresa de investigación en opinión pública, me invitó a asistir a algunos *focus group*. Me impactó especialmente uno con votantes moderados de Milei que, además, eran jóvenes de alrededor de 30 años de clase media baja del gran Buenos Aires. A diferencia de los fanáticos, que disfrutaban todo más allá de sus circunstancias personales, los votantes moderados hacen cuentas, se hacen preguntas, están esperando cada vez con mayor ansiedad. Esperando que el enorme sacrificio que están haciendo rinda sus frutos. Esperando que las cosas dejen de empeorar y comiencen a mejorar.

Se percibe un temor incipiente a una nueva desilusión, al fracaso, a que las cosas no funcionen. “No nos alcanza, pero siempre fue igual”. Otro explica: “Hay que resetear, estamos pagando los platos rotos”. “Ya bancamos lo peor de lo peor”, “el precio del transporte es imposible”, dice uno; a lo que otro responde: “hay un cambio, va a haber dificultades”. “Paso a paso se va a poder”, afirmaban los más optimistas. Pero otro decía: “Veo el horizonte muy lejano, dijo que el cambio es a 25 años”. Pero más allá de ese temor, ratifican una frontera moral: “Los peronistas quieren que la gente dependa del Estado, los libertarios que sean autosuficientes”.

Un mes después, en otro grupo, también de jóvenes de clase media baja votantes de Milei dicen: “El país está en proceso”, en el sentido de que se va a seguir moviendo, que no se puede sacar una conclusión taxativa. “La gente está peor pero la inflación baja”, “se busca ir a una estabilidad”, “no alcanza la plata”, “todavía falta... que la plata alcance”. “¿Esto duele? Sí, pero es más real que lo que pasaba antes”, dice uno. Redondea otro: “Ahora vivimos en la verdad, antes vivíamos una mentira”. Este punto es crucial. ¿A qué llaman mentira? A aquello que la derecha llamaría “planes demagógicos o clientelares del populismo”: aumentos salariales o de la demanda agregada, cuotas financiadas para el consumo de bienes nacionales, eliminación de impuesto a las ganancias. A la abundancia relativa de dinero con inflación. Eso no se podía sostener y por eso llegó la verdad. “No está copado como estamos, pero no se podía seguir como antes”.

Ante esta frase, Shila Vilker, que está sentada a mi lado en la Cámara Gessel, interpreta: “Estamos mal pero podíamos estar peor”. Alude con agudeza a una frase de Carlos Menem que en un momento económicamente grave de su gobierno dijo “estamos mal, pero vamos bien”. Ni bien Shila dice esto, aparece con total nitidez dentro del grupo: “Podríamos ser Venezuela, estábamos camino a eso”. Para el votante de Milei, y probablemente para muchos otros, Venezuela sintetiza lo que era imperioso evitar. Es la única caída económica que conocen mayor a la Argentina, con un éxodo masivo y fraude electoral. Pero en el *focus* el eje es económico. El concepto es sencillo. Milei ya tiene un mérito: evitó que seamos Venezuela.

Aparece una duda: “No sé si va a ser posible el cambio”. Ya son nueve meses de gobierno y no hay certidumbre de la sostenibilidad del proceso económico ni político. Quizá la oposición obstruya, quizá el gobierno no sea tan capaz, quizá no haya condiciones, quizá la sociedad sea demasiado “corrupta”. Ese cambio que iba a traer mágicamente Milei no es tan seguro, reaparece una cuota de incertidumbre. Pero no es del mismo grado que antes, porque Milei tiene autoridad.

Entre ellos y ellas, por momentos una nueva tristeza comienza a apoderarse. Inmediatamente es negada y rechazada. Porque es inaceptable. En los *focus* vi numerosos relatos cuantitativos: un listado de cosas lógicas, económicas, los precios subieron más que los salarios. Los jubilados y pensionados perdieron un tercio de su poder adquisitivo, los trabajadores registrados un 20 %, los no registrados inexorablemente más. Ellos y ellas saben que todo era un desastre, no quieren saber nada con los que gobernaban antes, la inflación los destruyó, los empobreció y están haciendo un sacrificio para que todo mejore. Pero el tiempo pasa, es un tiempo muy duro. Cuando la duda de si esto no será la tercera desilusión se asoma, la tristeza amenaza con tomarlo todo y arrasar. Pero en los grupos que vi, justo cuando todos finalizan sus cálculos y preguntan cuándo va a cambiar su situación, aparece un vacío. No saben si eso va a suceder. Son moderados, tienen ilusiones pero no certezas. Tampoco mucho tiempo.

En esa encrucijada el vacío se presenta. Porque ¿y si esto no funcionara? ¿Qué es “lo otro” de este presente? A diferencia de los líderes más

identificados con el kirchnerismo, que están convencidos que “lo otro” de esta misiadura son ellos mismos y sus pasados gloriosos, no vi un solo votante moderado de Milei que piense ni remotamente eso. El kirchnerismo y sus líderes les generan espanto. Para ellos, eso sería retomar el sendero hacia la explosión venezolana. Y ante ese espanto, ante el vacío, retoman con nuevas energías la aseveración de que ellos bancan a Milei, que ellos van a apoyar, que hay que poner el hombro.

La identidad de la centroderecha argentina se edificó de tal manera como antipopulista, como antikirchnerista, que ante la aparición de un fenómeno similar al que Francia o Alemania genera un cordón sanitario, en Argentina fue imposible imaginarlo. Básicamente, la centroderecha estaba en condiciones de volver a participar del cordón sanitario *contra* el kirchnerismo cuando, vertiginosamente, apareció la derecha extrema. Pero el rechazo social al peronismo y al kirchnerismo fue tan significativo que ni siquiera con Milei de adversario se sumó algún apoyo relevante.

Esto es lo que los dirigentes y militantes kirchneristas no entienden. Para cualquiera de quienes asistimos al ritual de cada 24 de marzo, una multitudinaria movilización por la memoria y contra el terrorismo de Estado, el hecho de que un grupo de diputados visite a Astiz, lo dice todo. Que la vicepresidenta reivindique “la lucha contra la subversión”, cruza todos los límites. Que el presidente avale un video que podría haber sido hecho por los criminales de lesa humanidad, hace todo evidente.

Pero para los jóvenes de clase media baja que son parte del voto moderado a Milei las prioridades se organizan de otra manera. Su principal preocupación es su trabajo y su futuro. Ellos ven a los adversarios de Milei como una condena segura sobre su esfuerzo, sus capacidades y su futuro. No sabemos cómo será esta tensión entre deseos y realidad, pero tal como están las cosas hoy las ilusiones de dirigentes peronistas de que “si esto no funciona, vuelven a apoyarnos” parece completamente errónea, fruto de ese divorcio entre la política profesional y sectores sociales muy amplios.

Hay hechos sociales de una potencia tal que, por sí solos, modifican todo el paisaje emocional. El inicio o el final de una guerra a veces generan dinámicas de ese tipo. En Argentina fue así en 1982. Ese salto de un

paisaje emocional a otro se produjo también cuando la expresidenta dama, Fabiola Yáñez, acusó al expresidente Alberto Fernández de haberla golpeado, de haber ejercido violencia de género, con imágenes y chats con el expresidente que envió como pruebas al juzgado. Comparativamente, las acusaciones y sospechas de corrupción por el caso conocido como “seguros” podía inscribirse en una eventual mancha adicional, más o menos compartida (en tanto acusación) por la mayoría de los principales líderes del país en las últimas décadas.

Varios dirigentes peronistas habían sido acusados de violencia de género o acoso sexual, un exgobernador condenado por violación. El peronismo estaba embanderado en su gran mayoría con los reclamos de los movimientos de mujeres, en oposición al conservadurismo de Milei que niega la desigualdad de género, tiene actos misóginos y prácticamente eliminó los programas de prevención de violencia contra las mujeres. Pero la acusación contra el entonces presidente (de licencia) del Partido Justicialista, y uno de los tres expresidentes peronistas vivos (salvo que se quiera contar a la nonagenaria y hermética viuda de Perón) acusado con imágenes de pegarle a su pareja, produjo un efecto emocional de orden sísmico.

En sociedades polarizadas puede haber paisajes emocionales contrapuestos. La esperanza de los vencedores es la otra cara de la tristeza de los derrotados. La desilusión y otras emociones encadenadas eran las prevalecientes en el universo de cuadros medios peronistas, militantes y votantes. No había liderazgos que respondieran por qué habían perdido, cómo se recuperaría una mayoría, como se impediría que Milei regalara los recursos naturales del país y privatizara las mejores empresas públicas. Sergio Massa estaba en silencio, Alberto Fernández era inaudible aunque hablara y Cristina tomaba la palabra muy espaciadamente y cada vez con menor potencia. Muy distante de la Cristina de 2016 a 2019 que fue el epicentro creciente de la oposición a Macri.

Si las emociones que organizaban el paisaje podían ser frustración y desilusión, después de la denuncia de Fabiola dominó la desolación a la velocidad de un reguero de pólvora. El paisaje anterior era el de la orfandad, después se radicalizó al sentir la mayor traición que puede hacer

un líder político: una daga contra una bandera que flameaba orgullosa. Decretó la cuarentena e hizo una fiesta en su casa, dijo que no se había corrompido pero crecían indicios que ponían en duda su palabra y dijo (vergonzosamente) que él había terminado con el patriarcado cuando anunciaba leyes reclamadas por el movimiento de mujeres, mientras su conducta en la vida conyugal era ahora cuestionada.

La orfandad era una ausencia, una falta, un vacío, un desamparo. Esto era una conmoción distinta: la persona que votaste, apoyaste, defendiste, que podías criticar pero también valorabas, estaba acusado de uno de los delitos más bajos éticamente que puede cometer un hombre. Justo cuando finalizo la corrección y redactó este *poscriptum*, Fabiola Yáñez dijo que hace varios años quedó embarazada, él le exigió que abortara y también le pegó. “¿Qué más nos va a hacer este tipo?” comenzaron a preguntarse militantes de base y votantes peronistas. El daño al espacio por la justicia social contra Milei es ahora incalculable.

En unos *focus group* inmediatamente posteriores a la denuncia, cuando todavía no se habían visto las peores imágenes, votantes jóvenes del peronismo describían su estado de ánimo con las palabras ansiedad, desesperación, tristeza, estrés, vorágine. Por un lado, Milei les resultaba insoportable, “cada vez alcanza menos”, “cada vez hay más gente en la calle” y otras frase por el estilo. Se percibía una frontera identitaria dura, antagónica. Pero a la vez, decían, “lo de Alberto Fernández fue chocante”, “decepcionante”, “trato de no ver eso porque estoy deprimida”, “ya no espero nada de nadie”, “yo me embanderé en nombre de Alberto Fernández, ¿a quién me puedo embanderar ahora?”, “no hay un liderazgo que represente a nuestra generación”, “lo que está pasando ahora también es culpa del peronismo”, “el peronismo debe aggiornarse”. Y todos coincidían con que la palabra clave de lo que venía era empatía, entender y ponerse en el lugar del otro. La empatía estaba por encima de otra palabra, más clásica del peronismo, como la solidaridad.

Se encontraron la orfandad y la desolación en un nuevo paisaje emocional. Al mismo tiempo, se percibe una frontera cultural y política dura de traspasar. No podemos hacer números. Pero la estrategia de Milei que consiste en que el desenmascaramiento de un expresidente se

traduzca en antifeminismo, en antijusticia social, en un cambio de valores, quizá funcione en un sector, pero también ha encontrado respuestas. En muchas peores condiciones identitarias, el conflicto de fondo seguirá. El conflicto distributivo, el conflicto por la soberanía, el conflicto moral y de valores, no van a dejar de existir. Allí pueden llegar las vanas ilusiones de la derecha extrema, pero es algo que tampoco tiene encarnadura en la sociedad argentina.

En toda sociedad hay sedimentaciones y a la vez variaciones a través del tiempo. Entre los valores bastante arraigados en la sociedad argentina hay algunos vinculados a la democracia, al liberalismo cultural y religioso, a la reivindicación de la educación pública, especialmente de la universidad pública, la valoración social hacia los científicos, hay ciertas dimensiones del nacionalismo donde deben apoyarse acciones para evitar que se entreguen recursos naturales soberanos. El cansancio hacia temas como derechos humanos y otros derechos civiles puede estar muy relacionado con su uso partidario para compensar los fracasos económicos y para desalentar apoyos a los adversarios. Pero eso no significa que automáticamente se inviertan los valores, sino que requieren ser re trabajados desde nuevos encuadres discursivos y prácticos.

Así que lo que el actual gobierno llama “batalla cultural” será una confrontación política y ética de enormes magnitudes. Actualmente, quienes defienden valores democráticos e igualitarios tienen el problema de los liderazgos ausentes o manchados por hechos muy concretos. A la vez, hay una diversidad de voces que el gobierno busca descalificar con argumentos *ad hominem* y hay liderazgos jóvenes que irán ganando potencia y abriéndose paso. Tendrán como desafío una transformación real de las concepciones y las prácticas políticas, que incluya un proceso dialógico para construir relaciones entre pasado y futuro que los potencien y no sean un muro para la mitad de la población.

El camino es difícil pero es posible. En contextos de enorme adversidad, la sociedad argentina se recuperó del terrorismo de Estado, de la hegemonía neoliberal de los noventa y de muchos otros procesos. Llevará tiempo, pero una nueva generación abrirá nuevos horizontes.

Bibliografía

- ADAMOVSKY, EZEQUIEL. 2023. *Del antiperonismo al individualismo autoritario. Ensayos e intervenciones (2015-2023)*. Buenos Aires: UNSAM Editra.
- AGUIAR, THAIS FLORENCIO. 2020. *Demofobia e demofilha*. San Pablo: Editora Unifesp.
- ARDITI, BENJAMÍN. 2021. "El pueblo del resentimiento y la redención versus la emancipación". *Heterotopías* 4, núm. 7: 1-12. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/heterotopias/article/view/33524>
- ARDITI, BENJAMIN. 2024. "Three Provocations concerning the Uses of Populism". *Populism* 7, núm. 1: 1-20. DOI: <https://doi.org/10.1163/25888072-bja10058>
- ARDITI, BENJAMIN. 2025. *Is There Such a Thing as Populism? 3 Provocations and 5 1/2 Proposals*. Nueva York: Routledge.
- BALSA, JAVIER. 2024. *¿Por qué ganó Milei?* Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BALTHAZAR, ANA CAROLINA. 2017. "Made in Britain: Brexit, Teacups, and the Materiality of the Nation". *American Ethnologist* 44, núm. 2: 220-24. DOI: <https://doi.org/10.1111/amet.12471>
- BANKS, MARCUS y Andre Gingrich, eds. 2006. *Neo-nationalism in Europe and Beyond: Perspectives from Social Anthropology*. Nueva York: Berghahn Books.
- BANKS, ANTOINE y Nicholas Valentino. 2012. "Emotional Substrates of White Racial Attitudes". *American Journal of Political Science* 56, núm. 2: 286-97. DOI: <https://doi.org/10.1111/j.1540-5907.2011.00561.x>
- BANKS, ANTOINE. 2014. *Anger and Racial Politics: The Emotional Foundation of Racial Attitudes in America*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BECK, ULRICH. 1998. *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona y Buenos Aires: Paidós.

- BERG, ULLA y Ana Ramos-Zayas. 2015. "Racializing affect: A theoretical proposition". *Current Anthropology* 56, núm. 5: 654-677.
- BESSERER ALATORRE, FEDERICO. 2014. "Regímenes de sentimientos y la subversión del orden sentimental: Hacia una economía política de los afectos". *Nueva antropología* 27, núm. 81: 55-76. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15936205004>
- BODEI, REMO. 1995. *Geometría de las pasiones. Miedo, esperanza y felicidad. Filosofía y uso político*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BONIKOWSKI, BART. 2017. "Ethno-Nationalist Populism and the Mobilization of Collective Resentment". *The British Journal of Sociology* 68: S181-S213. DOI: <https://doi.org/10.1111/1468-4446.12325>
- BROWN, WENDY. 2021. *En las ruinas del neoliberalismo. El ascenso de las políticas antidemocráticas en Occidente*. Traducción Cecilia Palmeiro. Madrid: Traficantes de Sueños/Futuro Anterior/Tinta y Limón.
- CAGGIANO, SERGIO. 2024. "La extrema derecha y los dilemas de la batalla cultural. Moral, individualismo y sentido de pertenencia". En *Desquiciados. Los vertiginosos cambios que impulsa la extrema derecha*, coordinado por Alejandro Grimson, 103-124. Buenos Aires: Siglo XXI.
- CALVO, ERNESTO, Gabriel Kessler, Maria Victoria Murillo y Gabriel Vommo-ro. 2024. "No los une el espanto". *Revista Anfibia*, 9 de febrero. <https://revistaanfibia.com/no-los-une-el-espanto/>
- CASALS, XAVIER. 2015. "Por qué los obreros apoyan a la ultraderecha? Diez reflexiones para elaborar una respuesta". *Working Paper*, núm. 341. Barcelona: Instituto de Ciencias Políticas y Sociales.
- CHAKRABARTY, DIPESH. 2009. "The climate of history: Four theses". *Critical Inquiry* 35, n.º 2: 197-222. DOI: <https://doi.org/10.1086/596640>
- CHOMSKY, NOAM. 2019. *Malestar global. Conversaciones con David Barsamian sobre las crecientes amenazas a la democracia*. Madrid: Sexto Piso.
- CLOUGH, PATRICIA y Jean Halley, eds. 2007. *The Affective Turn: Theorizing the Social*. Nueva York: Duke University Press Books.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). 2021. Panorama Social de América Latina, 2020. (LC/PUB.2021/2-P/Rev.1). Santiago. <https://repositorio.cepal.org/server/api/core/bitstreams/500c9ce1-b11e-49d9-99a3-b3f371332f70/content>

- CORTINA, ADELA. 2017. *Aporofobia, el rechazo al pobre. Un desafío para la democracia*. Barcelona: Paidós.
- COSTA, SERGIO. 2023. "Unequal and Divided: The Middle Classes in Contemporary Brazil". En *Middle Class Identities and Social Crisis. Cultural and Political Perspectives on the "Global Rebellion"*, editado por Alejandro Grimson, Menara Guizardi y Silvina Merenson. Londres y Nueva York: Routledge.
- CRAMER, KATHERINE. 2016. *The Politics of Resentment: Rural Consciousness in Wisconsin and the Rise of Scott Walker*. Chicago: University of Chicago Press.
- DA EMPOLI, GIULIANO. 2019. *Os engenheiros do caos. Como as fake news, as teorias da conspiracao e os algoritmos estao sendo utilizados para disseminar ódio, medo e influenciar eleicoes*. Tradução Arnaldo Bloch. San Pablo: Vestígio
- DAMASIO, ANTONIO. 2005. *En busca de Spinoza. Neurobiología de la emoción y los sentimientos*. Traducción de Joandomènec Ros. Barcelona: Crítica.
- DAMASIO, ANTONIO. 2010. *El error de Descartes. La emoción, la razón y el cerebro humano*. Traducción de Joandomènec Ros. Barcelona: Crítica.
- DARDOT, PIERRE, Haud Guéguen, Christian Laval y Pierre Sauvêtre. 2024. *La opción por la guerra civil. Otra historia del neoliberalismo*. Madrid: Tinta Limón/LOM/Traficantes de Sueños.
- DEBRAY, REGIS. 1994. "Dios y el planeta político". *Nexos*, 198 (junio): 33-35.
- DELEUZE, GILLES. 2004. *Spinoza: filosofía práctica*. Barcelona: Tusquets.
- DELEUZE, GILLES. 2008. *En medio de Spinoza*. Buenos Aires: Cactus.
- DE SOTO, HERNANDO. 1987. *El otro sendero*. México: Diana.
- DIAMAND, MARCELO. 1983. "El péndulo argentino: ¿hasta cuándo?". En Conferencia sobre Medidas de Cambio Político Económico en América Latina.
- DIMAGGIO, PAUL, John Evans y Bethany Bryson. 1996. "Have American's Social Attitudes Become More Polarized?". *American journal of Sociology* 102, núm. 3: 690-755. DOI: <https://psycnet.apa.org/doi/10.1086/230995>
- DUBET, FRANÇOIS. 2020. *La época de las pasiones tristes. De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- ELÍAS, NORBERT. 2009. *Los alemanes*. Traducción de Luis Felipe Segura y Angelika Scherrp. Buenos Aires: Nueva Trilce.
- ETCHEVERS, MARTÍN, Cristian Garay, Natalia Putrino, Jimena Grasso, Natalia Helmich y Lautaro Rojas. 2021. *Relevamiento del estado psicológico de la población argentina*. Observatorio de Psicología Social Aplicada, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. <http://www.psi.uba.ar/opsa/#informes>
- FEATHER, NORMAN y Rebecca Sherman. 2002. "Envy, Resentment, Schadenfreude, and Sympathy: Reactions to Deserved and Undeserved Achievement and Subsequent Failure". *Personality and Social Psychology Bulletin* 28, núm. 7: 953-961. DOI: <https://doi.org/10.1177/014616720202800708>
- FEBBRO, EDUARDO. 2018. "¿Por qué crece el evangelismo en Brasil y qué consecuencias políticas tiene?" Entrevista con Lamia Oualalou. Nueva Sociedad, octubre. <https://nuso.org/articulo/por-que-crece-el-evangelismo-en-brasil-y-que-consecuencias-politicas-tiene/>
- FEIERSTEIN, DANIEL. 2023. *La construcción del enano fascista: los usos del odio como estrategia política en Argentina*. Edición Ampliada. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Clave Intelectual.
- FERGUSON, JAMES y Akhil Gupta. 2002. "Spatializing States: Toward an Ethnography of Neoliberal Governmentality". *American Ethnologist*, 29: 981-1002. DOI: <https://doi.org/10.1525/ae.2002.29.4.981>
- FINCHELSTEIN, FEDERICO. 2023. *Mitologías fascistas. Historia y política de la irracionalidad en Borges, Freud y Schmitt*. Barcelona: Taurus.
- FLEURY, CYNTHIA. 2023. *Aquí yace la amargura. Cómo curar el resentimiento que corroe nuestras vidas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FORTI, STEVEN. 2021. *Extrema derecha 2.0. Qué es y cómo combatirla*. Madrid: Siglo XXI.
- FOUCAULT, MICHEL. 2007. *El nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de cultura Económica.
- FRANCO, MARINA. 2024. "La fractura del 'Nunca Más'". *Le Monde Diplomatique*, dossier 24M: Toda memoria es política.
- FRANCO, MARINA. 2024. "El final del 'pacto del Nunca Más', nuestro mito contemporáneo". En *Desquiciados. Los vertiginosos cambios que impulsa la*

- extrema derecha*, coordinado por Alejandro Grimson, 211-232. Buenos Aires: Siglo XXI.
- FRANK, THOMAS. 2008. *¿Qué pasa con Kansas? Cómo los ultraconservadores conquistaron el corazón de los Estados Unidos*. Traducción de Tomás González Cobos. Madrid: Acuarela Libros y Machado Libros.
- FRASER, NANCY. 2017. "The End of Progressive Neoliberalism". *Dissent*, 2 de enero. https://www.dissentmagazine.org/online_articles/progressive-neoliberalism-reactionary-populism-nancy-fraser/
- FRASER, NANCY. 2017. "Saltar de la sartén para caer en las brasas. Neoliberalismo progresista frente a populismo reaccionario. Traducción Claudia Conde". En *El gran retroceso. Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia*, editado por Heinrich Geiselberger, 66-76. Barcelona: Seix Barral.
- FRASER, NANCY. 2023. *Capitalismo caníbal. Qué hacer con este sistema que devora la democracia y el planeta, y hasta pone en peligro su propia existencia*. Traducción de Elena Odriozola. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI.
- FREUD, SIGMUND. 1981. "Proyecto de psicología (1895)". En *Obras completas: Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos en vida de Freud, 1886-1899*, traducido por José Luis Etcheverry. Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, SIGMUND. 1981. "La herencia y la etiología de las neurosis (1896)"; "Nuevas puntualizaciones sobre las neuropsicosis de defensa (1896)" y "La etiología de la histeria (1896)". En *Obras completas: Primeras publicaciones psicoanalíticas, 1893-1899*, traducido por José Luis Etcheverry. Buenos Aires: Amorrortu.
- GARCÍA CANCLINI, Néstor. 2019. *Ciudadanos reemplazados por algoritmos*. Bielefeld: Bielefeld University Press.
- GARCÍA LINERA, ÁLVARO. 2024. *La democracia como agravio*. Buenos Aires: CLACSO y Facultad de Ciencias Sociales de la UBA.
- GEISELBERGER, HEINRICH, ed. 2017. *El gran retroceso. Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia*. Barcelona: Seix Barral.
- GENÉ, MARIANA y Gabriel Vommaro. 2023. *El sueño intacto de la centroderecha y sus dilemas después de haber gobernado y fracasado*. Buenos Aires: Siglo XXI.

- GÖPFFARTH, JULIÁN. 2021. "Activating the Socialist Past for a Nativist Future: Far-Right Intellectuals and the Prefigurative Power of Multidirectional Nostalgia in Dresden." *Social Movement Studies* 20, núm. 1: 57-74. DOI: <https://doi.org/10.1080/14742837.2020.1722628>
- GRIMSON, ALEJANDRO, comp. 2004. *La cultura en las crisis latinoamericanas*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO. <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20100918083912/grimson.pdf>
- GRIMSON, ALEJANDRO . 2004. "La experiencia argentina y sus fantasmas". En *La cultura en las crisis latinoamericanas*, compilado por Alejandro Grimson, 177-193. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, CLACSO. <https://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20100918090931/9grimson.pdf>
- GRIMSON, ALEJANDRO. 2007. *Pasiones nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina*. Buenos Aires: Edhasa
- GRIMSON, ALEJANDRO. 2011. *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GRIMSON, ALEJANDRO . 2012. *Mitomanías Argentinas. Cómo hablamos de nosotros mismos*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GRIMSON, ALEJANDRO. 2019. *¿Qué es el peronismo? De Perón a los Kirchner, el movimiento que no deja de conmover la política argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- GRIMSON, ALEJANDRO. 2023. "La pandemia como experiencia traumática. El caso argentino". En *Perú y América Latina en tiempos de pandemia. Desigualdades, salud pública y poder*, editado por Jorge Morel y Omayra Peña Jimenez, 39-55. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- GRIMSON, ALEJANDRO, Menara Guizardi y Silvina Merenson, eds. 2023. *Middle Class Identities and Social Crisis: Cultural and Political Perspectives on the "Global Rebellion"*. Londres y Nueva York: Routledge.
- GROSSBERG, LAWRENCE. 2018. *Under the Cover of Chaos. Trump and the Battle for the American Right*. Londres: Pluto Press.
- GUIZARDI, MENARA, ed. 2021. *The Migration Crisis in the American Southern Cone: Hate Speech and its Social Consequences*. Cham: Springer.
- GUIZARDI, MENARA LUBE y Pablo Mardones. 2020. "Las configuraciones locales de odio. Discursos antimigratorios y prácticas xenofóbicas en

- Foz de Iguazú, Brasil". *Estudios Fronterizos*, 21, e045. DOI: <https://doi.org/10.21670/ref.2003045>
- GUTIÉRREZ-RUBÍ, ANTONI. 2021. *La fatiga democrática*. Barcelona: Antoni Gutiérrez-Rubí.
- HALL, STUART. 2014. *Sin garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Popayán: Universidad del Cauca y Editorial Envión.
- HALL, STUART, Chas Critcher, Tony Jefferson, John Clark y Brian Robertset. 2023. *Gobernar la crisis. Los atracos, el Estado y "la ley y el orden"*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- HAN, BYUNG CHUL. 2022. *Infocracia. La digitalización y la crisis de la democracia*. Traducido por Joaquín Chamorro Mielke. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Taurus/Penguin Random House.
- HARVEY, DAVID. 2001. *Spaces of Capital: Towards a Critical Geography*. Nueva York: Routledge.
- HUDDY, LEONIE, Stanley Feldman y Erin Cassese. 2007. "On the Distinct Political Effects of Anxiety and Anger". En *The Affect Effect: Dynamics of Emotion in Political Thinking and Behavior*, editado por Russell Neuman, George Marcus, Ann Crigler y Michael MacKuen, 202-230. Chicago: University of Chicago Press.
- ILLOUZ, EVA. 2023. *La vida emocional del populismo. Cómo el miedo, el asco, el resentimiento y el amor socavan la democracia*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Informe Latinobarómetro. 2018. Informe Anual 2018. <https://www.latinobarometro.org/latContents.jsp>
- Informe Latinobarómetro. 2023. La recesión democrática de América Latina. <https://www.latinobarometro.org/lat.jsp?Idioma=724>
- Institute for Economics y Peace. 2024. Global Peace Index 2024: Measuring Peace in a Complex World. Sídney: IEP. <https://www.visionofhumanity.org/resources/>
- IPAR, EZEQUIEL, Micaela Cuesta y Lucía Wegelin, comps. 2022. *Desafíos de la democracia argentina en la pospandemia. Discursos de odio, prejuicios sociales y problemas de legitimación democrática*. Buenos Aires: UNSAM Edita.

- JODELET, DENISE. 2020. "Sobre el Espíritu del tiempo y las representaciones sociales". *Cultura y Representaciones Sociales* 15, núm. 29: 19-36. <https://www.culturayrs.unam.mx/index.php/CRS/article/view/816>
- KALB, DON y Gábor Halmai. 2011. *Headlines of Nation, Subtexts of Class: Working Class Populism and the Return of the Repressed in Neoliberal Europe*. Nueva York y Oxford: Berghahn Books.
- KAUR, RAVINDER. 2014. "The 'Emerging' Middle Class: Role in the 2014 general elections". *Economic and Political Weekly* 49, núms. 26-27: 15-19. <https://www.jstor.org/stable/24480515>
- KESSLER, GABRIEL, Gabriel Vommaro y Gonzalo Assusa. 2023. "El proceso de polarización en América Latina: entre la secularización y el conflicto distributivo". *Mecila Working Paper Series*, núm. 53: 1-34. DOI: <https://doi.org/10.46877/kessler-et-al.2023.53>
- KESSLER, GABRIEL y Gabriel Vommaro. 2024. "¿Cómo se organiza el descontento en América Latina? Polarización, malestar y liderazgos divisivos". *Nueva Sociedad*, núm. 310: 92-105. https://static.nuso.org/media/articles/downloads/6.TC_Kessler_y_Vommaro_310.pdf
- KESSLER, GABRIEL, Gabriel Vommaro, Juan Carlos Rodríguez-Raga y Juan Andrés Calderón Herrera. 2024. "La sociedad contra las élites: aproximación a las bases sociales del apoyo electoral a Petro en Colombia". *Colombia Internacional* 117.. <http://journals.openedition.org/colombiaint/19566>
- KESSLER, GABRIEL, Richard Miskolci y Gabriel Alejandro Vommaro. 2024. "The ideology of Bolsonaro voters". *Sociologia & Antropologia* 14, núm. 1: 2-23. DOI: <https://doi.org/10.1590/2238-38752024V14110>
- KESSLER, GABRIEL, Ernesto Calvo, María Victoria Murillo y Gabriel Vommaro. 2024. "No los une el espanto". *Revista Anfibia*, 9 de febrero. <https://www.revistaanfibia.com/no-los-une-el-espanto/>
- KIMMEL, MICHAEL. 2013. *Angry White Men: American Masculinity at the End of an Era*. Nueva York: Nation Books.
- LAJE, AGUSTÍN. 2022. *La batalla cultural: reflexiones críticas para una nueva derecha*. Buenos Aires: Hojas del Sur.
- LAPLANCHE, JEAN y Pontalis, Jean-Bertrand. 1996. *Diccionario de psicoanálisis*. Dirección Daniel Lagache. Buenos Aires: Paidós.

- LEYS, RUTH. 2011. "The turn to affect: A critique". *Critical inquiry* 37, núm. 3: 434-472. DOI: <https://doi.org/10.1086/659353>
- LUNA, FÉLIX. 1971. *El cuarenta y cinco. Crónica de un año decisivo*. Buenos Aires: Sudamericana.
- MACKUEN, MICHAEL, Jennifer Wolak, Luke Keele y George Marcus. 2010. "Civil engagements: resolute partisanship or reflective deliberation". *American Journal of Political Science* 54: 440-458. DOI: <https://doi.org/10.1111/j.1540-5907.2010.00440.x>
- MARTÍN-BARBERO, Jesús. 1987. *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- MCELHINNY, BONNIE. 2010. "The Audacity of Affect: Gender, Race, and History in Linguistic Accounts of Legitimacy and Belonging". *Annual Review of Anthropology*, 39, núm. 1: 309-328. DOI: <https://doi.org/10.1146/annurev-anthro-091908-164358>
- MICHELSSEN, NICHOLAS, Pablo de Orellana y Filippo Costa Buranelli. 2023. "The reactionary internationale: the rise of the new right and the reconstruction of international society". *International Relations* o. DOI: <https://doi.org/10.1177/00471178231186392>
- MILLER, LUIS. 2020. *Polarizados. La política que nos divide*. Barcelona: Deusto.
- MOUFFE, CHANTAL. 2018. *Por un populismo de izquierda*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- MOUNK, YASCHA. 2018. *The People vs. Democracy: Why Our Freedom Is in Danger and How to Save It*. Harvard: Harvard University Press.
- MOUNK, YASCHA y Roberto Stefan Foa. 2018. "The end of the democratic century: Autocracy's global ascendancy". *Foreign Aff* 97 (abril): 29. <https://www.foreignaffairs.com/articles/2018-04->
- MUDDE, CAS. 2021. *La ultraderecha hoy*. Barcelona: Paidós.
- MURMIS, MIGUEL y Juan Carlos Portantiero. 1971. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- NASIO, JUAN DAVID. 2022. *La depresión es la pérdida de una ilusión*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Paidós.
- NIETZSCHE, FRIEDRICH. 2000. *La voluntad de poder*. Madrid: Edaf.
- NOBRE, MARCOS. 2022. *Limites da democracia: De junho de 2013 ao governo Bolsonaro*. San Pablo: Todavía.

- NUNES, RODRIGO. 2022. *Do transe à vertigem: ensaios sobre bolsonarismo e um mundo em transição*. San Pablo: Ubu Editora
- NUSSBAUM, MARTHA. 2014. *Emociones políticas ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Traducción de Albino Santos Mosquera. Barcelona: Paidós.
- OZ, AMOZ. 2019. *Contra el fanatismo*. Traducción de Daniel Sarasola. Madrid: Siruela.
- PASSERON, JEAN CLAUDE y Pierre Bourdieu. 2014. *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*. Ciudad de México: Fontamara.
- PETRA, ADRIANA. “Javier Milei y las figuraciones del anticomunismo en la política argentina”. Documento presentado en el Coloquio Quo vadis, Argentina? CALAS / Universidad de Guadalajara, febrero de 2024.
- PINHEIRO MACHADO, ROSANA y Lucía Scalco. 2021. “Humanising fascists? Nuance as an anthropological responsibility”. *Social Anthropology/Anthropologie Sociale* 29, núm. 2: 329-336. DOI: <https://doi.org/10.1111/1469-8676.13048>
- PINHEIRO MACHADO, ROSANA y Tatiana Vargas Maia. 2023. *Introducción a The Rise of the Radical Right in the Global South*, editado por Rosana Pinheiro Machado, y Tatiana Vargas Maia, 1-14. Londres y Nueva York: Routledge.
- PINHEIRO-MACHADO, ROSANA, Cristina Marins, Pamela Combinido y Fabio Malini. 2023. “Populism in emerging economies: authoritarian politics, labour precariousness, and aspirational classes in Brazil, India, and the Philippines (BIP)”. En *The Rise of the Radical Right in the Global South*, editado por Rosana Pinheiro Machado, y Tatiana Vargas Maia, 78-91. Londres y Nueva York: Routledge.
- PLOT, MARTÍN. 2023. “Poetas vigorosos”. En *Le Monde Diplomatique*, septiembre. <https://www.eldiplo.org/notas-web/poetas-vigorosos/>
- PLOT, MARTÍN, Daniela Slipak y Tomás Borovinsky. 2024. “Milei y los horizontes de lo político. Crisis de régimen y anhelo de clausura de la incertidumbre democrática”. En *Desquiciados. Los vertiginosos cambios que impulsa la extrema derecha*, coordinado por Alejandro Grimson, 169-188. Buenos Aires: Siglo XXI.

- PRZEWORSKI, ADAM. 2019. *¿Por qué tomarse la molestia de hacer elecciones? Pequeño manual para entender el funcionamiento de la democracia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- PRZEWORSKI, ADAM. 2022. *La crisis de la democracia: ¿a dónde pueden llevarnos el desgaste institucional y la polarización?* Traducción de Elena Odriozola. Buenos Aires: Siglo XXI.
- QUEVEDO, LUIS ALBERTO e Ignacio Ramirez, coords. 2021. *Polarizados: ¿Por qué preferimos la grieta? (aunque digamos lo contrario)*. Buenos Aires: Clave Intelectual.
- QUIJANO, ANÍBAL. 2015. "Colonialidad del poder y clasificación social". *Contextualizaciones latinoamericanas* 2, núm. 5. <http://contextlatin.cucsh.udg.mx/index.php/CL/article/view/2836>
- RADETICH, NATALIA. 2022a. "La smartphonización de la vida social". *Cuestiones de Sociología*, núm. 27, e148. DOI: <https://doi.org/10.24215/23468904e148>
- RADETICH, NATALIA. 2022b. *Cappitalismo. La uberización del trabajo*. México: Siglo XXI.
- RANCIÈRE, JACQUES. 1996. *El desacuerdo. Política y filosofía*. Traducción de Horacio Pons. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- REGUILLO, ROSSANA. 2006. "Los miedos contemporáneos. Sus laberintos, sus miedos, sus conjuros". En *Entre miedos y goces ciudadanos. Comunicación, vida pública y ciudadanías*, editado por José Miguel Pereira y Mirla Villadieog. Bogotá: Editorial Universidad Javeriana.
- REGUILLO, ROSSANA. 2021. *Necromáquina. Cuando morir no es suficiente*. Barcelona: Ned.
- RICHMOND, MATTHEW AARON. 2020. "Narratives of Crisis in the Periphery of São Paulo: Place and Political Articulation during Brazil's Rightward Turn". *Journal of Latin American Studies* 52, núm. 2: 241–267. DOI: <http://dx.doi.org/10.1017/S0022216X20000012>
- RICO, GUILLEM, Marc Guinjoan y Eva Anduiza. 2017. "The emotional underpinnings of populism: How anger and fear affect populist attitudes". *Swiss Political Science Review* 23, núm. 4: 444–461. DOI: <https://doi.org/10.1111/spsr.12261>
- RINESI, EDUARDO. 2022. "Con la gente adentro". *La Tecla Eñe Revista*, 27 de marzo.

- SANDEL, MICHAEL. 2020. *La tiranía del mérito: ¿qué ha sido del bien común?* Traducido por Albino Santos Mosquera. Barcelona: Debate/Penguin Random House.
- SEMÁN, PABLO, coord. 2023. *Está entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* Buenos Aires: Siglo XXI.
- SEMÁN, PABLO y Nicolás Welschinger. 2023. "Juventudes Mejoristas. La crítica Al Estado, La política y La economía En La generación pandémica". *Cuadernos de antropología Social*, núm. 58: 29-52. DOI: <https://doi.org/10.34096/cas.i58.13357>.
- SHILLER, ROBERT. 2021. *Narrativas económicas. Cómo las fake news y las historias virales afectan la marcha de la economía*. Traducción de Diego Sánchez de la Cruz. Barcelona: Deusto.
- SHOSHAN, NITZAN. 2016. *The Management of Hate: Nation, Affect, and the Governance of Right-Wing Extremism in Germany*. Princeton: Princeton University Press.
- SHOSHAN, NITZAN. 2017. *El manejo del odio. Nación, afecto y gobernanza de la derecha extrema en Alemania*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- SHOSHAN, NITZAN. 2021a. "Homeland, Far-Right Nationalism, and Environmentalism beyond Trump". *Anthropology Now* 13, núm. 1: 44-48. DOI: <https://doi.org/10.1080/19428200.2021.1903523>
- SHOSHAN, NITZAN. 2021b. "Epílogo: Desafíos comparativos en el estudio de la ultraderecha. Una mirada desde Europa". *Población y Sociedad* 28, núm. 2: 127-137. DOI: <http://dx.doi.org/10.19137/pys-2021-280207>
- SMITH, DAVID NORMAN y Eric Allen Hanley. 2018. "The Anger Games: Who Voted for Donald Trump in the 2016 Election, and Why?". *Critical Sociology*, 44, núm. 2, 195-212. DOI: <https://doi.org/10.1177/0896920517740615>
- SOLANO, ESTHER, coord. 2018. *O ódio como política. A reinvenção das direitas no Brasil*. San Pablo: Boitempo.
- SOLANO, ESTHER, Pablo Romá y Thais Paves. 2024. *El votante moderado de Milei: entre la esperanza y el sacrificio*. Buenos Aires: Fundación Friedrich Ebert.
- SOLER, COLLETE. 1998. "El trauma. Conferencia pronunciada en el hospital Álvarez, en Buenos Aires 15 de diciembre de 1998". En *¿Que se espera del*

- psicoanálisis y del psicoanalista?* Buenos Aires: Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires.
- SPINOZA, BARUCH. 1958. *Ética demostrada según el orden geométrico*. Traducido por Oscar Cohan. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- SPINOZA, BARUCH. 1986. *Tratado político*. Traducción, introducción, index analítico y notas por Atilano Domínguez. Madrid: Alianza Editorial.
- STEFANONI, PABLO. 2021. *¿La rebeldía se volvió de derecha? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- STROBL, NATASCHA. 2022. *La nueva derecha. Un análisis del conservadurismo radicalizado*. Buenos Aires: Katz Editores.
- SUHAY, ELIZABETH y Cengiz Erisen. 2018. "The Role of Anger in the Biased Assimilation of Political Information". *Political Psychology* 39: 793-810. DOI: <https://doi.org/10.1111/pops.12463>
- TOKATLIAN, JUAN GABRIEL. 2018. "Una Internacional Reaccionaria. Entrevista a Juan Gabriel Tokatlian". *Revista Crisis*, 6 de diciembre. <https://revistacrisis.com.ar/notas/una-internacional-reaccionaria>
- TORRICELLA, ANDREA. 2024. "La reacción cultural y la cuestión de género". En *Desquiciados. Los vertiginosos cambios que impulsa la extrema derecha*, coordinado por Alejandro Grimson, 147-168. Buenos Aires: Siglo XXI.
- TRAVERSO, ENZO. 2021. *Las nuevas caras de la derecha. ¿Por qué funcionan las propuestas vacías y el discurso enfurecido de los antisistema y cuál es su potencial político real?* Buenos Aires: Siglo XXI.
- TREMINIO, ILKA y Adrián Pignataro. 2021. "Jóvenes y el voto por la derecha radical: el caso de Costa Rica". *Población y Sociedad* 28, núm. 2, 101-126. DOI: <http://dx.doi.org/10.19137/pys-2021-280206>
- VAGGIONE, JUAN MARCO. 2005. "Reactive Politicization and Religious Dissidence. The Political Mutations of the Religious in Social Theory and Practice". *Social Theory and Practice*, 31 núm. 2: 233-255. DOI: <https://doi.org/10.5840/soctheorpract200531210>
- VALENTINO, NICHOLAS, Vincent Hutchings, Antoine Banks y Anne Davis. 2008. "Is a worried citizen a good citizen? Emotions, political information

- seeking, and learning via the internet”. *Political Psychology* 29: 247–273. DOI: <https://doi.org/10.1111/j.1467-9221.2008.00625.x>
- VASILOPOULOU, SOFIA y Markus Wagner. 2018. “Fear, anger and enthusiasm about the European Union: Effects of emotional reactions on public preferences towards European integration”. *European Union Politics* 18, núm. 3: 382-405. DOI: <https://doi.org/10.1177/1465116517698048>
- VASILOPOULOS, PAVLOS, George Marcus, Nicholas Valentino, y Martial Foucault. 2019. “Fear, Anger, and Voting for the Far Right: Evidence From the November 13, 2015 Paris Terror Attacks”. *Political Psychology* 40, núm. 4: 679-704. DOI: <https://doi.org/10.1111/pops.12513>
- WEBSTER, STEVEN y Alan Abramowitz. 2017. “The Ideological Foundations of Affective Polarization in the U.S. Electorate”. *American Politics Research* 45, núm. 4: 621-647. DOI: <https://doi.org/10.1177/1532673X17703132>
- WILLIAMS, RAYMOND. 1980. *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península.
- WODAK, RUTH. 2015. *The Politics of Fear: What Right-Wing Populist Discourses Mean*. Londres: SAGE Publications Ltd.
- WODAK, RUTH. 2019. “Entering the ‘post-shame era’: the rise of iliberal democracy, populism and neo-authoritarianism in Europe”. *Global Discourse*, 9, núm.1: 195-213, DOI: 10.1332/204378919X15470487645420.

AUTOR



Alejandro Grimson nació en Buenos Aires en 1968. Se graduó en Estudios de Comunicación en la Universidad de Buenos Aires. Su maestría y doctorado son en Antropología social por la Universidad Nacional de Misiones. Desde 1992 hasta 2005 fue docente en la Universidad de Buenos Aires. Desde 2005 trabaja en la Universidad Nacional de San Martín, donde fue decano del Instituto de Altos Estudios Sociales entre 2005 y 2014. También en

2002 ingresó a CONICET y desde 2017 es Investigador Principal.

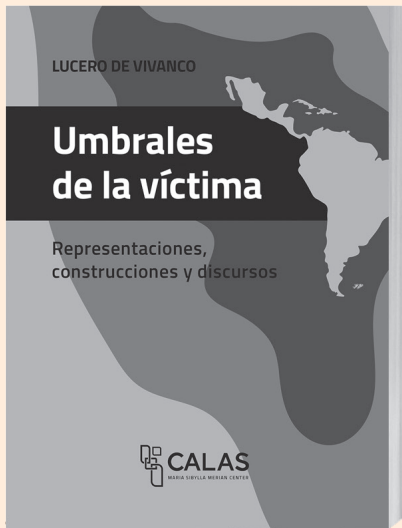
En la crisis de 2002 y 2003 realizó trabajo de campo en los barrios populares de Buenos Aires, especialmente con movimientos de trabajadores desocupados (“piqueteros”). También dirigió un estudio comparativo sobre las culturas políticas de Brasil y Argentina, con trabajo de campo en más de diez ciudades de ambos países y más de 200 entrevistas en profundidad. De este estudio surgió el libro *Pasiones nacionales*. Mientras realizaba su trabajo institucional publicó *Los límites de la cultura*, con el cual obtuvo el Premio al Mejor Libro Iberoamericano otorgado por la Latin American Studies Association.

Es autor de *Mitomanías argentinas*, que fue *best seller*, y del cual se realizó un programa de televisión del mismo nombre. También escribió *Mitomanías de la educación* con el sociólogo Emilio Tenti Fanfani, y *Mitomanías de los sexos* junto a la socióloga feminista Eleonor Faur. En 2019 publicó *¿Qué es el peronismo?*, donde propone una mirada novedosa de los grandes fenómenos políticos y analiza episodios clave de la historia de setenta años del peronismo.

En diciembre de 2019 fue invitado por el presidente electo Alberto Fernández a integrarse a su equipo de asesores. Ejerció el cargo hasta 2022, cuando renunció de modo indeclinable. En el mismo periodo fue el responsable de los estudios prospectivos en el Programa “Argentina Futura”, en la Jefatura de Gabinete de la Nación. Se dedicó desde entonces

a estudiar los fenómenos de la derecha extrema. Organizó equipos de investigación, realizó el podcast *Pecados capitales* en 2023 y 2024, y editó el libro colectivo *Desquiciados. Los vertiginosos cambios que propone la extrema derecha*.

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN



213



**Los paisajes emocionales de las ultraderechas masivas.
¿La gente vota contra sus intereses?**

Edición digital de la Editorial Universidad de Costa Rica.
Fecha de creación: setiembre, 2025.

Coordinación editorial
Iliana Ávalos González

Cuidado editorial
Angélica Maciel

Diseño de la colección
Paola Vázquez Murillo
Pablo Ontiveros

Diagramación
Paola Vázquez Murillo

En la actualidad, la ultraderecha avanza en parte por los puntos ciegos de las fuerzas democráticas. A los partidos tradicionales les cuesta mucho asumir el profundo malestar social y en muchos países crece su desconexión con las demandas de la mayoría de la sociedad, surgiendo nuevos paisajes emocionales en casi toda América y Europa.

Alejandro Grimson cuestiona en este libro que el avance de las ultraderechas de masas obedezca a que las sociedades son irracionales. Postula, en cambio, que se trata de un cambio cultural profundo con motivos tecnológicos, económicos y laborales. Aborda la relación entre la ira, el resentimiento, el miedo y los significados contrapuestos de la nostalgia para ilustrar cómo la extrema derecha fabrica enemigos políticos manipulando sentimientos, preguntándose al mismo tiempo qué política tienen las fuerzas democráticas para las sensibilidades emergentes.

Los paisajes emocionales de las ultraderechas masivas culmina con un análisis del surgimiento de Javier Milei en Argentina y cómo este canalizó el paisaje emocional emergente. Ante esto el autor propone algunas preguntas sobre el devenir del gobierno, de Argentina y de la derecha extrema.

